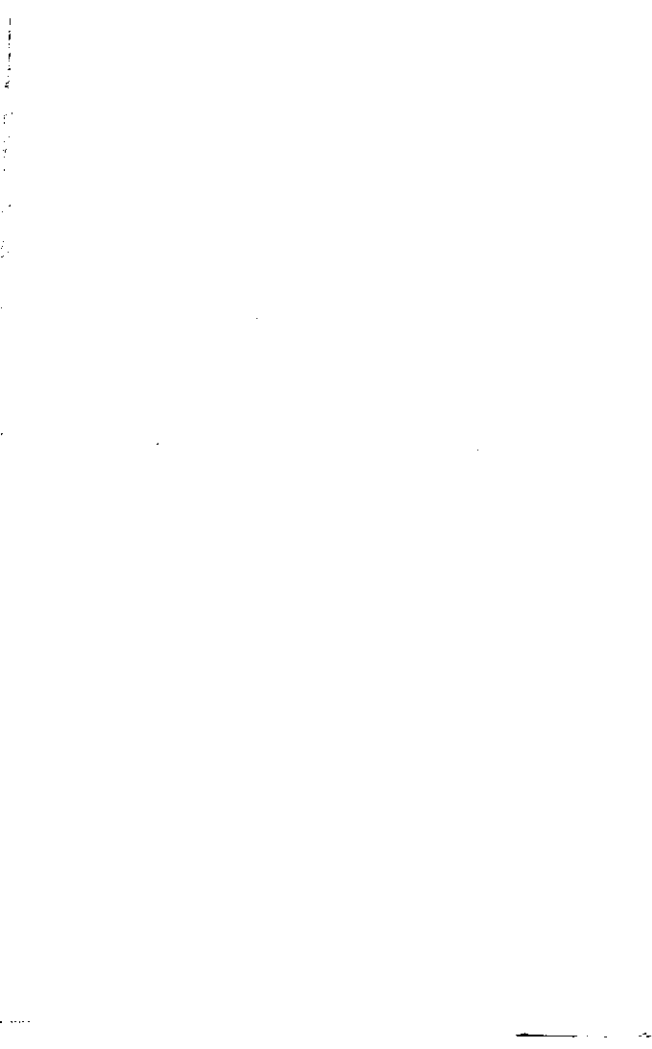




PULPITO ESPAÑOL.



EL
PÚLPITO ESPAÑOL,

Ó COLECCION

DE SERMONES

originales y nuevos

Por una Sociedad de Eclesiásticos.

DEDICADA

*á los Señores Vicarios Generales Eclesiásticos, Foré-
neos y Arciprestes de España.*

CON LICENCIA DEL ORDINARIO.

~~~~~  
**TOMO IX.**  
~~~~~



MADRID: 1846.

IMPRENTA DE D. JOSE COSME DE LA PEÑA EDITOR,
Calle de Atocha, núm. 100.

*Esta obra es propiedad del DUTOR:
y denunciará ante la ley al que la im-
prima sin su consentimiento.*



BIBLIOTECA UNIVERSIDAD DE MALAGA





SERMON.

**para la primera Dominica
despues de Pentecostés.**



Estote misericordes, sicut et
pater vester misericors est.

*Sed misericordiosos, como lo es
vuestro padre.*

SAN LUCAS, CAP. 6, V. 36.

unque el Evangelio de este dia
entra encargándonos la misericor-
dia, y señalándonos el tipo y me-
dida para ajustarla y ejercerla, yo le
llamaré sin vacilar el Evangelio de la

justicia. Sí, de la justicia; de esta reina de las virtudes; de este complejo adecuado de todas ellas; de esta robusta base del edificio social y tambien del moral y religioso. Porque justicia es dar á cada uno su derecho, lo que haya ganado, y segun haya obrado él antes. Y esto es lo que yo encuentro repetido y probado en el Evangelio de hoy, con diversas frases y ejemplos.

¡Qué leccion mas importante, qué exortacion mas conforme con los verdaderos sentimientos humanos, que la espresada en las palabras de mi tema! «Sed vosotros misericordiosos, como lo es vuestro Padre celestial, dice Jesucristo.» ; Hasta qué extremo tan sublime lleva el Salvador el deseo de la perfeccion y grandeza de los Cristianos, pues quiere que se asemejen en ella, nada menos que á su

misimo Padre! Imposible es de todo punto comprender bien el modo de llegar los hombres á tanta altura de virtud, y mas imposibles todavía les parecerian los medios, si el mismo Señor no los hubiera puesto en claro; porque, ¿cómo el hombre limitado alcanzaria al infinito? ¿Cómo el débil y miserable igualaria jamás al Omnipotente? ¿Cómo el pecador frágil al Dios de la santidad? ¿Cómo la humana criatura á su Divino Hacedor?

Dios, Cristianos, ha querido ser conocido y apellidado por Padre de las misericordias y Dios de toda consolacion; y desde el principio del mundo ha estado haciendo siempre ostencion gloriosa de la grandeza de sus obras; pero sin embargo sus misericordias resaltan sobre todas ellas. Formar el Cielo y la tierra, y en esta al hombre para que la mande como

Soberano , y para que despues de gozar cual dueño absoluto de todo cuanto encierra, contiene y produce, lleque luego á la posesion de aquel: perdonarlo, aun despues de ser ingrato y criminal: depararle un Redentor que por él satisfaga una deuda infinita , y facilitarle los medios de ser justo , Santo y feliz á poca costa ! Esto no lo puede hacer el hombre : podrá , sí, agradecerlo, pero no imitarlo.

Con todo , para que no creamos que nos exige imposibles , se digna Jesucristo esplicar por sí mismo el sentido en que nos prescribe la misericordia ; y este no es otro que el resultado de la justicia , á que todos somos naturalmente inclinados. Hacer por nuestros hermanos lo que queremos hagan por nosotros ; evitar para con ellos lo que exigimos que para con nosotros eviten. Nada nuevo , ni

extraordinario pide Jesucristo de nosotros; este es un precepto espreso de la ley natural, que por lo mismo está grabado en nuestra alma- «No juzgueis, y no sereis juzgados: no condeneis y no sereis condenados: perdonad y sereis perdonados: dad y se os dará: pero una medida buena, llena, abundante, que se derrame, será la que depositen en el seno de vuestro corazon; y con la misma que midiereis sereis medidos.» Hé aquí la fórmula de la misericordia, que nos enseña el Maestro divino: hé aquí el modo de ser misericordiosos, como lo es el Padre celestial; ser justos: hé aquí los medios de conseguirlo, tan fáciles y asequibles, como parecian antes imposibles.

Advertireis ya claramente que nuestra salvacion está en nuestras manos, porque en nuestras manos está la

adopcion y práctica de esos medios. Es preciso ponerlos por obra , si no queremos ser inescusables en la presencia de Dios. Así, pues, mi discurso va á manifestaros: que las obras de misericordia prevenidas por Jesucristo son: 1.º, mas bien de rigurosa justicia para con nuestros prójimos; y 2.º de utilidad y convenencia para nosotros mismos.

Pidamos la gracia necesaria, por la intercesion de María Santísima, nuestra Madre y Señora, obligándola con la salutacion angélica.

AVE MARIA.

Estote misericordes, sicut et
pater vester misericors est.

*Sed misericordiosos, como lo es
vuestro padre.*

SAN LUCAS, CAP. 6, v. 36.

Acaso me he engañado yo, unien-
do en uno solo los varios conceptos
del Evangelio, y conceptuando como
pruebas y ampliaciones suyas las di-
versas cláusulas que siguen á la pri-
mera con que empieza; pero Dios na-
da hace por acaso, ni las ha puesto en
ese enlace por casualidad ó en vano.
Se dirá que en el sermón del monte,
y en el otro en que habló Jesucristo

del juicio final, y de las obras de misericordia y caridad, por las cuales ha de hacernos cargo el Señor, en aquel día tremendo, no supone servicios prestados antes por nuestros prójimos, por los cuales, en recíproca correspondencia y justa retribucion nosotros les dispensemos esas obras, sino que nos las previene el Evangelio, como espontáneas y graciosas, sin relacion alguna con la justicia conmutativa; pues si así no fuese, ningún premio, ni recompensa se nos debería; porque haciendo bien á los que antes nos lo han hecho, no hacemos otra cosa que pagar una deuda: Y que decir Jesucristo, *bienaventurados los misericordiosos*, no es lo mismo que decir bienaventurados los agradecidos; ni el *venid benditos de mi Padre..... tuve hambre y me disteis de comer*; es igual á decir os dí de comer cuando estuvisteis

hambrientos , y vosotros me disteis á mí cuando yo lo estuve. Así , pues, parece que las obras de misericordia no son lo mismo que las de justicia.

Sin embargo , es preciso observar bien el órden con que habla hoy el Evangelio : nos previene en él Jesucristo, queseamos misericordiosos con nuestros hermanos. Pues bien : aquí hay espresamente tres acciones, y tres diversos sujetos que las ejecutan: el primero Dios que manda y premia: el segundo el hombre que obra con esperanza del premio , y el tercero el que recibe , y se obliga á la recompensa recibiendo; y en el premio prometido por Dios , en la buena obra del que lo espera, y en la del que corresponde, tenemos tres actos positivos de la virtud de la justicia.

Aunque en los lugares citados del Evangelio , parece que Dios nos man-

da hacer obras de misericordia por solo su divino mandato, por cumplir su promesa y soberana voluntad, y por satisfacer una inclinacion natural del corazon humano, siempre se halla á continuacion el premio prometido, como el mas poderoso estímulo de obrar bien. No dice Jesucristo solamente *bienaventurados los misericordiosos*, sino que añade; *porque ellos alcanzarán misericordia*: no dira solamente, en el juicio final á los buenos, *tuve necesidades y me las remediasteis*, sino que concluirá: *poseed el reino que os está preparado desde el principio del mundo*; y lo que añade en el primer testo, y lo que concluirá en el segundo es como el primero, causado y merecido por el antecedente, esto es, por las obras de misericordia: su literal contexto lo acredita. *Bienaventurados los misericordiosos*, porque de ellos tendrá Dios mi-

sericordia, dice: *posced el reino... porque tuve hambre, sed, y demas y me remediasteis*. Ese *porque*, marca, señala, pueba y aun demuestra la accion de la justicia.

Dios nuestro Señor bien podia exigir de los hombres que le imitasen en todo, obrando la misericordia graciosamente y sin la expectativa de premio alguno, asi como él la ejerce con ellos, sin esperar nada, porque nada le pueden retribuir; pero ha querido ser mas generoso todavía; ha querido darles por gracia las gracias necesarias para obrar el bien, y luego pagarles por justicia este mismo bien, dice San Agustin. Por eso decia San Pablo, que «había peleado una buena pelea, y que por lo mismo le estaba preparada la corona de justicia:» *bonum certamen certavi... ideo reposita est mihi corona justitiæ*. Corona

de justicia , premio , bravio , galardón se llama la gloria en las Santas Escrituras: Denario, paga del trabajo, salario y jornal ganado con el peso del día y del calor ; nombres todos que denotan y acreditan la justicia de Dios en favor de las buenas obras. No hay, pues, que dudar de la justicia que encierran y significan por parte de Dios las obras de misericordia; Dios las premiará en justicia , y nosotros, sin ser ingratos con este Señor y crueles con nosotros mismos, no podemos dejar de hacerlas.

Pero miremos siquiera á nuestros prójimos, en cuyo favor y beneficio se nos manda practicar estas obras. La gratitud y correspondencia es una cualidad inherente á la misma constitucion moral del corazon humano; y si dijera que aun es parte física y material de su organizacion , ó que

hay y existe en él algun resorte ó órgano, que necesariamente esplica y produce esa virtud, hablaría á la moda de los conocimientos modernos, ó mas bien modernamente resucitados. Yo veo que hasta los animales mas feroces y de brusco instinto, dan señales marcadas de gratitud al beneficio que se les dispensa; llenas estan las historias de lances portentosos en este género. Es tan propia la gratitud en los hombres, que el filósofo Seneca decia con sobradísima razon: «me hablarás de lo mas pésimo y maldito, cuando hables de un hombre ingrato.» Un hombre ingrato es un monstruo, pero un monstruo horrendo, aborrecible á la misma naturaleza. No debemos creer que ninguno de nuestros prójimos incurra en tan odiosa nota, ni esperar de él motivos para que se le marque con el sello de

tanta ignominia, que le rebajaria hasta un grado inferior á los brutos. Antes sí, es muy justo, por respeto y honor á nosotros mismos, esperar con seguridad y ciega confianza, la debida correspondencia. Esperándola, prometiéndosela y teniéndola por cierta, podemos proceder á hacerles beneficios con la mira de la recompensa; y hé aqui ya un cambio de recíprocas acciones, que embebe la justicia de un contrato implícito.

Aun supongamos, por imposible, que hay ingratos, cosa por desgracia bien cierta, harto mas comun de lo que debiera: supongamos que indudablemente ha de faltar la gratitud, cual lo acreditan los hechos frecuentes; nosotros no debemos contar jamás con el vicio y delito ageno; la doctrina del Evangélio, y las leyes de la caridad nos prohiben esa creencia,

esa desconfianza ; la cual , si se acredita con los actos y las obras , será siempre en perjuicio y daño de sus perpetradores, no en desdoro de nuestra buena fé y de los santísimos principios, en que se apoya. Sin embargo, es imposible que nos falte el premio de nuestras obras de misericordia, ni que nunca quede defraudada nuestra sana intencion. Tenemos en el cielo un premiador justo y benéfico , que nos asegura , «que agradecerá hasta un vaso de agua dado á sus discípulos.» No miremos el premio del mundo , no esperemos por acá recompensa ; pero sepamos que está segura y cierta ; que se nos dará en justicia, porque Dios es justo y nos la tiene prometida.

Pero pongámonos ya en el lugar de los que reciben beneficios: demos de barato que algunos sean insensi-

bles é ingratos: todavía mas , lleguemos á creer que ellos se figuran ser merecedores de cuanto reciben , de todo lo que por ellos se hace; en fin, que todo les es debido. Pues esa es la voz de la conciencia, aunque sea conciencia errónea, dirigida por el amor propio y el orgullo; pero error, que nace del sentimiento innato de la justicia. Ellos hacen en su vano entendimiento este raciocinio: «ninguno coge mas de lo que siembra, como le afirma el mismo Jesucristo y lo repite San Pablo; yo recibo buenas obras de los demas; luego es porque de mí las han recibido antes; porque me las deben.» ¿Y no es este el idioma de la justicia? sea falso el supuesto, en buena hora; dígase que nada han hecho antes de bueno; que solos unos méritos aéreos, fingidos, son los que les inspiran esas ideas y language; pero

ello es cierto, que desde luego van suponiendo y confesando dos cosas correlativas, la necesidad de hacer bien para recibirlo, y la del agradecimiento por haberlo recibido. Esto es indudable.

Mas degemos suposiciones; y puesto que nosotros somos los que realmente hemos experimentado las acciones buenas, examinemos la impresion que han hecho en nuestras almas. ¿Cuál es el hombre tan insensible y egoista que no se conmueva á la vista de una accion generosa, que mejora su situacion, enjuga sus lágrimas y mitiga sus pesares? ¿Dónde es- ta esa alma de bronce, sin afecciones de ternura, sin sentimientos de amor? No, no es posible hallarla en el mundo. El primer movimiento del cora- zon humano al recibir un beneficio es pensar en la gratitud y correspon-

dencia: apelo á vosotros mismos. Bien podrá el tiempo borrar este sentimiento, alterar las ideas de la justicia, pero allá en lo profundo del corazón sonará siempre una voz enérgica, que nos advierta el deber, y sin cesar nos reprenda la falta de cumplimiento. Este mismo sentimiento está trasladado á la Sagrada Escritura. «Debemos amar á Dios, dice San Juan, porque él nos amó antes.... Debemos dar la vida por nuestros hermanos, porque Jesucristo la dió por nosotros.»

Ayer, por ejemplo, estábamos al borde de un precipicio, en el cual peligraba nuestro honor, nuestro bienestar, y acaso nuestra vida; una mano amiga nos apartó del peligro con su consejo saludable y prudente, ó con su dadiva generosa. ¿Tenemos ó no una obligación de justicia á pagar-

le siquiera en la misma moneda , dando caso que se halle en igual peligro? Y sino se hallase , ¿deberemos estarle reconocidos , sí ó no? Un lance desgraciado nos ha reducido á la mayor miseria de bienes , ó nos ha privado de libertad , ó nos ha constituido en imposibilidad física por falta de salud; un corazon benéfico nos socorre, nos protege y saca de tan mal estado ¿Qué pensamos acerca de él? ¿Hay obligacion de pagarle el beneficio? ¿Siquiera de mostrarnos agradecidos? ¿Quién lo duda? Pues esta obligacion , este deber es el precepto de la justicia.

Mírese como se quiera , señores, el hacer obras de misericordia con nuestros prójimos , es mas bien un mandato de justicia , una obligacion de conciencia , un deber inspirado por los mismos sentimientos naturales, que concibe el hombre y alimen-

ta su corazon insensiblemente, y solo por ser hombre. A todos nos obliga la justicia de este deber, y á todos nos es útil y conveniente cumplirlo; porque las obras de misericordia son tan bien de utilidad y conveniencia para el que las ejerce.

SEGUNDO PUNTO.

El Evangelio esta bien espreso. «No juzgueis, si no quereis ser juzgados: no condeneis, si no quereis ser condenados.» Hay dos juicios y dos condenaciones, que todo hombre desea y quiere evitar á toda costa, si es que estima en algo su propio bien: el juicio y condenacion del mundo, y el juicio y condenacion de Dios: aquel á veces, mas implacable y cruel que este, y este siempre temible y sin consuelo. ¿Quereis que el mundo os juz-

que con piedad, que respete vuestras personas, derechos é intereses? ¿Queréis que no se introduzcan vuestros prójimos en el sagrado recinto de vuestras intenciones, que no interpreten nunca en mal sentido vuestras palabras, ni echen á mala parte vuestras acciones? Dadles vosotros el ejemplo, enseñadles la leccion práctica en vosotros mismos. Sentireis, de veras, la murmuracion y calumnia, la destraccion y el insulto, la asechanza y contumelia. Pues arrojad de vuestro ojo la viga, antes que os acerqueis á soplar la paja del de vuestro hermano. Exigir de los demas lo que no se hace por ellos, es *egoísmo*, es *hipocresía*, es una solemne y descarada injusticia. Por el contrario, estimularlos con el ejemplo del bien, es adquirirse sobre ellos un derecho provechoso y útil en toda ocasion. Y sino, pasemos

de las acciones negativas á las positivas.

«Dad y se os dará.» Entre estas puede tomarse como el emblema y signo de todas la limosna. *Dad y se os dará.* La remision de los pecados está ligada y prometida á la limosna, segun el consejo que el Espíríta Santo , por boca de Daniel , dió al desgraciado Nabucodonosor. «Redime tus pecados , le dice , con limosnas; y tus iniquidades con las misericordias de los pobres;» no dice con tus misericordias, sino con las de los pobres; porque lo que se dá á los pobres, se lo dá uno á sí mismo, como espone el Crisólogo. La indulgencia, el perdón y buena acogida en el día del juicio esta prometida á la limosna, segun decia y aconsejaba á su hijo el anciano Tobías, y lo explica San Ambrosio. «Un gran tesoro de perdón y de

gloria se depara para sí el que deposita sus misericordias en las manos del pobre, añade este Padre.» Y sigue despues: el que dá á los pobres oro, compra con él la vida eterna; el que hace obras de misericordia esté tranquilo por el perdon, y seguro por la vida eterna.

Ahora bien; ¿hay cosa mas útil y conveniente para nosotros, en esta vida y en la eterna, que la seguridad de ser perdonados ante Dios, salir indultados de su tremendo juicio, y tener esperanza de la gloria? Aun en el órden temporal, el asegurarse para lances funestos en el porvenir nos es de grande utilidad, y gradúa nuestros cálculos de altamente previsores y prudentes. Jesucristo en el Evangelio, despues de referirnos la parábola del mayordomo, que temiendo ser despedido de su destino, supo con tiempo

hacer mercedes con los bienes de su Señor, para ser por los agraciados atendido en su caída, alaba su prudencia, y nos encarga la imitemos. ¡Quién puede calcular el infinito valor y las consecuencias inmensas que puede tener una acción generosa ejecutada con prudente prevision! Sabemos nosotros, ni podemos prever los lances y circunstancias difíciles, que nos han de sobrevenir en el curso de la vida? ¿Y no será muy útil y conveniente prevenir su eventualidad, obrando siempre bien en favor de cualquiera?

Hay un convencimiento íntimo y público de esta conveniencia hasta en el ánimo del vulgo; convencimiento que tiene canonizado con sus proverbios, ó mas bien, verdades indemostrables: «el bien nunca es perdido, dice, haz bien, y no mires á quien.»

¿Qué podrá esperar de sus prógimos, en un apuro, el egoista indiferente y duro que jamás se ha condolido de la ajena desgracia? ¿Qué puede prometerse, en su miseria el ánimo estóico y cruel, que siempre vió las ajenas con ojos enjutos y manos cerradas? Justicia, y no mas que justicia; que todos le vuelvan la espalda y se le rían y burlen en su desgracia. Esto se toca y se palpa con harta frecuencia.

Luego, Cristianos, debemos ser misericordiosos porque Jesucristo lo manda; porque las obras de misericordia lo son mas bien de rigurosa justicia, y de una utilidad y conveniencia incalculables ante Dios y el mundo: debemos ser misericordiosos, como lo es nuestro Padre celestial, cuyas misericordias esceden á todas sus obras: que siempre se duele y compadece de los necesitados, y que tie-

ne todo su placer en buscar y socorrer á la oveja escarriada, aun mas que á las que nunca salieron del redil; y asegura que habrá en el Cielo mas alegría por un pecador que se reconozca y haga penitencia, que por noventa y nueve justos, que no necesitan hacerla. Hasta este punto llega su misericordia. Imitémosla, Cristianos. «Dad y se os dará; perdonad y sereis perdonados; no juzgueis y no sereis juzgados; no condeneis y no sereis condenados.» Dejad el rigor y la severa justicia, y aun la crueldad para con vosotros mismos; la piedad, la compasion, la misericordia y la indulgencia para con vuestros prógimos, en la inteligencia que con la vara que midiereis, sereis medidos.

Sea, pues, toda nuestra vida una série jamás interrumpida de obras de misericordia, y con ellas ganaremos

en justicia la misericordia de nuestro
Dios que por ella nos dará la gloria
eterna. Amen.

J. M. X.





SERMON

**para la Dominica segunda
despues de Pentecostés.**



Dico autem vobis, quod nemo
virorum illorum, qui vocati sunt,
gustabit cenam meam.

*Pues yo os digo, que ninguno de
los que fueron llamados gustará mi
cena.*

SAN LUCAS, CAP. 14. V. 24.

Si no tuviéramos las reglas infalibles de los Padres y de la Iglesia para entender bien la Santa Escritura, y tomásemos aislado el testo con que hoy

concluye Jesucristo el Evangelio, seria preciso decir que la vocacion á la Iglesia era una señal positiva de reprobacion eterna. Tal y tan tremenda es la sentencia que dá y pronuncia el Salvador contra los llamados, que se hacen sordos é ingratos á su infinita clemencia. Pero leyendo bien y con respetuosa atencion todos los antecedentes, no puede hallarse motivo mas justo para apoyar una resolucion, que acredita en nuestro Dios igual disgusto é irritacion á la que provocó el diluvio universal en otro tiempo. Toda la carne habia entonces corrompido sus caminos; los hombres se habian hecho indignos de los beneficios de su Criador, y con sus escandalosos desórdenes desacreditaban la perfeccion siempre admirable y prodigiosa de aquel que los habia hecho á su imagen y semejanza. Tal y tan infame era

su conducta, que el Señor inmutable por esencia, pareció como movido á iracundia, dice San Agustin, y estimulado á ejercer con ellos un castigo el mas espantoso y ejemplar, que hubiera de oirse jamás en los siglos.

Con este castigo, Cristianos, y con las causas que le precedieron hallo yo hoy comparable en parte, el justo enojo y terrible resolucion con que cierra su relato la parábola del padre de familias. El tiene la alta dignacion de preparar espontáneamente y por efecto de su distinguida generosidad, un banquete espléndido y regalado, para obsequiar con él á sus amigos, dándoles una prueba patente de su tierna predileccion y cariño. Los convida, los llama, los impulsa y compromete; y ellos ¡oh ingratitud y maldad! se escusan con frívolos y estu-

diados pretextos, huyen y le dejan desairado.

Aquí ya la escena cambia: el padre de familias se irrita, su indignacion llega al extremo, y en lugar del obsequio cariñoso promete á los ingratos un fatal é irreparable desengaño. Pero el convite es preciso utilizarlo; todo está preparado: *parata sunt omnia*; los llamados se han hecho indignos; fuerza será buscar otros que lo merezcan. Asi se hace. «Salid, dice á su criado, salid pronto á las calles y plazas de la ciudad, é intróduceme aquí á los pobres y débiles, ciegos y cojos: asi se hace al momento; pero aun todavía quedan asientos y lugar en el convite: ¿Sí? Pues bien, repite; anda ahora á los caminos y ballados y obliga á venir á los que halles para que se llene mi casa; porque tened entendido; yo os lo digo pues, que

ninguno de aquellos que fueron llamados, gustará mi cena: *dico autem vobis, quod nemo virorum illorum, qui vocati sunt, gustabit cœnam meam.*

¡Qué terrible amenaza! Cristianos, ¡oh! y cuánto tienen que temer por sí mismos, en fuerza de su ingratitud y conducta desleal, los que se hacen sordos al llamamiento de Dios, y los que aun despues de haber acudido, dóciles y agradecidos al parecer, con actos posteriores se hacen indignos! Nunca podremos ponderar en su justo valor, y cual merece lo tremendo y formidable de las palabras, que en su indignacion profiere el ofendido y burlado padre de familias. Nunca alcanzaremos á penetrar todos los funestísimos resultados y consecuencias que abrazan. Nunca hubiéramos tampoco creído que estas tuviesen hasta un efecto retroactivo en contra nues-

tra y á nuestro entender, que deshiciera y desvirtuase el saludable influjo que tiene la vocacion para la predestinacion. Pero ya se comprende la fuerza y verdadero sentido de aquellas otras palabras de Jesucristo, en que decia: *muchos son los llamados y pocos los elegidos*. A todos los llama Dios nuestro Señor; por todos derramó su sangre, y murió en una Cruz su Hijo unigénito Jesucristo. Para redimirlos á todos se hizo hombre y vino al mundo; quiere que todos se salven, y que ninguno se pierda. Pero ¡oh dolor! Su mala vida hace perecer á algunos, dicen los Padres de la Iglesia, y no pueden menos de ser así. Y no como quiera á algunos, sino á mas de los que se piensa, á un número considerable, mas grande y escesivo de lo que pudiera esperarse y se debiera creer. «Todos los que han sido lla-

mados se han hecho indignos, dice Jesucristo; ninguno de los que han sido llamados gustarán mi cena,» concluye. De suerte que convertida la proposicion, tomada en su lejítimo y natural sentido, y colocada en su lugar la causa antes del efecto los que entre los llamados se hacen indignos no conseguirán los saludables efectos de la vocacion.

Vastísimo y dilatado campo se amplia con este Evangelio para las mas importantes reflexiones. Bien se pudiera discurrir detenidamente por todos y cada uno de los infinitos beneficios que abraza el catálogo de la predestinacion; misterio y dogma grande de la inmensa bondad de nuestro Dios. Justificar á este Señor, y hacer patente á nuestros ojos la culpabilidad de que siempre somos reos y responsables, por nuestra propia perdi-

cion y por los males que sufrimos, seria empresa digna de este dia, y que á mi corto entender entra de lleno en las intenciones de la Santa Iglesia, al escoger hoy por testo la parábola de este Evangelio. Sin embargo yo quiero concretarme á su letra. El beneficio imponderable de la vocacion lo presenta hoy el testo sagrado bajo la parábola de un convite, á el que son llamados muchos, que se hacen indignos de él, que se desentienden y huyen; pero que en su lugar vienen otros, ó por mejor decir, son traídos y obligados á su participacion. Sobradamente oportuna es la idea de la Santa Iglesia, altamente acertada la eleccion y muy propio el pensamiento. Se está celebrando en esta octava la infinitamente misericordiosa bondad y dignacion de Jesucristo en haberse quedado con nosotros en el au-

gusto Sacramento de la Eucaristía, dándonos á comer su mismo cuerpo y á beber su misma sangre, hasta la consumacion de los siglos, y presentándonos asi un divino convite, todos los dias de nuestra vida, á cuya participacion todos los Cristianos somos amorosamente llamados. Hé aqui el banquete y cena del Padre de familias: hé aqui la verdadera y puntual significacion de la parábola. Los Cristianos huyen, se ausentan de la sagrada mesa, porque se hacen indignos; no la gustarán: otros vendrán por ellos; serán traídos como mas dignos: *Dico autem vobis, quod nemo virorum illorum, qui vocati sunt, gustabit cœnam meam.*

A la vista teneis ya, Cristianos, la importante materia de mi discurso, para ordenarlo como es debido y yo pueda, pidamos auxilios al Espíritu

Santo , poniendo por intercesora á la Virgen María Santísima , nuestra madre. Saludémosla antes , diciéndola con fervor y reverencia:

AVE MARIA.

Dico autem vobis, quod nemo virorum illorum, qui vocati sunt, gustabit cenam meam

Pues yo os digo, que ninguno de los que fueron llamados gustará mi cena.

SAN LUCAS, CAP. 14, v. 24.

«**S**i no comeis la carne del hijo del hombre y bebeis su sangre, no tendreis vida en vosotros: mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida; el que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él.» En estos términos se espresa Jesucristo en el Evangelio, hablando del banquete y mesa celestial, en que se dá á nosotros, por me-

dio del augusto y adorable sacramento de su amor.

Sí, señores, Jesucristo, nuestro Divino Redentor y Padre, en prueba del amor inmenso, con que nos amó desde la eternidad, amándonos también hasta el fin, cuando llegó la terrible hora del poder de las tinieblas, en la cual se habia de ausentar de sus queridos hijos, los hombres, al darles el último á Dios, al échar sus amorosos brazos al cuello de su tierna esposa la Santa Iglesia, no pudiendo sufrir su amante corazon la indecible pena que le causaba tan cruel separacion, entra en consulta con su Eterno Padre, invoca su Santo Espíritu de amor y pidiendo consejos á su eterna sabiduría y arbitrios á su omnipotencia, resuelve por fin quedarse con nosotros sacramentado, y dárseos en comida y bebida saluda-

ble todos los dias de la vida. «Ya veis, mis amados, pudo decir el Salvador, segun el sentir de un Padre; ya veis, que siendo yo infinitamente sabio no he hallado otro presente mejor que haceros; que siendo omnipotente no puedo daros un dón mayor, y que amándoos con toda la efusion tierna y divina de mi alma no tengo mas para demostrároslo, que daros á mí mismo. Haced esto en mi memoria; *comed, si quereis vivir.*» Esta es hoy mi proposicion, señores; yo la encuentro espresa en el Evangelio.

Para proceder con buen método, vamos á examinarla en estos dos conceptos: 1.º, la comunión frecuente: 2.º, su contraria; la separacion de la sagrada mesa. La comunión frecuente da la gracia, la vida espiritual del alma y es señal y prenda de la eterna; primera parte: la separacion de la

sagrada mesa demuestra los desórdenes de la vida, ningun amor á Dios y es señal de perdicion eterna: segunda parte; mas claro: los frutos de la comunión frecuente, y los resultados de su separacion.

¿Y quién ha dudado nunca, ni puede dudar, siendo Católico, que la participacion del convite sacramental y divino sea un manantial fecundo, una fuente perenne de gracias y misericordias á favor del alma dichosa que la disfruta? Se nos dá el mismo Dios en ella, autor de todas las gracias y dispensador generoso de todas las misericordias: se nos dá, no á ver, como á los bienaventurados en la gloria, sino á comer, á identificase con nuestra propia sustancia, á convertirlo en una misma cosa con nuestra alma, á tener y llevar en nuestro pecho, como en su tálamo, como en

su tabernáculo, como en su escelso trono, al mismo Dios, que hace la gloria de los justos: se nos dá, en fin, la prenda de la futura gloria, segun canta la Iglesia: *futuræ gloriæ nobis pignus datur*. En esto, y solo en esto es en lo que se verifica el cumplimiento de aquel anuncio celeste, que del trono de Dios oyó San Juan en su apocalipsis. «Ve ahí el tabernáculo de Dios con los hombres, y habitará con ellos.»

¿Cómo será posible, Cristianos, comprender, esplicar y medir el torrente de gracias, el mar insondable de delicias, el volcán encendido de amor y caridad, que deposita y enciende en el alma cristiana la sagrada comida del pan divino? ¡Ah! con razon esclamaba entusiasmado el Profeta Rey; *inebriabuntur ab ubertate domus tuæ, et torrente voluptatis tuæ potabis*

eos: Señor, decia, los que participen de tu mesa se embriagarán con la abundancia de tus misericordias y riquezas, y los darás á beber un torrente de delicias.

Rebajemos un poco estos sublimes conceptos, y decidme francamente vosotras, almas piadosas, lo que experimentais allá en lo profundo de vuestro corazon, en el feliz momento, en que teneis la dicha de comer el pan de vida. ¿Cambiariais vuestra tranquilidad interior, vuestra dulzura espiritual, la calma y paz del alma por todos los tesoros y placeres del mundo? ¿No se os figura que ya, entonces, en aquellos preciosos momentos, estais sumergidas en el seno de Dios, endiosadas, embebidas y absorbtas en pensamientos del Cielo, separadas de la tierra, desnudas de la pesadez corrompida y mortal de este

cuerpo, espiritualizadas, deificadas; en sociedad con los Angeles en compañía familiar con todos los justos y en la fruicion intuitiva de la Divinidad? ; Pues no os engañais; porque aun es mayor vuestra dicha, es mas lo que gozais! Los Angeles quedan por bajo de vosotras; ven ellos á Dios, pero no comen su adorable cuerpo; vosotros lo comeis. Cuando el Señor dijo á Moyses que no le veria el hombre viviendo, de ninguna manera añadió: *no me comerá en esta vida*. ¿Qué son ya para vosotras los placeres del mundo? Engañosos y fugaces. ¿Qué son las riquezas y honores? Polvo, aire y miseria. ¿Qué es la hermosura y aun la vida misma? Una carga pesada, insupportable. Sí; no lo dudo; y si no respondedme.

Ahora bien: siendo tantos, tan sublimes y copiosos los frutos espiri-

tuales de la participacion de la sagra-
da mesa, experimentados una vez,
claro está, y la misma razon lo dicta,
que multiplicada la causa se aumen-
ten los efectos; y así cuanta mayor
sea la frecuencia en recibir este au-
gusto Sacramento, mayor será tam-
bien la copia de gracias y celestiales
favores que reciba nuestra alma. Re-
pito, señores que la razon lo dicta y
convence. Hoy os cercais á comer el
pan de vida; hoy experimentais deli-
cias celestiales, amor á Jesucristo,
desprecio al mundo y poder contra
los enemigos de la salvacion: si, pues.
volveis á cercaros á la mesa celestial,
antes que el fervor se disipe, induda-
blemente recibireis nuevo aliento y
valor para marchar esforzados y ani-
mosos hasta el monte Santo de Dios,
como Elías. El aumento de las gracias
y favores divinos pende, á no dudar.

lo, de la frecuencia con que nos acercamos á la fuente de todos ellos.

Hay esta notable diferencia entre las delicias espirituales y las del mundo, dice San Gregorio; que estas engendran con la posesion el fastidio, la artura y el aborrecimiento; y aquellas aumentan el deseo en el alma, el placer y las delicias. Cuanto mas se gozan las delicias y gracias celestiales mas se anhelan y procuran. En esto se ve claramente el aumento de gracias que necesariamente produce la comunión frecuente, el poder irresistible que dá contra los enemigos, y las santas disposiciones que indica y prepara para repetir la frecuencia misma. «¡Oh! Si hubieras herido la tierra con tu vástago hasta cinco, seis ó siete veces, dijo el Profeta Eliseo al rey Joas, entonces habrias destruido la Siria hasta su estérmino.» Para ven-

cer siempre y esterminar del todo las pasiones y enemigos de la salud eterna, no hay mas eficaz remedio que la comunión misma. San Francisco de Sales respondió á la pregunta que le hacian sobre las disposiciones para comulgar á menudo : *que comulgue*. ¿Cómo nos dispondremos bien para comulgar con frecuencia dignamente? ¿Cómo? comulgando: *que comulgue*.

Y á la verdad , Cristianos , ¿qué mejor disposicion para recibir el adorable cuerpo de Jesucristo, que la del mismo Jesucristo? Ademas, ¿cómo es posible que un alma que comulga hoy y que lo ha de hacer á los tres ó cuatro dias , no esté siempre bien dispuesta? Pues qué, las gracias y espirituales frutos del sacramento ¿son tan versátiles y pasajeros que no duren y permanezcan en tan corto intervalo? Aquella súplica y exortacion de San

Agustin en que dice: «vivid de tal suerte que podais comulgar todos los dias:» ¿es posible suceda de otra suerte, comulgando con esa frecuencia? Y si, el ardor inesperado de una passion vehemente, el embate brusco de un enemigo imprevisto, una ocasion ú ocurrencia difícil de prever ni evitar, arrebatá el alma á un movimiento indeliberado, aunque sea á un exceso, la sola idea de haber de llegarse muy en breve á la Sagrada mesa, no lo evitará todo, ó hará que el alma se reponga é incorpore al instante en su estado de gracia primitivo y habitual. ¿Y cuál es el efecto consiguiente á un estado tan feliz? Vivir el alma siempre en Dios y para Dios, y estar gozando aquí en la tierra las incomprendibles y eternas delicias de la bienaventuranza.

¡Ah! Cristianos, si nosotros refle-

xionásemos detenidamente sobre lo que en realidad nos conviene y mas interesa, nada habria que nos pudiera apartar de la Sagrada mesa, y tendríamos por el mayor de los males, por la mas grande pena el ser privados de la celestial comida del pan de los Angeles, dice San Juan Crisóstomo; nos seria, como lo es, dice San Agustin, lo mas temible y formidable.

Ea ya, Cristianos, «gustad y ved cuán suave es el Señor,» os digo con el profeta: «no conoceis su suavidad, añade San Gregorio, porque no la gustais: pero probad su dulzura, comed el pan de vida, y entonces lo amareis: sabed que vuestro desdén y fastidio nace de la separacion; y que se aumenta y crece aquel, cuanto mas se aleja el alma. Asi es, que acometidos de ese fastidio como de una mortal

dolencia, somos fatigados con la larga peste del hambre que nos aniquila; y porque no queremos interiormente gustar la dulzura que en el augusto convite tenemos preparada, amamos miserables perecer públicamente, porque amamos esa misma hambre.»

Pero sabed con el Evangelio, que á los pobres humildes, y á los desdichados y abatidos en el mundo, es á los que se reserva el banquete del gran padre de familias. A los israelitas fatigados y hambrientos en el desierto fue á quienes Dios envió el maná del Cielo, figura del divino maná de la Eucaristía; al fugitivo y desalentado Elías fue á quien Dios preparó el pan subcinericio, emblema admirable del pan sacrosanto de nuestros altares; á los judios pobres, fieles y humildes que le siguieron por los campos fue á quienes Jesucristo multiplicó dos veces,

en una manera asombrosa, la comida de poquísimos panes y peces, símbolo de la multiplicacion milagrosa de su adorable cuerpo sacramentado; á los tristes y desconsolados discípulos que le obsequiaron en el castillo de Emaus fue á los que regaló con el pan de vida.

Gustad y ved: *gustate, et videte*. ¿Quién es el hombre tan duro y cruel consigo mismo, que no se procure todos los dias el preciso alimento del cuerpo, y que se abandone y deje en los hiertos brazos de un estúpido fatalismo, por espacio de muchos dias, acaso de muchos meses, tal vez de años, y puede que por toda la vida? El que lo hiciese, pereceria víctima de su atroz temeridad y apatía. ¿Cuál es el que se afana y fatiga en el mundo por otra cosa que por vivir y conservarse con el alimento? Por ventura van á

parar á otro fin todos los trabajos y cuidados, todos los anhelos y ocupaciones, y aun toda la ambicion y codicia? ¿Qué haces, decia el grande Alejandro? Comer por uno y vestir por uno respondia. A esto se reduce toda la vida y ocupacion de todos los hombres; pero este uno es el cuerpo, esta vida es la presente que se ha de acabar sin remedio. ¿Por qué razon pues, por qué demencia inesplicable no haceis lo mismo con el alma? El cuerpo perece; el alma es inmortal; esta vida dura poco, la del alma es eterna; el alimento material, si es escesivo daña y enferma; el espiritual da prodigiosos aumentos de gracias, de amor á Dios y vida eterna cuanto mas se frecuenta. *¡Gustad y ved!* ¿Quereis no tener vida en vuestra alma? ¿Quereis morir eternamente? Porque eso es, sin remedio, lo que quieren y se procu-

ran los temerarios que huyen de la Sagrada mesa. Pero ya he tocado insensiblemente en la materia de mi

SEGUNDA PARTE.

Cuando anuncié esta parte de mi discurso en contraposición de la que acabo de llenar dije, que la separación de la sagrada mesa demuestra los desórdenes de la vida y el ningún amor á Dios, y que es señal de perdición eterna. Todo esto está probado suficientemente en el testo del Evangelio de este día. Examinémoslo, y se verá.

Entre los *muchos* convidados del Padre de familias á su *grande cena*, uno se escusó con el pretesto de haber comprado una granja, que necesitaba ir á verla: otro echó por excusa la compra de cinco yuntas de bueyes,

las cuales queria probar; otro alegó haberse casado, por cuya razon no podia asistir. Aqui teneis, señores, la prueba de los dos primeros extremos de mi proposicion, y el motivo que impulsa á nuestro Dios para sentenciar el último, que es el mas tremendo y desastroso. Patentes estan los desórdenes de la vida que retraen y separan por necesidad del convite sacramental, y que demostrando un excesivo amor á las cosas del mundo, impiden amar á Dios; porque sabido es que el mismo Evangelio pone por imposibles entre sí el amor de Dios y el del mundo.

Figuradas estan asi mismo las tres máquinas sobre que gira el globo desordenado del mundo, segun San Juan: concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y soberbia de la vida; esto es, la lujuria, la

codicia y la ambicion. El que se escusa de asistir al convite por haberse casado , prefiere los placeres mundanos á las dulces delicias del alma: el que quiere probar sus yuntas mas bien que comer en la mesa del Padre de familia , está dominado del sórdido interés y codicia , que le ciegan por los bienes terrenos y su crecido aumento , mucho mas que el único y verdadero bien del alma; y el que, en fin , se hace una precision inevitable de ir á ver su granja , está envanecido y orgulloso con la ambicion de aparecer como hombre de importancia , cuyo corazon todo lo desprecia y pospone á su necia pasion de figurar.

¡Todos estais retratados, ciegos y miserables pecadores, ilusos por el enemigo de las almas y sus satélites y auxiliares los vicios y pasiones dominantes en el mundo ! Examinaos á vos-

otros mismos; consultad la propia conciencia; comparad vuestra conducta con la de los que se representan en la parábola; poned la mano sobre vuestro pecho á ver si os late y acusa, introducirla hasta lo mas profundo del corazon, y la sacareis, sin duda, llena de lepra. ¿Por qué no os cercais á comer la carne del hijo del hombre y á beber su sangre, sabiendo que no tiene vida en el alma el que no lo hace? ¡Ah! yo lo sé; yo lo comprendo y yo lo dire: *et cæperunt omnes excusare*: empiezan vuestras excusas y pretextos, iguales á los que retrata el testo sagrado.

Dicen los Cristianos, que lo son en el nombre: «mi casa y familia, mi muger y mis hijos me absorven todo el tiempo, yo no puedo ir á la iglesia, no tengo lugar de recibir los Santos Sacramentos; en fin no puedo prepa-

rarme: *uxorem duxi*. Yo, responde otro, tengo que cuidar de mis bienes, que atenderá mi comercio, que seguir mis tratos, porque me producen muchos intereses, y es menester no desperdiciarlos para pasar bien la vida; así el frecuentar los Sacramentos es cosa de gente desocupada, y yo no lo estoy; *juga boum emi quinque*. Yo, salta ufano aquel; yo debo atender á mi destino, á mi empleo, para prosperar y ser respetado: yo soy hombre de categoría, un magnate, y debo procurar ser mas: mis carrozas, mis caballos, la caza, el sarao, el teatro, el baile; ¡Ah! ir á la iglesia, confesar y comulgar es propio de gente ordinaria, del pueblo bajo, en fin yo no puedo: *villam emi*. Otros...; todos se escusan! O por mejor decir, ni aun se acuerdan en todo un año, ó en muchos años de que tienen alma y obligacion de alimentarla

con el sagrado y divino manjar de la Eucaristía. Aun no lo he dicho todo: vosotros lo sabeis.

Embebidos los Cristianos en los cuidados y afanes de la vida, ciegos y arrebatados, no pocos, del bullicioso atractivo de los deleites, vicios y pasiones, ni aun de sí mismos se acuerdan. Corriendo de diversion en diversion, de desórden en desórden, y cayendo de abismo en abismo, dejan para los gazmoños y beatas [este es su lenguaje] el hacer obras de Religion. Nunca, ó rarísimas veces se llegan á la sagrada mesa; viven como impíos y bestias, y como bestias mueren: el Espíritu Santo lo dice. Aman al mundo y sus concupiscencias nada mas; no aman á Dios, ni de Dios se acuerdan. ¿Cuál será el resultado? Oidlo, y temblad: *Dico autem vobis, quod nemo virorum illorum, qui vocati*

sunt, gustabit coenam meam. ¡No tendrán el consuelo de recibir los Santos Sacramentos en la hora de la muerte! La experiencia lo acredita; cuasi todos mueren impenitentes; porque la muerte es como la vida.

Ved si os dije con razon que la separacion de la sagrada mesa era prueba de los desórdenes de la vida, de no amar á Dios y de prepararse espontánea y atrozmente la condenacion eterna.

¡Oh! no sucedia asi en los primeros tiempos del critianismo: los fieles comulgaban siempre que se celebraba y asistian al Santo sacrificio de la misa; si despues se resfrió el fervor y disminuyó la piedad, y la Iglesia redujo el precepto, que se vió obligada á dar, á solo las fiestas principales, y en fin á la Pascua, no por eso deja de desear y estimular á que se co-

mulgue con frecuencia, toda vez que se haga con las debidas y santas disposiciones. Dirán los relajados que nuestro siglo y nuestras costumbres son ya otras: lo sé; y es una verdad por desgracia; pero tambien lo es que nosotros como aquellos tenemos la misma Religion, los mismos deberes cristianos y la misma alma. Tambien lo es que nosotros, como los primeros Cristianos, somos llamados al convite sacramental; y que como ellos tendremos la dicha de recibir sus gracias y saludables efectos y aseguraremos nuestra salvacion eterna, si frecuentamos la sagrada mesa. Por el contrario, nosotros, y no ellos, daremos á Dios y á la Iglesia el escándalo de amar menos á este Señor que al mundo, y de interesarnos mas en los desórdenes de una vida fugaz y perecedera, que en las dulcísimas delicias

del alma; y lo que es peor y mas formidable que todo; daremos al Cielo y á la tierra, á los Angeles y á los hombres el triste y espantoso espectáculo de llevar encima el sello de la reprobacion, despues la impenitencia, y para siempre la perdition.

No deis lugar á esto, amados mios; entended, que si dejais y haceis un deber y patrimonio esclusivo de los Cristianos devotos la participacion de la sagrada mesa, espresamente y con determinada voluntad les dejais tambien el Cielo, y lo renunciáis por vuestra parte.

¡No lo permitais, ó mi buen Jesus sacramentado, dulce Padre y pastor de nuestras almas, Apóstol y Pontífice de nuestra confesion, Sacerdote sumo y víctima Santa; hostia purísima, fuego perenne é inestinguible de amor! Trac, impele á todos los Cris-

ñanos, á todos los hombres para que entren á llenar tu celestial casa, y á sentarse en derredor de tu divina mesa, porque á todos los has llamado: *Compelle intrare*. Señor, envia á tus domésticos á las plazas y calles del mundo, á los caminos estraviados, á las trochas y encrucijadas, á esos laberintos, en que estan enredados los mundanos; atraedlos, Señor, dulcemente, y que vengan á gustar la suavidad de tus delicias. Haced que todos nos abrasemos en el fuego de tu divino amor, comamos con fé, devocion y piedad el pan angélico de tu sagrado cuerpo en esta vida y todos los dias de ella, para que fortalecidos y alentados, marchemos á ver tu divino rostro en el monte santo de la gloria. Amen.

J. M. X.



SERMON

**Para la Dominica tercera des-
pues de Pentecostés.**



Inveni ovem meam, quæ pe-
rierat.

He hallado mi oveja perdida.

SAN LUCAS, CAP. 15.

Con solo volver un momento so-
bre sí mismos, y considerar las esce-
nas de ternura y de amor que ostenta
Dios en el Evangelio de hoy, todos
los que no le conocen adorarian en

él su imágen pintada con los mas vivos colores; los que le ofenden con todo género de pecados, abandonarian al instante el camino de la perdicion y todos con la prontitud y sinceridad del hijo pródigo, agoviados con el peso de sus delitos y llenos de rubor, volveríanse al Dios de las misericordias, y fueran por su amor ensalzados en el cercano dia de la visitacion. Hé aquí las reflexiones que naturalmente surgen este dia llamado *domingo de la oveja perdida*. Murmurando los fariseos de que Jesus recibia con agrado y conversaba con los publicanos y pecadores públicos, que impacientes y anhelosos de salvarse le visitaban de todas partes, dieron al Salvador ocasion de proponerles la tierna parábola de la oveja perdida, que el pastor va á buscar con tanto celo, dejando en el aprisco las no-

venta y nueve restantes , que no le daban ya tanto cuidado como el extravío de una sola. Brillan , pues, en el Evangelio de hoy la bondad y misericordia de Dios para con el hombre delincuente , y la confianza que nos inspira , cuando nos previene con tanta dulzura.

Quebrantado de dolor , como el Profeta Rey , el pecador debe llegar humilde al Señor clamando: ¡Dios mío, poned sobre mí vuestros ojos, tended una mirada de compasion, pues hállome destituido de todo socorro; ved Señor mi abatimiento y los males que me oprimen , en justo castigo de mis pecados: grandes son , y sin número mis maldades , conozco toda su enormidad; por tanto, perdonando á un pecador tan grande , se ostentará con mas brillo vuestra inefable misericordia: así levanto mi co-

razon, oh Dios mio, no padezca yo el rubor de verme abandonado. Levantemos, pues, amados fieles, nuestros corazones y nuestras manos al Señor que está en los Cielos, como nos manda el Santo Rey David, en otra parte, manifestándonos cuánta sea la bondad de Dios hácia el pecador, y cuánta debe ser la confianza del hombre en el Padre de las misericordias y Dios de todo consuelo. Siendo la vida del hombre una milicia, una guerra continua y cruel sobre la tierra, y necesarios, por tanto, muchos de los males que le cercan, no le queda otro recurso que humillarse bajo la poderosa mano de Dios, en sentir del Apóstol San Pedro, adorar sus órdenes, obedecer sus voluntades, y someterse á las leyes de su divina providencia. Reconoced, Católicos, prostrados en su presencia, que nada po-

deis sin sus auxilios, que de ellos depende vuestra salvacion, que no tenéis bien alguno que no hayais recibido de su bondad generosa y pura. La vida, el talento, la ciencia, el ingenio los bienes, las fuerzas.... todos son unos puros dones de aquel Dios de amor, que resiste á los soberbios y dá su gracia á los humildes.

¡ Pero qué desgracia ! La conducta del hombre vive en contradiccion con estos sentimientos de un alma naturalmente cristiana. Estamos convencidos de nuestra suma pobreza, ignorancia, defectos y flaquezas; somos humillados sin ser por esto mas humildes: mas es necesario serlo, para ser ensalzados en el terrible dia de la cuenta. Pues que sola la humildad puede aplacar á nuestro Soberano Juez; ella es quien lo desarma; un corazon noble y generoso fácilmente

perdona al delincuente postrado á sus pies. Si Dios, en frase de San Agustín, ha cuidado de nosotros, aun antes que existiésemos, ¿podrá olvidarnos despues que nos ha criado? Si lo hace, siempre será nuestra la culpa, será que no le servimos con fidelidad, y cambiamos el Cielo por la miseria de las cosas mundanas. Los disgustos y los temores, las inquietudes de la vida, son incompatibles con el verdadero fiel que descansa en la divina Providencia, y llena los deberes de Cristiano; es preciso que obremos, dice un gran Santo, como si el suceso dependiera solamente de nuestra industria; y es necesario que contemos con la divina Providencia, como si fuesen inútiles nuestros cuidados. No quiere Dios la muerte, sino la vida del pecador; de lo cual son una prueba clarísima las dos parábolas de la

oveja y de la *dracma* que opone el Salvador á la envidia de los Fariseos. Lección sublime, en que se deja columbrar la misericordia del Señor con los pecadores, que es el objeto de mi discurso. Imploremos antes los auxilios de la gracia, saludando á la Virgen Santísima con el Arcangel.

AVE MARIA.

Inveni ovem meam, quæ perierat.

He hallado mi oveja perdida.

SAN LUCAS, CAP. 15.

Si Jesucristo, en las parábolas del Evangelio de hoy, no conquista el corazón y no inspira sentimientos de gratitud hácia su bondad, con un vivo deseo de mudar de vida, es preciso confesar que el pecador tiene el pecho mas endurecido que Faraon, que la luz de la fé abandonó su entendimiento, y que se ha degradado al nivel de los brutos. ¡Qué rasgos de ternura no nos descubre la parábola de la oveja! El divino pastor, ¡con qué

vigilancia mira por el bien de todas sus ovejas !! provee á todas sus necesidades, vela continuamente sobre su querido rebaño, y por todos los medios posibles procura evitar su extravío; él mismo las conduce á los mejores pastos, y tiene un especial cuidado que el lobo no se acerque á su amada grey: al fin desgraciadamente piérdese una: ¡oh Cielo Santo! ¡Qué inquietud, por ella, ostenta el amoroso pastor! ¡Qué de fatigas no sufre por encontrarla, y volverla á su rebaño! Por una sola, deja las demas, y en hallándola, ¡qué gozo inunda su divino semblante! Lejos de airarse, y echarla delante de sí, en direccion al aprisco, cógela y la pone sobre sus hombros, porque ella no se canse ni sienta el camino. Cargado con ella, entra como en triunfo en el redil, y no contento con hallarla quie-

re que todos sus amigos lo celebren, alegrándose con él.

Ved, Católicos, la hermosa pintura que de sí mismo nos hace el amable Salvador. ¿Hay una imagen mas propia y capaz de inspirarnos la mas dulce confianza? Asi alentaba el Salvador del mundo, con la utilidad de las parábolas á abrazar la aparente severidad de sus preceptos, á los publicanos y pecadores que se acercaban á oírle, traídos por el encanto de su benignidad y agrado. El celo que mostraba por la salvacion del hombre ablandaba los corazones humildes como el Sol la cera, pero endurecia y causaba efectos contrarios en los hipócritas y soberbios, como el lodo que se endurece con los rayos del sol. Si por una parte llenaba de terror á sus oyentes, por otra consolábalos, movíalos ganándolos con tal sua-

vidad que no se cansaban de oírle. En vano los Escribas dolosos ponian en contraste la santidad de Cristo con la perversidad de los públicos pecadores, con el fin de apartarle del objeto primario de su mision sobre la tierra. La indignacion y murmuracion de los Fariseos, dice San Gregorio, nos hacen ver, que así como la verdadera justicia está llena de compasion, la justicia falsa no tiene mas que dureza y acrimonia. No hay un hipócrita que no quiera el estermio de todos los pecadores, y que no descubra un celo impregnado de granizo y de rayos. Tambien los justos, á la vez, se indignan contra los pecadores; empero distinguen el puro celo por la gloria de Dios, del aborto de la soberbia; conocen la diversidad que media entre la ruina y la salvacion de las almas; aborrecen el pecado, pero

aman al pecador, llevando en su corazón la mansedumbre inseparable de la caridad. Mas aquellos miserables, llenos de orgullo, por la falsa opinion de su mérito, desprecian á todos los demas sin tener lástima de la flaqueza de sus hermanos; razon por la que el Divino Salvador opone sin cesar á los Fariseos el maravilloso ejemplo de su mansedumbre oculta con el velo de alguna parábola. Ya comparándose con un pastor que solicitó buscar una ovejuela estraviada, ora con la muger que tan cuidadosa busca la draema que habia perdido; ó bien el padre que lamenta los escesos de un hijo rebelde y libertino, al mismo tiempo que justifica su conducta paternal y divina, llena de oprobio y confusion la envidia y falsa delicadeza de los Fariseos.

¿Quién de vosotros, les dice el

Salvador, si teniendo cien ovejas, pierde una, no deja las noventa y nueve en el desierto, y corre á buscar la perdida sin tomar descanso hasta encontrarla? Esta oveja, dice el grande Agustino, habíase estraviado ella misma, saliéndose del redil; pero no podia volver si la caridad del pastor no la hubiera buscado. No hay un pecador, que no oiga en el fondo de sí mismo, la voz de aquel Dios de bondad, que le llama, que le busca, que le convida y solicita con el fin de devolverle de sus extravíos. Si hay una cosa capaz de alegrar ó entristecer á los Angeles debe ser la conversion de un pecador hácia Dios, ó su pertinacia en el pecado; pues como conocen lo que vale su alma y lo que ha costado, no pueden verlos perderse sin un pesar profundo, así como participan de la alegría de los cielos, cuando escucha



y sigue dócil y humilde la voz del Pastor Divino que la llama. Y á la verdad, ¿quién puede, sin enternecerse y gemir amargamente, ver que se extravía y se pierde un alma cristiana, que ha costado á Jesus toda su sangre preciosa? ¿No se puede conocer á Jesucristo ni creer en sus profundos misterios, sin sentir uno el mas acerbo dolor, al ver el indigno abuso que hacen los malos de su sangre. ¡Oh Dios mio! ¿Qué os importa la conversion de un miserable pecador, para que sea un asunto de tanto gozo para vos y los Angeles? ¿Cómo tan tierno amor y solicitud hácia una vil criatura para que pidaís el parabien por su vuelta á los cortesanos del Cielo? Solo hallo la razon de gracia tan singular en los abismos de vuestra inefable misericordia. ¿Y qué pecador en vista de esto, si no ha perdido del todo la razon y los sen-

timientos religiosos, puede desesperar de convertirse á Dios, por enormes que sean sus delitos? Grande júbilo habrá por un solo pecador que haga penitencia, dícenos el Salvador en un pasage; pero cuenta que segun el aviso de uno de sus Profetas, desde el dia en que el justo hubiere pecado, el Señor no se acordará mas de su justicia, olvidará sus virtudes y buenas obras pasadas. Reflexionemos dice un Santo doctor, hermanos míos, reflexionemos sobre la admirable conducta de la bondad de Dios. Para sostener á los que han caído, los amenaza con el castigo, si llegan á caer; y para que se levanten cuanto antes puedan los que cayeron, les promete si lo hacen su divina misericordia. Atemoriza los primeros, para que la presuncion no empañe el brillo de sus virtudes, y alienta y alhaga los segun-

dos porque el pecado no los arrastre á la desesperacion. Luego el bueno debe pensar siempre en la ira de Dios para no caer; y el malo debe confiar en su misericordia para levantarse.

¿Qué pretextos puede alegar el pecador, despues de unas promesas que le aseguran la felicidad eterna, fundadas en el testimonio infalible de un Dios, si aun no quiere convertirse, ó dilata el momento venturoso de su conversion? ¿Cómo puede justificar una conducta que al par de ingrata, es impía, injusta ó irracional? Poca religion necesita para conocer, el hombre que así vive, el grande peligro en que está de ser eternamente infeliz si persevera en el pecado. Si la luz de la razon, no le abandonó del todo, ¿qué es lo que puede detenerle al borde de un precipicio tan espantoso, cuando se le alarga una ma-

no protectora y única que puede salvarle? ¿Qué es lo que le hace perseverar en pecado mortal, al mismo tiempo que Dios le convida con su amistad? ¿La severidad del supremo juez tan irritado por sus desórdenes y pasados excesos? Pero el mismo Juez, es un Padre amoroso que le anima con el gozo que habrá en la corte celestial por su conversion. ¿Será el terror de los juicios eternos? Empero, si Dios ostenta su furor terrible con el hombre que muere impenitente ó en pecado, no es menos dulce y compasivo con el pobre mortal que detesta sus pecados en vida.

La muerte en pecado, inflama los fuegos eternos, irrita la ira del Señor y arma el brazo de su venganza por toda la eternidad, contra el pecador que muere en su desgracia; al paso que la verdadera conversion y arre-
:

pentimiento sincero, desarman su enojo, escitan su bondad, y hácenle olvidarse de todos sus delitos. ¿Y es posible que aun haya quien dilate su conversion? ¿Quién no conozca otro Dios que sus mezquinas pasiones, que le ciegan con el vapor de los mas negros y falsos placeres, con el desprecio de las leyes divinas y humanas; que le tienen amarrado con las cadenas de los vicios, entre las sombras horribles de la muerte? ¿Es posible que aun haya quien viva y muera en pecado? ¡Oh buen Dios!! Haced en vuestra misericordia infinita, que por mí no pase tan desastrosa desgracia. De hoy para siempre que me concedais la vida, quiero emplearla toda en regocijar el Cielo volviéndome á vos, en una perfecta conversion. Errante habia yo andado, Señor, cual estraviada ovejuela, buscadla y ha-

bladme al corazon , que vuestro humilde siervo os escucha ; tornad al redil esta perdida oveja , que solo en vos pone toda su esperanza.

Si , Cristianos, entre la confusion y desorden del mundo físico, político y moral, ó el hombre se pierde , ó se convierte á su Dios , levantando sus cansados ojos al monte de donde solo pueden venir los auxilios que necesita. Todos los males físicos y todas las criaturas pueden ser los instrumentos de su felicidad, si con la gracia divina, triunfa del mundo, del demonio, y de la concupiscencia, con quienes vive en una interminable guerra. Contemplando el hombre su propia imagen despues de la culpa, no puede menos de temblar á la vista de un cuadro tan melancólico , tan horrible y sombrío. ¿Qué es un hombre, que vemos rápidamente pasar por el teatro del mun-

do , en un siglo que se gloria de profesar el ateismo ? Es el juguete de la fortuna , víctima de sus hermanos , como José , ó el martir de unas pasiones tan viles y crueles , que satisfechas le destruyen , y no satisfechas le desesperan , haciéndole infeliz. La sociedad le oprime , y hácele desgraciado ; la soledad lo abruma y desgarras su corazon ; las riquezas lo agovian con su peso , sin libertarle del fastidio de los goces , ni de las enfermedades , ni de la necesidad del morir ; la pobreza lo aflige y lo desconsuela , pues quitándole toda consideracion á los ojos del mundo , rodéalo de privaciones ; la ignorancia de la niñez espónelo á mil disgustos ; la juventud fogosa le arrastra á mil empresas que no puede lograr ; los desvelos y trabajos de la edad varonil le fatigan ; la vejez enferma y débil , le arrincona pa-

ra no ser la burla y desprecio de todo el mundo; las contradicciones, en fin, las vicisitudes de la fortuna, las enfermedades y los dolores, cercan, afligen y martirizan al hombre, en todas las épocas de la vida, ¿qué medios habrá, pues, para evadir tamaños males? Convertirlos en bienes, como hace un verdadero Cristiano, sacando todo el partido posible que para ello le enseña la *Filosofía* de la *cruz*; esta divina ciencia nos hace mirar como necesaria la tribulacion, y que unos padecimientos indispensables sean los instrumentos que nos labren una corona inmortal.

Viendo el Espiritu Santo los terribles estragos que hizo la culpa en la naturaleza humana, humillaos, dice á los hombres, bajo la mano poderosa de Dios, para que os ensalce en el dia de la visitacion. ¿Y qué es humillarse

bajo la mano de Dios? Es reconocer-
nos acredores á padecer cuantos tra-
bajos quiera el Señor enviar sobre
nosotros, y someterse resignados á lle-
var en perseverante paciencia, cuan-
tos azotes nos envíe para probarnos
y purificarnos de nuestras culpas. Es-
to es lo que debe aprender un Cris-
tiano en la escuela de la cruz. Siendo
todos los hombres culpables é hijos
de un padre criminal, debemos ofre-
cernos á Dios, con ánimo dispuesto
á recibir cuanto de su mano nos ven-
ga; bien seguros de que por mucho
que nos castigue, nunca será tanto
como merecemos. El Señor en su bon-
dad, cual sabio artífice, quiere pulir-
nos con el mayor esmero y delicade-
za, para colocarnos en el edificio que
se construye allá en los Cielos; ¿pero
qué hará de nosotros, si nos resisti-
mos al martillo y cincel de la tribu-

lacion , que son los que aqui nos pulen y preparan ? Nos desechará como inútiles ; porque de nada sirve el oro que no se deja purificar con el agua y con el fuego al sacarlo de la mina ; Importa pues , muy poco el que sean oro nuestras almas , si este oro no se purifica con el fuego de la adversidad y con el agua de la tribulacion. En la hora temible serán desechadas y abatidas por la horrura que las envilece ; empero si nos humillamos bajo la potente diestra del Altísimo , serán ensalzadas ; porque en su final juicio hallarálas dignas de figurar en su gloria con los Angeles. La sirena del placer mundano , viene siempre acompañada del rugiente leon que las cerca para devorarlas ; razon porque nos manda el Señor ser sóbrios y vivir en centinela con nosotros mismos : sóbrios en la paz , porque nuestro co-

razon no se engria , y vigilantes en la tribulacion , porque abatido no se deje seducir.

¿Y cómo pueden los mortales escapar de sus malignas pesquisas? Apoyados en la fé de Jesucristo. Animada por las buenas obras , la fé engendra en nosotros el amor de los bienes eternos , y el temor de los castigos interminables ; ella nos hace amar á nuestro Salvador , que despreciando la ~~confusion~~ confusion y la vergüenza , sostuvo por nosotros la cruz hasta morir , y hácenos temer á Dios bajo cuya mano es horrendo el caer. Los padecimientos graban en el Cristiano la imágen de Jesus: ¿y quién no sufre alguna cosa , por parecerse en algo al inefable Hijo de Dios? Viven , ademas , persuadidos los que padecen por su amor , que su tribulacion momentánea , les producirá un imponderable peso de gloria , co-

•

mo dice San Pablo. El caso es que, los mundanos, pensando huir de los trabajos, viven espuestos á mayores padecimientos que los fieles. Espuestos á los males y tormentos comunes á toda la especie humana, tienen que lidiar contra los males interiores y contra las horribles tormentas que levantan las pasiones en su interior. Viciando y destruyendo las pasiones la organización física de sus esclavos, tanto mas infelices serán estos, cuanto mayor sea su esfuerzo por gozar y libértarse de padecer.

Si, católicos: el mundano gozando se destruye, y padeciendo se deteriora: y el cristiano padeciendo por amor de Jesucristo, goza, y gozando en Dios se perfecciona. Con los padecimientos su espíritu se eleva, su corazón se dilata, su inteligencia crece, su amor estiéndose al nivel de sus tri-

bulaciones, y sus goces y consuelos son imponderables y esceden al alcance humano. Asi perfecciona Dios, y consolida la felicidad de los que *padecen un poco* por su amor. Tan cierto es, que vale mas mil veces el ser afligido y despreciado en la casa del Señor, que no el habitar en los tabernáculos de los pecadores. La fortaleza que dan las tribulaciones á los que padecen por Dios, es de tal calidad y temple que asegura de sí mismo el Apostol que, ni el hambre, ni el fuego, ni la muerte, ni criatura alguna, le podrán separar de la caridad de Cristo. Y esto mismo admírase repetido en la práctica por millones de cristianos fieles.

¿Y qué son las grandezas y honores del siglo sin la virtud sublime, que haciendo al hombre susceptible de las impresiones de la gracia, coró-

nale de méritos, y derrama en su corazón los tesoros de su misericordia? Todo es humo, sombra y nada. La toga, el baston, el talento, la fortuna, la amistad de los grandes, el favor del Monarca, la opulencia y los placeres... dan al mortal un lustre lisongero y brillante que le fascina y deslumbra; pero no pasan de un barniz que cubre un vaso de frágil tierra; no sacan al hombre de la esfera de un flaco y miserable mortal. Toda la grandeza humana viene á ser un puñado de ceniza: no hay Monarca que no descienda desde el trono al sepulcro. Amen de que las pasiones son mas furiosas en la prosperidad y abundancia, que en la medianía y la pobreza; la enfermedad y la muerte nunca respetaron la grandeza. Tanta es la miseria y calamidad del hombre que no se humilla bajo la mano poderosa del Al-

tísimo, que saca los bienes del fondo mismo de los males, y hace de las piedras hijos de Abraham. Todo nos abate en la peregrinacion de la vida humana. Y á falta de otros enemigos, nuestro propio corazon, nuestros sentidos, y nuestro espíritu nos sirven de tiranos. Todo indica que la calma no es fruto de esta vida; que hay una patria esenta de penas y dolores, y que el hombre no tiene sobre la tierra mas herencia que la cruz, y una cruz necesaria; muy ligera si la lleva gustoso, y espantosa si la lleva con impaciencia. Nuestros hermanos esparcidos sobre toda la tierra padecen las mismas tribulaciones y tienen los mismos enemigos que vencer. Mas el cristiano no lidia solo, Jesucristo que es la cabeza de los fieles, pelea con ellos. Cuando toda la Iglesia Católica pelea tan animosa y esforzada contra

todo el poder del abismo y del siglo, no es justo que sus hijos vivan en la mas completa y deplorable inaccion. Es injusto, irracional que estando la cabeza coronada toda de aceradas y crueles espinas, se presenten los miembros coronados de rosas.

El cristianismo no quiere almas cobardes. No quiere transicion ni treguas con unos enemigos que le roban los cuerpos y las almas. Por eso el Apostol San Pedro nos manda vivir alerta, como que estamos en peligro hasta la muerte, y toda la tierra que pisamos es un país enemigo. El Cielo solo es la corona de los victoriosos. Las pasiones y tentaciones de la carne, como que nacen en nuestro propio terreno, son los enemigos mas peligrosos, que se vencen solo con la cruz; lo peor es que nuestro mismo corazon nos engaña miserablemente;

y como nuestros sentidos estan de inteligencia con las pasiones, de aqui es la necesidad de pelear contra nosotros mismos. Pero, Dios, autor de toda gracia, que nos llamó en Jesucristo á su eterna Gloria, hará nos perfectos, firmes, incontrastables; apesar de todos nuestros enemigos visibles é invisibles.

¿Qué han logrado el demonio y el mundo de tantas y tan crueles persecuciones como suscitaron contra los fieles desde los primeros dias del cristianismo? El ser cubiertos de oprobio, vencidos y derrotados. Desde el matador de Abel hasta los asesinos del último martir, nada se ve mas claro en toda la historia de la especie humana que la virtud ostigada por el crimen, y la verdad perseguida por el error: Bien que esa política sin Dios, se haya ensañado contra la Iglesia

y contra sus ministros, la mano de Dios, el odio y la execracion general han caido sobre todos sus perseguidores. Es porque los profesores del cristianismo ostentan á la faz del mundo altos ejemplos de fidelidad, como los mejores ciudadanos, como los mas esforzados y valientes, como los mas escogidos de toda la sociedad. Apoderándose la impiedad y el error de la política, de la literatura, y de las artes, no han dejado un dia de ponerles maquinaciones y lazos para perderlos. Calumnias, ultrajes, pinturas obscenas, los mas negros colores, todas las máquinas del infierno y del siglo se pusieron en movimiento contra los sacerdotes y los verdaderos cristianos, todo parece se ha conjurado contra los adoradores de Jesucristo, y eso que todo lo bueno y todo lo bello relativo á la ilustracion

humana se debe al cristianismo. Sin embargo, animados los fieles, y confiados en la promesa del Señor, cifran su gloria en padecer por Jesucristo, en el ejercicio de todas las virtudes cristianas, y no cesan de publicar la bondad y compasion del Divino y amoroso Pastor, que siendo nosotros las ovejas extraviadas de su rebaño, nos buscará volviéndonos al redil, fuera del cual no hay salvacion. A él, por tanto, sea la Gloria y el imperio por los siglos de los siglos. Amen.

D. II.





SERMON.

**para la cuarta Dominica des-
pues de Pentecostés.**



Relictis omnibus secuti sunt
eum.

*Abandonando todas las cosas se-
guieron á Jesus.*

SAN LUCAS , CAP. 9 ,

La milagrosa pesca, que, segun el Evangelio de este dia, hizo Simon Pedro en nombre del Salvador, es un testimonio público y solemne, de que

los sentimientos humildes siempre son agradables á Dios. Nada nos acerca tanto á Jesucristo, como la sincera confesion que hacemos de ser indignos de las finezas de su amor. San Pedro en vista del milagro que acaba de obrar el Divino Maestro, repútase indigno de comparecer en su presencia; y el Centurion no se creia digno de recibirlo en su casa. De aqui toda su grandeza y su gloria. Tan cierto es, que ninguna cosa gana tanto el corazon de Dios, como la humildad. El terror y el asombro apoderóse de los Apóstoles en presencia del prodigio; cuando Jesus acercándose los serenó, y dijo á Pedro: no temas; desde hoy ya no será tu profesion la de coger los peces, sino los hombres. La pesca material que hizo aqui San Pedro era símbolo del ministerio apostólico-espiritual, á que fuera elevado

por el Hijo de Dios. Desde el feliz momento de su vocacion , no dejaron ya jamás á su amoroso Maestro , Pedro, Andres , Juan y Santiago , antes bien dejáronlo todo por seguirle; *relictis omnibus secuti sunt eum*. Hasta este tiempo, aunque los Apóstoles habian abrazado la doctrina de Jesucristo , y habiánse declarado sus discípulos , aun no habian renunciado á todo lo que poseian , no habian dejado sus casas, sus redes , sus barcas , sus negocios ordinarios ; mas en esta tercera y última vocacion , fué cuando lo dejaron todo , para seguir inseparable y únicamente á Jesucristo.

No menos admirable y consoladora para nosotros , por lo que figura, es la escena que hoy ofrece á los ojos del mundo el mar de Tiberiades: despues de haber corrido el Salvador la Judea , Galilea , Decápolis , y los pue-

blos al otro lado del Jordan , haciendo bien , y una multitud de maravillas , viendo que se aumentaba tanto el número de los creyentes , que cercándole por todas partes no le dejaban descansar , entrándose en la barca de Pedro que era una de las dos que estaban en la orilla, se puso á enseñar al pueblo. No fuera sin misterio, el haber elegido Jesus, de las dos barcas , la que era de Simon. ¿Qué otra cosa , dice San Gregorio , significa la barca de Pedro , á donde sube Jesucristo para enseñar al pueblo , sino la Iglesia que debe encomendarse al cuidado de Pedro? En sola esta Iglesia encomendada á Pedro y sus sucesores, nos instruye Jesucristo: esta es la pura fuente donde bebemos la verdad, sin mezcla ; fuera de esta barca todo es peligros , todo naufragios ; fuera de esta Iglesia no hay salvacion. ¡Cuán-

los misterios en una sola accion de Jesus!

Entra mas adentro, dícele á Pedro, y soltad las redes para pescar, indicándoles que no era la Judea, figurada en la orilla de aquel Lago, el teatro de las conquistas mas gloriosas del Evangelio; el punto donde se prometia una pesca mas abundante y maravillosa era en alta mar; esto es, que la fé de Jesucristo habia de triunfar de todo el Universo, colocando su victorioso estandarte en medio de las naciones. Al mismo tiempo que se castigaba la dureza de los hebreos, habíase de aumentar el reino de Dios con la conversion de los gentiles, como lo dijeron á los judios San Pablo y San Bernabé, cuando en castigo de su ingratitud los abandonaron. Todo es luminoso, interesante, instructivo en esta misteriosa pesca. Maestro, hé-

monos fatigado toda la noche, y nada hemos cogido, dice Pedro á Jesus; sin embargo, aunque naturalmente no debíamos esperar por el día una mas feliz suerte, fiado en tu palabra voy á echar la red. Aquí vemos amados oyentes, como la fé de Pedro aunque débil aun pudo para con él mas que la razon y la esperiencia por lo que mereció un resultado muy feliz. Apenas habia echado la red cuando se llenó de tantos peces que fuéle necesario llamar en su auxilio los demas compañeros para sacarla á la orilla. Pescando, por su propio querer toda la noche, entre sudores y afanes, nada cogieron; y solo en una ocasion que tienden la red en nombre de Jesucristo cogieron los bastantes para llenar las dos barcas. Cuando el que trabaja es el hombre solo; cuando solo busca su propio interés y no la gloria

del Señor; cuando se dá principio al ministerio pastoral, sin mision, sin órden, sin el espíritu de Dios; todos los afanes y trabajos quedan vanos, y sin fruto. Con este motivo es mi ánimo el probar que debemos dejarlo todo y seguir á Jesucristo por la recompensa que ha de coronar nuestra fé. Nada podemos por nosotros mismos; mas todo lo podremos con los auxilios del Espíritu Santo, por la intercesion de Nuestra Señora saludándola con el Angel.

AVE MARIA.

Relictis omnibus secuti sunt
eum.

*Abandonando todas las cosas si-
guieron á Jesus.*

SAN LUCAS, CAP. 9.

El hombre no fue hecho sino para Dios; tan elevado es nuestro fin. Dios no ha podido formarnos sino para sí; pues cualquiera otro fin diverso, es incapaz de satisfacernos; sobre este punto solo tenemos que consultar al corazón. Dios solo es el centro de nuestro descanso; fuera de este centro nuestro corazón está en agitacion continua. Nada puede sobre la tierra satisfacer la propension natural, esa pasión estre-

mada que todo mortal tiene de ser feliz. Seis mil años ha que los hombres se afanan y trabajan por ser felices; empero, ninguno hasta hoy ha podido hallar una quietud llena que fije todos los deseos humanos. Siempre resulta un vacío inmenso, que todos los seres de la creación no pueden llenar. No habiendo sido hecho el hombre para ellos, es preciso que se eleve hasta Dios, y desde el momento que marcha por un camino tan seguro, comienza á sentir en sí mismo una paz y una dulzura que nunca en otra parte ha podido hallar; señal inequívoca y evidente de que Dios es su fin, y centro de su descanso.

Sí, hermanos míos: solo en el Cielo se halla este pleno reposo, esta completa felicidad por la que naturalmente suspira el hombre; aunque la mayor parte de los mortales no co-

nocen donde está el centro de su descanso.

Los judios eran los únicos que lo conocian. Los demas pueblos puédese decir que lo deseaban sin saber donde estaba. Jesucristo vino á enseñárselo á todas las naciones de la tierra. Este descanso eterno, este innato deseo de la felicidad, cuya mansion estaba cerrada por la culpa del primer hombre, es lo que mueve á los Apóstoles á seguir á Jesucristo con un amor tan vivo y generoso, que ni el padre, ni la madre, ni la esposa, ni los hermanos, ni la vida, ni la muerte, ni los tormentos podrán separarlos ya de la caridad que abrasa sus corazones. Esto les hace gemir por el gran deseo que tienen de dejar este destierro, y entrar en la posesion de la Gloria celestial, de la que el Maestro Divino habiales hecho concebir tan alta idea.

Cuanto mas ilustrado está uno con las luces de la fé, y su amor á Jesucristo es mas ardiente, tanto mas suspira por la celestial Jerusalem. «Deseo ardientemente salir de esta vida y estar con Jesucristo,» esclama San Pablo, y con él todos los verdaderos fieles.

Todos desean y suspiran por esta dicha interminable: empero muy pocos la consiguen. ¿Por qué? Por no elegir el camino y los medios que conducen á ella. *Venit et sequere me*, dícenos el amantísimo Redentor Jesus; venid y seguidme, venid á mí los que os halláis agoviados con el peso de la tribulacion, que yo os aliviaré: yo soy el camino, la verdad y la vida. No se salvará el que no siga á Jesucristo, y no puede seguirle el que por su amor no deja todos los afectos mundanos que le son mas dulces. No se salvará el que no sea su discípulo,

y no podrá serlo, el que por amar á Dios no se aborrezca á sí mismo, privándose de todas las cosas que puedan alejarle del sumo bien, ¿qué decimos á esto? ¿Hay entre nosotros muchos discípulos de Jesus? ¡Oh lamentable desgracia! El amor de la carne y de la sangre, y el amor propio, las pasiones y todos los vicios, tienen en nuestros corazones el lugar de Jesucristo; todo lo amamos menos la virtud y la ley divina, el pecado que produce la muerte eterna ocupa los pechos cristianos, que debía llenar la Divina gracia, que es la fuente de la vida; el vicio y las pasiones han helado los corazones, que debían estar encendidos por la caridad, y adornados con todo género de virtudes. ¿Y luego queremos pasar por Cristianos? ¡Qué ceguedad! Los apóstatas confundirse con los fieles! Esta in-

tame conducta es la de muchos Cristianos del día, que con inaudita impiedad colocan el arca del testamento junto al ídolo de Dagou. ¡Qué oprobio! Ya perdieron la fé, si la comparamos con sus acciones. Nada hacen de todo lo que prometen. Sus acciones desmienten visiblemente la profesión de su fé. No hay otro Dios para ellos que la ambicion, los vicios, y las viles pasiones, único ídolo á quien sacrifican su bien, su reposo, sus intereses y su salvacion, véndese al demonio, por un placer mezquino, la propiedad de Dios, ¡qué horror!! ¿Y osan llamarse discípulos de Jesucristo, coronándose de rosas, cuando la corona del Divino Maestro son crueles espinas? ¿Solo buscan lo que halaga sus sentidos y concupiscencia, cebando sus pasiones, y hacen alarde de seguir la ley que observan los disci-

pulos de la cruz? ; Insensatos! ¿Hasta cuándo pensareis que á un tiempo se puede servir á dos Señores? Solo á un corazon pervertido podrán seducir tantas ilusiones.

Dios y la razon nos aseguran, que no será coronado sino el que pelear con valor; no aguarde corona alguna en la eternidad el que sin combate déjase ir á los cenagales de la lujuria, á los abismos de la injusticia, á los torbellinos del placer, y á la sima de la desesperacion. El afeminado, soberbio, voluptuoso y cobarde, estremécese á la sola vista de la cruz, de modo que se deja vencer, amarrar y sacar los ojos sin trabajo alguno por parte de los enemigos, como el infeliz Sanson, y estos vienen á ser sus mas fieros verdugos. Cuán diversa es la suerte de los que siguen á Jesucristo con el desprendimiento de los Após-

toles. Ahora gimen y padecen en el tiempo; mas al fin les aguarda una corona inmortal. En el día del Señor serán ensalzados y felices los que hoy vemos arrastrando, hechos el escarnio del mundo. Todos los que el Señor en su bondad ha llamado al alto destino de herederos de su gloria, tienen que sufrir y sufren cuanto de mas terrible pueda echarles encima el mundo; cuanto de mas amargo puede hacerles beber el demonio, y cuanto de mas espinoso puede hacerles sentir su carne. Mas la gracia de Jesucristo los consuela y fortifica, los anima y los regala, y con la fuerza que les dá, resisten, vencen; y purificadas con el fuego de los padecimientos, nacen sus almas para la inmortalidad. Asi los mártires gloriosos, los esforzados confesores, las pacientes y delicadas Vírgenes, domaron sus pasio-

nes, se abstuvieron de malos deseos, resistieron á los tiranos de sus conciencias, opusieronse á la corrupcion del mundo, toleraron los tormentos, hiciéronse superiores á la miseria, al hambre, á la desnudez; y por medio de estos dolores sufridos con alegre constancia por Jesucristo, acrecieron las gloriosas estolas que hoy los inmortalizan en la patria de los justos. Sentian, aun mas que los tormentos, el que no se abreviase el término de su peregrinacion sobre una tierra de dolores y de llanto. Su corazon enamorado de las bellezas de la patria celestial, hacíales padecer y suspirar por ellas, en tanto que se retardaba el momento de gozarlas. Martirio, á la verdad, muy doloroso para ellos, que les obligaba á esclamar con el Apóstol ¿quién me librará de este cuerpo de muerte? Y con el real Profeta

¿quién me dará alas de paloma y volaré y descansaré? Descando, mi alma desfallece al contemplar los tabernáculos del Señor.

¿Y cuánto no crecerá este deseo del eterno descanso, si tendemos la vista por las miserias de la vida humana? Las aflicciones del cuerpo y del espíritu, son el amargo fruto de todas las estaciones y terrenos en este valle de lágrimas. Los mas bellos dias oscurécense con el velo de la niebla; no hay edad, estado ni condicion que disfrute una calma durable. El esplendor y abundancia que rodea los grandes del siglo, ¿hacen acaso sus dias mas serenos? ¿Su espíritu está mas tranquilo? ¿Tienen menos enfermedades que el mas miserable de los hombres, ó son menos despedazados por el furor de las pasiones? Las inquietudes, las zozobras, las dolencias,

los temores y pesadumbres, no respetan ni la grandeza, ni la magestad del trono; y es bien seguro que á ser visibles las tribulaciones del espíritu y del corazón humano, lo que á los ojos del mundo parece un objeto envidiable, seríanos motivo de compasión.

No hay pues que pensar el ponernos al abrigo de las aflicciones, sino solo en dirigir las bien, convirtiéndolas en nuestro provecho. El secreto para conseguirlo es poner en paralelo la brevedad momentánea de su duración, con la eternidad de gloria que ha de ser la recompensa del buen uso que se hace de ellas. Pero no: no hay proporcion alguna entre las humillaciones, penas, adversidades, y cruces de esta vida, y la eternidad venturosa, la felicidad pura, inalterable y llena, la corona inmarcesible pro-

metida á los que padecen con espíritu cristiano. ¡Oh qué distancia inmensa las separa!! En esta vida, oyentes míos, las aficiones no caen sobre nosotros, sino gota á gota; cuando por toda la eternidad estaremos como sumergidos ó anegados, digámoslo así, en un torrente de delicias, lo que parece tener de algun modo semejanza con la vida de los peces en los abismos del mar. En la tierra disminuyen las aflicciones con los días y horas de la vida del hombre: mas en el Cielo, en cada instante gózase toda la eternidad. Aquí finalmente, suaviza el Señor la dureza de los trabajos, con la unción de su divina gracia; y en la patria celestial, en frase del Profeta, en cada momento seremos embriagados por Dios con su propia felicidad. ¡Ay del pecador que no quiere padecer, ni se entristece an-

helando por el momento de ser feliz en Dios! ¿Cómo quiere lograr esta dicha, si por un lado no la desea y por otro huye de ella? ¿Qué ha de esperar el que no llora víctima de la injusticia, ni gime deseando el reino de la justicia? Apegado á esta vida y aficionado á sus goces; desentendido de cuanto dice relacion á la otra, ó caminando por sendas que alejan de ella, ¡oh desgracia! Cuando por fuerza le arranquen de aquí, veráse conducido allí como una víctima que á remolque lleva la justicia eterna á donde no quiere ir.

No cabe duda en esto, Católicos, si recordamos la contestacion que dió el Salvador á la madre de los hijos del Zebedeo; en ella vemos que la cruz es lo único que puede salvar al hombre. El mismo dueño de la gloria padeció porque así convenia que entrá-

ra en el Cielo; y los primeros que llamó á coger los frutos de su redención, fueron todos en pos del divino Maestro cargados con su cruz; todos bebieron su mismo cáliz, gimiendo sin descanso alguno por ver el término de su peregrinacion sobre la tierra. Y á la verdad, hermanos míos, ¿cómo se ha de creer ninguno exento de gemir para salvarse, si gimieron y suspiraron los que el espíritu de Dios llenó de sus dones, dulzura y consuelos, cuando por primera vez bajó sobre la tierra? Y bien ahora; si ellos gimieron porque aun no podían gozar de lleno la hermosura^a inefable del Señor, cuya presencia embriagaba sus corazones, ¿qué no debes tú hacer, ó hombre, que te llamas discípulo y hermano de Jesús? Tú, ¿qué tan distante estás de tu Dios, como de la perfeccion cristiana? Su miseri-

cordia te ha merecido la adopcion de hijo de Dios; empero, ¿has procurado conservar con esmero los títulos y derechos que te ha dado su adopcion? ¡Oh dolor! Pecaste y todos los has perdido: tu afeminacion, tu negligencia, tu criminal abandono, te privaron de su amistad, te han hecho su mayor enemigo, y tan desemejante á Jesus crucificado, que apenas se conoce en tí rasgo alguno del carácter que distingue á sus hermanos: y en tan lamentable situacion tienes una doble necesidad de padecer y gemir: de padecer para que se borre en tí lo que tienes de terreno: y de gemir, para que te se conceda lo que te falta de celestial, dice un insigne escritor contemporáneo.

Dice San Pablo que dará Dios la corona de justicia á los que desean y aman su venida, esto es, á los que

suspiran por verse redimidos de su cuerpo; á tí te toca ver ahora si te hallas en el caso de optar á esa corona; ó si por el contrario te hace indigno de ella, ese amor escesivo que tienes á vivir en este mundo, y esa sed de placeres que arrastra á tantos desórdenes á los mundanos. Con que, si conoces que el sensualismo te priva de la corona; que los vicios te alejan del Cielo que solo ganan los valientes, no hay medio; ó muda enteramente las costumbres, ó deja de llamarte Cristiano, engañándote á tí, y queriendo engañar al mundo. El Cristiano digno de ese nombre, sigue decidido y animoso las huellas de su Divino Maestro Jesucristo; porque sabe que no son condignas todas las pasiones de la vida humana, á la consecucion de la Gloria que se nos promete en el Cielo; y apoyado en Dios, avanza denodado,

hasta lograr el premio destinado á los fieles y constantes discípulos de la cruz. De ahí el que mortifique sus potencias y sentidos, crucificando á la carne con todos sus actos y deseos, de ahí la paciencia con que sufre las cruces y trabajos que vengan sobre él, pues cuanto mas humillado sea su cuerpo, tanto mas débiles serán los combates del enemigo.

Este es el camino del Cielo: locura es presumir entrar en él por otro. Atorméntese cuanto quiera el entendimiento humano por hallar interpretaciones favorables al amor propio: todos sus artificios y sutilezas solo servirán para echarle polvo en los ojos. Nuestra ley es el Evangelio: no hay otra regla de conducta que sus máximas: ninguna clase ni condicion está exenta de observarlas. A ninguno de los mortales se ha conce-

dido privilegio en contrario. Siendo, pues, el Evangelio la única regla de nuestra vida, ¿qué camino llevan aquellos cuya conducta es tan opuesta á las máximas de Jesucristo? ¿Hay por ventura muchos, cuyas costumbres y dictámenes marchen de acuerdo con estas santas máximas? La concupiscencia es de todas las edades; la inclinacion á los deleites anticipase al uso de la razon; las pasiones reinan con despotismo y fiereza, en todos los estados. Cotéjase con el Evangelio la profanidad, la delicadeza, el aire voluptuoso, y los pasatiempos de las mugeres en grande número; compárense con esta regla divina la usura, ambicion, codicia y libertinage de la mayor parte de los hombres. ¡Dios mio! ¡Qué desproporcion tan enorme, qué monstruosa contrariedad! Y no obstante, esas mugeres lúbricas y di-

sipadas , y esos hombres esclavos de sus viles pasiones , son de la Religion de Jesucristo ! Esperan el mismo salario que los mas laboriosos obreros ! Creen en el mismo Evangelio !

¿Puede darse mas vergonzosa contradiccion de las costumbres con la fé y la esperanza ? Ello es realmente un misterio de iniquidad , pero comprensible . A tal perversidad solo corresponde una fé desmayada y moribunda , una esperanza en el momento de su agonia . Si las obras son el garante de la fé , ¿quién estrañará que la heregia haga tantos progresos ; ni que tenga tantos parciales el error ; ni que sea tan corto el número de los que dejan todas las cosas por seguir á Jesucristo ? Tan cierto es , por desgracia , que son infinitos los que gimen bajo el yugo afrentoso de las pasiones , y los que

son deslumbrados por el falso brillo de los placeres. ¿Qué mal hay en el mundo, que no venga de tan ponzoñoso origen? Molestas inquietudes, deseos insaciables, disgustos sin término, turbacion de las familias, guerras en los estados, choque fiero en los partidos, injusticias, pleitos, querellas, violencias, crímenes, cismas, heregías, venganzas, sacrilegios, todas las calamidades que cubren la tierra de luto y de amargura, son el fruto de las pasiones, de los vicios, del olvido de Dios, del desprecio de sus divinas leyes; son la consecuencia de no abandonarlo todo por seguir á Jesucristo.

Sin embargo, tal es la insensatez del hombre, que, cercado y oprimido de tantos y tan crueles enemigos que le arrastran hasta precipitarle en la última desgracia, aun desde-

ña el acogerse al áncora única de su salvacion, cual es la cruz.

No hay otro medio. No es dado vivir al hombre sin trabajos ni pesares. Mas en la escuela de Jesucristo aprende el hombre á sacar el placer y el descanso del fondo mismo de sus penas, que es la suma del saber ó el *belló ideal* de la filosofía. Las riquezas, los honores, los placeres, ó cuando mas, una brutal indiferencia, eran la corona que la filosofía pagana reservaba á los trabajos de los hombres. Es decir, recompensaba unos trabajos con otros mayores; razon porque Tertuliano decia que los filósofos antiguos solo llevaban el nombre de tales, mientras que los Cristianos poseian la realidad. Los Estóicos creíanse los mas sabios de los mortales, pensando convertir á los hombres en piedras; los Cínicos teníanlos por fe-

lices igualándolos á los perros; los Epicúreos á los cerdos; y todos los demas filósofos hacian consistir el *sumo bien* en un modo de ser incomprendible á ellos mismos. ¡Cuántos errores!! Las riquezas pesan cuando se poseen; y cuando se empiezan á gozar es forzoso dejarlas: los honores traen consigo graves cuidados, y penden de la voluntad ó capricho del hombre. Los placeres, en realidad, no son mas que tormentos. No queda, pues, cosa alguna que indemnice al hombre de sus trabajos, sino el placer y contento del alma que los supera; y la esperanza de un feliz porvenir que hace tenerlos en poco. Y esto, ¿qué filosofía sino la de la cruz puede proporcionarlo y enseñarnos á conseguirlo? En sus manos está la suerte del hombre, y deseando su verdadera felicidad, dice á todos los mortales,

que las penas y los trabajos posibles de la vida humana , son muy inferiores á la gloria venidera que se revelará en nosotros. Conoce á fondo lo que aquí puede afligir al hombre; y compensando sus males con los bienes que se nos prometen en el Cielo, quedan aquellos reducidos á la nada, en vista de lo que allí debemos gozar. La vida parece un soplo respecto de la eternidad: luego los males del tiempo , por graves que nos parezcan, decirse puede que nada son, considerando con inefables bienes , que, renunciándolo todo por Jesucristo, nos aguardan en las eternas mansiones de la gloria. Amen.

D. II.



SERMON

**para la Dominica quinta des-
pues de Pentecostés.**



Nisi abundaverit justitia vestra
plusquam Scribarum et Phariseo-
rum, non intrabitis in regnum
celorum.

*Si no abundare vuestra justicia
mas que la de los Escribas y Fari-
seos, no entrareis en el reino de los
Cielos.*

En el Evangelio de SAN MATEO, CAP. 5.º V. 20.

Los que no conocen la Religion católica, no la pueden apreciar; los que no la estudian, no la pueden comprender; y los que no la comprenden, la difaman, persiguen y desacre-

ditan. Pero los que hacen por examinar su doctrina, por estudiar sus leyes, y por ver con ojo atento y reflexivo, su moral y purísimas costumbres, no pueden menos de admirarla, de tributarle respetos y adoraciones, y tenerla como el legado mas precioso de la divinidad en favor del mundo.

Cuando nuestro buen Dios, compadecido de la desgracia y miseria del género humano quiso remediarlo por sí mismo; y para llegar por medios ordinarios á este sublime fin, escogió de entre la inmensa pluralidad de pueblos, uno de ellos, á quien hizo heredero de las promesas de su propia reparacion, se puso á su cabeza por legislador, Rey y caudillo. Pero este pueblo era carnal y estúpido, y así, mirando su condicion y carácter le dió leyes que, en parte le fuesen moralizando, y en parte le contem-

plasen su natural fiereza , hasta que llegase el tiempo de hacer á los hombres de lleno, en toda la estension de sus verdaderos deberes, espirituales, y aun en toda la plenitud de mútuas obligaciones que la ley natural les impone entre sí mismos.

Concretémonos al punto mas culminante del Evangelio de este dia , y veremos aplicadas y desenvueltas estas ideas generales. En la ley de Moyses estaba prohibido al pueblo el atroz crimen del homicidio ; porque lo ha estado siempre en el decálogo y en la ley natural. Pero nada decia la ley acerca de la ira , de los deseos de hacer mal , de la cólera é iracundia, de los pensamientos de venganza, ni aun de las palabras ofensivas , insultantes é injuriosas: porque esto era superior y mas perfecto que lo que podian dar de sí los hábitos feroces de aquel pue-

blo. En esta materia, aunque la ley era divina en su origen, tenía muchos puntos de contacto con las condiciones y caracteres de las leyes humanas. Las leyes humanas, pues, se dirigen á los actos públicos y exteriores; su imperio acaba allí en donde empieza el dominio indefinido de la conciencia. Y Dios queria perfeccionar á los hombres, cortando de raiz y sofocando en su origen la semilla destructora que propagaba los desórdenes, rectificando para conseguirlo en la conciencia y en el corazon los sentimientos interiores. Por eso en la ley perfecta, toda espiritual y divina del Evangelio, manifestó que ya exigia de los hombres mucho mas de lo que se habia exigido antes. Habcis oido; «les dice, que á los antiguos se mandaba no matar, y que el que matase seria reo en el juicio. Pues yo os

digo que todo el que se irrite contra su hermano , será reo en juicio..... porque sino abunda vuestra justicia mas que la de los Escribas y Fariseos, no entrareis en el reino de los Cielos.» Los Escribas y Fariseos , decia tácitamente Jesucristo , se glorían de observar la ley en público ; yo quiero que aun la observeis vosotros en secreto, en vuestra conciencia, en vuestro corazon. No prohibo solo el homicidio , sino aun el pensamiento de cometerlo , la irritacion interior contra el prójimo , y hasta las palabras que puedan ofenderle ; y lo prohibo todo con pena de muerte eterna ; porque vuestra justicia debe ser mas perfecta que la de aquellos.

Ved ya , señores , por este lado, justificada la Religion de Jesucristo. Sus ventajas y perfeccion sobre la ley de Moyses y sobre todas las legislacio-

nes humanas, estan patentes. Yo quiero hoy, con este motivo, ocupar vuestra atencion en la utilidad que nos resulta á nosotros mismos y á la sociedad entera del mandamiento contra la ira que nos impone el Evangelio. Para fijar y que se entienda claramente mi pensamiento digo que:

La ira y ofensa, aunque sea con el pensamiento, contra el prójimo, nos causa los mayores males: primera parte. La ira y las ofensas, en el mismo sentido, destruyen la sociedad: segunda parte.

De aqui se deducirá naturalmente la conveniencia de observar la perfeccion del precepto evangélico.

Para entrar en materia pidamos la gracia del espíritu divino, saludando á la Virgen.

AVE MARIA.

Nisi abundaverit justitia vestra plusquam Scribarum et Pharisaeorum, non intrabitis in regnum coelorum.

Si no abundare vuestra justicia mas que la de los Escribas y Fariseos, no entrareis en el reino de los Cielos.

En el Evangelio de SAN MATEO, CAP. 5.º v. 20.

La Religion católica tiene á Dios por legislador, juez y Soberano á su cabeza; por eso, á diferencia de todas las sociedades humanas, su imperio es el de las almas, el de las conciencias. Quiero repetir esta verdad eterna, porque en ella se fundan las reflexiones de mayor peso que hemos de hacer.

Pecadores, vosotros que habeis ofendido á Dios, tantas y tantas veces, y por tantos y tantos modos como sabeis; que allá á solas consultabais azorados, y aun recelabais de las paredes por si tenian ojos, tened entendido que Dios os veia y os ve. En vuestros pensamientos, direis con los impíos de que nos habla la Escritura y retrata San Agustin, *quis nos videbit* ¿quién nos verá? ¿Quién? Dios os ve, pues ningun pensamiento se le oculta: *nulla ei latet cogitatio*! Cuando concebis pensamientos de venganza, cuando os agitan los movimientos de la ira, ó la soberbia, cuando formais juicios estraviados y perversos contra vuestro hermano, os parece que no pecáis. Pues este es un engaño: pecáis contra Dios, que todo lo ve, lo sabe y lo presencia. ¿Te parece, añade el mismo San Agustin, que cuan-

do aborreces á tu enemigo, en tu corazon, en nada has faltado? Pues has aborrecido á tu hermano, y haces como que lo ignoras: *in hominem pecavi*: yo no he pecado mas que contra un hombre decis: *sí ¡in hominem pecasti!* sí, pero Dios te lo prohíbe; Dios lo hizo á su semejanza, es un Hijo suyo! y es natural, muy propio en los padres tomar por tuyas las ofensas que se hacen á sus hijos.

¿Os parece que la vista de Dios es tan corta que no ve hasta los mas ocultos senos del corazon humano, y que su Santa Ley es tan impotente como las de los hombres? Ah! no; al presente evitarcis la animadversion de los jueces del mundo, pero hay un Dios, cuya justicia no podréis burlar ni huir vivos, ni muertos: preguntadlo al anciano Eleazaro. Hay un Dios que ha de encontrar pravedad en sus

Angeles, y manchas que purificar en los Cielos, y cuya mano pesada se deja sentir terrible hasta sobre los que se tienen por justos; preguntadlo al Santo Job. Hay un Dios que á todo está presente, que en todas partes se halla por su inmensidad; si subis al Cielo está allí, si descendéis al infierno, os encontrareis con él; si tomáis alas de pájaro y os trasladais al otro lado del mar, su mano será la que os lleve: preguntadlo á David.

Cristianos ¿os amareis á vosotros mismos? ¿Estimais en algo vuestra propia alma? Pues tened siempre en el corazon este sentimiento; no olvidéis estas verdades. Todas las consideraciones humanas son de escaso valor é importancia, cuando se trata del interesante negocio de la salvacion; y un solo pensamiento estraviado basta para aventurarla. No es, pues, escu-

sa valedera, ni pretesto que salve en el juicio divino, la ineficacia y nulidad de un pensamiento oculto, cuando no se pasa adelante; porque además del sofisma que entraña esa salida, es cuasi imposible que deje de producir dañosos efectos ese mismo pensamiento. Nuestros primeros padres, antes de ser publicamente rebeldes á Dios é inobedientes á su mandato, pecaron en lo oculto de su corazón con los pensamientos de soberbia, ambición y curiosidad punible; aunque no hubieran comido la fruta vedada, ya habían ofendido á Dios con el deseo y el pensamiento; y aunque nosotros no pongamos nunca en práctica los ocultos deseos y movimientos de la ira y otras pasiones, el mal queda consumado ante Dios en el consentimiento, y seremos por él condenados en su presencia. Luego los efectos

perjudiciales estan causados contra nosotros mismos.

Pero prescíndase, si es debido, de las consideraciones de la ofensa divina, del juicio de Dios y de nuestra alma, que á todo es responsable. El íntimo comercio de esta con el cuerpo material y con todas las afeciones de la vida, influye de tal suerte y le comunica sus pasiones, movimientos y resultados, que lo hacen sufrir crueles tormentos, y aun á veces comprometen su salud y existencia.

Vulgaricemos esta idea. ¿Qué tiene ese sujeto se pregunta? ¿Qué padece? De qué ha muerto tal ó cuál persona? Ha tenido un disgusto... sufrió una irritacion... se incomodó... No hay cosa mas comun en la sociedad que este diálogo. Pero el cuerpo material no es el que se disgusta, irrita

é incomoda; es el alma; el disgusto, la ira y la incomodidad son pasiones suyas; los estragos en la alteracion de la salud, ella los causa al cuerpo. ¿Veis un volcan tranquilo, que no arroja sus labas de tiempo en tiempo? Entonces es mas temible. Acercaos al cráter del Vesubio, del Etna, del Chimborazo, del Dovalargiri, ó de otro de los muchos que hay en el globo; si no vomitan piedras encendidas ó cenizas calcinadas, oireis un fragor sordo y terrible, sentireis un movimiento oscilatorio, un terremoto bajo vuestros pies, que amenaza y presagia la próxima y destructora explosion. Asi la ira, la irritacion y venganza, comprimidas en el seno oculto del corazon humano, cuando estan aprisionadas por las circunstancias, el bien parecer, el miedo ó la oportunidad, sus furores descargan sacu-

didias espantosas contra el mismo individuo.

Mirad al rostro, y analizad el físico de un hombre irritado, ¿no se os parece una furia? ¿No está como él el indómito animal que tascas su freno, con quien lo compara el Apóstol Santiago en su canónica? ¿Qué podreis esperar de él? Su rostro lo dice. ¿Qué pasará en su interior? Su esterior lo manifiesta. ¿Qué podrá esperar la sociedad? Lo que puede esperar de sí él mismo, su desgracia temporal y eterna; porque la ira destruye al hombre, y tambien á la sociedad.

SEGUNDA PARTE.

Si yo hablase solo de la Sociedad religiosa, cuando digo que la ira concentrada en el corazon de los hom-

bres la destruyen, no necesitaba citar en prueba mas que las palabras del libro Sagrado, de que acabo de hacer mérito. «Sea todo hombre tardo para la ira, dice Santiago; porque la ira no obra la justicia de Dios..... Si alguno cree que es religioso, no refrenando su lengua, sino seduciendo su corazon, la religion de este es vana.» De suerte que si el mundo se compusiera puramente de gentes iracundas, mas que sociedad cristiana, podria llamarse un infierno abreviado. Esto es evidente y palpable.

Pero hablo tambien de la sociedad política y civil, establecida por Dios para la felicidad temporal, y el mútuo auxilio de los hombres. Se opone tanto á su objeto la pasion de la ira; que el Santo rey David, aun desterrado y huyendo por los montes, se tenia por dichoso y daba gracias al Se-

ñor porque le habia librado de vivir con gentes iracundas: *salvastí me de gentibus iracundis*. ¿Qué se puede esperar, repetiré otra vez, que se puede prometer nadie de un hombre ú hombres furiosos? ¿En qué viene á parar el fuego oculto del volcan, aumentado de combustibles? Disparará cuando menos se piense rayos y piedras inflamadas que arrasen las ciudades y asolen las campiñas. Muertes alevosas, rios de sangre humana, venganzas terribles, sediciones, alborotos continuos, la inseguridad de todos y una perdurable zozobra, son los tristísimos y consiguientes resultados que ha visto el mundo, por desgracia mas de una vez. Yo recuerdo con horror las tremendas catástrofes de los siglos bárbaros, en que se alimentaba esta pasión fiera y se daba con frecuencia ancho campo á sus desahogos. Si no

hubiera existido entonces la Religion, que pusiera coto á tantas demasías y desastres, y que con la ley de la lenidad evangélica fuese poco á poco amansando las costumbres de aquellas gentes irascibles por temperamento y hábito, hace mucho tiempo que la sociedad Europea seria un cementerio.

Aquí se me dirá: que esos escesos los repugnaba la razon; pero que no es eso de lo que hablamos hoy: que la ira oculta en el pecho, si no sale de allí, ningun daño causa. Pero yo responderé; que sin esa ira oculta no hubieran existido jamás atrocidades manifestas: que un hombre moderado y pacífico nunca cometió asesinatos y violencias. Quitada la causa, se quita el efecto. Maldades de ese género perpetradas á sangre fria, ó no son posibles, ó suponen un fondo de per-

versidad radicada, que es lo mismo que se prohíbe, y de lo que se habla.

Está tan en contra de esa pasión el Dios manso y pacífico que preside al mundo, que por medio de su Unigénito hecho hombre, y en su Evangelio, no solo nos dió lecciones y medios para evitarla en nosotros, sino que hasta nos mandó que la corriésemos en los demás. En el texto de este día lo tenemos. «Si vas á ofrecer un dón al altar, y allí recuerdas que tu hermano tiene algo contra tí, deja allí tu dón, y anda antes á reconciliarte con tu hermano.» Que es como si dijese: «Ante todas cosas, aun antes que manifestarse religioso, es necesario deponer la ira y el odio, aunque sea ageno, aunque cueste una humillacion, porque Dios lo que acepta es un corazon humillado.»

La ira supone falta de caridad, no

solo para con los prójimos sino hasta para consigo mismo. La ira cuando mas podrá dimanar, para que admita algun disimulo, de una ofensa recibida. Aun asi, y con todo, si tenemos presentes las que nosotros hacemos á Dios, y de las cuales no podemos esperar el perdon, sino lo acordamos y concedemos á nuestros hermanos; demasiado crueles hemos de ser con nosotros, si aun persistimos en esa pasion violenta.

El mundo, en fin, no puede existir, si se alimenta en el alma de los hombres la pasion de la ira; la Religion será una mentira y la condenacion de las almas de todo punto infalible. La ira oculta y las ofensas causadas al prójimo, aunque no sean de hecho nos dañan á nosotros mismos y á la sociedad: nos causan á nosotros males espirituales y corporales, y á la

sociedad el desórden y la ruina. Dios que todo lo vé y penetra, que no permitira impune que contra sus hijos se atente, ni que se nos toque en un cabello siquiera, tomará á su cargo la justa venganza, y dará á cada uno su merecido: *mihi vindicta... ego retribuam*. Dejemos á este Señor la venganza; para nosotros el perdon, la templanza, la mansedumbre y la paciencia, para sufrir las miserias y flaquezas del prójimo, para indultarles los agravios que nos puedan causar, y para mirarlos siempre y en toda ocasion como hijos de Dios, hechura de sus divinas manos.

Vivamos en paz y caridad, amándonos todos mutuamente en Jesucristo, y deponiendo todo el dolo, malicia, ira y rencor, que nos inspiren las pasiones, y asi podremos salvar nuestras almas. Yo asi lo deseo y pido

á Dios nuestro Señor, y que á vosotros y á mí nos dé espíritu de paciencia y mansedumbre en esta vida, y despues nos lleve á la mansion de los pacientes y mansos, que es la gloria. Amen.

J. M. X.





SERMON PANEGÍRICO

De San Antonio de Padua.



Nomen ejus vulgatum est in
omni terra.

*Su nombre hizo se famoso en to-
da la tierra.*

JOSUE, CAP. 6, v. 27.

Considerando yo la escelencia de los justos que Dios en su bondad separa del comun de los mortales, para ostentación de sus divinas perfecciones, y viendo la fina corresponden

cía de estos hombres felices , que sostenidos por su gracia y honrados con su amistad publican altamente las glorias del Altísimo, llénanme de admiracion el poder y la misericordia del Señor , que para consuelo de la flaqueza humana y confusion del mundo , así desbarata sus planes , como hace de las piedras hijos de Abraham, que pongan en ejecucion los decretos de su adorable providencia. Es la virtud cristiana un género de espectáculo á los ojos del mundo, que no comprende cómo la virtud pueda ser plausible. Lo es para los Angeles que admiran en ella los triunfos de la gracia; y tambien lo es para los hombres que la reconocen como el origen único de la verdadera felicidad. Si bien se repara no hay un milagro mas estupendo ni universal que el de tanto número de almas virtuosas , que siendo

el gozo del Cielo, desde el rincón de su retiro, son el espectáculo de su siglo.

Por cierto que debe ser pasmoso el que un jóven, por ejemplo, único heredero de una casa ilustre y opulenta, adornado de cuantas nobles prendas puédanse desear, solicitado de todos los atractivos del mundo, en la edad florida que suele perderse en pasatiempos y diversiones mundanas, al principio de una carrera brillante donde todo le brinda, todo le halaga, todo le rie: es prodigioso cuando en esta ocasion sacrifica sus prendas, sus riquezas, su nobleza, sus esperanzas, posponiendo por amor de Jesucristo todo el esplendor de que el mundo se alimenta, á una vida oscura, pobre, humilde y penitente; examínese el caso mas de cerca, descúbranse los motivos, considérense las consecuen-

cias , compárese todo con la flaqueza humana, y lo que no puede comprender el mundo , resultará ser un prodigio de la gracia.

Si llenos, vosotros, de igual asombro, me preguntais por un varon tan insigne por su santidad y sus virtudes, que ha hecho su nombre famoso en toda la tierra , vedle allí, os diré; es el confesor grande que resplandece en el Templo de Dios como la estrella de la mañana en medio de las tinieblas, ó como el astro del dia entre las nubes de la tempestad; el siervo del Señor á cuya voz obedecen los Cielos y la tierra , cuyo nombre y maravillas repetirán con asombro todas las generaciones; es Antonio de Padua , cuyo solo nombre hace su mas completo panegírico. No puede pronunciarse, sin que al momento se conciba la idea del varon

victorioso del mundo y sus vanidades, del celoso pastor que va recogiendo las ovejas extraviadas de Israel; no puede su nombre pronunciarse sin que se nos represente la imagen de un árbol frondoso y lozano que robado á la corrupcion del siglo, crece trasplantado junto á la corriente de las aguas, coronado de flores y sazonados frutos. Es un espectáculo de admiracion á los Angeles y los hombres, por sus esclarecidas virtudes; por la humildad con que se reputaba como el peor de todos los mortales; por el celo con que lidió valeroso hasta derrocar la hidra infernal del vicio, de la heregía, de la impiedad y del error; por la penitencia con que maceraba su cuerpo virginal, y por la caridad heróica con que se desvelaba trabajandó sin cesar en la conversion de las almas. En el ejemplo de San

Antonio, recuérdanos la Iglesia la prontitud con que debemos acudir á las sollicitaciones primeras de la divina gracia, pues tanta prontitud y celo necesita el Cristiano para merecer los grandes ausilios que le elevaron á tan eminente grado de santidad, y sin los cuales, talvez, no hubiera sido Santo. Es á la verdad muy peligroso el que dejemos apagarse en nosotros aquella luz superior, que tan claramente nos descubre la vanidad del mundo. Y aventúrase no menos que la salvacion, si cerramos los oidos á la voz interior que tan fuertemente nos llama. Mi pensamiento, en la presente solemnidad de San Antonio, es haceros ver, con algunos hechos de su vida, que ha correspondido fiel y prontamente á la voz de Dios, como debemos hacerlo nosotros imitando sus virtudes para merecer su corona.

¡Espíritu consolador! cuya divina gracia esténtase visible en los justos, fecundad con su rocío mis palabras, disponiendo los corazones de mis oyentes, para que produzcan los frutos que deseo; pidámoslo, pues, todos humildes, por la intercesion de la Virgen Santísima saludándola con el Angel.

AVE MARIA.

Nomen ejus vulgatum est in
omni terra.

*Su nombre hízose famoso en to-
da la tierra.*

JOSNE, CAP. 6, v. 27.

De mil maneras llama Dios al hom-
bre, cuando quiere ostentar el poder
y maravillas de su gracia, con sus
inspiraciones, con sus movimientos,
en los libros espirituales, en la cáte-
dra del Espíritu Santo, en la confe-
sion, en los ejemplos de los Santos;
pero donde mas fuertemente llama es
en la oracion y en la contemplacion
de las grandes y terribles verdades de
la Religion. Es necesario aprovechar
unos momentos tan críticos y precio-

sos, como son aquellos en que la gracia nos llama; pues el que la resiste, dejándolos pasar, ya la perdió. Si Zaqueo, cuando pasaba el Salvador, no se hubiera bajado prontamente del árbol, á la voz de Jesus, no hubiera sido aquel dia tan venturoso para él y toda su familia. Despertando el Angel á San Pedro le mandó levantarse con velocidad, y apenas obedece el Apóstol, cuando vióse libre de las cadenas. Asi llama Dios á sus escogidos, especialmente, cuando los destinos que les reserva son muy elevados, y ellos le corresponden con prontitud y fidelidad. Los corazones mas susceptibles de las impresiones de la gracia, son los humildes; los amantes de aquella virtud que representándonos á cada paso nuestros propios defectos, nos convencen de nuestra miseria. Virtud hermosa, que si bien des-

preciable á los ojos del mundo , elevamos al mas alto grado su estimacion para con Dios y los hombres. Y si no, ¿quién os parece que puede amar á un soberbio? Dios no, pues al que se ensalza le humilla; los hombres tampoco, porque naturalmente aborrecen al orgulloso. Y ¿quién aborrece al humilde? Dios no, pues al que se humilla le ensalza; los hombres tampoco porque naturalmente se enamoran del humilde. La gracia es el precio de la sangre del hombre Dios y el fruto de su muerte; por lo cual , segun el Apóstol , el resistirla es poner debajo de los pies la sangre de Jesucristo; serla infiel es aniquilar la virtud de su pasion: es la gracia, el principio de los merecimientos, el manantial de todas las virtudes, la semilla de la eterna felicidad; y asi el que no atiende á su voz, no puede menos de ser un

miserable, un malvado, un réprobo que ha renunciado hasta la esperanza de su salvacion; sus prodigios solo resplandecen en un corazon recto y sencillo, adornado de la humildad, de la caridad, del espíritu de mortificacion y puro deseo de agradar á Dios.

En un terreno tan bien cultivado desde su tierna infancia, formó el jóven Antonio aquel árbol de virtudes tan grande y estenso, que como el árbol de Daniel, cubre con la frondosidad de sus ramas toda la tierra. Nació á los últimos del siglo xvii de unos padres ilustres, en Lisboa, corte del reino de Portugal; pero mas distinguidos por la virtud sobresaliente que resplandecia en ellos, que por su esclarecida nobleza; pues que no perdonaron medio alguno para dar á su hijo una educacion tan digna de su piedad, como de su ilustre nacimiento.

Al amor de las cosas celestiales que le inspiraron , siguióse naturalmente su disgusto y tal aborrecimiento á las cosas terrenas y mundanas , que solo pensaba ya en huir de ellas , buscando un asilo seguro á su inocencia. Su amor á los pobres era tan grande que podia como Job llamarse su hermano de leche. Su mayor delicia era la oracion donde se consolidaba su fé , se fortalecia su esperanza , se apacentaba su caridad , se purificaba su corazon y su alma pura llenábase de inefables consuelos. Asi crecia este fresco lirio exhalando la fragancia de sus virtudes en el jardin de la Iglesia , para gloria de Dios y dicha de los hombres. Prevenido y lleno de las luces y dones del Espíritu Santo ; Oh mundo malvado y seductor ! Muy luego conoció Antonio la vanidad de tus pompas , la corrupcion de tus deleites, la falsedad

de tus máximas y el oprobio de tus abominaciones. No vacila un momento y rompiendo todos los lazos que podian unirle con el mundo, toma el hábito de los canónigos reglares de San Agustin á los 15 años de edad, en el convento de San Vicente de Lisboa; donde muy presto llegó á ser el nuevo novicio dechado y confusion de los antiguos, y con su ejemplo, fervor y devocion el asombro de todos los religiosos. La soledad del claustro es toda su delicia, su mas grato alimento las humillaciones, desprecios, ayunos y maceraciones con que atormentaba su cuerpo virginal. Tales eran los ensayos del soldado de Jesucristo, como preparándose á pelear las batallas del Señor, que tantas victorias le debian ganar contra el mundo, la carne, el demonio y todo el infierno; hermosas ciudades de la Francia, Ita-

lia y Sicilia; Arimino, Venecia, Milan y Tolosa; decidlo vosotras que le visteis arrancar de las garras del dragon infernal, tantos millares de almas, vosotras que habeis sido los teatros de sus triunfos. A los ocho años de unos ejercicios tan fervorosos entre los hijos del grande Agustino, viendo Antonio llegar á Coimbra los cuerpos de cinco religiosos mártires del orden seráfico franciscano, que por la fé de Jesucristo habian derramado su sangre allá en Marruecos, de tal modo se inflamó su celo á vista de aquellos ilustres mártires, que sus deseos ardientes eran los de tambien á su imitacion derramar su sangre por amor de Jesucristo y merecer como ellos la corona del martirio.

Como era natural, este deseo no seria colmado no trasladándose á una Religion que ya daba al Cielo márti-

res desde su misma cuna. Tomó pues el hábito en San Francisco de Coimbra con el nombre de Antonio, dejando el de Fernando que antes tenia, con el hábito de canónigo. Aquí creció tanto su fervor, en vista de la pobreza evangélica, de la humildad religiosa, de la grande austeridad que profesaba la Religion seráfica, que parecia no poder ya subir á mas alto punto: el odio santo de sí mismo, el desprendimiento de todo, y los ejemplos de la mas tierna devocion. Como cada dia era mayor su deseo de verter su sangre en defensa de la fé, solicitaba con tal ansia la licencia de pasar al Africa, que al fin hubo de lograrlo de sus preladados. Pero Dios, siempre admirable en su conducta sobre el destino del hombre; Dios que le destinaba para que, cuál otro Pablo llenára el universo con la gloria de su

nombre, aceptando el holocausto perdonó la víctima, porque Fray Antonio debía ser el Apóstol de Europa; debía ser la piedrecita caída del monte para destruir la soberbia estatua de Nabuco; y Padua, Bolonia, Florencia, y Montpeller, debian ser los teatros de su celo, que viesen, á la voz de Antonio, caer derrocados los colosos de la iniquidad y del error.

Llevado el bajél que le conducia, sobre las costas de Sicilia, tuvo noticia del capítulo general de su órden, que se celebraba en Asis, en presencia del Santo Patriarca, que le favoreció con las mas altas distinciones de amor y estimacion tan luego como San Francisco conoció el tesoro de virtudes que se ocultaba en Antonio. Llegado era el tiempo de que la brillante antorcha, sacándola de debajo del celemin fuese colocada sobre el can-

delero, y que el celo del varon de Dios cogiera en la viña del Señor los copiosos y dulces frutos solo concedidos á los Apóstoles; sus conocimientos, sus luces, discrecion y sabiduría solo pudieran medirse con las innumerables conversiones que hizo en Velay, la Provenza, en el Languedoc, Ducado de Berri, en el Lemosin, en Padua, la Marca Trevisana, en Sicilia y Roma. Hicieron tanto ruido los primeros sermones que de todas partes venian á oirle; presencia gentil, hermoso semblante, ojos vivos y penetrantes, voz enérgica y sonora, todas las prendas de la naturaleza se adecuaron con los dones de la gracia para formar al insigne orador, al nuevo Jonatas, cuya voz encantadora y celestial atraia los grandes y pequeños, los pobres y los ricos, los ancianos y los niños, sin distincion de clase, condicion y sexo.

No cabiendo el auditorio , en los mas espaciosos templos, veíase precisado á predicar en las plazas y los campos ; cesaban los negocios , cerrábanse las tiendas, suspendíanse todos los oficios, levantábanse por el deseo de oírle antes de amanecer, pasando no pocas veces el número de sus oyentes de 30,000 personas. Era con frecuencia interrumpido con sollozos y llantos , seguidos de innumerables conversiones. Los mas empedernidos corazones, los mas obstinados hereges veíanse postrados á los pies del Santo, siendo tantas las confesiones, que no bastaban para oírlas todos los religiosos y sacerdotes del pais en que hacia la mision. A ningun orador se le oyó jamás con mas atencion, silencio y ansia, y ninguno ha cogido mayor fruto.

Cruzaba los desiertos y las ciuda-

des, los campos y las poblaciones, iba por todas partes como los Apóstoles curando enfermos y resucitando muertos. Ora cayendo de repente como el estampido del trueno sobre los grandes pecadores; ora bañando en grata frescura como el arroyuelo, las almas virtuosas; con la unción de su voz divina ganaba todos los corazones, haciéndose como Pablo, todo para todos, lamentaba la suerte de los tristes y aparecía en su rostro el contento de los que se alegraban en el Señor. Apenas se puede comprender, cómo un hombre de solo 36 años, de muy delicada salud, y esa muy quebrantada por sus grandes penitencias, hubiese conseguido en tan poco tiempo tantos triunfos: convertir un sinnúmero de pecadores, correr la Francia, la Italia, la Sicilia y la España con un fruto tan universal, y llenar el mundo con la fa-

ma de sus hechos y portentosas maravillas. Efectos prodigiosos del ardiente amor que profesaba á Jesucristo; pocas almas le amaron con mayor ternura y pocas fueron más tiernamente amadas del Salvador. Dilatábasele el corazón cuando hablaba de la Reina de los Angeles, y sus escritos y conversacion eran sanzonados con el dulce nombre de María. Tan singular era su devocion á la Madre de los pecadores. Viéndose la Iglesia ultrajada por los sacramentarios y albigenses, revístese de un celo tan ardiente y poderoso, que al eco de su voz reprímese la impiedad, calla la insolencia de los hereges, gimen los pecadores, acogénse todos á la sombra benigna de la Religion, y á su vista el Santo misionero tremola el victorioso estandarte de la fé.

Lleno de la ciencia de los Angeles,

como decia San Buenaventura, alza en Roma la voz, y entiéndenla todas las naciones, renovando el prodigio de los Apóstoles en Jerusalem. Ora se ablandan los mas duros corazones, como el de aquella muger noble ya desesperada: ora resucita un sobrino del mismo Santo, y una hija del rey de Leon: ya se presenta con intrepidez al tirano de Roma y reprende sus crueldades con tal ardor, que el capitán terrible, postrado á sus pies, llora y pídele perdon de sus maldades. Hasta el infierno le obedece, dejando á la voz de Antonio salir de sus cavernas un réprobo á firmar un papel, en favor de uno de sus devotos injustamente perseguido... Los Querubines son los mas cercanos al trono del Altísimo: pero este mortal estan venturoso aun en vida, que sirve de trono al mismo Dios, pues que se le vió de

rodillas con el niño Jesus en los brazos, que regalaba á su siervo con dulcísimas caricias. Solo así se comprende la multitud de maravillas y de gracias que Dios ha concedido á los devotos de San Antonio; á los que imitando sus virtudes se valen de tan poderoso medianero. Los cielos, la tierra, el mar, el fuego, las dolencias, los errores, los perversos, los ladrones, los hombres y los demonios..... Todo se postra humilde al imperio de su voz.

Almas descuidadas y perdidas que habeis abandonado á Dios; el mismo San Antonio os llama hoy, cual un día á los grandes pecadores. A su celo amoroso debieron su conversion: ¿y perdereis la nueva ocasion que os ofrece de romper los lazos del vicio y las pasiones, despertando del sueño mortal en que yaceis? Desde el Cielo

os dá sus armas vencedoras del lobo infernal, que os rodea furioso para beberos la sangre y devorar vuestras almas. Son estas armas su devocion constante, el abandono de los vicios y las ocasiones peligrosas, la imitacion de sus virtudes, el amor á Dios y el celo por la salvacion de las almas. A unos Santos ha concedido el Señor algunas especiales gracias, para el socorro de ciertas necesidades; pero á San Antonio de Padua, casi podemos decir lo que de Nuestra Señora afirma San Bernardo, y lo que de San José dijo Santa Teresa, pues que la variedad de sus portentos abraza todas las necesidades en un círculo inmenso. Antonio conforta los caidos, sana los enfermos, dá vista á los ciegos, ablanda la dureza de los corazones..... Destruye finalmente el reino del diablo. A su invocacion líbranse

sus devotos de los peligros, escollos y tormentas del mundo; y rotas las cadenas de los vicios, salen gozosos de las tinieblas á la luz, del pecado á la gracia y de la muerte á la vida. ¿Son asaltados por la impureza, ira, venganza, usura, tristeza y desesperacion? Invocando su nombre quedan libres.

Decidme, ahora Cristianos: respondeis con prontitud fiel á la voz del Señor que os llama como á su siervo Antonio? ¡Oh dolor! recorred mas bien la memoria sobre tantas gracias como habeis despreciado con ingratitud inaudita. ¿No habeis conocido mil veces el vacío, la nada, la falsa brillantez y la vanidad de todos los deleites, honras y placeres de este mundo? Tantas inspiraciones y proyectos como habeis trazado acerca el importantísimo negocio de la salvacion de vues-

tras almas, todos se desvanecieron, porque habeis dejado pasar el crítico momento de la divina gracia, del que acaso pendia vuestra salvacion. Tal ha sido la conducta criminal de los réprobos: empero aun teneis la vida eterna en vuestras manos; no os contenteis con un vivo dolor de habersido hasta hoy infieles; marcad vuestra conversion con el sello de la virtud en todo género de buenas obras; en una palabra, vivid como Cristianos. Una vez que teneis deseo de romper ese lazo, de domar esa pasion, de abandonar esa casa peligrosa, de no ver mas á cierta persona, de cercenar ese lujo disipador y profano, de dar señales de amor á ese enemigo, de perdonar esa injuria, de reprimir esa cólera, de mudar finalmente de vida, ¿qué haccis? Manos á la obra, que por las obras se conocen los amores. Yo

lo quiero, son buenas promesas , pero insuficientes , es preciso avanzar hasta decir : Como lo quise lo ejecuté; he sido malo, pero mis actuales obras son el mejor garante de mi verdadera conversion. El hombre desea naturalmente ser feliz, y como ninguno carece de los medios suficientes á conseguirlo, síguese que la gracia y la salvacion están en nuestras manos , si cada uno se aplica á llenar sus respectivos deberes. Obrar el bien, alejarse del mal y padecer por amor á Jesucristo; ved aquí el compendio de la ley que hemos jurado guardar con promesa solemne; padecemos desnudez, hambre y sed, dícenos el Apóstol; nos echan maldiciones y respondemos con bendiciones, nos ultrajan de palabra, y hacemos oracion por los que nos injurian; he aquí la verdadera sabiduría á que nunca pudie-

ron arribar los filósofos gentiles: he aquí la virtud en toda su pureza y hermosura. ¡Oh Santo ilustre! sí, eres una suave lluvia que regando la tierra, hácela producir frutos de bendición. Tiende tus ojos benignos sobre los tristes campos de mi patria, una mirada de compasión sobre la impiedad y desenfreno que van desolando el suelo clásico de las virtudes. Si te hizo el Señor príncipe de su herencia y te mandó libertar á su pueblo del furor de sus enemigos, no tenemos otra mas formidable que el pecado; alcánzanos, pues, la gracia de romper sus prisiones, para entonar contigo sus alabanzas en la celeste Sion. Amén.



SERMON PANEGÍRICO

Para el día de San Juan Bautista.



Inter natos mulierum non surrexit major Joanne Baptista:

Entre los nacidos de mugeres no se levantó uno mayor que Juan Bautista:

Evangelio de SAN MATEO, CAP. 11. V. 11.

Puesto que Jesucristo lo dice, preciso es creerlo: puesto que el Evangelio dá las pruebas, escusados estamos de buscarlas; y puesto que sus

obras lo acreditan, no hay mas que referirlas para convencerse. Si un hombre cualquiera, el mas autorizado del mundo, despues de revistar las biografías é historias de todos los justos, Santos y héroes desde el principio de los siglos y en todas sus edades, familias y tribus, señalando con el dedo uno, hubiera dicho; *este es el mayor*, su juicio y sentencia tendria, no mas, que la autoridad humana, singular y pribada de tanto peso, y no otro, que el de las razones y monumentos en que lo apoyase. Pero hoy senos presenta un hombre de familia ilustre, de antecedentes privilegiados, de nacimiento prodigioso, de vida singular, de méritos que á él solo caracterizan, y de muerte única en el mundo por sus circunstancias, motivo y objeto; y á este hombre le señala con el dedo el mismo Hijo de Dios, el Ver-

bo encarnado, el que es la verdad por esencia, y dice: *este es el mayor*; preciso es creerlo, repito; ahí están sus obras en el Evangelio, escusadas son otras pruebas. Este es el Bautista Juan: entre los nacidos de mugeres, no se ha levantado uno mayor: *inter natos mulierum non surrexit major Joanne Baptista.*

Su concepcion milagrosa fue dada por el Cielo como signo indubable de la encarnacion del Verbo divino; su gestacion en el vientre de su madre, obsequiada con la visita y larga compañía de la mas pura y santa criatura, la Virgen Maria, y del Hijo de Dios que llevaba en sus virginales entrañas, y allí él santificado: su nombre fué puesto por el Espíritu Santo y dado en revelacion: su nacimiento fué precedido de milagros y acompañado de la alegría universal de todas las

montañas de Judea, segun lo habia profetizado Isaias, y lo acredita cumplido el Evangelista San Lucas: su vida la de un Profeta y mas que Profeta, la de un Apóstol de la verdad, la de un confesor ínclito de la fé, la de un predicador tan incansable de la virtud, y tan implacable contra el vicio que todo él, *era voz siempre clamando*, como lo califica Jesucristo, y siempre pronto á darla, como la dió al fin, en defensa de su mision y ministerio.

Si Jesucristo señaló á Juan Bautista con el dedo, lo caracterizó por el mayor de los nacidos y lo distinguió y honró ante los hombres; antes Juan Bautista señaló á Jesus por el verdadero Mesías, preparó los caminos á su predicacion, porque fué su precursor, y le atrajo discípulos y gentes dóciles, á quienes ya habia

instruido , y bautizado con el bautismo de penitencia.

Tantos méritos, tantos oficios, tanta y tan grande mision en un hombre solo, acreditan mucha gracia de parte de Dios, y mucha fidelidad y correspondencia de la suya: ambos estrechos estan acreditados en mi gran Santo, por la palabra divina, de un modo maravilloso; de suerte, que si el Bautista fué el mayor entre los nacidos, Dios nuestro Señor, por su gracia, ó su gracia misma fué la mayor que se ha concedido á los nacidos, en su linea. No pretendo yo, señores, deegar en nada los singulares privilegios con que el Señor previno á su Santísima Madre, haciendo que fuese concebida en gracia; esto es otra cosa muy diversa y de órden superior. Tampoco quiero rebajar un quilate de los favores que dispensó á aquel

varon justo que designó para que llevase en la tierra el nombre y oficio de Padre de su Unigénito. Sí, solo considero y comparo al Bautista en su destino de Profeta, de Apóstol, de Evangelista, de Confesor y de Mártir; y en este sentido veo que Dios le distinguió y previno de un modo singular, y que él tambien correspondió del mismo modo.

Ya esta manifiesta mi idea en toda su estension; quiero considerar al Bautista antes de su nacimiento y en su mismo nacimiento; ó por mejor decir, á la gracia con que el Señor le previno; y quiero considerarlo tambien en su vida y en sus obras con que correspondió á la misma gracia; y deducir de todo lo que deja sentado el Evangelio, por boca del mismo Jesucristo, en mi tema. En dos palabras:

La gracia del Bautista: primera

parte. La correspondencia del Bautista: segunda parte. Concédame á mí el Señor, por la intercesion de su Santísima Madre, la que necesito, para llenar mi objeto.

AVE MARIA.

Inter natos mulierum non surrexit major Joanne Baptista:

Entre los nacidos de mugeres no se levantó uno mayor que Juan Bautista:

Evangelio de SAN MATEO, CAP. 11. V. 11.

Señores; desde que el hombre primero pecó, baciéndose inobediente y rebelde á su Dios en el Paraíso, la justicia divina ofendida trató de satisfacerse; pero auxiliándose del mayor de todos los atributos de la divinidad, que es la misericordia. Con ella cuantos preparativos se hicieron para esta grande obra, en el espacio de cuatro mil años, fueron dispuestos, precedidos y acompañados de gracias

singulares, que ningún hombre merecía, ni el mundo era digno. Pasaban años y años, y se veía que Dios aceptaba graciosamente los dones de Abel, á quien habia hecho justo tambien graciosamente; inspiraba á Enos que le adorase y diese culto, entre-sacándole por gracia de enmedio de una generacion perversa; y daba á Abraham una fé ardiente, y le declaraba por ella que seria Padre de grandes generaciones, ellas benditas y él distinguido porque así cumplia á sus misericordiosos designios. Pasaban años y años, y el Señor llamaba al pastorcillo Moyses, lo hacia profeta, lejislador y caudillo de un escojido y numeroso pueblo; tambien llamaba á Aron y lo hacia sacerdote y padre de otros muchos sacerdotes, y le confiaba su culto, sus ofrendas y sacrificios; tambien llamaba á Josué, y le

confiaba el cargo importante y la árdua empresa de introducir en la tierra prometida á los hijos de Israel, que permanecieran fieles; y á todos los distinguia, y en todo obraba, sin mas impulso que el de sus eternas bondades. Pasaban años y años y el Dios de los Cielos y tierra, y el Rey de los reyes elegia reyes, inspiraba profetas, consolaba á los justos, y sacaba de peligros, cautividades y miserias á sus escojidos, ya rebeldes, ya arrepentidos; y siempre, y en todo tiempo, porque llevaba un misericordioso y grande designio. Pasaban... No...!

¡ Llegó la plenitud de los tiempos! Hasta aqui el verdadero sol de justicia, cual el astro luminoso despues de oscura y tempestuosa noche, va lentamente penetrando la opaca y densa atmósfera con los rayos de su luz vivificante, habia enviado de cuando en

cuando los anuncios y significaciones de su misericordia; pero ya era el tiempo de aujentar de una vez las tinieblas del error y del pecado; corre el velo que cubriera su brillante rostro, y quiere iluminar de lleno á todo hombre que viene al mundo, y tambien al mismo mundo; envia un mensajero celeste con doble mision, y le encarga que se [dirija primero al sacerdote Zacarias. En cumplimiento de este divino omnipotente mandato, Gabriel sorprende al sacerdote, al tiempo de ir á poner el incienso en observancia de su encargo y le dice: *Uxor tua Elisabeth pariet tibi filium*: tu esposa Isabel te parirá un hijo, y este irá delante de aquel otro..... es decir, del Mesías; le precederá en el espíritu y virtud de Elías para preparar al Señor una plebe perfecta. *Ipse præivit ante illum in spiritu, et virtute Eliæ para-*

re Domino plebem perfectam: Despues se encamina á Nazaret; se presenta á una doncella que ya tenia elegida y designada el Excelso , la saluda reverente, le anuncia el misterio de los misterios, la graciosa y omnipotente dignacion del Eterno de tomar carne humana en sus virginales entrañas; y para asegurarla de la verdad y posibilidad del milagro le dice: «tu prima Isabel tambien ha concebido un hijo: á pesar de ser anciana; y sabe que ya está en el sexto mes de su preñado.»

¿Y quién es ese hijo de Zacarías y de Isabel? *¿Quis putas puer iste erit?* ¿Quién pensais que es, Cristianos? *Habebit nomen Joannes Baptista:* Su nombre es Juan Bautista. Pero volved la vista á la Sagrada historia, y examinad si entre tantas, tan brillantes y repetidas gracias concedidas por Dios

como exordio y preparacion de la mayor , que fue la Encarnacion del Verbo eterno , hay una igual á la de hacer á este niño su precursor y signo demostrativo de su Encarnacion misma. De manera que, segun las palabras é instruccion del Angel , hasta la Virgen María debia apelar al prévio prodigio del preñado de Isabel para creer el alto misterio, que en sí misma se obraba.

Acaso por esto y para esto María, guiada del Espíritu Santo, se puso en camino prontamente, atravesó los montes y fue á desengañarse por sus propios ojos visitando á su prima Isabel. Aunque es lo mas cierto, ó por mejor decir, es indudable, que María creyó y estaba firmísimamente asegurada en la fé de la palabra de Dios; pero debia ser por este medio el instrumento glorioso para que al Bautis-

ta se comunicasen singulares gracias antes de nacer.

¿Quién podrá comprender y menos explicar los dulces coloquios, las íntimas conferencias, los amantes saludos que mediaron entre los dos primos infantes, desde el uno al otro claustro, en que estaban respectivamente encerrados? ¿Qué efusion de gracias y divinos carismas no derramaria el Hijo de Dios, aun no nacido en el alma inocente de su embajador, precursor y consanguíneo? Allí fue Juan santificado para que naciese ya al mundo lleno de las bendiciones y santidad correspondiente al que habia de anunciar y señalar con su dedo al Santo de los Santos, al Dios de la santidad por esencia. A la entrada de María en la casa de Isabel, el Bautista salta de gozo en el útero materno, y con la larga presencia y familiaridad

de las madres acrecía hasta lo infinito el amor de Jesus para con su precursor, y el deseo de éste por salir á predicar la venida al mundo del Mesías. dice San Ambrosio.

¡Oh Santa Iglesia de Jesucristo! Siempre se conoce bien que á tus resoluciones preside la ciencia sublime del Espíritu de Dios! Que acertadamente has pensado en celebrar este dia, en que vino al mundo el mayor entre los nacidos de mugeres! Todos los méritos de consumada virtud que hallas en los demas Santos al dia de su muerte, los ves reunidos y sobrepujados inmensamente en el del nacimiento de Juan Bautista, en sentir del grande Agustino; por eso tu gozo iguala ó al menos imita aquel de que te posees en el nacimiento del Redentor; el uno te anuncia el otro; por el de Juan te certificas del de Cristo.

¿Y no veis aquí Cristianos algo de singular, que no se encuentra en ninguno de cuantos justos y Santos le precedieron ó han venido despues? ¡Y qué digo algo! ¿no veis que todo cuanto ocurre antes de nacer el Bautista y en su nacimiento es grande y singular, portentoso y lleno de milagros?

¡Si, su nacimiento! Su nacimiento causa tanta admiracion y entusiasmo, como el de Jesucristo, si vale decirlo; al uno y al otro corren en tropel las gentes llenas de estupor y espanto, para rendir sus obsequios, y el uno y el otro está por el Eterno distinguido con portentos y milagros. Isabel profetiza y es inspirada acerca del nombre del infante; Zacarías mudo en castigo de su incredulidad desde el primer anuncio del Angel, conviene por escrito con su mujer porque el Cielo le habia tambien

revelado el mismo nombre, y de repente desata su lengua en alabanzas al Dios de Israel, y en tono profético de grandes cosas que anuncia á su hijo: los circunstantes se sorprenden y pasman, el rumor de los prodigios circula por la comarca, y atónitos todos, son tantas y tales las cosas que preveen, que no se atreven á declararlas. ¿En que vendrá á parar esto, se preguntan azorados? ¿Quién será este niño? *¿Quis putas puer iste erit?* Y todo nacia de que veian estar patente sobre él y con élla la mano del Escelso, dice el Evangelio: *et enim manus Domini erat cum illo*. Pues entonces ya está probado que á tantas gracias seguirá en su vida la debida correspondencia.

SEGUNDA PARTE.

No hay que dudarlo, Señores, el

Bautista vino al mundo como Jeremías, para destruir y edificar, para arrancar y plantar de nuevo. La Iglesia se lo aplica y su vida lo prueba. El mismo Jesucristo le llama su Angel, su Profeta y mas que Profeta; y en efecto lo fue todo. Con admirable sabiduría omite el Evangelio la relacion de su niñez é infancia, y es, dice San Ambrosio, porque no conoció los impedimentos de esa edad; sino que apareció desde luego como un varon perfecto en la medida de la plenitud de la de Cristo. Nos lo presenta, pues, como un Profeta que clama contra los vicios del mundo desde el desierto, que anuncia la venida del Redentor, que predica penitencia como un Apóstol, que demuestra la divinidad de Jesucristo como un Evangelista, y que lo enseña todo consus obras y pasmosos ejemplos.

El clama de continuo á las orillas del Jordan : «*parate viam Domini* : preparad los caminos del Señor : haced frutos dignos de penitencia : ya está la segur puesta á la raiz del árbol ; todo el que no dé buenos frutos será cortado y lanzado al fuego. El bautizaba á los que venian , como en señal de purificacion para empezar nueva vida ; pero él los estimulaba por sí mismo , viviendo en las selvas , retirado del mundo , alimentándose con langostas y miel silvestre , segun se le habia profetizado , absteniéndose de carnes , de vino y cosas delicadas , y vistiéndose de pieles. ¡ Cuál seria , Señores , la pureza de su vida cuando á Jesus , que fue la santidad por esencia , se le confundió despues con él por amigos y enemigos !

Se le presenta el Salvador para ser tambien bautizado , y dirigiéndose á

sus discípulos, les dice: *«he ahí el cordero de Dios;»* y despues habla de este modo: *«vienes á que yo te bautice, cuando debe ser lo contrario; yo soy el que tiene necesidad de ser por tí bautizado;»* y por este órden dió otros testimonios de su virtud y humildad, y de la divinidad del hijo de Dios.

Habiendo oído y presenciado esta escena los Apóstoles que acompañaban á Jesus ¿qué extraño es que despues preguntados confesasen por boca de Pedro que Jesus era el hijo de Dios vivo? No quiero pararme como pudiera en la importante verdad que resulta de este suceso á favor del gran mérito que tiene San Juan en la Iglesia Católica por ser su primer defensor y predicador, de quien hasta los Apóstoles aprendieron. Pero le faltaba coronar sus méritos con el sacrificio de su propia vida, y que en élos-

tentase el mundo su característica ingratitude y fiereza.

El Bautista predijo, hablando de Jesucristo, que él debía disminuirse y Jesus crecer; y en efecto se disminuyó entregando su cabeza á los verdugos del monstruo de la lascivia, no sin volver antes, aun estando preso, á proporcionar pruebas á sus discípulos de la divinidad del Salvador, enviándolos para que le oyesen y fuesen testigos de sus maravillas.

Así correspondió el Bautista Juan á las singulares gracias con que el Señor ennobleció su generacion y nacimiento; singularizándose él en la predicacion y defensa de la divinidad del Mesías, en su vida austera y en su muerte por la virtud y la verdad misma; y por eso queda justificado el elogio que le hace Jesucristo, diciendo: «entre los nacidos de mugeres no se

ha levantado uno mayor que Juan Bautista: *Inter natos mulierum non surrexit major Joanne Baptista.*

¡Santo mio! En tí está simbolizada la firmeza de la fé verdadera y la verdadera virtud; aunque faltasen todas las pruebas, el haber tú nacido al mundo bastaria para convencerle de la existencia y divinidad de la Religion católica. Puesto que tan grande eres ante Dios, y tantas gracias le mereciste, alcánzanos á nosotros una no mas, porque ella basta, la firmeza en la misma fé, el espíritu de penitencia para purgar nuestros estravíos, y el vivir como buenos Cristianos. Asi lo esperamos de tu proteccion, para que santificados en esta vida con la imitacion de tus virtudes y buenas obras, te acompañemos por una eternidad en la gloria. Amen.

J. M. X.



SERMON PANEGÍRICO

**De San Pedro y San Pablo
Apóstoles.**



*¿ Quid sunt duce olive iste: ad
dexteram candelabri, et ad sinis-
tram ejus?*

*¿ Qué significan estos dos olivas
á los lados del candelero?*

ZACHAR. CAP. 4.º

El Espíritu de las Santas Escritu-
ras dános en casi todas sus páginas
un testimonio solemne y público, de
que Dios en su conducta con el hom-

bre, es todo caridad y amor. Sumer-
gido un Profeta en una misteriosa vi-
sion, aparécesele un Angel, y mo-
viéndole como á un hombre que des-
pierta de un profundo sueño le dijo;
¿qué veo? A lo cual responde Zaca-
rias: veo un candelero de oro: y una
lámpara con siete luces, repartidas
por los siete brazos del candelero; y
dos olivos al uno y otro lado de la ra-
diosa lámpara. ¿Y qué indican estas
cosas? Pregunta de nuevo el Profeta:
«los olivos, dice el Angel, represen-
tan á los dos ungidos, que asisten al
dominador de la tierra.» El candelero
de oro era símbolo de la Iglesia católica
gobernada por el Espíritu Santo, lám-
para inestinguible, que la ilumina des-
de el Cielo; y los dos olivos señalaban
á los dos Apóstoles San Pedro y San
Pablo, estendiendo el imperio de Je-
sucristo, por el ministerio de los do-

nes del Espíritu Santo , figurados en los siete brazos del candelero. En esta misma vision déjase columbrar una enorme montaña con cuyas escogidas piedras habíase de erigir el Templo del Señor, emblema de los gentiles, que un tiempo habian de ser el principal ornamento de la Iglesia establecida sobre San Pedro, al sentir de un insigne orador español.

Sí, Católicos: quinientos años antes del Evangelio , ya figuraban los Griegos y los Romanos , los Egipcios y los Persas , y otras mil naciones; entre las que descollaba tambien mi querida patria , la feliz España , destinada en los consejos eternos , para sembrar el grano de la divina palabra en todas las regiones del mundo. Loor y bendicion al Dios de las misericordias, por la parte inmensa que ha reservado á los españoles en los te-

soros de su amor ! Nuestros corazones, por tanto, en este día, deben derramarse en efusiones de gratitud y júbilo , según las exortaciones del Papa San Leon á los Romanos ; porque nuestros son los triunfos de los gloriosos Apóstoles ; por nosotros consumaron en Roma su gloriosa carrera con la corona del martirio , cuando afrentaba con sus crímenes infandos al trono de los Césares , el mas destestable y cruel de los emperadores. Tambien la venturosa Iberia, ilustrada como Roma, con las luces del Evangelio , fuera trasformada de esclava del error , en discípula de la verdad , cuando San Pedro y San Pablo proclamaron la omnipotencia del Altísimo , la redencion de Jesucristo ; el noble origen y degradacion del hombre, dogmas luminosos en que descansan la restauracion y liber-

tad de las naciones. ¡Cuántos triunfos! ¡Cuántos gloriosos laureles! A su voz enmudece y es derrocado el demonio, que esclavizaba el mundo cubierto con la infamia de los ídolos; y al eco de la unidad de Dios se rasga el ominoso velo que ocultaba las lúbricas escenas del politeísmo. El gran Dios cuyo poder y magestad publican estos dos Príncipes de la Iglesia, reconoce á todos los hombres por sus hijos, á todos ennoblece un renombre tan esclarecido, que siendo la delicia del corazon cristiano, eleva las almas sobre los mas celebrados héroes del paganismo. Ante un título tan escelso y noble, desaparecen las degradantes distinciones del linage humano: caénse rotas en pedazos las cadenas de la esclavitud, se estremece la tiranía, y los fieles osténtanse adornados con un signo de santidad

nuevo en la tierra. El amor de la cruz es preferido al amor de los placeres; y sin mas, es el regenerador de la naturaleza humana, que ha de hacer los hombres semejantes á los Angeles del Cielo.

En la escuela de San Pedro y San Pablo aprenden los fieles á ver á Jesus en los tormentos del esclavo, en el llanto del enfermo, en la humillacion del pobre, en las agonias del moribundo, y sus divinas lecciones de tal modo los encienden con el dulce fuego de la caridad, que á todas partes llevan el consuelo y el alivio, por doquiera tesoros de caridad y amor, en el seno de los afligidos y menesterosos. Quédase atónito el mundo, de ver por la vez primera las virtudes heróicas que los antiguos filósofos desconocieron. Para los discípulos de Jesus, todos los mortales son

hermanos; esta dulce voz, prenda hermosa de la fé, esta que vivifica la sociedad, estrechando sus vínculos hasta un grado nunca visto. Los bienes hácese comunes: el rico asóciase con el pobre: el Señor con el esclavo: todos oran y comen juntos, y todos juntos reciben el divino manjar de las almas. ¡Qué felicidad! ¡Qué gloria! Los primeros hijos de la Iglesia naciente, vieron y formaron una edad verdaderamente de oro, sacaron el *siglo dorado* de la esfera de las antiguas fábulas, al campo de la realidad. Cuando el resto de los hombres presentaba á la faz del mundo un espectáculo de tigres, los fieles de Antioquia, Corinto, Jerusalem y Roma, ostentaban la encantadora mansion de los Angeles. Por esta razon, la Iglesia llena de júbilo celebra hoy las victorias de los dos campeones de la

fé, que tanto la enriquecieron y ensalzaron con su doctrina y santidad: por ellos ha triunfado del impotente furor de todos sus enemigos; y lucirá el candelero de oro constantemente hasta el fin de los tiempos. Por ellos ha vencido y derrotado todos los esfuerzos de la impiedad, y sobrevive á todas las Iglesias que perecen, por no estar selladas con el anillo del pescador. En vista de estas reflexiones, os probaré que San Pedro y San Pablo son dignos de toda nuestra veneracion y gratitud eterna, porque nos guiaron por el camino del Cielo. Para conseguirlo imploremos los auxilios de la divina gracia por la intercesion de la Virgen Nuestra Señora, saludándola con el Angel.

AVE MARIA.

*¿ Quid sunt duæ olive istæ ad
dexteram candelabri, et ad sinis-
tram ejus ?*

*¿ Qué significan estos dos olivos
á los lados del candelero ?*

ZACHAR. CAP. 4.º

El misterio de la divinidad del Me-
sias, de la cual nada nos dicen los
Profetas , era del todo inaccesible á
la razon humana. Los mas amados de
sus discípulos, los que mas admira-
ron su virtud, poder y sabiduría, creen
hacerle un honor extraordinario te-
niéndole por un Elias, por el Bautis-
ta , ó por alguno de los demas Pro-
fetas. Los mismos Apóstoles, pregun-

tados espresamente por el Salvador, no aciertan á fijar sus ideas. Todos veneraban en la persona de Jesus al justo, al héroe de la justicia, y con esta idea no recelaban aplicarle el renombre de hijo de Dios. Mas que lo fuese por naturaleza; que un hombre, que llevaba las miserias de la vida como el resto de los mortales, que vaticinaba sus tormentos y su cercana muerte, fuera una misma cosa con el único y verdadero Dios, impasible y eterno, era para ellos un misterio incomprendible. Solo Pedro es capaz de penetrar en lo interior del santuario. Solo él, rompiendo el velo que tenia en tinieblas al Universo, descubre el gran misterio en que se fundan las esperanzas de todos los mortales, por la confesion pública que hace de la divinidad diciendo al divino Maestro: *tú eres Jesucristo, el hijo de Dios vivo.*

Verdad sublime! Admirable creencia! Heróica fé! Los Cielos óyenla con indecible júbilo; postrados los Angeles en la presencia del Señor le glorifican y adoran. Todo el Universo siente ya cercana su feliz trasformacion: en todos los ángulos del orbe resuena con entusiasmo esta confesion célebre como causa de todas sus glorias; y los mortales todos se confiesan deudores de su felicidad á la fésumisa y humilde de Pedro; es verdad que todos confesamos la misma fé, como el compendio de una Religion adorable; pero es despues que el Señor por su vicario y por mil otros medios nos la ha revelado. Pedro es el primero que la cree, la descubre, y confiésala sin haberla oido, sino al Padre Eterno que antes la gravára en su puro y sencillo corazon. Pedro sin haberla jamás oido á sus padres



sin haber tenido ejemplo que imitar, sin entender las profecias que la anunciaban, en oscuridad misteriosa, y haciendo callar á su razon, para oír la voz de Dios, cree la divinidad de Jesus, confiésala, predícala, y lo arriesga todo por defenderla. Esta fé le inspira una confianza, un respeto, un amor, un celo por la gloria de Jesus, cual no se advierte en sus compañeros antes de recibir al Espíritu Santo. En el Tabor, en el cenáculo, en el Huerto de las olivas, en el sepulcro, solo Pedro testifica con las obras, la creencia en la divinidad de su Maestro. El solo empuña la espada en su defensa, hiere al primero que le injuria..... porque sabe que defiende á un Dios, que puede librarle del poder de todos sus enemigos. Si, despues de resucitado, Jesucristo le pregunta por su amor, le responde; ya

sabeis Señor que yo os amo con toda mi alma, y que estoy pronto á sacrificarlo todo por vuestro amor.

En efecto, Cristianos, luego que descende el Espíritu Santo sobre los Apóstoles, abrasado Pedro por el celo de la gloria de Jesus, se presenta en las plazas de Jerusalem y dá principio á su mision, reprendiendo á los judios su ceguedad, convenciendo á los sábios de su ignorancia, impugnando las tradiciones de los fariseos y demostrando ser hijo verdadero de Dios el que habian hecho morir, con tan cruel y odiosa injusticia, como malhechor en un patíbulo infame; en vano los geses de la Sinagoga le prohiben anunciar esta verdad; ni la pena vergonzosa de los azotes que le hacen sufrir, ni las cadenas que le aprisionan cruelmente le acobardan ni entubian en nada el fuego divino que

devoraba su corazon. Con la persecucion y los tormentos, la fé se arraigaba mas profundamente en su alma; enardeciase su espíritu, crecia su celo, y cuanto mas padecia, mas se deleitaba su corazon. Sus talentos, sus desvelos, sus fatigas, sus fuerzas, su libertad y su sosiego, todo lo emplea gustoso para reparar la injuria que una sola vez, pudo hacer al honor de su divino maestro; sus trabajos por la salvacion de sus hermanos, que son todos los hombres, son admirables, indecibles, sin número, como lo pregonan á una voz la Judea, Mesopotamia y Capadocia, el Asia, el Ponto, la Frigia y Panfília, el Egipto, la Libia y Cirene, la tierra de los Partos, los Medos, Elamitas, Arabes y Cretenses, provincias que recorrió con incansable celo, sin olvidarse de nuestra España, á donde envió escogidos

operarios, que cultivasen esta predilecta viña del Señor: plantando en todas la Religion de Jesucristo, y dictando providencias para difundir el Evangelio por todas las partes del mundo.

Lléname ya de gloria, por tus triunfos, ó Simon hijo de Juan. Sobre tu generosa y humilde confesion, ha fundado Jesus la Iglesia que tu estenderás de polo á polo, y que ha de durar por los siglos de los siglos; sí, Católicos, consolémonos tambien nosotros de ver que todas las naciones, todos los pueblos, todos los soberanos del orbe, prestarán á Pedro su acatamiento, sumision y obediencia, sometién-dose todos á su imperio. *Constitui te super omnes gentes et regna.* Pedro arrancará de todas partes la supersticion, la idolatría, el gentilismo y la impiedad; haciendo en su lugar que florezcan

la verdadera Religion y todas las virtudes cristianas, como los preciosos frutos de la fé de Jesucristo. Reyes, Principes, Obispos y Sacerdotes, todos los habitantes del globo, acatarán el poder y autoridad de Pedro; todos reconocerán su imperio indestructible, inconquistable y universal, como el imperio de Jesucristo, que á todas las naciones del mundo tiene por herencia. A pesar del cismático, vestido con piel de oveja; á pesar de la ominosa política del siglo ateo y malvado; bramando la heregía, y todo el infierno, solo Pedro tiene facultades absolutas, independientes de los hombres, para atar y desatar, perdonar y castigar, absolver y condenar, abrir y cerrar enteramente las puertas del Cielo. Tan preciosa es la corona de su fé; tan incomparable la gloria de su confesion. La firmeza de su fé es la roca

sobre que está fundada la Iglesia. Todas las sectas que sobre ella no descansan, desaparecen como fundadas sobre arena. Yo te entregaré las llaves del reino de los cielos, le dijo Jesus, y á quienes abrieres sus puertas, se les franquearán, y se cerrarán á los que tú se las cerrares; porque la justicia del Cielo confirmará las sentencias que tú pronunciases en la tierra. Serás en ella mi Vicario. Convienen todos los Padres en que desde este punto quedó Pedro constituido príncipe de los Apóstoles, pastor de pastores, piedra fundamental de la Religión, y cabeza visible de la Iglesia.

En este concepto, lleno del Espíritu Santo no se contenta con estar escondido en Jerusalem, sino que sale á la plaza pública del mundo, entra en Antioquia, y aunque de paso, funda en ella la cátedra que ha de ense-

ñar al Universo, donde por la primera vez, llamáronse Cristianos los que adoraban á Cristo; pasa luego á Roma, y se estremece el capitolio con los inmundos dioses vencidos por la Cruz de Jesucristo, haciendo conmovirse al mismo trono de los Césares. Desde la ciudad eterna, desde hoy mas ilustre y famosa por el cayado de Pedro, que por el cetro de Rómulo, por medio de sus enviados, dicta leyes á todos los pueblos del globo. La Europa, primer objeto de su pastoral solicitud suprema, acude luego á sus plantas, reconociendo en él al Vicario de Cristo, al Aron de la ley Evangélica. España, cuya conquista costó á Roma mas de dos siglos, muchas derrotas y muchísimas legiones, á Pedro no le cuesta sino siete hombres que la envía, ordenados obispos por el mismo, y que la sujetan al instante

al suave yugo del Salvador. Las Galias, que apenas pudiera en diez años dominar todo un Julio Cesar, á la voz de San Ireneo reciben el Evangelio; y los Druidas, entregados al culto de Teutates, levantan la Cruz de Jesucristo sobre los escombros de aquel ídolo infame.

La Italia, el jardín de Europa, que pudo corromper al vencedor de Canás con las delicias de Capua; Italia, centro de la molicie y del desenfreno, y asiento de las mas absurdas supersticiones, despertó de su fatal sueño, y y acojiéndose á la sombra tutelar de la Cruz, dió señales de su reconocimiento á los favores del Apostol San Pedro, empezando á ofrecer en las aras de Jesucristo la sangre de muchos miles de mártires. El África siguió al instante el alto ejemplo de la Europa; Cartago se indemnizó de las

pérdidas y ruinas que Anibal la causára en las guerras contra Roma, acogíendose espontáneamente al trono vivificador y consolante de Pedro; la Mauritania y otras provincias tan funestas á los romanos, por las guerras de Yugurta y otros reyes, entraron tambien formando parte del imperio del Pescador. Callaré aquellos feroces Partos, los incultos Scitas, los Cuados y mil otros pueblos bárbaros, que sentados antes en las tinieblas y sombras de la muerte, inaccesibles á las vencedoras águilas de Roma, corren hoy á la voz de Pedro á filiarse bajo el estandarte victorioso de la Cruz, ¡y qué asombro! Son regenerados de un modo divino, en costumbres, en culto, en civilizacion. Gloriábase Virgilio de que Roma habia estendido su imperio hasta los Garamantas y los Indios. ¿Y qué es esto, comparado con las

conquistas de la Iglesia en tiempo ya de San Gerónimo? Sin ejércitos, sin armas, sin otra fuerza que la de la verdad, y de una verdad enemiga de las pasiones, contraria al lujo y al regalo, y mas que todo, á las supersticiones reinantes del pueblo, y á la filosofía de los ateos poderosos: sin mas ajustes que unos pobres misioneros, que descalzos, privados de todo auxilio humano, solo confiados en el madero que habia salvado al mundo, y cuya imagen consoladora llevaban siempre en la mano.... La Iglesia entonces llevó su dulce imperio á los últimos confines de la tierra. De ayer somos, decia Tertuliano á sus perseguidores, de ayer somos los Cristianos, y lo llenamos ya todo; el senado, el foro, la milicia, las ciudades y los campos; en todas partes estamos, menos en los teatros y en los templos de

los ídolos. Tales y tantos son, amados oyentes, los motivos de nuestra veneracion al príncipe de los Apóstoles. Y si habeis admirado los prodigiosos efectos de la divina gracia en un pobre y rudo pescador, la piedad que os ha reunido al presente en este sagra-
do templo, no deberá ser menos sorprendida de admiracion, viendo al mas furioso perseguidor de los Cristianos súbitamente mudado en el mas acérrimo defensor de la ley Evangélica, que cifra todas sus delicias y su gloria en la Cruz de Jesucristo.

San Pablo Apóstol, doctor de las gentes y oráculo del mundo, desde el feliz momento de su conversion, consagró toda la prodigiosa ciencia que adquirió en la escuela de Gamaliel á la dilatacion del Evangelio, y al ornamento y glorioso triunfo de la Iglesia. Llenaba de oprobio y confusion

á cuantos osaban en disputas manci-
llar la gloria de Jesus y de su Iglesia,
siendo el asombro y temor de los ju-
dios; porque sobre ser un sábio muy
profundo en las Escrituras, era de un
genio tan vivo y eficaz, y cuanto ha-
blaba hacía-lo con un cierto aire tan
solemne y magestuoso, que se robaba
el respeto y los corazones de todos.
De aquí los graves peligros en que le
pusieron los doctores de la ley, de
los que se vió libre por el amor y au-
xilio de los fieles, descolgándole una
noche por la muralla de Damasco.
De aquí sus grandes triunfos en Chi-
pre, Seleucia y Salamina. Bien es ver-
dad que no pudiera menos de coger
tan dulces y copiosos frutos, habien-
do sido arrobado en éstasis divino,
hasta el tercer siglo, donde el Señor
descubrió-le maravillas superiores á la
espresion humana, *quæ non licet homi-*

ni loqui, y aprendió la inteligencia de los mas escondidos misterios. Empero, á fin de que tan singulares favores no le envaneciesen, ha permitido el Señor que el estímulo permanente de la carne, le combatiese toda su vida, y para sujetarle añadió á los trabajos Apóstolicos, continuas y rigurosas penitencias.

Para darnos ejemplo de la sumision y acatamiento que deben los hombres al Romano Pontífice, como vicario de Jesucristo, sin embargo de hallarse Pablo autorizado por el mismo Dios, pasó á Jerusalem á verse con San Pedro y consultar con él lo mas conveniente al bien de los fieles de la naciente Iglesia, sobre el buen éxito de su mision. Y como en recompensa de su obediencia y humildad, se le apareció el Señor y le mandó ir á predicar el Evangelio á los gentiles. Sale

pues, para Tarso, y desde aquí emprende nuevos viajes á las ciudades de la Siria y la Cilicia, donde sus victorias le adquieren, digámoslo así, un botín inmenso para Jesucristo. Como el buen grano es á la vez sofocado por la cizaña que siembra el hombre enemigo, así la predicacion del Santo Apóstol se ve á punto de ser neutralizada por la perversidad del judío *Elímas*, cuyas palabras seductoras suspendieron la conversion del Procónsul de Chipre. Volviéndose, entonces, encendido en santo celo el Apóstol hácia aquel embustero, para escarmiento de todos los impíos. «Hombre malvado, le dijo; ¿con que tú, no dejas á otros que vean la verdadera luz que alumbra á todos los que vienen al mundo, enseñándoles el camino de la salvacion? Desde este mismo punto es la mano del Señor sobre tí, y que-

darás ciego sin ver el sol.» Dijo: y al instante perdió Elimas la vista, y buscó quien le diese la mano para poder andar. Ved aquí el milagro en cuya presencia se convirtió admirado el Procónsul Sergio en la misma hora; y ved en este hecho ruidoso un nuevo testimonio de que la impiedad es impotente para estorbar la marcha gloriosa y triunfante de la Iglesia.

Predicando San Pablo en Antioquia de Pisidia, hízolo con tal unción y eficacia, que inclinó á todo el pueblo á creer en Jesucristo. Sobre saltados de furor los sacerdotes y doctores de la nación con este motivo, vomitaron mil blasfemias contra Cristo y se alborotaron contra los dos Apóstoles San Pablo y San Bernabé; pero estos sin turbarse, al ver su delirante furor les dijeron: vosotros habiais de ser los primeros á quie-

nes anunciásemos la palabra de Dios; mas ya que sois los primeros que la despreciais, confesándoos indignos de la vida eterna, por vuestra misma boca, veis aquí que la vamos á anunciar á los gentiles. Dicho esto, sacudieron el polvo de los pies y marcharon á Iconio, donde hicieron muchas conversiones de judios é idólatras, entre los que vemos á la ilustre Virgen Santa Tecla.

Mirad , Católicos , si esta conducta de Pablo y Bernabé debe hacernos temblar por la suerte de la infeliz España. ¿No es verdad que los españoles de nuestros dias, como los antioquenos de Pisidia, se levantan con rabioso furor contra los sacerdotes y contra la Iglesia? ¿No es verdad que el jansenismo y la política se adunaron para derribar la ciudad Santa, fundada sobre la firme roca? ¿Y qué

adelantaron? Heridos por la mano de Dios, espiran como el apóstata Juliano, arrojan de su propia sangre contra el Cielo, y en tanto, los nuevos Apóstoles, nuestros hermanos y compatricios, abandonando los campos de la patria tan desconocida y cruel, recorren como Pablo y Bernabé, las remotas regiones del Asia, del Africa y la América, conquistando millones de almas para Jesucristo, y ¡oh dolor!

La España, un día tan católica y religiosa váse quedando sentada y envuelta en las tinieblas del error y en las sombras de la muerte.

El celo de San Pablo crece al paso que se multiplican sus trabajos. No, no es posible imaginar lo mucho que padeció por Cristo, en la Pisidia, en Panfilia, y en gran parte de la Siria,

fundando, en todas las expediciones, Iglesias, ordenando sacerdotes y obispos, esclareciendo en fin, á todas las naciones con la luz del Evangelio. Sí, oyentes piadosos; él mismo nos da testimonio de que ningun otro sufrió mas trabajos, labrando con ellos nuestra felicidad y todos en nuestro favor: ninguno recibió mas golpes, ni toleró mas cárceles por nuestro amor. ¡Cuántas veces se vió á las puertas de la muerte, en los rios, en los caminos, en el mar y en las poblaciones! Los judios, los gentiles, los falsos hermanos, todos se empeñaron en ajar su reputacion, en perderle y en poner lazos á su vida. Sin comer, sin beber y sin dormir, espuesto á todos los rigores del tiempo, ni aun en los desiertos estaba seguro.

Cinco veces fue cruelmente azotado por los judios con nervios

de bueyes; dos con varas, tres veces padeció naufragio, una noche y un dia pasó fluctuando entre las olas del mar. Y en medio de tantas tribulaciones, el amor de Jesucristo y de la salvacion de los hombres, crecia mas y mas en su pecho, siempre celoso de llevar su santo nombre á todas las naciones de la tierra. Asombro causa, fieles piadosos, el considerar las ciudades, las provincias, los reinos y vastas regiones, convertidas á la fé por este grande Apóstol. Nada os diré, por tanto, del celo con que visitára todas las Iglesias de la Cilicia; ni como en Licaonia recibió en su compañía á su amado Timoteo. Frigia, Galicia, Macedonia, Filipos, Atenas, Efeso, Tesalónica y Corinto, decid, vosotras, los maravillosos frutos que hizo en sus viajes el doctor de las gentes.

Vosotros sabeis y visteis que cuantos mas eran sus triunfos, tanto mas tenia que padecer; mas el que habia dado testimonio de Jesucristo en Jerusalem, era preciso que le diese tambien en Roma, con nuevas conquistas de portentosas conversiones hasta en el mismo palacio imperial. *Cursum consumavi*, pudo esclamar el Apóstol en su vuelta última á Roma, para consolar y fortificar á los fieles en la persecucion de Neron. Aquí termina su gloriosa carrera en compañía de San Pedro; y Roma, centro de todos los errores y de todos los vicios del mundo, no puede resistir al celo de los dos héroes Cristianos.

Los milagros que hacian uno y otro Apóstol en Roma, encendieron la mas horrible de todas las persecuciones en el imperio de Neron, y entonces por disposicion de la Divina

Providencia se encontraron para que las dos lumbreras del mundo, terminando su carrera en la capital del Universo, la ilustrasen con su gloriosa muerte.

Ambos padecieron presos en la cárcel Mamertina; y despues de haber empleado toda su vida en dar á conocer y hacer amar á los gentiles y los judios el nombre de Jesus, merecieron juntos la corona del martirio en un mismo dia y año, que es el 68 de Jesucristo. He concluido. Nuestro gozo, reconocimiento y veneracion, deben ser muy grandes hácia estos dos Apóstoles, que con tantos afanes y trabajos fundaron la Iglesia, y dilataron las luces del Evangelio en todo el mundo y con especialidad en Roma y en España..... ó Dios, que consagraste este dia con el martirio de tus Apóstoles Pedro y Pablo, en señal de

gratitud os pedimos la gracia de imitarlos, siguiendo su ejemplo y doctrina, para merecer con ellos la corona sempiterna. Amen.

D. H.





SERMON

**para el día de la Visitacion
de Nuestra Señora.**



Ut audivit salutationem Mariæ
Elisabeth, exultavit infans in
utero ejus, et repleta est Spiritu
Sancto.

*Luego que oyó Isabel la saluta-
cion de María, el infante saltó en
su vientre, y ella fue llena del Es-
piritu Santo.*

En el Evangelio de SAN LUCAS, CAP. 1.º, VS. 41 y 42.

Entre los misterios y festividades
de la Virgen Santísima, Madre de Dios,

que celebra la Iglesia católica, el de este día es uno de los mas autorizados; porque está espreso en la Sagrada Escritura. Despues de referirnos San Lucas el inefable misterio de la Encarnacion del Verbo divino, y todos los pormenores con que se verificó, como en él dió el nuncio celestial por contraseña á la Virgen el preñado de su prima Isabel; ya fuese por efecto de piedad y deseo de contemplar y ver con sus propios ojos la inusitada maravilla de una anciana en cinta, formando parte en las altas miras del Cielo; ya por el natural cariño que inspira la misma sangre, ó ya en fin, por divina inspiracion; María subió á las montañas de Judea con solícita prontitud, fue á la casa de Zacarías, entró en ella y saludó á Isabel. Asi lo dice el mismo Evangelista en testo seguido. La favorecida esposa del Pro-

feta y el tierno infante que llevaba en su seno representando esta vez en compendio, á la gran familia del género humano, fueron los primeros llamados á gozar de los benéficos influjos de la redencion y á ver la clara luz del que ilumina á todo hombre que viene á este mundo. Patente está en la Sagrada historia.

La Virgen Madre se levantó á impulsos de aquel gigante de gracias, que habia concebido en sus purísimas entrañas para correr su camino; cuya salida era el Cielo, cuyo término la diestra del Escoelso, y en cuyo trascurso no habia de existir nada que se escondiera del calor de su gracia vivificante, como dice el Profeta. Amaneció para nosotros el dia santificado de la reparacion antigua, de la felicidad eterna.

Era preciso y muy consiguiente

que desde los primeros albores de este gran día del Señor, resonasen los cánticos de gozo, los himnos de placer y los Osannas al bendito que venia en su nombre. Era preciso y muy consiguiente que desde los primeros pasos de este gigante quedasen impresas las huellas de la alegría, de la paz y bienaventuranza que aportaba al mundo; y era preciso, en fin, y muy consiguiente, que su madre empezase su importante ministerio con favores señalados, en beneficio de los que entraban á la parte de tantas maravillas.

Asi se verificó todo en la ciudad de Judá, y en la casa de Zacarías. ¿Qué otra calificación merecen, si no, tantos y tan estupendos prodigios como tuvieron lugar en aquel dichoso recinto? ¿Por dónde pudo saber la an-

ciana esposa de Zacarías que su prima era ya madre de su Dios , cuando entró por sus puertas? ¿Y cómo la Virgen purísima tampoco habia de saber anunciar de su Dios y de sí misma tantos misterios y sublimes verdades, cuales se contienen en aquel memorable y glorioso cántico , que salió de sus labios , y con el que resuenan y llenan de gozo todos los dias los templos cristianos? Y el infante Juan, aun no nacido , aun oculto en el oscuro claustro materno , ¿cómo sintió y conoció y saludó al cordero de Dios que quita los pecados del mundo? ¿Cómo saltó de placer , y haciendo terrible empuje quiso romper las puertas de la prision que le guardaba , violentar las leyes de la naturaleza y anticiparse el dia de ser ante el mundo , la voz, el pregonero y el nuncio de la venida del Mesías?

¡ Oh, Cristianos! Yo leo las homilias de los padres, Ambrosio, Agustín, Crisóstomo, Máximo y otros, y en todos encuentro un santo entusiasmo por celebrar este solemne misterio, que puede decirse, de los misterios. Sobre todo resalta en sus escritos una idea dominante, y es la del beneficio dispensado por Dios al Bautista y á su madre; en el cual está significado el que venia á hacer á los hombres en general. Pero el medio fue la Virgen Santísima; de donde se infiere claramente que esta Señora es la elejida por Dios para comunicar sus gracias.

Sobre esta verdad inconcusa girarán hoy mis reflexiones, tomando por fundamento principal el misterio de este dia, y la representacion de cada una de las distinguidas personas que á él concurren.

Saludemos antes á esta Señora,
bendita entre todas las mugeres, como
lo hizo Isabel.

AVE MARIA.

Ut audivit salutationem Mariæ
Elisabeth , exultavit infans in
utero ejus , et repleta est Spiritu
Sancto.

*Luego que oyó Isabel la saluta-
cion de María, el infante saltó en
su vientre , y ella fue llena del Es-
piritu Santo.*

En el Evangelio de SAN LUCAS , CAP. 1.º, VS. 41 y 24.

Si yo afirmo que Dios nuestro Se-
ñor se propuso desde el pecado de
Adan salvar á los hombres por medio
de una muger, asi como ellos se ha-
bian perdido por medio de otra, y
que esta muger es María Santísima,
Madre de Dios, tendré cien pruebas
de que valerme para hacerlo eviden-
te en la historia sagrada. Y si añadie-

se todavía mas , y dijera que aun se habia Dios negado á salvarlo por otro medio , los sucesos lo probarian. Porque, señores, los tristes ayes y gemidos, los lamentos y suspiros, los sollozos y lágrimas, las quejas y declamaciones de tantos justos, Patriarcas y Profetas, por el largo espacio de tantos siglos ¿qué efecto benéfico produjeron? El Cielo se mostraba de bronce y se hacia sordo de tal suerte, que acostumbrados los hombres á padecer sin consuelo, no solo desesperaban de ver en sus dias el remedio, sino que avezados á los males, como el perpétuo cautivo juega con las cadenas, ellos se habian hecho del mal una segunda naturaleza. El mismo Zacarías no creyó cuando el nuncio celestial le manifestó ser ya llegado el cumplimiento de las promesas. Hasta que hubo nacido aquella Virgen mi-

lagrosa que predijo Isaias, todo esfuerzo fue inútil, toda solicitud perdida. El plazo era este, el medio adoptado no quiso el Señor que fuese otro.

¿Por qué no envió el Cielo en lugar de una nubecilla para que dirijiera su pueblo por el desierto, una tropa de Angeles ó de guerreros formidables que le guardasen? Porque la nubecilla era ya figura de María, dicen los Padres. ¿Por qué en vez de valerse de las heroínas Judit y Ester para sacarlos de apurados conflictos, no echó mano de esforzados campeones como David y Joab? Porque á una muger representada en aquellas, estaba encomendada la salvacion de los hombres. ¿Por qué fue el débil instrumento de una vara, el que sacó agua de una dura piedra para los sedientos Israelitas, y no hizo el Señor que se abriesen las cataratas del Cielo, como en otro

tiempo, y destilasen á rios el licor vivificante y cristalino que los refrigerase? Porque una débil muger habia de ser la que produjera de su seno purísimo la verdadera y única fuente de aguas saludables que saltan hasta la vida eterna. ¿Por qué fué el facilísimo combustible y espinosa planta de una zarza la que se presentó ardiendo y sin quemarse á los ojos de Moyses en Oreb, y no una robusta encina ó un alto cedro? Porque María Madre del Mesías, en la carne quebradiza rodeada de las espinas del pecado, habia de presentar sobre la tierra el nuevo y nunca visto prodigio de la maternidad intacta, lanzando de sí misma, cual la hermosa y alegre aurora entre nubes opacas, al sol de justicia. ¿Por qué el arca de Noé? ¿Por qué la de la Alianza? Por qué la serpiente de metal, y otros y otros sím-

bolos ; por qué Sara, Rebeca, Dévora y otras y otras mugeres célebres.....? Pero, señores , estas y aquellos y todos los símbolos, alegorías y figuras que significaron á María Santísima, en su tiempo, lugar y ocasion, dicen menos y son nada en comparacion del misterio de hoy , en el cual se verifica la realidad y verdad de lo figurado.

La voz de María fue la que oyó su prima Isabel ; pero voz tan penetrante y sonora, que alcanzó á los oidos del niño que aun estaba en sus entrañas; voz tan dulce y encantadora, que le hizo saltar de gozo ; voz tan poderosa y fecunda en milagros, que llenó del Espíritu Santo al hijo y la madre, les comunicó la sabiduría y ciencia del Cielo y los hizo Profetas á ambos. Porque si la madre por los medios naturales oyó la voz de María, solo

por inspiracion del divino Espíritu, pudo saber el alto é inefable misterio que en ella se habia obrado: solo por ciencia celestial podia conocer que era ya Madre de Dios; solo con espíritu profético pudo llamarla bendita entre las mugeres y bendito tambien el fruto que llevaba en su vientre. Y aquella tan grande humildad de Isabel, por la que se confiesa y reconoce indigna de recibir una visita tan distinguida y honrosa, ¿quién sino el Espíritu Santo, pudo comunicársela? ¿De dónde á mi esto, dice? ¿Cómo es que la Madre de mi Señor viene á mi casa? ¿Cómo es que en el momento en que tu voz resonó en mis oídos, el infante que yo llevo en mi útero saltó de gozo! ¡Ah! Tú eres bienaventurada, porque creiste las cosas que te se han dicho por parte de Dios! Tanta sabiduría, tanta fé y tanta compren-

sion de los divinos misterios en Isabel, acreditan que el Espíritu Santo, que habia llenado el alma de su Hijo, llenó la suya, y que con él profetizaba, dice San Ambrosio.

Pasemos de las consideraciones sobre Isabel á su Infante, y veremos que su alegría, sus saltos de placer y la gracia de la santificacion fueron producidas todas por la visita de María. Cuando hay este hecho, que es de fé, inútiles son las congeturas. Dios es el árbitro soberano para comunicar á los hombres sus gracias en el tiempo, lugar y ocasion que le place, y por aquellos instrumentos que mas le agradan y están conformes con los incomprensibles designios de su divina voluntad.

Pero aqui, en esta ocasion, tenemos ya por cierto y está probado que á su querido precursor le quiso san-

tificar por medio de su Madre Santísima, y con el motivo y oportunidad de la visita. A Daniel, á Jeremias, á Moyses, á Zacarias, á la misma Virgen Madre envió un Angel; al Bautista y á Isabel envió la reina de los Angeles. ¡Oh mansion feliz y dichosa! ¡El Verbo se ha hecho carne y con la que se la ha dado habita hoy en tu recinto! ¡Oh espíritus bienaventurados! ¡Cuánto será vuestro placer en este dia, al ver á la que hace la alegría de los Cielos, y en su vientre virginal al que deseais con ansia mirar su rostro, humillados hasta la dignacion de de visitar una familia pobre y oscura! Venid y ved á vuestra Reina, á quien alaban los astros de la mañana, y en cuya presencia se llenan de júbilo los hijos de Dios; venid y ved al pacífico Salomon tambien recostado en su tálamo, sentado en el trono de su ma-

yor gloria , oculto en el vientre virginal de la Hija del Padre , de la Esposa amada del Espíritu Santo , en tiernos coloquios , en cariñosos saludos con su precursor y Profeta ! Venid y ved ¡pero qué digo ! ¡Ahí están sin duda todos , haciendo la corte á vuestro Soberano y Dios ! ¡Oh mansion feliz y dichosa , repetiré mil veces ! ¡Oh casa de Zâcarias ! ¡Oh Zacarias , antes incrédulo , tímido y vacilante ! ¿Conoces ya el misterio ? ¡He ! ¿Lo comprendes ? ¿Sabes , adivinas , alcanzas lo que todo esto significa ? ¡Sí , Cristianos !

Zacarias suelta su voz entorpecida y ligada por la incredulidad , acreditando ya la fé y firme creencia en los misterios que le aclaran sus ojos y atestiguan sus oidos , Bendito sea el Señor Dios de Israel , esclama , porque visitó é hizo la redencion de su plebe : y tú , ¡oh Hijo mio ! ¡Te lla-

marás Profeta del Altísimo, marcharás delante de él para prepararle sus caminos!

María Santísima, señores, fué el instrumento de que se valió nuestro buen Dios para obrar tantas maravillas. Su lengua virginal y santa también profetizó, alabó al Señor é hizo el justo elogio de sus bondades y misericordias; pero elogio y alabanza que nos ha consignado el Evangelio, como documento precioso de virtud y enseñanza cristiana. Elevada la augusta Madre de Dios á tanta dignidad, confiesa en él que su humildad ha merecido este premio, y que el mismo Señor que la ha ensalzado por ella hasta el punto de llamarla bienaventurada todas las generaciones, será el que arroje de su asiento á los soberbios y poderosos para levantar á los humildes: llenará de bienes á los

hambrientos de gracia y dones celestiales, y dejará pobres á los ricos y orgullosos de este mundo.

Importante sobre manera es la leccion que hoy nos da la Virgen María en este cántico, en esta visita, y en todos los pormenores y circunstancias de este adorable misterio. Y nuestro Dios que se dignó valerse de esta Señora para obrar tantos prodigios, y dispensar tantas gracias, nos está diciendo claramente, que en ella y por ella las ha de repartir todas al mundo; pero al mundo creyente y humilde. Isabel es llena del Espíritu Santo, porque conoció y celebró la grandeza de María, confesándose á sí misma por indigna de tanto favor: el Infante Juan fué santificado aun antes de nacer, porque allí su fe le hizo saltar de gozo, y su humildad prepararse á ser desde entonces solo *una*

voz, un débil instrumento de los designios del Cielo: Zacarias fué castigado cuando incrédulo, y hecho Profeta cuando humilde creyó la grandeza del misterio que representaba María. Si el Señor habria, ó no, colmado de sus gracias y favores á esta familia, sin la visita de María, no lo sabemos; lo que sabemos sí, es que todo lo hizo por medio de esta Señora. Sabemos mas, y es, que al mundo lo redimió, y preparó y facilitó la salvacion á todos los hombres, tomando carne en las entrañas purísimas de María. Pudo, sí, el Señor salvarnos por otros medios, pero no lo hizo; y este hecho tan glorioso para nosotros, es suficiente leccion á nuestra ulterior conducta. Todas las gracias para los hombres las ganó Jesucristo con los méritos infinitos de su pasion, pero Jesucristo vino al mundo por María: es

imposible concebir, ni aun en la imaginacion, á Jesus, sin que le preceda María su Madre; ninguno se ha salvado, ni salvará jamás sino por estos grandes nombres y por los méritos que ellos significan.

Asi pues, Cristianos, entendedlo bien; si vuestra lengua se entorpece para alabar á Dios y dar testimonio de sus maravillas, como la de Zacarías, es seguro que os falta como á él la fé y la humildad; de estos defectos capitales y que os pribarán de la verdadera vida, quien os puede librar es la visita de María Madre de Dios. Si quereis conocerla y comprender como Isabel todo lo grande y divino que ella llevó en sus entrañas y siempre significa; sed humildes como aquella muger dichosa y tened tanta fé como ella tuvo. Deseais ser visitados por Jesus y su Madre para saltar de gozo como

el precursor niño , y santificados con él, tened fé, humildad y amor á esta Señora.

Cristianos, en las angustias, en las cosas dudosas, ya del alma, ya del cuerpo, visitad vosotros á María con vuestra devocion, virtud y cariño, y ella os visitará con las gracias de su hijo. ¿Se levantan los vientos de la tribulacion, os amenazan las olas de la tentacion, os acometen las borras-
cas de las pasiones, de las miserias, de los males de esta vida hasta tal punto que ya se os figura que la muerte os descarga su terrible golpe, y el infierno os traga, acudid á María, dice San Bernardo, invocad á María, pensad en María: *Mariam cogita, Mariam invoca*: y experimentaréis cuanto vale su proteccion y su amparo. Lo repito, Señores, y no me cansaré nunca de decirlo; todas las gracias del Cielo

nos vienen á los míseros mortales por medio de María Santísima Madre de Dios. El misterio de su visitación á su prima Isabel es un rico manantial de gracias y misericordias para el mundo, es la prueba de los beneficios de esta Señora, y el milagro de los milagros obrados á favor de aquella Santa familia, que esplican y comprenden lo que puede hacer con nosotros.

Madre mia, purísima, dadnos fé, humildad y todas las virtudes para que seamos dignos en esta vida de que nos visites y nosotros te acompañemos por una eternidad en la gloria. Amen.

J. M. X.



SERMON PANEGÍRICO

de la Virgen del Cármen.



Hæc me consolata est in humilitate mea.

Esta es la que me ha consolado en mi humillacion.

DEL SAL. 118.

Siendo la Reina de los Angeles el medio único de alcanzar el socorro de nuestras necesidades, de llenar nuestros deseos y el consuelo, en fin,

de todas nuestras tribulaciones; deben asimismo, ser sin número los modos con que la piedad cristiana ostente á esta divina Madre de los hombres, el justo reconocimiento á las finezas de su amor. Y si ciertamente, ha colmado de sus favores á todos los fieles, con especialidad complácese en derramar los tesoros celestiales sobre los que dignamente visten su Santo escapulario. Sí, hermanos míos: en la persona de su amado siervo San Simon Stok, nos ha constituido bajo su amorosa tutela marcándonos con la divisa noble de sus hijos; cual escogido rebaño regalado con los favores del Señor, bajo la inmediata protección de la bella pastora del Carmelo. La devoción y hermandad del escapulario autorizadas, sin embargo, por la Iglesia y los soberanos Pontífices y ennoblecidas con tantos prodigios, han

sufrido tan furiosos embates por la impiedad y el error, que la devoción del Cármen no sería ya la delicia de toda la humanidad, si la divina fundadora no hubiera salido á la defensa.

¿Por qué os parece que todos los fieles del orbe sin distincion de clases, ni personas, llenos de fé y entusiasmo apresuránse á filiarse bajo las banderas de María? El papa, el cardenal, el obispo, el príncipe, el grande, el soldado, el artesano, el menestral y el labrador, el anciano y el niño, todos honrarse desean con el Santo escapulario. ¡Ah! que ven en él un escudo protector, un vestido de fortaleza y decoro, para defenderlos contra los asaltos del demonio y contra los peligros de la carne y del mundo. *Fortitudo et decor indumentum ejus*: por que no hay un Cristiano que no se

confiese deudor á María de los consuelos que suavizan las amarguras de la vida humana. *Hæc me consolata est in humilitate mea.* ¿Qué reino, qué provincia, qué ciudad no ha visto confirmada con portentos la virtud y poderio de la Santa divisa del Carmelo? Vióse levantarse en los incendios sobre las llamas, y no pocas veces apagándolas, ha libertado á sus devotos del naufragio, los ha defendido del rayo, ¿y qué baluarte mas firme y seguro en las batallas? Los ejércitos han visto los dardos enemigos estrellarse contra esta celeste armadura; uno de los reyes de Francia se adornó con el escapulario del Cármén, cuando vió que salvó la vida de un soldado, en la ocasion que una bala atravesándole el vestido, respetó la sagrada enseña del hijo de María, y le dejó sin lesion alguna.

Como la intencion de la Madre de Dios, sea dar á los hombres una señal de filiacion y especial fraternidad, adquieren estos los gloriosos títulos de hijos y hermanos de la Virgen. ¡Qué honor! ¡Hay una suerte mas dichosa para los hijos infelices de Adán? Pues aun hay mas; ha prometido Maria que los hijos del Carmelo dignos de este nombre, no serán del número de los réprobos; que los sacará cuanto antes del purgatorio y los guiará hasta la posesion de las delicias eternas. ¡Qué Cristiano no se penetra de asombro, de veneracion y gratitud al recuerdo de tan indecibles favores? ¡Oh! hermanos: de nosotros, en torno de tan altos beneficios, exige lo menos que puede pedirnos y lo que podemos darla con la mayor facilidad; porque la obligacion del que se alista por esclavo de la Señora, vistiendo su divi-

sa, sino quiere que estos sean unos títulos vanos, ó en frase de Job, unos vestidos que mañana cubran de infamia y de horror al mismo que los lleva; su obligacion es manifestar la veneracion que profesan sus hijos fieles al nombre augusto de Madre soberana; el hijo del Cármén tiene que adornar su alma con las virtudes de María, en el hecho mismo de llevar su sagrada enseña. ¡Oh tú hijo de María! esclama San Buenaventura, tú que haces pública profesion de amarla, adorna tu alma con sus virtudes: arregla tu vida de manera que todos conozcan por tus costumbres, palabras y acciones, que eres hijo de tal Madre; y entonces se dirá con justicia, que todo lo que ha dicho el Espíritu Santo, todas las determinaciones de la Iglesia, y todos los escritos de los Santos doctores, relativos á inspirar

en los fieles tierna devoción á María, celo por la defensa de su gloria y confianza en su patrocinio, hállese todo compendiado en los verdaderos hijos del Cármén. Entonces se verá como la Virgen María es la esperanza de los que de veras invocan su nombre, que es lo que voy á probaros en mi discurso, para lo cual debemos implorar su auxilio saludándola con el Angel.

*

AVE MARIA.

Hæc me consolata est, in humilitate mea.

Esta es la que me ha consolado en mi humillacion.

DEL SAL. 118.

Lo que la Santa Escritura nos dice de los exploradores del país de Canaán volviendo al campo de Israel con la noticia de su fertilidad deliciosa, en tan alto grado que manaba leche y miel, con mas razon podemos aplicarlo á los devotos y hermanos del escapulario de María, que nos descubren en ella una fuente sellada de gracias y bendiciones, y una tierra-virgen opulenta que nos regala con la leche y miel de sus finezas y amores.

Si los enviados á Jericó se pasmaron de verse libres, por la proteccion de Raab, de los graves peligros que los cercaban, mostrando despues su reconocimiento á la insigne bienhechora. Si los habitantes de Betulia prorrumpieron en cánticos de admiracion y júbilo por la victoria de Judith contra el general de los Asirios, cuya opresion tenia la ciudad en el último apuro. ¿No será justo en la solemnidad de hoy que tributemos nosotros á María dones de gratitud y alabanza cuando tanto hizo en nuestro favor? Ella, como Raab nos ha preservado de la ira del justo juez, y como la hermosa y valiente Judith ha desarmado al Angel exterminador, cuando estábamos ya para morir todos bajo el peso de la divina venganza; ha vencido y degollado al dragon infernal, quebrantándole la cabeza, para que fuese me-

nos terrible á los que caminamos por los desiertos de este mundo entre las angustias y peligros de la vida humana.

Asi es, que los fieles hijos del Carmelo , como los Querubines, en torno del Arca del Testamento , nos ofrecen un nuevo propiciatorio en María como la única poderosa, que aparta de nosotros las grandes calamidades que nos rodean : *hæc me consolata est in humilitate mea*. Es admirable , que marchando los Israelitas por el desierto no apartaban los ojos de la prodigiosa columna que los guiaba á las delicias de Canaham ; pues que la debian el buen éxito de su viage , si atendemos á que , ella les daba luz en la oscuridad de la noche , cuando sus enemigos temblaban de horror , cubiertos de muy espesas tinieblas. Hacíales suave la aspereza del camino, propor-

cionando descanso á sus fatigas en mas de cuarenta mansiones. No son menores los beneficios de que somos deudores á María en frase de un Santo Doctor; porque ciertamente la Santa Virgen es la columna que alumbra, refrigera, y encamina. Cuando los ardores del vicio y del pecado atormentan á los malos, como el sol á los egipcios, María cubre á los fieles con la sombra de su divino escapulario, y los conduce á la celeste Sion por entre las tinieblas y trabajos de esta vida: de aqui la necesidad que tenemos, en nuestra peregrinacion, de no apartar los ojos de aquella columna misteriosa.

En tanto que Esaú salió al monte por la caza que habia de merecerle la bendicion paterna, ¿Qué os parece, oyentes míos, hizo Rebeca su madre, para que la bendicion del ciego y an-

ciano Isaac su esposo, recayera sobre Jacob, su hijo menor? ¡Oh adorables juicios de la providencia!! guiada por una luz superior, la sobrina de Abraham, dispone que Jacob la traiga al momento dos cabritillos, para que sazonados por su mano, fuesen el sabroso regalo tan apetecido por el Santo Patriarca. ¿Pero qué significan las pieles con que le vistió las manos? ¿Y por qué adornar su cuello con aquel vestido de lana? Es la razon, al decir de San Ambrosio, porque Jacob era el hijo mas amado de Rebeca: con un disfraz tan ingenioso le aseguraba las bendiciones del primogénito; y sin esa invencion singular, corría peligro de perderlas. Ved ahora la semejanza de este suceso con el objeto que motiva la fiesta de hoy, como lo advierte un sábio y piadoso obispo español del siglo XVII. Siendo María

figurada en la persona de Rebeca, así como Isaac era la sombra de Jesucristo, á la manera que la Santa esposa de Isaac, la esposa del Espíritu Santo, adorna también el cuello de sus hijos con la fina lana del escapulario, no menos misterioso que las pieles de Jacob, porque les asegura las bendiciones del Padre celestial. No terminaba la dicha de aquel, en las pieles que solo eran un medio de conseguir otra mayor; para logro de sus altos fines encárgale su madre una obediencia absoluta y fiel á todos sus consejos y disposiciones; *nunc ergo, fili mi; acquiesce consiliis meis*: lo que manifiesta ostensiblemente que no basta el traer solo el escapulario del Cármén pendiente del pecho para lograr las bendiciones del Señor, sino somos hijos obedientes y dóciles á los consejos de María. La fé, en la virtud del esca-

pulario, sin el adorno de las buenas obras es inútil, es un cuerpo sin alma: nada vale el hombre que no lidie contra los vicios y pasiones dominantes, una vez que las promesas de María nos aseguran la victoria en los prodigios que coronan al escapulario del Cármen; como que se reputa por uno de aquellos mil escudos que adornan las almenas de la torre de David. La muger que mas propiamente representa una imagen de la Virgen del Cármen, en la Sagrada Escritura, es la Sunamita del 4.º libro de los Reyes; aquella piadosa matrona, privada, por un accidente doloroso, del hijo único que Dios le habia dado, en cumplimiento de la profecía de Eliseo; penetrada de sentimiento, alza su hijo difunto y le pone en el aposento del varon de Dios. En seguida sale desalada en busca del Profeta, y hallóle

en el monte Carmelo. Eliseo volviendo con ella, resucitó al niño, al ruego y amoroso clamor de la madre. Considerad, católicos, como Eliseo y la Sunamita representan con propiedad á Jesucristo y su Madre, que halló tambien en el Carmelo al gran Profeta que por su intercesion ha resucitado á los pecadores sus hijos, muertos á la vida de la gracia, mas desgraciados, por lo mismo, que el jóven de Suna.

¿Y no será justo que la volvamos amor por amor? En María vemos la blanca y ligera nube que, segun el Profeta Elías, se elevaba de la parte del mar; sí, la apacible nube que derrama el fresco rocío de sus gracias y bendiciones, sobre el pueblo Cristiano; invocando su dulcísimo nombre no solo se deja ver sereno el Cielo y el camino que á él conduce, si-

no que calman al momento su violencia las tempestades del corazón, y los enemigos retroceden espantados al eco solo de María. Si los sentidos se dejan arrastrar hacia la impureza, por ejemplo, llevados por las imágenes ó lúbricos recuerdos que les presenta el demonio, invocada María, nace en el corazón el amor de la castidad y se disipan en su presencia los prestigios de Satanás como el humo que lleva el viento. Lo mismo en cualquiera peligro espiritual ó corporal que amenace al hombre. Lucha uno, por ejemplo, con una grave enfermedad, resultado, tal vez de sus culpas; nada ve el infeliz dentro ni fuera de sí que le alivie; nada que le pueda consolar. Si es criminal el remordimiento de la conciencia agrava la causa de sus males, y en todo caso, el temor de morir impídele vencer el mal. ¡Ah! Mortal

desgraciado: invoca entonces á María, é invócala con la piedad fervorosa de un hijo amante. Al par que estrella de los mares es la salud de los enfermos; y ó bien su vital aliento dulceificará tu sangre y te volverá la salud, ó te dará calma suficiente para que un pasajero padecer te proporcione un sempiterno gozar, dice un sábio escritor moderno.

Consoladora de afligidos, si no siempre satisface la peticion y deseos de sus devotos, es porque no les conviene; ó les conviene mejor lo que su amor maternal dispone en favor de ellos. No los consolará por ejemplo, dando á los enfermos la salud que la piden, pero si les dá paciencia y resignacion, ¿cuánto mayor consuelo es? Bien mezquino es el vivir que no tiene por término la vida eterna. Por eso María es nuestro norte seguro

porque nos guía á la vida celestial. Y como esta hemos de ganarla como la ganó el Salvador, y como la ganó la misma Señora, á fuerza de padecimientos, lo que mas que nada nos importa, es padecer con resignacion y firmeza como la Señora padeció. Y en la necesidad en que estamos de padecer ; porque dura milicia es la vida del hombre sobre la tierra, ¿quién no apreciará el sufrir en compañía de Jesus y su Madre Santísima, máxime cuando sufriendo uno solo, padece sin alivio y sin consuelo y se continúa el sufrimiento desde esta vida á toda la eternidad ; y padeciendo con ellos, sufren ellos por nosotros, y acabamos de sufrir en esta vida para gozar de una eternidad bienaventurada? Las naciones en mil monumentos históricos y tradicionales nos recuerdan lo que debieron á la Madre de Dios.

¿Por qué la Europa no gime hoy, como la Grecia y el Oriente, bajo la cimitarra de los musulmanes, presa de un despotismo brutal, de la barbarie y de todos los males que degradan á la especie humana? Cercaron los turcos á Viena, donde María fue para los guerreros Cristianos, un escudo invencible, y un arma que llenó de terror y puso en vergonzosa fuga á los enemigos del nombre cristiano y de la civilizacion. ¿Por qué la mano poderosa de María hizo con los turcos lo que el Angel de la muerte con los ejércitos de Senachérib? Ved porque se llama la Madre de Jesus, el *auxilio de los Cristianos*, entraron los agarenos en España; y ¿quién los ha detenido aquí? ¿Quién domó aquel fanático furor que los hacia invencibles? María, con mil veces repetidos prodigios, los humilló, los derrotó, y lanzólos al fin

del suelo venturoso de la Iberia. ¿A quién es deudora Covadonga de su celebridad? Al ostensible auxilio de María, con el cual un puñado de españoles triunfaron de los formidables ejércitos de la media Luna. Las Navas, Alarcos, Granada y Sevilla, deben sus victorias á la imagen de María que ondeaba en los estandartes cristianos. Ved aquí un testimonio de los auxilios, gracias y bienes que en todo tiempo hizo María al mundo, y una prenda de lo que de su amor podemos esperar. Loado sea por siempre el Dios de las misericordias, que viendo la flaqueza y la nada de nuestro ser, se digna concedernos por medio de su Madre lo que no podíamos alcanzar con las propias fuerzas. Al par que esto, hácenos ver la reconciliacion de Dios con el hombre; el cielo abierto á los hijos de Eva, y es-

tos capaces de subir á él con los auxilios divinos; dícenos tambien, á donde hemos de acudir por los medios para lograrlo, y que lo alcanzaremos, segun y como imitemos á María en el ejercicio de las virtudes que la ensalzaron.

Su fé, por la cual la llamaron bienaventurada: su humildad, por la cual ella misma se proclamó esclava del Señor, el recogimiento y la pureza, que reservaron su alma, para templo de Dios; su amor de Dios y del prójimo, que hiciéronla mártir mil veces para gloria del uno, y provecho del otro; su desprendimiento de las cosas terrenas, que la hacia vivir con el espíritu en el Cielo; su obediencia á la voz de Dios, que la hacia no tener voluntad ni propio querer; hé ahí las escelsas virtudes que la elevaron al grado de gloria y pode-

río que goza en el Cielo. Esas mismas nos ensalzarán á nosotros, en la proporcion que las practiquemos; por que justo es el Señor y veraz en sus promesas. El premia en nosotros sus mismos dones; porque de su gracia proviene el que hagamos las obras que nos merecen premio; hasta el querer y obrar en nosotros de buena voluntad es obra de Dios. Y sin embargo, nosotros somos los que repugnamos ó resistimos á los impulsos de la gracia divina; porque somos malos desde el principio y fáciles en correr por la senda del mal. Cese, pues ya, ese ciego amor de precipitarnos en el infierno, huyendo de Dios por seguir nuestras depravadas inclinaciones; ¡oh amados fieles! empiece por el contrario á fijarse nuestra vista en el Cielo, desde donde nos mira la Virgen del Cármen para premiar nuestra fi-

delidad con sus amorosas finezas; excitemos nuestra esperanza para que se avive nuestro espíritu, y avivado recobre su primera energía, y con ella vuele á su propio término, que nunca debió ser otro que el Paraíso. Vemos en María, de cuanto es capaz la gracia en la mas frágil naturaleza. A ella debemos el fruto de vida que deshizo los efectos mortales que produjo el árbol de la ciencia; por ella nos vino el Salvador; y en ella, en su vida santísima hízonos ver prácticamente la santidad de su Evangelio, la belleza inmortal de la ley de gracia y el amable agrado de la virtud.

¿Cuánto, fieles piadosos, cuánto no es capaz de consolar su patrocinio al que se ve humillado en este mundo, ó por la gravedad de sus culpas, ó por la multitud de las tentaciones, ó por la fragilidad de su naturaleza,

¿ por la vehemencia de sus tribulaciones? ¡Oh! y cuantos mortales hay que alzando los ojos hasta el solio de la escelsa Reina y Madre de los Angeles y los hombres, pudieran esclamar agradecidos: *Hæc me consolata est*. Hay un infeliz subyugado por un hábito vicioso y criminal; peca y quisiera no pecar; peca y gime su vergüenza, su oprobio, la miserable esclavitud en que lo tiene el infierno. Tal vez se desespera, pareciéndole que ya no hay para él esperanza de perdon. Empero levanta sus ojos, y ve á María, dulce refugio *de los pecadores*, y la esperanza renace en su abatido corazon. Sí, Católicos: con solo verla, muchos han hecho un propósito nuevo, mas firme que los anteriores, y empezaron á ser penitentes, los antes miserables relapsos. ¿Son así los Cristianos de ahora? Merecen tan glorioso

título los que por traer ó rezar alguna vez el escapulario del Cármén , se reputan por hijos predilectos de María? ¡Oh admirable y pasmoso sufrimiento el de la Madre de Dios! ¿Corresponden á sus finezas cual estan obligados , por la vida que gozan , y por cuanto tienen en este mundo? ¿Son agradecidos como María , ó ingratos como el copero de Faraon? ¿Son castos como María , ó lascivos cual Holofernes? ¿Son humildes como la sierva de Dios , ó soberbios como Nabuco? ¿Sus acciones son puras como la flor del Carmelo , ó abominables como las de Jezabel?

Y las mugerespreciadas de cristianas y amantes de la Virgen del Cármén ¿son modestas en el vestido á imitacion de María , ó voluptuosas como Venus? ¿Cómo han de ser hijas de María unas jóvenes que hacen gala

de cruzar las calles y los paseos públicos como lo hacian las rameras de la antigua Roma , vergonzosamente desnudas en notable parte de su cuerpo; ó cuando mas , cubiertas con un velo llamado justamente la red del demonio para coger las almas? ¿Y esta clase de mugeres vienen al Templo de Dios, á enamorar con su devocion y piedad á Jesucristo ó á ver y ser vistas de los hombres , cual otra Dina? Respondan ellas mismas. No queda parte del mundo esenta de pecado: cubiértose ha la tierra de escándalos y abominaciones. Maldiciones en las casas, votos y juramentos en los caminos, murmuraciones en la sala, en la cocina y en la plaza; palabras obscenas, y horribles blasfemias en todas partes..... la España moderna se ha convertido en un caos parecido al infierno donde todo es tormentos,

confusion , horror , y desorden. Y es aun mas y peor lo que no se vé: mas, aunque los pecados se oculten á los ojos de los hombres , como no pueden evadirse de la presencia de Dios, hieren vivamente el corazon de María, cuando ve que su escapulario suele servir, no pocas veces, de adorno á un pecho lleno de crímenes ó lúbricos placeres, y manchado con las mas horrendas disoluciones: que suele servir de velo á un corazon hinchado de soberbia, dominado por la usura, tiranizado por la ambicion y la venganza. La devocion del escapulario, entonces, es lo mismo que ofrecer á la Soberana de los Cielos un ramillete de flores en un vaso inmundo; es una flecha mortal que se vuelve á herir al mismo que la tira.... En vista, pues, de un cuadro tan lastimero y sombrío; ¿no será ya tiempo de vol-

ver los ojos hácia la única esperanza que tenemos en la hermosa *estrella de los mares*? Si apenas pecaron Adan y Eva, fueron arrojados del Paraíso, y un Querubin guardaba la entrada con una espada de fuego; si el colosal proyecto de Babel fué altamente confundido; si la nube de fuego abrasó al momento las ciudades nefandas, ¿cómo es que la Hesperia tan trabajada y amenazada por la ira del Señor, no ha desaparecido ya del panorama Europeo? ¡Ah hermanos míos! Es porque entre la Magestad ofendida y la España pecadora, media el patrocinio de María; y porque con los malos no perezcan los buenos. En el Carmelo solicitó el perdón y la piedad del Cielo para los españoles, que aun se glorían de ser y apellidarse hijos y hermanos de María. ¿Y aun seremos ingratos á tamaños favores? No lo

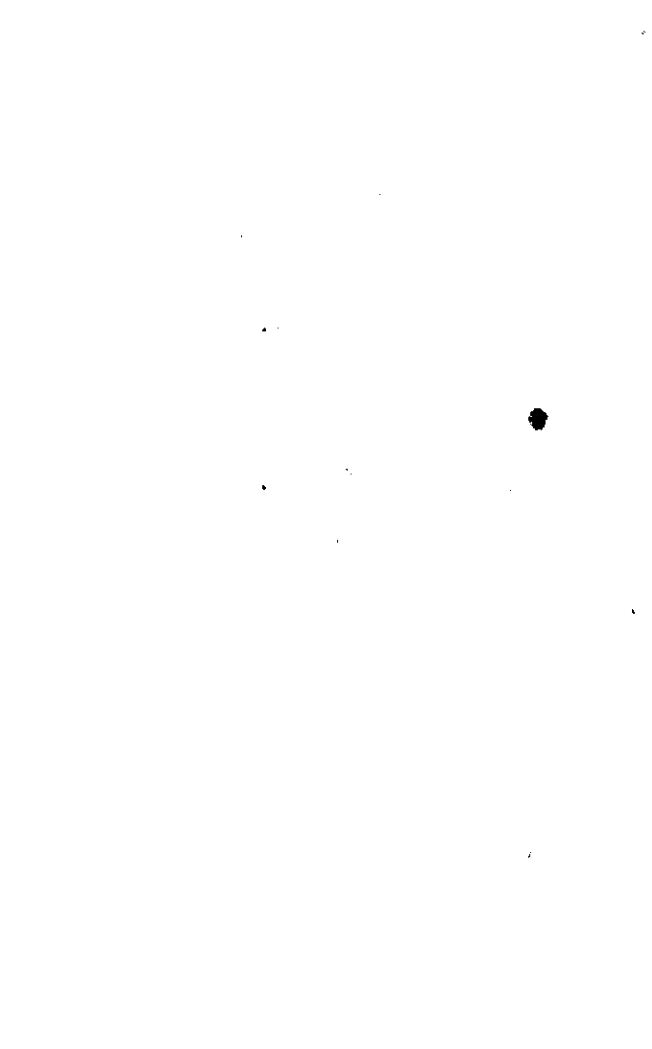
quiera el Cielo. Antes bien , ejercitémonos imitándola en todo género de virtudes y buenas obras, para que su proteccion divina , conservándonos en gracia de Dios nos haga dignos de la gloria sempiterna. Amen.

̃
D. H.



ADVERTENCIA.

En el tomo próximo se darán las páginas que faltan en este hasta las 300 que debè tener cada uno.



INDICE

de los sermones que contiene

ESTE TOMO.

	Pág.
<i>Sermon para la primera Dominica des-</i> <i>pues de Pentecostés.</i>	5
<i>Sermon para la Dominica segunda des-</i> <i>pues de Pentecostés.</i>	32
<i>Sermon para la tercera Dominica des-</i> <i>pues de Pentecostés.</i>	67
<i>Sermon para la cuarta Dominica des-</i> <i>pues de Pentecostés.</i>	99
<i>Sermon para la Dominica quinta des-</i> <i>pues de Pentecostés.</i>	129
<i>Sermon Panegírico de San Antonio de</i> <i>Padua.</i>	150
<i>Sermon Panegírico de San Juan Bau-</i> <i>tista.</i>	177
<i>Sermon panegírico de San Pedro y San</i> <i>Pablo Apóstoles.</i>	199
<i>Sermon Panegírico para el día de la Vi-</i> <i>sitacion de Nuestra Señora.</i>	232
<i>Sermon Panegírico de la Virgen del Cár-</i> <i>men.</i>	254



EL
PULPITO ESPAÑOL.

11

1992.08.01 07:11:04

EL
PÚLPITO ESPAÑOL,

Ó COLECCION

D E S E R M O N E S

originales y nuevos

Por una Sociedad de Eclesiásticos.

DEDICADA

*á los Señores Vicarios Generales Eclesiásticos, Forá-
neos y Arciprestes de España.*

CON LICENCIA DEL ORDINARIO.

~~~~~  
**TOMO X.**  
~~~~~



MADRID: 1846.

IMPRENTA DE D. JOSE COSME DE LA PEÑA EDITOR.
Calle de Atocha, núm. 100.

*Esta obra es propiedad del EDITOR
y denunciará ante la ley al que la im-
prima sin su consentimiento.*

ADVERTENCIA.

La redaccion de EL PULPITO ESPAÑOL, accediendo á los deseos manifestados por algunos suscritores, y siguiendo los consejos que se le han dirigido por otras personas ilustradas, ha resuelto insertar un pequeño número de elogios fúnebres escogidos entre los mejores y mas oportunos para ser imitados, que ofrecen las colecciones de los predicadores sobresalientes en el siglo de Luis XIV, mezclados con varios de nuestros oradores mas distinguidos. En tal concepto se pone á continuacion uno de los discursos mas notables en su género del célebre P. la Rue, traducido espresamente para esta coleccion; discurso que no solo se hace recomendar por el superior mérito literario que en él reconocen los inteligentes, sino tambien por la circunstancia no comun de abrazar bajo un mismo contesto el elogio de dos personages.

Aun está vivo en París el recuerdo del grande efecto que produjo el Padre la Rue con esta oracion, ya desde que anunció su testo tan acertadamente aplicado.

Daremos préviamente una ligera noticia del ora-

dor y de los príncipes á cuya memoria consagró este discurso.

Cárlos de la Rue nació en París en 1643. Tomó el hábito de jesuita, y se distinguió en los estudios de humanidades y retórica. En 1667 compuso en versos latinos un canto á la conquista de Luis XIV, que mereció que el gran Corneille le tradujese al francés, recomendando su autor al Monarca, quien desde entonces distinguió á la Rue. Quería pasar á las misiones del Canadá; pero sus superiores le obligaron á ejercer el ministerio del púlpito en Francia, donde desde luego adquirió grande reputacion, y logró mucho fruto, especialmente en la conversion de un buen número de calvinistas. Predicó por mucho tiempo á Luis XIV. Ningun otro orador sobresalia tanto por su habilidad en recitar, y era muy feliz en la improvisacion. Mereció grande aprecio en la corte de Paris por su talento y amable trato. Hizo algunas tragedias en latin y en francés. Murió en París á los 82 años de edad.

Luis, duque de Borgoña, nieto de Luis XIV, nació en 6 de agosto de 1682. Sus padres fueron el Delfin Luis (*Monseigneur*) y Maria Ana Cristina Victoria de Baviera. Su educacion fue confiada á Fénélon, Fleury y Beauvilliers, quienes tuvieron que luchar contra su natural duro, y al parecer inflexible, que al fin lograron quebrantar, haciéndole aplicarse á los estudios, en que salió aventajado. A los

13 años se casó con María Adelayda de Saboya, hija mayor de Victor Amadeo II, de edad de 12 años, mas apreciable por su gracia que por su hermosura, á la cual amó en extremo. Tuvieron dos hijos; el duque de Bretaña, en 1703; y cinco años despues el duque de Anjou que, por muerte de su padre y hermano, subió al trono con el nombre de Luis XV. El duque de Borgoña recibió una instruccion militar esmerada. A los 16 años la completó en el campo de Compiègne. Se le puso á la cabeza de la Flandes en 1702, donde mostró su valor. Al año siguiente, como generalísimo del ejército de Alemania, tomó á Brisac. Despues de 5 años de residencia en Paris, en que se dió al estudio del arte de reinar, volvió, como generalísimo de Flandes, á la guerra en 1708. Sufrió reveses, y acabó de acreditar que su vocacion no era hácia este éjercicio. A la muerte de su padre en 1711, sucediéndole en el titulo de Delfín, fue asociado por su abuelo al gobierno, en cuya ocasion acreditó sus aventajados conocimientos. En 12 de febrero de 1712 murió su esposa, en una epidemia de viruelas, contando 26 años de edad: seis dias despues murió el Delfín de la misma enfermedad, á los 10 meses de la muerte de su padre, siendo de 29 años y medio. El duque de Bretaña, su hijo mayor, que fue Delfín tres semanas por muerte de nuestro personage, falleció del mismo contagio, á los siete años de edad, en 10 de marzo. Su

hijo segundo, el citado duque de Anjou, despues Luis XV, estuvo en peligro de perecer del mismo mal, y se salvó por un prodigio; quedando él únicamente de una descendencia tan numerosa como contaba Luis XIV.





ORACION FÚNEBRE

pronunciada

A LA MUERTE DE LUIS, DUQUE DE BORGONA,
Y SU ESPOSA MARIA ADELAYDA DE SABOYA,

POR EL P. DE LA RUE.



*¿Quare facitis malum grande
contra animas vestras; ut intereat
ex vobis vir, et mulier, ...par-
vulus... de medio Judæ?*

*¿ Por qué, con vuestros pecados,
atraéis sobre vosotros la desgracia
de ver arrebatados por la muerte,
de en medio de vosotros, el esposo,
la esposa y un tierno niño?*

PALABRAS DEL CAP. 44 DE JEREMIAS.

El Dios verdadero y santo que tie-
ne en su mano la llave de la casa de
David; que abre sin que nadie pueda

cerrar; que cierra sin que nadie pueda abrir; (1) es el que acaba de ejercer á nuestra vista el absoluto poder al cual no cabe resistencia; y las aterradoras amenazas que por sus Profetas intimára á su pueblo criminal, se convierten hoy en sucesos y en espectáculos.

¡Qué sucesos, señores! ¡qué espectáculos! Su brazo descarga sobre los príncipes igualmente que sobre los súbditos. Una casa semejante á la casa de David, levantada por las manos de la sabiduría, apoyada sobre tantas columnas, que parecían hacerla inaccesible á los asaltos de la fortuna y á las injurias de los tiempos; ¡por cuántos golpes imprevistos, súbitos y reiterados, Dios, que por tantos años la conservára abierta á la

(1) Apocalip. 3.

victoria, á la magnificencia, á la alegría; y cerrada al parecer al dolor y á la afliccion, acaba de difundir en ella la soledad, introduciendo la muerte en su recinto!

En esta casa, sin embargo, no se veian Amnones ni Absalones que mereciesen la cólera de Dios. Dentro de ella reinaban en todos los corazones la obediencia y el respeto, la concordia y el cariño. La Francia no deja de ver en ella las revoluciones que en otro tiempo fueron el terror de la Judéa; y el religioso monarca vierte por su inocente y desconsolada familia las mismas lágrimas que David por sus hijos criminales é infortunados.

Despues de un año que las está deramando por un hijo cuya mayor ambicion era obedecerle, ¿dónde encontrar las suficientes para llorar á un nieto á quien todas las virtudes cris-

tianas y políticas disponian para ser un buen rey; á una princesa que de hecho reinaba por los atractivos de su amabilidad; y á un tierno niño, que bajo la flor de las interesantes facciones de su madre, encubria el fruto de las eminentes cualidades de su padre y de sus abuelos?

¡Con que solamente habeis concedido, ó Señor, al reinado de un Soberano que casi á todos nos vió nacer, y á quien todos reverenciamos como á nuestro comun padre; solamente habeis concedido á este reinado una estension hasta ahora desconocida de todos los reyes, para que su época sea señalada con prodigios inauditos en todos los demas reinados! ¡Con que solo habeis ofrecido á su vista por un orden tan brillante, la numerosa posteridad que al parecer le destinabais, para arrebatarle en

veinte dias lo que constituia el sosten de su trono para todo un siglo ! Una corona que han llevado tantos reyes por mas de mil doscientos años, realzada con tamaño esplendor sobre la augusta frente que la sostiene hace mas de setenta ; no tiene otro apoyo inmediato que un niño de dos años ! ¿Qué esceso de crímenes ha podido atraer sobre nosotros esta efusion de los vasos de la cólera y del furor de Dios ? ¿ *Ut intereat ex nobis vir, et mulier, parvulus de medio Judæ* ?

Hé aqui la situacion á que nos reduce la deplorable muerte del muy alto , muy poderoso y escelente príncipe el Delfin Luis, á que ha precedido la de la muy alta , muy poderosa y escelente princesa María Adelaida de Saboya , su esposa , y seguido la del Delfin Luis, su primogénito.

¡ Vanos lamentos ! ¡ reflexiones va-

nas ! frágiles intereses terrenos , ¡ocuparéis siempre el entendimiento y el corazon de los Cristianos ! ¿Será que no conozcamos otro reposo ni mas felicidad que la de la vida presente? El honrar al príncipe que perdemos, ¿consistirá en estremar nuestra ternura llorando nuestra pérdida , al paso que nos mostremos insensibles á lo que con dejarnos ha ganado? ¿Tan poco valor daremos á lo que ha tenido en tamaña estima? El Cielo , que se habia propuesto por término de sus empresas , ¿es acaso una conquista inferior á la ambicion de los héroes? Purifiquemos nuestras ideas , señores: no confundamos con nuestros intereses los de nuestros príncipes y nuestros reyes.

Dios los habia hecho nacer verdaderamente para la felicidad de la Francia; però mas especialmente ha-

bian nacido para su eterna felicidad. Dios nos arrebató nuestra felicidad por nuestros pecados; Dios los llama á su felicidad por sus virtudes: ¿de qué podremos quejarnos? Nuestras esperanzas han sido burladas; su muerte es el castigo de nuestras culpas. Sus esperanzas han sido cumplidas; su muerte es la recompensa de sus virtudes. Y en estos dos acontecimientos resalta igualmente la gloria de Dios, misericordioso vengador, y justo remunerador.

Perdonad pues, Señor, á nuestra frágil mortalidad la pena que nos causa ver ausentarse de la tierra á un príncipe que llamais al Cielo: no éramos dignos de él desde que le habeis juzgado digno de vos. La pompa que dedicamos á la memoria de su nombre, es fúnebre únicamente para nosotros, y es de triunfo para él; y si

celebramos sus exequias con el sombrío aparato que nos inspira el dolor y que el uso nos prescribe, es porque todavía no nos atrevemos á levantarle altares. Este consuelo está reservado á la posteridad. Lo que parece prometerle, ó al menos le hace esperar, es la circunstancia de que el presente siglo, por mas que propenda á la mentira, á la calumnia, y hasta á la impiedad, no podrá transmitir á los siglos siguientes, respecto de él, otros testimonios que los que el candor y la buena fé de los primeros siglos tributaron á los héroes cuyos nombres están consagrados. No adornaremos su tumba con laureles cogidos entre la sangre por las manos de la victoria; no se verán suspendidos en derredor de esta tumba los despojos de los enemigos abandonados al infortunio y á la desolacion, lamentables entreteni-

mientos del dolor profano; no: antes bien le servirán de trofeo las pasiones encañenadas por la razon, la razon sometida á la fé, el libertinage y la hiprocresía confundidos por la piedad; la ociosidad, los deleites, la arrogancia, la dureza, todos los vicios sofocados y enfrenados por las virtudes. Los ídolos de la vanidad no mancharán el lugar santo; y el perfume de nuestras plegarias, que los Angeles elevarán al Cielo con olor de suavidad, no será corrompido por el humo de los elogios mundanos, con que la lisonja de los vivos osa incensar el orgullo de los grandes, hasta en la nada de sus cenizas. Unámonos, señores; y entonad conmigo los cánticos del Señor en alabanza de nuestros príncipes.

PARTE PRIMERA.

Si los reyes son imágenes de Dios, es harto menos por lo elevado de su poder, que por el uso que de él hacen en beneficio de sus subordinados. El nombre de *pastor*, por el Evangelio vinculado á los conductores de las almas, era, en la antigüedad profana, un nombre comun á los que gobernaban las naciones; no tanto para dar á los súbditos una leccion de obediencia hácia sus soberanos, cuanto para enseñar á los soberanos los deberes de proteccion y vigilancia, y hasta el cariño y la ternura, á que están obligados respecto de sus súbditos.

Sin embargo, para el cumplimiento de estos deberes, los grandes tropiezan, ya desde la infancia, con infinitos obstáculos. Al paso que las almas vulgares parecen reconocer, desde que vienen al mundo, su dependencia y la nada de que han salido;

las de los grandes se dejan impresionar desde los primeros instantes por el fausto y esplendor que las rodea. El primer objeto que se ofrece á sus ojos, es una multitud de cortesanos que se esmeran en servirles y casi les adoran. Antes de aprender que no son mas que una parte del linage humano destinada á sostener al resto de él, preocupúpanse por la idea de que el mundo entero les pertenece esclusivamente. Sienten que son los dueños de los que están encargados de instruirles; y apenas los ilumina la luz de la razon, cuando ya encuentra en sus corazones enemigos poderosos que combatir.

Contra estos enemigos, contra estas pasiones indóciles ensayó sus primeros esfuerzos la razon naciente del duque de Borgoña. No fué preciso escitarle á esta lucha con caricias ni amenazas, artificios que en lo comun

se emplean para inspirar á la infancia el odio del vicio y el amor de la virtud; solo quiso aprender á amar y á aborrecer mediante las reflexiones el órden dictado por la misma razon. A la primera voz de la sabiduría, abrió su oído y la escuchó. Los que á su lado eran fieles intérpretes de la misma y le instruian en su nombre, no tuvieron que reprenderle, como al resto de los jóvenes, la lentitud en dar de mano á los entretenimientos de la infancia, y en tomar el gusto á las ciencias y á las bellas artes: *Usquequó parvuli diligitis infantiam... Usquequó imprudentes odibunt scientiam* (1)?

Un ardiente deseo de saber cuanto puede servir para cultivar el entendimiento de un príncipe y formarle el corazon, le hizo perder el gusto á

(1) Psalm. 122.

las locuras y vanidades á que los nobles no se avergüenzan de vincular los placeres y la ocupacion de su vida. Indiferente á los conocimientos inútiles ó de mera curiosidad , nada encontró que le detuviese en la solicitud de los mas sublimes y difíciles , desde que entrevió que le podian servir de algun auxilio para el mejor cumplimiento de sus deberes. Solo aspiró á ser sabio para ser útil al Estado ; fijo en esta idea, dióse al estudio de la historia con particular intencion; aprendió los principios de la moral, de la política y de la jurisprudencia, é hizo traducciones y extractos ordenados de las obras mas propias para inspirarle las máximas de un perfecto gobierno.

Pero la ciencia que absorbió sus mas asiduos cuidados, fué la de la Religion. No solo la tomó por guía de su

razon , sino tambien por norma de su conducta; hízola dominar absolutamente todas sus ideas y acciones. Diariamente oia decir á los políticos y cortesanos , que un reino prospera cuando en él florece el comercio, dominando la paz y la abundancia , y circulan con generalidad el oro y la plata. *Beatum dixerunt populum cui hæc sunt* (1). Convenia con los que asi le hablaban ; pero estaba en la persuasion, de que estos suelen hallarse distantes, de que para levantar un Estado á tan alto punto de prosperidad, es preciso que en él reine Dios sobre los pueblos y los reyes: *Beatus populus cujus est Dominus Deus ejus* (2); de que sólo la Religion pura y sincera puede reducir á los príncipes y á los súbditos

(1) Psalm. 145.

(2) Ibid.

á preservarse de los vicios que causan las públicas calamidades; y de que entre todos los reyes de Israel y de Judá, tres, señalados entre los demas por su piedad, David, Ezequías, y Josías, fueron los únicos que alcanzaron la dicha de no haber entregado á los extranjeros la felicidad y la gloria de su reino; asi lo manifiesta el Espiritu Santo: *Præter David, Ezechiam et Josiam omnes dederunt gloriam suam alienæ genti* (1).

Apoyado en este principio, y conociendo la natural propension de los pueblos á seguir el ejemplo de los grandes, ensayó en su persona lo que se hubiera propuesto hacer en nosotros si Dios se lo hubiese permitido. Desarraigó de su corazon cuanto en las costumbres públicas hubiera querido

(1) Eccl. 49.

reformular. Por lo relativo á sus propios defectos, experimentaba el buen éxito de la censura que á nuestros escesos preparaba; y corrigiendo en sí mismo todo lo que turba el reposo de la vida particular, como tambien la de los imperios y los estados, tanto como por este medio era libre y se hallaba tranquilo, otra tanta suma de felicidad reservaba para nosotros (1).

¡Qué de esperanzas de verdadera felicidad no se cifraban en tan sabia educacion! Y todavía eran mas lisonjeros los presagios al verificarse su alianza con la princesa de Saboya.

Despues de los sinsabores de una larga guerra, vino esta señora á la corte como prenda de la paz; era en cierta manera su imágen; la paz parecia retratarse en su fisonomía, en

(1) S. Bern. ep. ad Balduin.

la serenidad de su frente, en la alegría y dulzura de sus ojos ; las gracias la rodeaban y la seguian. La Escritura dice que la presencia de una muger agraciada es para el ornamento de una casa , lo que para el mundo el sol cuando amanece: *Sicut sol oriens mundo, sic mulieris bonæ species adornamentum domus* (1). Adelayda no apareció en Francia con menor brillo. Jóven , saliendo aun de las tinieblas de la infancia , desde luego cautivó toda la atencion de la corte por los nacientes rayos de una benéfica luz ; luz de una viveza propia para animarlo todo sin ofender ni herir: *Sicut sol oriens mundo.*

¡ Qué no nos prometíamos de las influencias de este astro para el bien comun del universo , si hubiese podi-

(1) Eccl. 26.

do llegar á su mas alto grado! Y ¡cuán distantes nos hallábamos de temer, nia un imaginarnos, que debia de desaparecer tan pronto!

No cabe espresar con qué arte, ó mas bien, con cuánta fuerza de voluntad, dominando desde entonces su corazon, supo someterle á las costumbres y á los intereses de su nueva patria. No esperó á que se la invitase, como á la esposa de Salomon, á desprenderse del recuerdo de los autores de sus dias, y del lugar de su nacimiento: *Obliviscere populum tuum et domum patris tui* (1). Midió sus deberes con tanta puntualidad y rectitud que, sin faltar á los justos sentimientos que le inspiraba la naturaleza, los subordinó sin dificultad á los sentimientos propios de su estado; habituándose á

(1) Psalm. 44.

ello tan sin violencia que , encendida la guerra con un ardor que no ha podido sofocar la sangre derramada durante doce años, la cruel oposicion de los partidos no alteró la igualdad de su humor, ó si interiormente tuvo que sostener algun combate, le guardaron fielmente el secreto su semblante y hasta sus suspiros.

El esmero que siempre habia puesto en agradar al rey, era á la sazón mas solícito , mas ingenioso , mas vivo ; y cuando la victoria hizo cesar los cantos que desde la cuna formarían el placer de su existencia, no por eso la princesa dejó de ser la misma benignidad.

¿Qué era para su esposo? Lo que habia sido la sabiduría para Salomon; es decir, el objeto de todas sus complacencias. Salomon nos pinta el ansia que le habia dominado por la sa-

biduría, con los mismos rasgos con que un jóven esposo nos pintaría su entusiasmo por su esposa. «La he anhelado, decia, desde mi primera juventud: he solicitado su alianza, enamorado de su belleza». *Hanc amavi et exquisivi á juventute mea; factus amator formæ illius* (1). Me he propuesto vivir con ella en agradable sociedad, persuadido de que me ayudaría con sus consejos, y de que hallaría en sus coloquios la calma en medio de mis disgustos y de la agitacion de mis pensamientos: *Sciens quoniam mecum communicaret de bonis et erit allocutio cogitationis et tædi mei*. Tambien estaba persuadido de que sus luces me servirían de grande auxilio para el gobierno de los pueblos y la gloria de mi nombre:

(1) Sabid. c. 8, 2.

*Habebo per hanc claritatem ad turbas.....
Disponam populos (1).*

Sentimientos dignos de Salomon; pero que éste tuvo la desgracia de desmentir mas adelante, ora por su divorcio respecto de la sabiduría, ora por la diversidad de sus amores profanos. El duque de Borgoña alcanzó la gloria de una constante y noble fidelidad. La sabiduría y su esposa dividieron..... he dicho poco; fueron siempre el objeto esclusivo de sus cuidados. A la una y la otra se dedicó por entero, no solo por la delicadeza de su virtud, sino tambien por la de su corazon; porque con efecto nada veia mas digno de su ternura.

Union semejante acaso no se ha visto jamás en caractéres y genios tan opuestos; sin embargo, una deliciosa

(1) Sab. c. 8.

costumbre, agregada al recíproco aprecio y á las serias reflexiones de la sana y recta razon, habia conducido á entrambos el justo equilibrio que hace á los elementos compatibles, y hasta necesarios para la conservacion del universo. Y en tal asociacion de sus diferentes cualidades ¿no se mostraba una imágen de la armonía que debe reinar en todos los miembros que componen un Estado?

La grave afabilidad del Delfin, la nobleza y gracia de su esposa ¿no es verdad que formaban en ellos aquel conjunto de magestad propio para atraerles el respeto sin producir el terror, y para escitar la confianza sin dar lugar á la temeridad? El trono ¿viérase jamás mas sólidamente apoyado, que por la justicia de Luis y la clemencia de Adelayda? A la aplicacion de Luis, á la vasta estension de

sus conocimientos, á la firmeza de su génio ¿cómo hubiera dejado de alcanzárseles ninguno de los medios de restituir á las leyes su fuerza y vigor, su antiguo lustre á las bellas artes, y la confianza á todas las naciones? Adelayda, por su parte, con su insinuante trato, ¿cómo hubiera dejado de ser el esplendor y las delicias de la corte (1)?

¡Ah! ¿Qué no nos prometíamos del ensayo que habia hecho de tan preciosos talentos en el gobierno absoluto de su casa cuyo manejo le habia confiado el rey, por una singular distincion hasta entonces desconocida en las princesas de su clase? ¿Con qué condescendencia obligaba á todos al cumplimiento de sus deberes, desempeñando ella los suyos para con to-

(1) Prov. 25, Ib. 20.

dos! ¡Cuán poco tiempo le ha bastado para probar qué honor, qué especie de placer se encuentra en hacerse amar! Y en todo ello ¡qué presagios de una cumplida felicidad para la Francia!

Pero habia mas que presagios. ¿Podíanse apetecer mas firmes seguridades que las que el rey se habia complacido en dar á sus súbditos, mediante la confianza en su nieto depositada respecto á los negocios de su reino? El príncipe hasta entonces habia juzgado un deber de sabiduría no empeñarse en desplegar la suya á los ojos del rey, segun espresamente lo aconseja el Espíritu Santo: *Penes regem noli velle videri sapiens* (1). Pero el rey, mas hábil para penetrar el fondo de los corazones que el príncipe para

(1) Eccl. 7.

cerrar el suyo, descubriera hacia tiempo todos los tesoros que este encerraba, y al fin resolvió esponerlos al público.

El dia que para este designio eligió, apenas podia ser mas solemne. Los prelados diputados por todas las provincias del reino, en medio de los príncipes y potentados de la corte, venian á ofrecer á la magestad los socorros que el santuario suministra al trono en sus necesidades, en reconocimiento de la proteccion que el trono presta al santuario. Redoblado en esta ocasion el celo, redobláronse tambien los esfuerzos de su liberalidad, escitando en el corazon del generoso Monarca nuevos sentimientos de ternura hácia la Iglesia y de compasion hácia sus súbditos. Deploró la triste série de guerras que por tantos años habian suspendido sus justos efectos;

pero añadió que su mas dulce consuelo se cifraba en tener un nieto capaz, por su juventud y por sus sabias intenciones, de cumplir lo que su edad no le permitia mas que esperar; su nieto, que les presentaba, no tanto como heredero de la corona, cuanto como confidente, depositario y ministro fiel de los designios que habia formado para el bien de sus súbditos.

¡Cuántas lágrimas corrian al oír tan patético discurso! Lágrimas de ternura y de alegría, ¡ay! ¿qué golpes ha trocado en lágrimas de sangre?

Desde este momento, el príncipe creyóse autorizado por la confianza de su abuelo, y lo que es mas, obligado por orden suya, á conocer á fondo y en sus pormenores los intereses y las necesidades del Estado. Desde entonces se formó el plan de un Estado feliz, y sobre este plan hu-

bo de trazar todos los proyectos de su vida.

Cualesquiera que fuesen las disposiciones que para la guerra le inspirase su carácter activo, y las pruebas que en diversas ocasiones hubiese dado de vigilancia, valor y firmeza en las fatigas, y de serenidad en los peligros; sin embargo, lisongeado por la idea de un porvenir mas tranquilo y halagüeño, que entrever creia á través de las furiosas borrascas que agitaban al mundo entero; dominado por la esperanza de una larga paz fundada en la postracion general de todos los partidos, disgustado por la violencia y duracion de la guerra, creyóse destinado á curar las profundas heridas que esta habia causado á la pública felicidad. Estudió el modo de curarlas, y halló el origen del remedio en el corazon de su abuelo.

Representóse lo que hubiera hecho este monarca si la fortuna le hubiese permitido desplegar libremente su bondad; si la envidia de sus enemigos no hubiese incendiado la Europa, para obligarle á extinguir este fuego, y á suspender el cuidado de mejorar su reino, para proveer á su seguridad. Todas las intenciones del rey, benéficas y compasivas como eran, se transmitieron al alma del sábio Delphin, y quedaron impresas en ella.

Los ministros, los funcionarios que de parte del rey venian á darle cuenta de los negocios, admiraban en él lo que en José admirára el Egipto; esto es, un jóven enviado por Dios para enseñar á los ancianos las máximas de la política: *Ut senes prudentiam doceret* (1); para enseñar, sobre todo,

(1) Ps. 104.

que la felicidad de un reino consiste en el auxilio que se prestan, en el amor que mutuamente se profesan el monarca y los súbditos.

Hé aquí lo que le hacía lamentar la dura necesidad que obliga á los soberanos á gobernar tal vez su Estado como un bajel en momentos de tempestad, á desarbolarle y mal de su grado, despojarle de sus riquezas, para que se preserve del naufragio, y conducirle á puerto de salvacion. ¡Inexorable ley! ¡cuántos sollozos arrancas al corazon de los pueblos! ¡cuántos has arrancado al corazon paternal del monarca, y al tierno corazon del Delfin!

No creais que, para escusarse el disgusto de sentir nuestras miserias, formase empeño en ignorarlas. ¡Reprobable artificio de los corazones duros! Al contrario, para enternecerse y es-

que la felicidad de un reino consiste en el auxilio que se prestan, en el amor que mutuamente se profesan el monarca y los súbditos.

Hé aquí lo que le hacia lamentar la dura necesidad que obliga á los soberanos á gobernar tal vez su Estado como un bajel en momentos de tempestad, á desarbolarle y mal de su grado, despojarle de sus riquezas, para que se preserve del naufragio, y conducirle á puerto de salvacion. ¡Inexorable ley! ¡cuántos sollozos arrancas al corazon de los pueblos! ¡cuántos has arrancado al corazon paternal del monarca, y al tierno corazon del Delfin!

No creais que, para escusarse el disgusto de sentir nuestras miserias, formase empeño en ignorarlas. ¡Reprobable artificio de los corazones duros! Al contrario, para enternecerse y es-

citarse á aliviarnos, la imágen de los males públicos no le salia del pensamiento. Hacia que se le pintasen con los mas fuertes colores por los mas fieles testigos. No le era desconocido ninguno de los resortes que emplea la avaricia para adquirir el derecho de depredar los tesoros del príncipe aparentando colmarlos; de devorar á los súbditos socolor de defenderlos; y de hacer traicion á la Magestad bajo pretesto de servirla.

No; no motivaba su mas amargo dolor el ver nuestras fronteras en todas direcciones estrechadas por un millon de enemigos. La Francia ardiendo en lo exterior, parecía correr menos riesgo que desolada en lo interior, no por la discordia, sino por el mutuo acuerdo de sus hijos en destruirse entre sí por la usura, y arrancarse el oro y la plata de las ma-

nos ; en tender todos los dias nuevos lazos á la buena fé, nuevas cadenas á la libertad del comercio. Indignado por tantos males, especialmente por la insolencia del lujo , en vista de la indigencia y del peligro del Estado, movido ademas por la impotencia y el silencio de las leyes en medio del choque de las armas , ¿ á qué se resolvió? A oponerse por sí al torrente de la licencia ; á ofrecer en su persona y en toda su conducta un modelo de sencillez , modestia y frugalidad , capaz al menos de alarmar á aquellos ávidos perturbadores de la sociedad humana ; y hacerles entender lo que un dia podrian ejecutar la justicia y la paz contra sus comunes enemigos, una vez que se hallasen en íntima union.

Asi que dió de mano á cuanto no podia servir sino á su comodidad propia, ó á satisfacer su curiosidad. To-

das las superfluidades que pasan por inocentes á los ojos poco acostumbrados á calificarlas, le eran odiosas, y le parecían además criminales.

Hasta llegaba al punto, ¿lo diré, y me lo creerá la posteridad? Llegaba al punto de comprimir la mano liberal del rey cuando se abría en su obsequio; contento con verla abierta en favor de los que en servicio de la Majestad prodigan sus bienes y hasta su vida. Sabido es que á la muerte de Monseñor, heredero de su sangre y de sus derechos, rehusó serlo de sus pensiones; al menos quiso pagar esta especie de tributo á las apremiantes necesidades de la Francia; y aunque el Señor ha dicho que los súbditos, no los hijos de los reyes, son los que prestan el tributo (1); en la elevacion

(1) Mat. 17.

de su clase, creyóse obligado, aun respecto de los súbditos, á este testimonio de cariño y compasion hácia ellos, y á este público ejemplo de economía que juzgó necesaria para la tranquilidad y salud del Estado.

¡Qué nuevos transportes de adhesion, de entusiasmo y de admiracion no escitó este ejemplo en los corazones! Creyóse hallar en el del príncipe un recurso efectivo para los apuros actuales; un tesoro que restableciese el crédito y la confianza perdida; la seguridad de fondos y réditos inocentes; la llave de las riquezas escondidas y allegadas por el crimen.

Y á este fin se encaminaban todos sus cuidados, y no podia moderar su ambicion por este género de gloria; gloria de que han sido siempre mas celosos que los demas del mundo, los reyes de su raza; la gloria de ser ama-

dos por sus súbditos. Una curiosidad le dominaba: curiosidad que no podía disimular á los que se le acercaban, si le parecían fieles á la verdad; la de saber cuáles eran respecto de su persona las disposiciones de su pueblo. «¿Cómo me miran en Paris? ¿en qué concepto me tienen estas gentes?» Tales eran sus preguntas.

Y bien, príncipe, no os importa saber como os juzgan las naciones remotas; si las cien bocas de la fama son igualmente fieles en publicar vuestras virtudes, si ningunas se halla vendida á la calumnia, á la envidia, hasta el punto de desfigurar á los ojos de los extranjeros lo que aqui admiramos; todo esto ¿no os interesa? Ser amado en Paris, en Versailles, en Francia, ¿no es este el objeto mas vasto y elevado de vuestra ambicion? ¿Verdadera sangre de los héroes y de los

santos ! ¡hijo de la sabiduría y de la gloria ! ¡Ah ! ¡Qué bien la conociais, cuan perfectamente la sabiais distinguir de la vanidad ! Sentiais y deciais que un príncipe es tal en la idea de todo el universo y en la estimacion de todos los siglos , cual se halla en el corazon de sus súbditos. Ellos son los que forman la corona de su inmortalidad ; y la corona mas noble, la mas digna de un soberano , es la que tejen las manos y el cariño de los pueblos. Ser respetado y temido, verse colmado de laureles y honores, puede no ser otra cosa que el homenaje forzado de una baja adulacion, que reprueban los estrangeros y desmiente la posteridad ; pero el ser amado es un tributo que la autoridad no impone : que no se deja arrancar por la violencia, que el corazon rinde de buen grado : y cuando un príncipe

llega á obtenerle de sus súbditos , no puede menos de imponerle tambien al resto del mundo.

A tal punto habia llegado este príncipe ; dueño de nuestros corazones antes de reinar sobre nuestras fortunas, y seducido por las dulzuras de un imperio tan poderoso, no se proponia otras conquistas ; convencido estaba de que un Monarca querido de su pueblo , es siempre terrible para sus enemigos. «Sí, decia: si Dios me dá vida , aplicaré todos mis cuidados á hacerme amar». Resuelto á este deber, que le parecia compendiar todos los deberes de un rey, su propia vida era para él menos cierta que su decidido empeño en ganar nuestro cariño; hasta la vida no le era apreciable sino en cuanto pudiera consagrarla á hacernos felices. «Si Dios me la concede», decia. ¡ Ah ! ¡ palabra fa-

tal, fatal oráculo de nuestra desgracia presente!

No, señores, Dios no se la ha concedido; ha cortado el hilo de esta vida en medio de sus días mas lisongeros; pero á nosotros es á quien ha cortado tales días, que al parecer únicamente corrian para la ventura de nuestro pueblo. La Francia ve desaparecer una felicidad que jamás probára en todos los siglos pasados; á un príncipe, discípulo de su abuelo en el arte de reinar, y digno de contar por discípulos á otros reyes.

Ay! acostumbrados como estamos de mucho tiempo á esta parte á tributar nuestros homenajes á los reyes desde la infancia, á verlos aprender á reinar, digámoslo así, desde que aprenden á hablar; nuestros ojos fijábanse en un príncipe amaestrado en la ciencia del mando por treinta

años de obediencia y treinta años de virtudes; príncipe tal que si la Francia fuese dueña de elegir sus soberanos, él solo hubiera merecido sus votos entre todos los príncipes del mundo.

Hé aquí, Francia desconsolada, hé aquí lo que has perdido ; lo que te envidiaban todos los pueblos; ó mas bien, lo que todos los pueblos, y aun nuestros enemigos , miraban con cierta confianza, y, tengo el placer de decirlo, como el vínculo comun de reconciliacion del mundo. Ah! ¡qué borrasca han suscitado contra nosotros nuestros propios pecados! ¿con qué rayo mas terrible puede el Señor amenazar á las naciones que le han irritado, que con arrebatárlas los príncipes ilustres por sus virtudes, y abandonar los súbditos á la esclavitud de sus vicios? Un rey virtuoso en el trono , es para el pueblo criminal un

baluarte contra el furor de Dios. (1) Por su piedad, por su celo, detuvo Josías el torrente de la cólera del Cielo, próxima á descargar sobre Judá; Dios le quiso reunir con sus abuelos: y apresuró el golpe de su muerte, para apresurar el golpe de su venganza. A esta señal, la venganza cae sobre la injusticia, la avaricia, la impureza, la crueldad y el enorme lujo de Judá: y aquel reino es presa de sus enemigos mas implacables. Ay! ¿claman menos al Cielo nuestros crímenes? ¿son menos obstinados nuestros enemigos? ¿es menos precioso que Josías el príncipe que lloramos? Ah! mas bien... si algun auxilio se vislumbra en el abatimiento que nos agovia, le descubrimos en la eficacia que sus virtudes pueden pres-

(1) «Coligam te ad patres tuos: ut non videant oculi tui omnia mala» etc. 4 Reg., cap. 22.

tar á nuestras oraciones. Para nuestro bien , cuenta en el Cielo con mayor poder y muestra mayor celo que en la tierra. Si vemos burladas nuestras esperanzas , las suyas se hallan cumplidas ; y el mismo juez que tiene en su mano la corona de justicia preparada á la fidelidad , cuando se hace sentir de los pecadores , no es sin mostrarles la corona de gracia preparada al arrepentimiento. Para escitarnos al de nuestros pecados , consideremos las virtudes que han merecido al Delfin su recompensa.

PARTE SEGUNDA.

Un rey habla á todos los reyes. Escuchad , les dice Salomon ; si teneis placer en sentaros en el trono y empuñar el cetro : *Si delectamini sedibus et*

sceptris, ó reges populi (1); ¿por qué no nos haceis duradero y eterno este placer? Ello es posible abriendo vuestro corazon al amor de la sabiduría, á sus máximas y á sus consejos: *Diligite sapientiam, ut in perpetuum regnetis*. Ella os conducirá de seguro, por tres grados, á este rey eterno; hélos aquí.

El primero es la regularidad de la virtud, el segundo la firmeza de la virtud, el tercero el fervor de la virtud. La regularidad de la virtud, en el puntual cumplimiento de todas las leyes de Dios: *Custodia legum* (2). La firmeza de la virtud, contra los lazos y asaltos de la corrupcion del siglo: *Custoditio legum consummatio incorruptionis est*. El fervor de la virtud, en la union interior con Dios; *incorruptio facit esse primum Deo*.

(1) Sap. 6.

(2) Sap. 6, 19 etc.

Por débil que sea la impresion de este oráculo sobre los grandes, alcanzó todo su efecto sobre el alma del jóven Delfin , cual si á él únicamente le hubiese dirigido Salomon. He aqui el camino que siguió y hubo trazado á su esposa: él le servia de guía, marchaba en pos de él: y ¿por qué no hemos de creer que Dios, que tan estrechamente los uniera en vida, que tan tiernamente los ha unido en la muerte, habrá querido unirlos tambien en el Cielo, coronando el valor del esposo y los esfuerzos de la esposa?

No, señores: los siglos futuros no verán en nuestras historias desfigurada la virtud del Delfin con un elogio parecido al que aplica la Escritura á la mayor parte de los reyes mas distinguidos de Judá, que á todas las demas virtudes solamente una habia faltado, á saber: decision para destruir

los altos lugares, públicos restos de la antigua idolatría: *Verumtamen excelsa non abstulit* (1).

Como habia hecho de su corazon el reino ó el templo de Dios, no se contentó con desalojar de él los ídolos de los placeres vergonzosos y sensuales: *contrivit statuas et succidit lucos* (2); sino tambien ; raro esfuerzo de fidelidad en los que pasan por fieles! demolió en él los altos lugares, el orgullo, la arrogancia, la altanería, vicios naturales en su clase: *Dissipavit excelsa* (3). Ademas, á ejemplo de Ezequias, no perdonó ni aun á la serpiente de bronce, devociones vanas, irregulares, que pasan á ser supersticion: *Confregitque serpentem æneum* (4). Todo

(1) 5. Reg., c. 15, 4. Reg., cap. 5.

(2) 4. Reg., c. 18.

(3) Ibid.

(4) Ibid.

ello quedó en su alma destruido, con igual atencion á todos los puntos de la ley: *Custoditio legum.* (4)

Lejos de su confianza y aun de su vista, no solamente todos los sacrificadores y ministros de los deleites: *Abstulit effœminatos* (2); sino tambien todo impostor, difamador ó lisongero. Si, segun lo descaba David, no siempre podria hallarse en su palacio en medio de la inocencia; tenia al menos igual cuidado de no permitir á los corazones malignos aproximarse al suyo. Solo le abria para aquellos cuya fidelidad le era notoria por la que acreditaban en el servicio de Dios: *Oculi mei ad fideles terræ, ut sedeant mecum* (3).

(4) Ibid.

(2) 5. Reg. 45, Psal. 100.

(3) Ibid. 4, ib. 6.

Su regularidad en la observancia de la ley pasaba á ser celo respecto de los demas. Ah! ¿qué no hubiera hecho por atraer á todos á la virtud, por reunir en el seno de la Iglesia católica á todos los hijos de ella segregados, por sofocar en este centro las semillas de todas las novedades? ¿Qué no practicaba, en los últimos tiempos de su vida, para conciliar los ánimos, para estrechar los vínculos de la concordia y de la caridad, para establecer por do quiera la pública edificación?

Para él si que se habia hecho suave el yugo de la Iglesia y del Evangelio; no hallaba rigor en la abstinencia y el ayuno, ni amargura en la confesion; tan dispuesto estaba á purificarse de sus faltas como atento á evitarlas. Hasta se encontró en peligro de llevar su puntualidad á cierto grado

de exceso; y necesario le fué el contrapeso de las mas sólidas reflexiones, para afirmar su conciencia en un equilibrio seguro, de represion sin violencia, y de libertad sin relajacion.

Sin embargo, aunque dejáran de atormentarle las espinas del escrúpulo, jamás se emancipó de los vínculos de la vigilancia y de la regularidad. Las horas del dia robadas á los negocios y contratiempos, estaban sujetas á un órden preciso. Veíasele igualmente tranquilo y ocupado en el desórden tumultuoso y en la desagradable ociosidad de la corte; dueño siempre de sí en sus movimientos y discursos, en las sorpresas de la cólera y hasta de la impaciencia; alerta contra los informes, contra las prevenciones de la antipatia y del mal humor; alerta contra sí mismo y contra su propia atencion, para averiguar los

secretos que su corazon le ofrecia, empleaba un esmero igual al que despliega la política para descubrir por medio de espías los secretos de las córtes estrangeras; habia elegido vigilantes, espías de su amor propio y de los menores defectos que se ocultaban á su perspicacia; y mas generoso que David, que en las advertencias de los buenos reclamaba de la caridad de estos cierto lenitivo de indulgencia: *Corripiet me justus in misericordia* (1); jamás estaba mas satisfecho de sus verdaderos amigos, que cuando en lo exacto y severo de su censura comprobaban su sinceridad.

Ven acá, mundo engañador; conjura contra esta virtud tan fiel y regular cuánto hay en tí mas seductor para corromperla, cuánto hay en tí

(1) Psalm. 140.

mas violento para hacerla vacilar; solo alcanzarás prestarla un nuevo realce, permaneciendo cada vez mas firme, inmóvil á todos tus esfuerzos: *Consummatio incorruptionis* (1).

Un justo sin mancilla en medio de la corrupcion, en medio de contar con poder para hacerlo todo, y escudarse con la impunidad para obrar mal, ¿dónde se encuentra? ¿quién es? preguntaba el Sabio: *¿Quis est hic, et laudabimus cum?* (2)? le admiraremos como un prodigio. ¿Dónde está?; Ay! Ya no existe. Pero nuestros ojos le han visto en la mas deliciosa y magnífica de las córtes. Funesto escollo, escollo de la firmeza de los héroes! ; corte, cuyo ayre pestilente mata las virtudes mas sagradas! ; tú has sido el puerto de

(1) Sap. c. 6.

(2) Eccles. c. 31.

salvacion para un príncipe de treinta años! ¿Y cómo es posible, se dice, vivir en la corte sin comercio ni intrigas? ¿cómo sostener en la corte su rango sin fausto ni ambicion? ¿cómo pasar en la corte el tiempo sin teatro y otros espectáculos, sin profusion de gastos ni juego? Sin todo esto, sin todas las mal entendidas necesidades á que nos obligan las pasiones, un príncipe ha vivido en la corte contento, feliz, respetado, digno de ceñir un dia la corona de sus padres. ¡Ay! Pondérese grandemente la entereza, la intrepidez del que se muestra animoso en presencia del hierro y del fuego. Débiles cañas, que os doblais al menor viento de vuestros deseos, que os quebrantan y arrebatan; aprended, á la vista de un príncipe, á avergonzaros de tanta fragilidad, admirando su firmeza. Ha sido

vuestro maestro en la tierra ; delante de Dios ha de ser vuestro juez.

¿Qué eran para él los placeres? Jamás probó sino los inocentes: y aun los placeres mas inocentes dejaban de serlo para él en cuanto le parecían peligrosos; los menos peligrosos le hastiaban en cuanto dejaban de ser moderados; los mas moderados hacíansele sospechosos en cuanto se sentia inclinado á ellos por un atractivo sobradamente natural. Harto conocida es la extraordinaria delicadeza de su modestia y pudor. Lo dicho tiene mayor importancia respecto de los que no honraban en mas alto grado su virtud.

¿Qué era el teatro , con su pompa y sus conciertos? Lo que fué para los primeros Cristianos: es decir, una academia de sensualidad, que abre el corazon á todas aquellas pasiones que la Religion enseña á destruir. Jamás

concurría á él, aun cuando le obligaba el bien parecer, sino prescribiendo, mediante una ilustrada eleccion, lo que solo podia agradar á los hombres sensatos é ilustrados.

¿Qué lugar daba á la pasion del juego? Uno de los mas viles y bajos entre las pasiones sórdidas: uno de los primeros y mas altos entre las pasiones violentas y tumultuosas. Las menores pérdidas que hacía á él, cuando por acaso le destinaba alguna hora de recreo, suscitaban en su corazon un grito en obsequio de los pobres, y con dolor se acusaba de este hecho en presencia de su corte. Era, por fin, un príncipe que se espresaba como hombre y como cristiano: ¡desdicha nuestra, sí, creyendo hablar á Cristianos, ni á hombres siquiera se dirigia!

Pues ¿de qué le servian la abundancia y opulencia propias de su es-

tado? Para despertar en su alma, no el amor del placer, sino el recuerdo de las miserias y de las leyes de la humanidad; el temor y el respeto hácia un Dios que ha hecho al rico para el pobre, y que bajo la apariencia del pobre se ha encubierto: tal era su tesoro: *Timor Domini ipse est thesaurus ejus.* (1) Juzgad este punto por el destino que daba á los doce mil francos que le estaban asignados mensualmente; de los cuales consagraba once mil á socorrer la indigencia. Hijos de la tierra, cubrios de púrpura y lino; arrojad á Lázaro de vuestro lado, negad á sus lamentos los desperdicios de vuestra mesa; y ved á los hijos de los reyes encontrar en los restos del pobre lo suficiente á satisfacer sus necesidades y placeres.

(1) Is. 53 Ezeq. 6.

Inaccesible á los asaltos de tantos enemigos lisongeros, ¿temerá acaso á los que imponen aun á los mas animosos, á saber, el sarcasmo y los respetos humanos? No señores: enemigo de la cobardia de los grandes, que se hacen esclavos del mundo que les está sometido, y avergonzándose de dar el ejemplo y la ley de la virtud á los que osan darles el ejemplo abominable del vicio, á lo menos les hacia abochornarse, mal de su grado, de su debilidad, sosteniendo en presencia suya todo el honor de su firmeza. No: ni el embarazo de los negocios, ni lo incómodo de las estaciones, ni el tumulto y los peligros de la guerra, le desviaron jamás de sus prácticas religiosas. Hubiera hallado tiempo para rendir homenaje á su Dios aun en las prisiones de Faraon, en los festines de Asuero, en el horno de Babi-

lonia; y ¿podía faltarle en una corte y bajo un reinado en que, para agradar al virtuoso Monarca y aproximarse á su trono, la fortuna hubo de mendigar tan frecuentemente el apoyo de la virtud?

Y ¿podría dejar de acercarse á Dios, puro como se hallaba del contagio del siglo? Esta ferviente virtud, esta union tierna con Dios, ¿no era una prenda segura de la felicidad que esperaba, un tercero y último derecho á la coronación eterna: *Incorruptio facit esse proximum Deo?* (1)

¡Solo á vos, Dios mio, solo á vos pertenece el poder de penetrar en los corazones, y descubrir lo que allí pasa entre vos y vuestros amigos! En otro tiempo le confiárais al enemigo del linaje humano, para picar su en-

(1) Sap. c. 6.

vidia observando la fidelidad de Job. Abrid hoy el corazon de un príncipe ante los enemigos de la virtud, para hacerlos sensibles, si cabe, á las delicias del comercio que mantenía con vos. ¿Hubiera podido aproximarse tan á menudo á vuestra mesa, y solicitar con tal ardor el pan de los Angeles, sino le hubiese tomado el gusto como estos bienaventurados espíritus? ¿Hubiera conversado con vos con tal facilidad y continuacion, á haber ignorado su language? Ah! Su semblante por sí solo, y su modestia, hablaban á los que querian oírles, y aun á los que se mostraban sordos. Se ha visto á algunos pecadores ceder á los impulsos de la gracia, estimulados por su tierna devocion; y correr á rendir á aquella las armas á los pies de los sacerdotes en el santo tribunal.

¡Qué alegría para él en los mo-

mentos en que , libre del afan de los negocios, podia pensar en Dios! «Pensar en Dios , decia , ¿hay cosa mas agradable?» Y ¿á quién hacia esta confianza? á quién?..... Solo os lo revelarán mis lágrimas: yo no alegaré otro testimonio en comprobacion de esta verdad. «¿Puede encontrar nadie disgustos en pensar en Dios, decia, especialmente el que se vé afligido? No sé , añadia , si me conozco bien á mi mismo , ó si me engaño tal vez; pero me parece y creo sentir que le amo sin dificultad y de todo mi corazon.»

¡Ah! Yo oigo á San Pablo esclamar de lo íntimo de su alma: Sí, Dios mio: yo os amo; y ¿quién me impedirá que os ame? ¿quién me separará de vuestro amor? No; no serán ni la persecucion , ni la espada , ni los príncipes y potentados ; ni aun la vida

ni la muerte: *Neque mors , neque vita poterit separare* (1). ¿No es San Pablo el que habla por boca de Luis?

Sí; y Dios le oye: no se verá separado , ni del Dios que es objeto soberano de su amor, ni de la que es su objeto mas justo despues de Dios. Inseparables durante la vida , lo han de ser tambien en la muerte: *Neque mors , neque vita poterit separare*. Porque ¿en qué tiempo , señores, salia de su pecho esta ferviente espresion de su cariño? En el mismo en que Dios preparaba á su amor la prueba mas sensible á que puede verse espuesto un corazon

Era la estacion del año en que el mundo entero se abandona á la alegría; un tiempo en que el silencio de las armas y los anuncios de estar próxima la paz, invitaban al reposo asi

(1) Rom., c. 8.

á la corte como á todo el reino: *Cum quietum silentium contineret omnia* (1); cuando de lo alto del Cielo y de vuestro escelso trono, ó rey de los pueblos y de los reyes, vuestra palabra irrevocable, vuestra sentencia, se hizo sentir de repente como una espada esterminadora: *Omnipotens sermo tuus de cælo á regalibus redibus, durus debellator.... prosilivit.* ¿Y sobre quien cayó? No, como en otros dias, sobre los primogénitos del Egipto, enemigo de vuestro nombre, sino sobre los primogénitos de vuestra Iglesia, sobre las cabezas mas dignas de vuestras miradas paternales.

El primer golpe se dirigió á la princesa; y al punto resonó en el corazon de su esposo, mediante la simpatía entre ambos establecida mas bien por la gracia que por la naturaleza. El

(1) Sap., c. 18.

vínculo que mas íntimamente los unia, era el de la virtud que , tomando cada dia en la princesa mayor incremento , le ganaba cada vez mas la complacencia del príncipe ; y adquiriendo en el príncipe mas y mas perfecciones , acrecentaba en su obsequio la estimacion y confianza de la princesa.

Ella conocia á fondo el mérito de las escelencias de su consorte. Respetaba la autoridad que el nombre de esposo prestaba á este sobre su conducta: y se honraba con tratarle, aun en público , con la sumision que le debia. Ella sentia ademas la superioridad de su sabiduría y de su virtud respecto de la suya propia. Habíale suplicado que en nada apreciase sus recomendaciones en los negocios, por poco que peligrára con ellas la justicia. Igualmente opuestos á la injusticia y á la mentira , no lo eran me-

nos al fausto y á la soberbia: la princesa, fastidiada del poder; el príncipe, por desprecio hácia él mismo. Ella temia los compromisos que le son consiguientes; él conocia su vanidad. Ella huia de la esclavitud que impone; él evitaba el peligro que lleva en sí. El halago de los placeres llegaba á serle á cada punto mas amargo, y el mundo la aburría. ¡Qué votos hacia el celoso príncipe para apresurar el tiempo de la gracia en este corazón!

En él habia tomado la princesa una confianza desconocida sin duda entre las personas de su edad y de su clase. Pedirle frecuentemente el auxilio de sus oraciones era lo de menos. Pero exigirle sus consejos con respecto á su conciencia; derivar de él aliento y ardor para cumplir con los deberes religiosos; concertar entre sí sus buenas obras: hé aquí, no los esfuerzos,

sino el desahogo de un cariño sin reserva ni disimulo. Cada uno tenia á su dependencia confidentes secretos de su caridad , para conocer á los verdaderos pobres y socorrerlos. Durante la cuaresma cada uno de ellos mantenía diariamente á cuarenta. Alarmados por las desgracias públicas causadas por enfermedades no conocidas , y por las continuas sorpresas de la muerte, habíanse convenido en no ocultarse jamás recíprocamente el peligro que pudieran correr, prestando iguales oficios á las prendas mas caras de su corazon. En poco tiempo tuvieron sobradas ocasiones de llevar á cabo este empeño , y le llenaron con celo cumplido. ¡Ay! La recompensa de este celo y el momento de desplegarle consigo mismos, ¡estabanya tan próximos!

Acometida por vivos dolores , y embargada por un letargo profundo,

que solo interrumpió la voz que le anunciaba el peligro, sin encubrir la que el juez estaba á la puerta, Adelaida, arrancada de su sueño, al punto recordó que este juez era su padre. Enternecida mas bien que alarmada, menos por la presencia de su fin que por la de sus pecados, solo parecia sentir la brevedad de su vida por la de su penitencia, y que deseaba prolongar su tiempo para producir frutos de la misma. La gracia de los Sacramentos en un instante hizo desaparecer de su vista el mundo entero. Lejos de mostrar que le tenia apego por los goces de la edad y las ventajas de su clase, vínculos difíciles de romper á los 26 años; ni aun por los afectos mas legítimos parecia relacionada con él. A la vista de un Dios eterno, su corazon habíase penetrado de que es nada cuanto existe. «Princesa hoy»,

decia á las que con este nombre la llamaban, «princesa hoy, mañana nada, y olvidada dentro de dos dias...» Cuanto se le decia para disimularla los progresos del mal, hasta las súplicas de los pueblos y de su esposo, que se le ofrecian como recursos para su restablecimiento, no le ofrecian la esperanza de vivir, ni quebrantaban la fuerza de su sumision. Convencida como estaba de la ternura y virtud de su esposo: «Al contrario, ah! decia, Dios querrá afligirle con mi muerte.»

No os engañábais, princesa; le conociais perfectamente. Pero ignorabais que, arrancado á su pesar de vuestra compañía, llevaba consigo la llaga abierta en el corazon, y os dejaba para volver á unirse á vos.

¡ Ah, Señor! En la antigua ley, cuando mandabais que se os ofreciesen dos pajarillos en sacrificio, bastaba que

uno solo fuese inmolado. Al otro, aunque teñido con la sangre del que moria, no le heria al menos el cuchillo del sacrificador: libre y vivo, era sin embargo víctima agradable á vuestros ojos, mediante la impresion de la sangre que llevaba consigo á la soledad (1).

¿Con qué se reserva al Delfin una suerte mas severa? Pero ella es al mismo tiempo menos desagradable. Sobrevivir á lo que amaba, ulcerado su corazon, mas bien que favor hubiera sido para él un suplicio. Asi que no cuenta con vivir. Pasa toda la noche, no en calmar ó irritar su pena, sino en humillarse á la presencia de Dios; en procurar con fervorosa solitud que le lean cuanto puede afirmarle en el sentimiento de su dependencia; por fin, en unir al sacrificio que aca-

(1) Levit. 14.

baba de consumarse, el sacrificio de su propia persona y de cuanto le resta.

Vos le habeis escuchado, Señor: escuchad tambien lo demas que os suplica. Atended que limita todo su cuidado y su amor á la vida, á pedir á Dios la del rey: *Domine, salvum fac regem*. De tal modo, ó príncipe, por esta muestra de vuestro último deseo, nos acreditais hasta qué punto nos amabais; que nos amabais mas que á vos mismo. Bien sabiais que la vida del rey es el reposo, la seguridad, la paz y la vida de sus súbditos. Todo esto nos deseabais deseando la vida del rey.

Despues del cuidado de su salvacion y la de su esposa, hé aqui el único afan que llenó los breves dias de su existencia. Ni se creyó bastante necesario al Estado para permitir que se hiciesen votos por su restablecimiento. La sola idea de dar lugar á

ello, le parecia sospechosa de vanidad; la muerte, por el contrario, le parecia un asilo, un puerto de salud contra los peligros de la encumbrada posicion á que le conducia su nacimiento. «Bendito seais, Señor, exclamaba, que me librais de las ocasiones y de los lazos que me hubiera tendido el mundo.» Todos sus pensamientos se dirijen al reino eternal: *Adveniat regnum tuum.*

¿Pero estais dispuesto, ó príncipe, para el Cielo? ¿Habeis calculado bien si contaís con los fondos y las sumas necesarias para tan sublime designio? Tal es el consejo del Evangelio: *Prius sedens computat sumptus* (1). Obedécele, pues; hace que le presenten un estado de los que alistára en el número de sus soldados para la conquista del Cielo; esto es, de los que vivían

(1) Luc., c. 14.

á espensas de su caridad. Y no teniendo fondos con que regalarlos á medida de sus deseos, ordena, para satisfacerles en lo posible, que se vendan sus joyas. Funcionarios, cortesanos, soldados, extranjeros, súbditos: hé aqui un príncipe en sus últimos momentos. ¿Qué teneis que exigirle? ¿Restituciones, reparaciones? Nada debe á nadie sino la caridad (1).

La lámpara luminosa de este aceite de salud ¿con qué confianza sale al encuentro de Jesucristo? ¿Cómo se apresura á unirse á él por el pan de vida, para disponerse á unirse á su inmortalidad? Todos los momentos, hasta el postrero, le parecen siglos. Invítasele á tomar algun descanso en medio de la agitacion de su mal. «Ah! no espero mas reposo, contesta, que el que se ha-

(1) Rom., cap. 15.

lla en Dios.» Ya le has hallado, príncipe dichosísimo. El último suspiro os ha hecho gozar de su poder y de su gloria. Disfrutad tan inefables dulzuras por toda la eternidad. Con él reinareis; coronándose han vuestras esperanzas; hé ahí la recompensa de vuestras virtudes. Sobre nosotros no reinareis; burladas han sido nuestras esperanzas; hé aquí el castigo de nuestras culpas.

Resplandezca, Señor, vuestra gloria, en la felicidad del príncipe y en el infortunio de sus pueblos. Resplandezca, si es posible, no descargando sobre nosotros el golpe de vuestra cólera, sino obligándonos, mediante la dulzura de vuestra gracia, á colocar en vos, como él, toda nuestra esperanza. Irritado estais, Señor nuestro; esta es la ocasion de acordaros de vuestra misericordia. Asi lo dijeron vuestros Profetas; asi lo han experi-

mentado nuestros padres. A vos nos convertimos, como nuestros padres, con el corazon compungido. En vuestro corazon hallaremos lo que hallaron nuestros padres. *Cum iratus fueris, misericordiæ recordaberis* (1).

Sí, señores: perdido habemos á los que podian hacernos felices. Pero no se ha sepultado en su féretro toda la ventura de la Francia. En los pasados siglos tambien viera Paris conducir al mismo sitio, y encerrar en un solo dia, dentro de un mismo mausoleo, un rey, una reina, dos hijos de reyes (2), arrebatados por la muerte en pocos meses, durante las guerras de Africa. Y el primer ornamento de aquella tumba era el mismo Santo cuyo nombre llevan nuestros reyes; á quien re-

(1) Habac., c. 8.

(2) San Luis; Isabel de Aragon, reina de Francia, su nuera; Juan Tristan, conde de Nevers, hijo de San Luis; Alfonso, conde de Eu, hijo de Juan de Brienne, rey de Jerusalem.

conocen como autor de su raza y se proponen por modelo de sus virtudes.

La aterradora novedad de tan lúgubre espectáculo, ¿acaso agovió á nuestros mayores bajo el peso de su dolor? ¿Figuráronse que la Francia se habia perdido perdiendo tales apoyos? Por el contrario, su ánimo no decayó, sostenido por su piedad. Cuanto mas virtuosos y queridos de Dios eran los que perdian, mas poderosos abogados y valedores contaron ante la divina presencia, en la postracion á que la guerra habia reducido el reino. Y para transmitir hasta nosotros la memoria de su confianza en las misericordias de Dios, este mismo camino (1), tantos siglos há famoso por los triunfos de la muerte, fué adornado por sus manos con todos los trofeos religiosos que en él se muestran todavía; y las está-

(1) El de Saint Denis.

tuas de nuestros reyes sirven aqui de basa á la cruz del Salvador, predicando á sus sucesores que toda la gloria del siglo es esclava de la de Dios.

Asi lo reconocemos, Señor, rey y pueblo, rendidos y postrados á vuestros pies. Bien sabeis lo que el rey os pide para su pueblo; bien sabeis lo que el pueblo os pide para su rey. No espereis de nosotros otros clamores ni otras súplicas que las del fiel Josafat, en las lamentables vicisitudes á que espusisteis su corazon. Señor, os decia, y con él os decimos: «Ignorando lo que debemos hacer, nada mas nos resta que levantar los ojos hácia vos:» *Cum ignoremus quid agere debeamus, hoc unum habemus residuū, ut oculos dirigamus ad te.* (1).

Demasiado tiempo los hemos fijado sobre esas cenizas insensibles que

(1) 2 Paralip., c. 20.

no alcanzarán á reanimar todas nuestras lágrimas ; demasiado sobre un príncipe niño para quien apenas se abrió el mundo , y para quien se ha cerrado completamente el porvenir. Elevemos , pues , los ojos á Dios ; supliquémosle que se dé por satisfecho con las preciosas víctimas que le plugo inmolar á la gloria de su nombre. Interpongamos entre él y nosotros ese tierno infante, resto de su sangre; que se digne conservárnosle ; y que las cenizas del padre , de la madre y del primogénito , los suspiros del bisabuelo , y los lamentos y sollozos del pueblo , unidos á la sangre del cordero muerto y vivo , inmolado por nuestras culpas , ablanden á nuestro favor el corazon de un Dios á quien no agrada la sangre, pero que anhela la salvacion de los hombres.

C. F.



SERMON

Para la Dominica sesta despues de Pentecostés.



Misereor super turbam... quidam enim ex eis de longe venerunt.

Me compadezco de la turba... algunos de ellos han venido de lejos.

Evangelio de SAN MARCOS, CAP. 8, V. 2°. y 4°.

El Evangelio de este dia pone á nuestra consideracion un milagro asombroso, obrado por Jesucristo, nuestro Salvador, en beneficio y obsequio de las gentes que le seguian

para oír su santa doctrina ; en un todo casi igual al que se celebra con gozo de la Iglesia, la Dominica cuarta de cuaresma. En aquel sabio Jesus, á las márgenes del mar de Tiberiades , el hambre de cinco mil hombres con solos cinco panes y dos peces: en este dió también de comer á casi cuatro mil con siete panes, y unos pececillos : satisfechos aquellos , aun quedaron doce cestas de las sobras: bien alimentados estos, todavía se recogieron siete espuertas de las reliquias: allí obró espresamente la providencia omnipotente del Señor , siempre justa, sabia y consoladora, movida de su compasion inefable: aquí fué desde luego esta misma compasion la que lo dispuso todo , y se dejó ver claramente por las dulcísimas palabras del bienecor universal tan bondadoso y divino; y uno y otro prodigio se hi-

cieron en favor de los que seguian á Jesus.

«Me compadezco de estas gentes, dice el Salvador: algunos de ellos han venido de lejos»: Cristianos: ya no puedo yo por mas tiempo disimular las ideas que tienen en agitacion mi alma desde que leí este Evangelio; no es posible contener la profunda emocion que causa el gran concepto concebido en las palabras del Salvador. Si arrojan rayos brillantísimos de esperanza, tambien truenan con espantable y temible fragor. Se compadece, sí, Jesucristo, pero es de los que han venido de lejos: obra un prodigio asombroso, mas no para aquel infiel é ingrato pueblo, de que era hijo segun la carne, sino en beneficio y obsequio de los que, acaso, no lo podian esperar, porque no presumian nada de sus propios méritos. La es-

peranza, virtud divina, celestial, consoladora y amable exige méritos de nuestra parte para apoyarse, y tambien en las promesas de Dios. Se la puede ofender, contrariar y destruir lo mismo por el defecto , que por el exceso, lo mismo con la desconfianza que con la temeridad. Harto patentes y probadas están estas verdades en los libros santos : en conformidad de ellas se presenta hoy el Evangelio.

¡Ah Cristianos! Los estúpidos judios oyendo siempre al Salvador , los hipócritas Escribas y Fariseos, jactándose por todas partes con insultante ostentacion de depositarios de la ley, y de sus escrupulosos observadores; todo aquel pueblo , representado en la sinagoga , que habia llegado al estremo de la mas incomprensible ceguera , cuando se creia entender y

penetrar los arcáños y misterios de las celestiales promesas, á pesar de que negaba á Jesus la esencial cualidad de Mesías; contrariaba su santa doctrina con necias tradiciones, y se aferraba en ellas ciego y obstinado por no observar la pura moral que se les enseñaba; no, no; su esperanza de salvacion era vana, soberbia y temeraria. Cerca, muy cerca estaban de Jesus, pero no le seguian; por eso no son ellos objeto de compasion en la circunstancia presente; lo son, sí, los que vienen á él de lejos y le buscan y oyen su divina palabra.

Colocaré mi viña en manos de otros agricultores, que me den frutos á tiempo: yo me voy y se os quitará el reino de Dios: la reina del Austro se levantará en el juicio al frente de esta generacion, y la condenará, porque vino de largas tierras á oír la sa-

biduría de Salomon, y aqui hay uno que es mas que Salomon y no lo ois. «¿Hay de tí Corozain, hay de tí Betsaida! ¡Porque si en Tiro y Sidon se hubieran obrado tantos prodigios, como en vosotros, ya hubieran hecho penitencia en Cilicio y Ceniza!» Estas y otras tan terribles amenazas del Salvador, de que estan llenas las sagradas páginas, son las que yo veo compendiadas en las palabras que hoy nos presenta el Evangelio; y por eso me estremezco y lleno de temor, por vosotros y por mí mismo. Los Gentes serán mas dignos de compasion que los Cristianos; porque ellos apreciarán el beneficio de la vocacion mas que nosotros, cuando Dios se digne llamarlos; y porque, aun en medio de su ignorancia se portan mejor que nosotros.

Motivo y muy poderoso hallo yo

hoy para llamaros la atencion hácia estos extremos. El mundo cristiano no quiere comprender su mision sobre la tierra; él ha sustituido al pueblo judio que se habia hecho indigno de las misericordias de Dios, y en vez de justificar la eleccion y preferencia con que se le mira, lleva su perfidia y maldad á extremos de mayor ingratitud, si es que puede haberlos. Cerca de Dios y en su misma casa está colocado desde el dia feliz, en que se le anunció el Evangelio y se le llamó á la parte de los beneficios copiosos de la redencion; pero él los rechaza y se desdeña, acordándose y suspirando como los hebreos en el desierto, de las ollas de Egipto, de sus bacanales y abominaciones. La vista del Señor se derramará compasiva á lo lejos, hácia aquellos que estan retirados, para atraerlos y hacer que ocupen nuestro

lugar. Si es ó no de temer este desenlace del drama que nosotros estamos hoy representando, por mis reflexiones lo vereis. ; Ojalá que convencidos y desengañados volvamos paso atrás, y no demos lugar á que otros nos arrebatén la corona! Este es el efecto que deseo producir en vosotros.

Para lograrlo pidamos todos humildemente la gracia del Espíritu Santo, poniendo por intercesora á María Santísima, nuestra Madre, saludándola con las palabras del Angel:

AVE MARIA.

Misereor super turbam... quidam enim ex eis de longe venerunt.

Me compadezco de la turba... algunos de ellos han venido de lejos.

Evangelio de SAN MARCOS, CAP. 8, v. 2.º y 4.º

Los ojos del Señor están sobre los justos, y sus oídos abiertos para oír las preces que le dirigen, dice el Profeta. Dios quiere que todos los hombres se salven, que ninguno perezca: quiere que todos vengan al conocimiento de la verdad. Pero ¿y quiénes son los que vienen, los que quieren salvarse, y que haciéndose justos, merecen las tiernas miradas del Señor, su compasion y clemencia? Aca-so los que hoy pertenecen al pueblo

cristiano, y que han debido heredar las virtudes purísimas y asombrosas de sus padres? ¡Ah qué no! A nosotros nos podría hoy el Apóstol repetir con sobrada razon y justicia: «Se os habia dado el reino de Dios; mas porque lo despreciais y os haceis de él indignos, nos convertimos á los Gentiles.» En efecto, luego que San Pablo y los demas Apóstoles vieron que su predicacion era repelida en la Judea, volvieron la espalda, sacudieron el polvo de su calzado, y fueron á ilustrar con la luz de la doctrina evangélica á otras naciones. Si al presente, por justo castigo del Cielo, se retirase la Religion de los paises cristianos, y aborrase á lejanas playas, ¿cómo seria recibida? ¿cómo se portarian los Gentiles del dia? cómo se portaron entonces, y como se portan todavía los que de nuevo y por primera vez tie-

nen la dicha de abrazarla, consolándola de sus pérdidas!

La historia eclesiática nos pone á la vista cuál fué en los primeros tiempos el encantador y glorioso entusiasmo con que las naciones gentiles recibieron la predicacion. Los pueblos enteros, las gentes todas en numerosas tropas pedian el Santo Bautismo; se alistaban bajo las triunfantes banderas del hijo de Dios crucificado, y crecian en virtudes y en santidad de dia en dia, y de momento á momento. Solos los dominadores interesados eran los que se oponian y opusieron, aunque en vano, por algun tiempo. La verdad al fin llegó á ilustrar su entendimiento, y la virtud amable y práctica á dominar su corazon. Sobre todo, Dios presidia la empresa, y no hay quien resistir pueda á su soberana voluntad. Un solo Apóstol con-

quistó á la fé mas pueblos y ganó mas gentes, que Cesar , Alejandro y Pompeyo. ¿Pero cómo los ganaron? Ah! Haciéndolos hombres de fieras y brutos que eran, y Santos de malvados y perdidos. ¡Qué costumbres tan puras, qué caridad tan ardiente, qué desinterés, qué union y paz entre todos, y qué piedad! No habia mas que un espíritu, un alma, y un desco; el de ser Santos, el de amar á Dios, el de las cosas del Cielo, el de la vida eterna. Por eso en aquellos dias felices, y siempre envidiables, todos eran confesores, todos mártires; porque todos deseaban dar su vida y la daban por su Dios y por unirse en el Cielo con su Dios. Fija en su imaginacion la verdad eterna de que el hombre ha nacido para servir á este Señor y gozarle; convencidos de que este mundo es un destierro, y una prision que

retarda los momentos de ser felices, sus anhelos y sus ansias todas estaban cifradas, como las del Apóstol, en lograr pronto ser desatados de estas cadenas para estar con Jesucristo.

Pero aquel tiempo dichoso pasó por desgracia, cuando la conquista fué consumada y cuando los perseguidores se convirtieron tambien en hijos obedientes y sumisos del Evangelio. ¡Qué verdad es que nunca está mas floreciente la Religion, que cuando mas perseguida! Nunca mas gloriosa que cuando mas imitan sus hijos al Salvador, y nunca mas triunfante que en los cadalsos! Los Cristianos fueron poco á poco resfriándose en su fervor primitivo, desentendiéndose de las prácticas piadosas, olvidando la caridad, y en fin adoptando los vicios y hasta los crímenes de sus perseguidores. Asi han llegado insen-

siblemente á ocupar su lugar , como lo ocupan muchos en nuestros dias. Y si no, decidme: ¿en qué concepto teneis y qué calificacion merecen los Cristianos que habiendo renunciado en el Bautismo á Satanás y sus pompas, solo se ocupan con él y con ellas, sin acordarse nunca de lo que hicieron y de los deberes de Cristianos? Digo mas: ¿en qué concepto pueden tenerse los que deshonran á la Religion que profesan con sus vicios, con sus desórdenes y escándalos, y por si no es bastante se mofan de ella, la desacreditan y llenan de amargura, de lágrimas y dolor? Los que mortifican á sus ministros, profanan sus templos, empobrecen y roban sus fondos, escatiman los que le son debidos y necesita para su culto y solemnidades? No pasemos adelante: estos son tan impíos como Heliodoro y tan perse-

guidores como Neron. Y entre estos y con estos ¿puede haber Religion? Y todavía se llaman Cristianos? No tardará el dia en que vengan otros Gentiles de lejos á ocupar el lugar de estos apóstatas, y que con sus ejemplos les enseñen á ser Cristianos y á estimar en lo que vale la imponderable ventaja de pertenecer al número de los hijos de la verdadera y única Iglesia de Jesucristo.

Sí, señores; el fervor y virtud acendrada de los primeros Gentiles convertidos por los Apóstoles, de los cuales descendemos nosotros, se está hoy, en nuestro siglo, imitando por esos otros nuevos Gentiles, idólatras y paganos infelices, que pueblan las islas del Atlántico y Pacífico, ó que han tenido la desgracia de nacer en remotos continentes, á donde no habia aun amanecido la aurora de la ver-

dad; pero que ya, por altos juicios de Dios, y por un efecto de los incomprendibles arcános de su misericordia y justicia al mismo tiempo, les va llegando su vez, de adquirir noticias del Evangelio, con el ministerio laborioso de los mismísimos operarios á quienes la llamada ilustracion arroja impudente del seno de las naciones civilizadas. Leed las cartas edificantes, tomad los anales de la Propagacion de la fé en vuestras manos, obra eminentemente católica y social, obra inmortal de virtud, de heróica caridad, de adelantos útiles, de progreso verdadero intelectual, político, civil y material, obra, que si no se recomendase por sí misma, le bastaba para su elogio el no haber sido comprendida, y sí perseguida y desterrada de España en la época del bárbaro y procaz semi-ateismo: registrad con

atencion el relato de los misioneros, y os llenareis de confusion y vergüenza, al saber, que un chino antes idólatra, un tonquinense poco há islamita, ó un indostan hasta ahora hereje, apenas oyen la predicacion del Evangelio, son mejores Cristianos que vosotros. ¿Y no es esto un prodigio?

Lo es tambien, y muy grande, que en los Estados-unidos de Norte-América se hayan erijido en veinte y cinco años veinte y cinco obispados católicos, que se levanten iglesias magníficas, que se celebren concilios y que se pidan todos los dias á Europa nuevos operarios para la copiosa mies de creyentes que se presenta ya sazónada.

Lo es y muy grande, que en el mismo Constantinopla, en Alejandría, en el Cairo y en Persia se dé culto pú-

blico y adore al Dios de los Cristianos, con tanta y mas devocion que se hace ya en Wasincthon y Baltimore, ó que acaso en Paris y en España. Sin duda es llegado el dia en que se levanten los ninivitas á condenarnos, pues su conducta aun como gentiles es mejor que la nuestra.

Y en efecto, señores; la bondad de los hombres se acredita por las obras, que estan en perfecta armonía con la fé que profesan y con la ley que les dirige. Si nuestra fé y nuestras leyes se comparan con las del Gentrismo, sin duda resultará en nuestro favor la ventaja; pero si á seguida se lleva la comparacion al terreno de los hechos, quedaremos muy atras: ellos obran segun su fé y sus leyes; nosotros como si no tuviéramos ni leyes ni fé: ellos se someten gustosos á la dura observancia de preceptos crueles y ce-

remónicas bárbaras, porque así lo exigen la Religion y las ordenanzas de su infortunado país: nosotros despreciamos con descaro infame las leyes benéficas de amor y caridad que se nos prescriben, como si el yugo del Señor no fuera suave y su carga ligera. Acaso los Gentiles acostumbrados á duras puebas de leyes tiránicas, atroces é insoportables, se hacen por eso tan piadosos y dóciles cuando abrazan el Cristianismo. Porque, Cristianos, los infelices á quienes ciega el demonio para que en cierta y determinada edad, y en tales y tales circunstancias se lancen vivos en una hoguera, ó se pongan á la orilla del mar para ser pasto de tiburones, ¿no guardarán una vigilia, un ayuno y practicarán alegres cualquiera acto de religion, cuando tienen la dicha de conocerla? Una doncella delicada ¿dejará, viniendo al

Cristianismo, de ser fiel á las leyes del pudor y recato, en cambio de la mutilacion y carnicería que de su cuerpo exigia el inhumano y feroz Gentilismo? Un anciano débil y enfermizo ¿no estará mas contento con los Cristianos que le respeten y consuelen, que entre Gentiles que le sacrificuen? En fin, señores; á los desgraciados que viven en pais idólatra se les exigen largas peregrinaciones, penosos martirios, tremendos sacrificios, y á todo son dóciles y sumisos, todo lo hacen, todo lo sufren, en la falsa fé, en la errada conciencia de que cumplen con su deber y se preparan asi para ser felices. Nosotros lo somos verdaderamente, aunque sin apreciarlo. Estamos mas ilustrados; no seria fácil obligarnos á esos extremos que repugna la razon y amedrentan la naturaleza; pero ¿y están en ese caso las

santísimas y dulces leyes de nuestra Religion adorable? Sin embargo, nosotros las rechazamos tambien, en fuerza de la misma ilustracion que nos atribuimos. ¡Oh ilustracion funesta y malhadada! No se engañó el célebre Bergier cuando dijo que una sociedad en el colmo de la ilustracion está al borde de su ruina.

Prescindiré de la ruina material, porque en nada conduce á mi propósito; pero la espiritual está sobradamente indicada. *Quidam ex eis de longe venerunt*: cuidado que los sucesos avanzan, el tiempo corre, conquista y desengaña; y los sucesos y el tiempo son mas poderosos que todas nuestras orgullosas cavilaciones de ilustracion. Hace cinco años que yo lo prediqué en el púlpito, en ocasion solemne, y ya se vá cumpliendo: acaso veremos en nuestros dias que el grande impe-

rio de la China, que compone la cuarta parte del género humano, se convierte á la Religion católica; por de pronto está decretada la libertad de cultos; ya entran libremente los misioneros católicos: aquellos indígenas palparán las inmensas ventajas que lleva el catolicismo á las otras Religiones, como que es la verdad; observarán la moral y santas costumbres de los operarios evangélicos, se convencerán y al fin el pais será católico.

¡Estos sí que vienen de lejos á ser objeto de la tierna compasion de nuestro Dios! Ellos se pondrán delante de nosotros, porque convertidos apreciarán mas el beneficio de la vocacion que el Señor les hace al seno de su Iglesia Santa; y aun sin convertirse son mas exactos que nosotros en la observancia de sus leyes. Acaso lo son

tambien en la observancia de la ley natural, y por eso les envia Dios Apóstoles que les instruyan y les faciliten los medios de conversion, como al Centurion Cornelio.

¡Qué vergüenza para los Cristianos, el verse arrojados con ignominia del festin de la vida eterna, y entrar á ocupar sus puestos á los que despreciaban por bárbaros é ignorantes! Verán con dolor ineficaz, y cruel remordimiento lo que el grande Agustin antes de convertirse; esto es, que se levantan los indoctos y arrebatan el Cielo, al paso que ellos con sus doctrinas fastuosas andan revolcándose en el lodazal inmundo de las pasiones: verán y dirán con desesperacion lo que los impíos en el juicio tremendo de Dios: estos son aquellos, á quienes despreciábamos por necios idiotas é inciviles; pero ahora, hélos aquí

colocados entre los hijos de Dios, y su suerte es la suerte de los Santos.

Cristianos; la esperanza cristiana es temeridad si no se apoya en las buenas obras: el Señor mirará con indulgencia, compasion y bondad á los que las hagan; ó vea y conozca que están dispuestos á hacerlas, si los llama y trae al conocimiento de la verdad, aunque esten muy lejos. En vano esperaremos nosotros la preferencia por ser Cristianos; este título nos causa mayores empeños; si no los cumplimos, nuestra será la culpa de vernos tratados con menos indulgencia que los Gentiles. Abramos con tiempo los ojos y el corazon á las voces del Señor que nos llama á penitencia, á la enmienda de la vida y á las buenas obras: siempre nos está tocando á la puerta de nuestra alma: no seamos sordos: no dejemos que

vengan otros de lejos y nos arrebaten la corona. Vivamos siempre alerta, obremos nuestra salud con temor y con temblor. Amemos la Religion; sea toda nuestra vida un continuo ejercicio de accion de gracias al Señor porque nos ha hecho nacer y vivir en su gremio; y apoyados en su infinita misericordia y en nuestras buenas obras, pidámosle y esperemos confiadamente que nos dará al fin el premio de la Gloria—Amen.

J. M. X.





SERMON

Para la Dominica séptima despues de Pentecostés.



Attendite á falsis prophetis, qui
veniunt ad vos in vestimentis
ovium, intrinsecus autem sunt lu-
pi rapaces.

*Guardaos de los falsos Profetas
que vienen á vosotros con vestido
de ovejas, y en su interior son lo-
bos rapaces:*

Evangelio de SAN MARCOS, CAP. 7.º, v. 15 y 16.

Como Jesucristo era el Dios de la
Santidad y verdad, que venia á esta-
blecerla en el mundo, no podia me-

nos de declararse en contra de la hipocresía, que es enemiga de la virtud sólida. La hipocresía es la mentira; y la mentira es hija del diablo; él la introdujo en el mundo para perderlo y perder á los hombres. En su nombre, pues, obran los hipócritas; por su cuenta trabajan; esperan de él la recompensa; pero guardaos de ellos, Cristianos: Jesus os lo aconseja. «Guardaos, sí, guardaos: vienen á vosotros vestidos con piel de oveja, mas en su interior son lobos rapaces: por los frutos los conoceréis: ¿acaso se cogen uvas de las espinas, ó higos de los cardos? Asi todo árbol bueno da buenos frutos, y todo árbol malo los da malos: y asi como el bueno no puede producirlos malos, el malo no puede darlos buenos: pero sabed que todo árbol que no dé buen fruto será cortado y echado al fuego; luego por los

frutos los conocereis. No todo el que me diga, Señor, Señor, entrará en el reino de los Cielos, sino el que hiciere la voluntad de mi Padre que está en los Cielos, ese entrará en el reino de los Cielos.»

Este es casi á la letra el testo del Evangelio tomado de los divinos labios del Salvador. En su misma reduplicacion de términos y repeticion de voces y conceptos, está conociéndose la importancia y grande interés, que á su inteligencia y aplicacion le queria dar Jesucristo. Mas interesado que nadie en la salvacion de las almas, puesto que le habian de costar nada menos que el precio inestimable de su sangre y vida, procuraba preservarlas de enemigos, escollos y tropiezos que los pudiesen entorpecer, apartar ó seducir en el camino de la vida eterna. Víctima, como lo era Jesus, ade-

mas desde su nacimiento de los perversos engaños de los hipócritas, sin acudir á su ciencia divina, hasta por propia experiencia podia avisar y hacer patentes sus diabólicos engaños, y su infame astucia, dando reglas infalibles para no equivocarlos, y que todos poseyesen el secreto precioso con que desenmascararlos. Nos lo dió, pues, en esta ocasion: es preciso aprovecharlo; lo repitió una y otra vez, lo inculcó con energía, insistió sobre él y volvió de nuevo á concluir: *por los frutos los conoceréis.*

Hipócritas, falsos Cristianos, lobos rapaces de las almas, no nos engañareis, no! Probado está que sois enemigos de Dios y de los hombres, porque sois enemigos de la virtud y de la verdad. La virtud y la verdad son las soberanas del universo; su poder les viene del Cielo, y vosotros

quereis arrebataréelo, cometiendo la mas negra perfidia, la mas horrible traicion, para entregarlo al diablo á quien estais vendidos. No lo conseguireis de hoy mas, si los Cristianos estudian el Evangelio para conoceros, y meditan las reflexiones que voy á hacer para que se vean los males que causais á la Religion y á la sociedad, como enemigos jurados que sois de Dios y de los hombres.

Ya está á la vista mi plan en este discurso, y el órden que voy á seguir en mis dos reflexiones: pidamos antes los auxilios de la divina gracia, por la mediacion de la Virgen Santísima.

AVE MARIA.

Attendite á falsis prophetis,
qui veniunt ad vos in vestimen-
tis ovium, intrinsecus autem sunt
lupi rapaces.

*Guardaos de los falsos Profetas
que vienen á vosotros con vestido de
ovejas, y en su interior son lo-
bos rapaces:*

Evangelio de SAN MARCOS, CAP. 7.º, V. 15 y 16.

La sabiduría de este mundo es enemiga de Dios; y los que quieren agradar al mundo no pueden ser siervos de Cristo: en este número coloco yo á los hipócritas, y cuando mas les concederé aquella ciencia; pero ya ven que están retratados por el Apóstol, y tambien condenados. Los hipócritas con respecto á Dios se figuran una de

tres cosas, á cual mas injuriosa é impia para Dios, á cual mas perjudicial y tremenda para ellos mismos. Primera: que Dios no los conoce, y que así lo pueden engañar y burlar en sus juicios. Segunda: que si los conoce condesciende con sus arterías y engaños, y que así nada tienen que temer. Tercera: que Dios no existe, y que de esta suerte agradando al mundo, lo tienen todo hecho. Es indudable que en todo yerran y por consiguiente los engañados son ellos. Que Dios no los conoce, ni penetra sus pérfidas intenciones, es lo primero que creen y se figuran; y con esta su errónea creencia le niegan el atributo divino de la suma é infinita sabiduría; hacen á Dios tan limitado como ellos y vienen á destruir la esencia divina. Pesad bien, Cristianos, el valor y transcendencia de esta injuria.

Si tuviese efecto el pensamiento impío y desorganizador de los hipócritas, se acabaría en el mundo, ó jamás habria existido el gobierno de la Providencia; en su lugar se podría decir que todo estaba sujeto al capricho de los malvados, ó á un fatalismo estúpido é implacable, que sin atinar nadie en lo que consista, en qué principios se apoye, ni por qué leyes se rija, viene siempre á prosperar á los perversos y á hacer infelices á los inocentes y honrados. Ponderad bien, repito, la incalculable impiedad de los que niegan ó suponen no existir la ciencia infinita en Dios: estos mónstruos hacen á la Divinidad un ídolo igual á los del gentilismo, de los cuales dice el Profeta, que tienen ojos y no ven, oídos y no oyen, manos y no palpan, pies y no andan, porque son puramente unos simulacros inertes de pla-

ta ú oro, obra de las manos de los hombres. Pero que nuestro Dios está en los Cielos , todo lo vé , todo lo penetra, y hace y ha hecho y hará siempre todo lo que ha querido.

Quien no vé , ni conoce , ni sabe son los hipócritas; ellos se engañan. Como no tienen fé en la sabia justicia de nuestro Dios, se figuran que han de marchar sin tropiezo en la escabrosa senda que han emprendido , porque un dia y otro dia van á su placer: porque Dios les sufre y tolera algun tiempo; están tan obcecados que se fían y tienen como seguro que así les ha de suceder siempre: ellos á su sabor sobresiembran la cizaña en el campo del Señor, aprovechando la noche de su propia ceguera y sueño, sin advertir que amanecerá despues, que se conocerá el daño , que llegará el tiempo de la siega , y que el dueño Soberano ha-

brá de prevenir á sus segadores que la separen y hecha manojos la echen al fuego: que Dios en su paciencia los deja dormir, haciéndose tambien el dormido, hasta que duerman el sueño sempiterno del que nadie los despierte: que les permite por recta justicia que ellos vayan tranquilos abriéndose la fosa en que sean al fin sepultados. Asi lo esplica David en sus Salmos. Y si no, ¿qué le sucedio al primer hipócrita que atentó contra la vida de Jesus? Qué le sucedio á Herodes, el que fingia quererle adorar en el pesebre? Ufano en su pérfida hipocresía, creyó extinguir á Jesus, matando á los inocentes; él fué el engañado, porque no lo consiguió, antes por el contrario halló pronto una muerte desastrosa cubierto de ignominia, llevando sobre su memoria la execracion de todas las generaciones,

y lo que es peor, sobre su alma la condenacion eterna. ¿Qué le sucedió al otro hipócrita sanguinario su sobrino, el otro Herodes, cuando afectaba complacencia en ver y oír á Cristo, siendo así que lo que pretendia era burlarse? El mundo mismo le dió el castigo, y Dios lo hizo objeto de burla y general desprecio, llenándolo de lepra y asquerosos insectos en esta vida, y de fuego devorador en la otra? ¿Qué sucedió á los hipócritas Escribas y Fariseos, enemigos jurados del Salvador, tan orgullosos y ufanos con sus fingidas virtudes? En el momento que creían ser el decisivo de su triunfo, esto es, en la muerte del Salvador, perdieron su reino, su ciudad, su templo, y sociedad, y quedaron errantes toda la vida llevando un hierro en la frente por todo el mundo para que les sirva de baldon y

odio general hasta el dia del juicio.

Pero se dirá que los hipócritas no niegan la ciencia infinita á nuestro buen Dios, sino que le creen condescendiente y tolerante con sus engaños; esta es mayor injuria, si cabe. ¡Con que son tan perversos que quieren hacer cómplice á Dios en sus maldades! ¡Con que su iniquidad llega hasta el extremo de interpretar la clemencia y tolerancia divina, por una connivencia ó autorizacion del crimen! ¡Horrenda blasfemia! ¿Qué, os estremeceis, Cristianos? Pues creedlo asi porque asi sucede, y no puede menos de ser. Registrad el Evangelio y lo vereis. ¿Por qué conjuraban en nombre de Dios al ciego de nacimiento, y tomaban como un obsequio á su gloria los judios que intentaban sacar de él la confirmacion de sus errores? ¿Por qué Caifás conjuraba tambien á

Jesús, ante el concilio, para que le declarase si era ó no Hijo de Dios? Porque querian hacer cómplice á Dios en sus maldades de dos modos; sacando cual se lo prometian, una confesion favorable á ellos y autorizándola con la invocacion de su santo nombre en el juramento. Bien lo dice la Escritura: los primeros estaban ya conspirados para lanzar de la sinagoga á todo aquel que reconociese por Dios á Jesucristo: los segundos, lo condenaron á muerte en el momento que dijo Jesús que era Dios.

Esta es la conducta de todos los hipócritas. Los veis que vienen hácia vosotros con palabras dulces, respirando Religion y piedad; en su corazon no hay mas que malicia, engaño y dolo: los veis con un exterior humilde y devoto, aparentando modestia y devocion; observad sus obras,

tocarlos un poco y hallareis la soberbia del tigre, la astucia de la raposa, la ira de la hiena, el furor del leon. Si es que no estan creidos en que Dios no penetra sus pérfidos y ocultos sentimientos, ó que los disimula y aun aprueba, es preciso decir que no creen que hay Dios: y entonces hipócrita y ateista son sinónimos. Porque solo asi se comprende la conducta de de esos miserables. El hombre que busca lo oculto para obrar mal, cree sin duda que no existe un juez que presencie los pensamientos y vea hasta los mas profundos senos del corazon; cree que salvando las públicas apariencias, ya no hay nada que hacer, ni que temer; cree, en fin, que despues de esta vida en que engaña al mundo á mansalva, no hay otra, que empezará por un exámen prolijo y un juicio severo de esos mismos en-

gños. Mas en esta falsa creencia, que es la de los materialistas y ateos, ellos son los que mas pierden, lo repito, Cristianos; pero guardaos de ellos; son enemigos de Dios.

Oid como los retrata el Padre San Agustin: «hubo ciertos filósofos, dice, que no fueron Cristianos, pero que se empeñaban en atraer á todos á su secta: para lograrlo formaban grandes tratados científicos acerca de las virtudes y los vicios, echaban el resto [á la filosofía y elocuencia con sus definiciones, divisiones, agudísimos raciocinios y conclusiones; llenaban libros y mas libros con su ciencia, que no se descuidaban en vociferar y celebrársela ellos mismos; pero se buscaba en sus hechos un quilate de virtud, y no se hallaba. Asi hay muchos hoy, sigue el Santo, que cual los Fariseos leen y hablan de Cristo,

lo esperan y teniéndolo presente no lo conocen; otros, en fin, se glorían del nombre de Cristianos, y hasta de ser iluminados por Jesucristo, pero bien examinados no son Cristianos; lo que quieren es atraer incautos, seducirlos y perderlos. No los sigáis.»

Aun mas espreso está San Hilario, esponiendo el Evangelio de este dia. «Los hipócritas con palabras blandas y mansedumbre fingida nos estimulan y obligan por lo mismo á que observemos sus hechos; pues no es justo que nos dejemos llevar de solo voces: ellos dirán muy compungidos, Señor, Señor; pero si no hacen mas, ¿qué mérito tienen? ¿Acaso dejaria el Señor de serlo, si ellos no lo dijesen? ¿Y qué santidad será la que prueben por solo esta invocacion, cuando el camino del Cielo se sigue con la obediencia humilde á este santo nombre,

y no con el sonido vago de su pronunciacion? Muchos dirán el dia del juicio: Señor en tu nombre profetizamos, sí; pero si fuisteis hipócritas, tened entendido desde ahora que el Señor condena á los falsos Profetas, que buscan su propia gloria en la virtud de dones que no son suyos.» Yo, Cristianos, hallo en las reflexiones de este Padre un nuevo argumento contra los hipócritas, y veo que su maldad no se encamina solo contra Dios, negándole sus divinos atributos y existencia, sino que aspiran á ser ellos tenidos por Dioses, y que se atribuya á su propia virtud lo que hacen por dón del mismo Dios. El de profecía, por ejemplo, ¿acreditaria gran virtud, si realmente no la tuviese el Profeta? De ninguna manera; Saul reprobado, Caifás impío y aun la burra de Balam, profetizaron. Así, Dios preguntará á

los hipócritas por los ejercicios de virtud, no por los dones gratuitos que recibieron; y si ellos responden con sus profecías y no con sus virtudes, como hipócritas serán condenados. Al presente sus profecías son una jactancia hipócrita é impía con la que se quieren acreditar de lo que no son.

De las reflexiones de estos dos Santos Padres resulta, pues, que tanto los filósofos hipócritas como los fingidos devotos que con ostentoso aparato de frases y palabras, como con demostraciones de virtudes ajenas, quieren seducir y atraer á los demas, son enemigos de Dios declaradamente. Pedirles obras, examinad las que hagan, analizar sus dichos y cotejadlos con sus hechos, y os convencereis de que son enemigos de Dios. No quiero descender á casos, cosas, hechos y personas particulares, que os lo hiciesen

evidente: sobra la regla general para que todos con ella hagais las oportunas aplicaciones. Yo no vacilaré nunca en afirmar y sostener que los hipócritas de nuestros días son ateos, y siéndolo son, no solo enemigos de Dios, sino de la sociedad. Esta es ya la segunda reflexion.

Con solo enunciarla, señores, basta para convencer su verdad; porque ¿quién ha dudado que los ateos son enemigos de la sociedad? ¿Es posible que exista una nacion de hombres sin Dios, y sin conciencia? El infierno con todos sus horrores seria menos funesto é intolerable. Pues todavía seria peor una sociedad de hipócritas. Pocas razones son necesarias para probarlo. Una nacion de hipócritas religiosos no tendria Religion ninguna; una nacion de hipócritas civiles no tendria leyes fijas, ni contratos se-

guros, ni comercio alguno humano posible. Los ateos públicos y reconocidos por tales, de suerte que todo el mundo los conozca, por lo mismo todos los evitan y pueden evitar; al insidiador oculto no es fácil, no es posible: pues ese es el hipócrita. ¿Qué hareis con un hombre que aparenta virtud, caridad, buena fé, humildad, modestia, y luego cuando lo probais, cuando vais á los hechos encontrais todo lo contrario? ¿Qué conducta será la que observeis en el trato de la vida con aquel que os dé siempre buenas palabras, y jamás las cumpla? ¿Que os las asegure con el honor, con la santidad del juramento, y despues se le dé un bledo de ser infame y perjuro? ¿Que os invoque á Dios, á los Santos, á la Religion, y á seguida sea un blasfemo, un malvado, un herege, un impío? La hipocresia es la

mentira; y una sociedad en que todos mientan por profesion y sistema, y que mientan en todo y siempre, casi no se concibe posible; pero por desgracia se ve, y se palpa y en ella vivimos. Esto sí que es inconcebible; esto sí que se puede llamar un fenómeno social, un prodigio.

Pero existe destruyéndose siempre y cada dia; contrariando y echando por tierra las mismas condiciones de su existencia ¿cómo se evitará tanto mal? ¿cómo se conocerá á estos hipócritas? Jesucristo ha dado la contraseña; á las obras os debeis atener; ¿pero cómo se evitan? ¿cómo nos guardaremos de ellos? Huyendo de su trato y sociedad; no creyéndolos nunca; desconfiando siempre de cuanto hagan, no creyendo nunca lo que digan. En materias religiosas, si es posible separarlas, de las demas del tra-

to humano, político y social, el remedio es posible, aunque triste y desconsolador. En las sociales es impracticable, á no desterrarse del mundo y de la compañía de los hombres, para irse á vivir con los brutos en las selvas ó con las rocas inanimadas en los desiertos.

Es triste, repito, y desconsolador, el ver y observar el mísero estado de la sociedad cristiana! Porque se celebren solemnidades suntuosas, porque se vea asistencia y concurso á los templos, porque se oigan eternas y difusas peroratas á favor de la Religion, porque se lean cada dia cien escritos y publicaciones de materias piadosas, por eso ¿hay verdad, hay Religion entre nosotros? ¿No es todo, ó lo mas, mentira, apariencia, hipocresía, especulacion y modo de vivir y engañar? Una línea imperceptible distan

el ateismo y el fanatismo; como los hombres y los pueblos no pueden vivir sin Religion, luego que llegan al delirio de desechar la verdadera, acogen sus apariencias, por satisfacer una necesidad del corazon, una necesidad social. La esperiencia y los desengaños costosos nos deben hacer cautos, y echar mano del remedio que nos da Jesucristo. Atended á las obras de esos devotos, de esos festeros, de esos parlanchines, de esos escritores, y en ellas vereis si hay verdadera Religion, ó mas bien una farsa, una mentira.

Desciéndase al trato social, y nos encontraremos con tantas falsías, con tantas defecciones y engaños, que horrorizados tendremos que escondernos en un subterráneo por no ver, ni oír ni tratar con los hombres. Eso seria lo mejor; porque debiendo nos-

otros amar á Dios y á nuestros prójimos que están formando la sociedad; para ser buenos Cristianos y salvarnos, no encontramos en el mundo mas que hipócritas que son enemigos de Dios y de la sociedad.

Compadecemoslos y pidamos á Dios por ellos. Pero sobre todo observemos sus frutos y si no son buenos, guardémonos de ellos, porque así nos lo manda Jesucristo. Y por nuestra parte adoremos á Dios en espíritu y en verdad: obremos nuestra salvacion con temor y con temblor. No haya mas que verdad, sinceridad, buena fé en todos nuestros actos como Cristianos, como hombres y como ciudadanos del pais en que vivimos: fuera hipócritas, fuera engaños, fuera apariencias; verdad en todo y siempre verdad pura, clara y sencilla, sin atavíos mentidos, sin oropeles, sin adornos, que no los

necesita: donde los halleis, sospechad y guardaos: *cavete*.

El Dios de la verdad, que es la verdad misma, nos dará el premio en esta vida, y en la otra la Gloria eterna, que yo os deseo á todos. Amen.

J. M. X.





SERMON.

**Para la Dominica octava des-
pues de Pentecostés.**



Redde rationem villicationis
tuæ.

*Dame cuenta de tu administra-
cion.*

SAN LUCAS, CAP. 16, v. 2.º

¡**Q**ué descuidados vivimos en el mundo! ¡Qué poco pensamos en nuestro fin, en el último paradero de cuanto él ofrece, de nuestras cosas y de nosotros mismos! ¡Cómo nos en-

tretienen, ocupan, halagan y aun encantan sus falsos y engañadores atractivos! Al ver, Cristianos, esa Babilonia confusa del mundo, en que estan enfrascados los hombres, sin acordarse de mas negocios que de los que él ofrece, cualquiera que no fuera Cristiano, ni filósofo siquiera, hallaria motivo para creer que está aqui abajo nuestro último y único fin, para el que tan solo habiamos nacido; y que nadie ni nunca nos tendria que llamar á otra vida, exigiéndonos antes una estrecha cuenta, una escrupulosa razon del tiempo aqui consumido, y de cuanto se nos dió al nacer para que formase el rico patrimonio de nuestra existencia. El animal nace ya perfecto con cuanto necesita para su alimento y defensa, dice el sábio Bonald, el hombre nace perfeccionable; porque en el mundo y en la vida de-

be ir adquiriendo con la inteligencia y virtud, lo que le falta. Dios se lo dá y proporciona, pero con su cuenta y razon, que en su dia ha de rendir; sopena de ser separado de su administracion con ignominia y eterno peligro. Pero este dia puede llegar antes que lo esperemos; el tiempo puede acortarse, segun la voluntad suprema de Dios que nos lo concede; la cuenta puede abreviarse y exigírsenos; y se nos exigirá regularmente por sorpresa, cuando no la tengamos formada, cuando los caudales esten mal invertidos, los bienes disipados y nosotros en descubierta.

Administradores nosotros, y no otra cosa, de la rica hacienda, que el Soberano del universo, nuestro Dios, ha puesto á nuestro cuidado, en talentos, sentidos, alma, cuerpo y tiempo de vida, que para su empleo

justo y legítimo nos concede , si lo invertimos todo mal , en perjuicio de nuestra salvacion, en ruina de la virtud y en ofensa y desdoro del Señor, podrá muy bien sucedernos, y nos sucederá sin remedio, lo que al administrador , de quien hoy nos habla el Evangelio , en parábola. Si echadas las cuentas consigo mismo cada uno , se encuentra en atrasos y en faltas, que por sí solo no puede llenar , el extremo de la temeridad , ó de la desesperacion y abandono , no arbitrando medios naturales , ó ingeniosos para salir adelante , será el peor de todos. •

No , no es esa la conducta del ingenioso hijo de las tinieblas que nos pinta Jesucristo ; antes bien trata de ponerse en buen estado , aun á costa de los intereses de su Señor, y buscar protectores para el dia de su desgra-

cia. Yo quiero que oigais á la letra la parábola, para que haciendo aplicacion de todos sus conceptos en vosotros mismos, os procureis amigos é intercesores, que os sirvan cuando os halleis perdidos, que es lo que al final nos aconseja y manda el Salvador.

«Habia un hombre rico, dice el Evangelio, que tenia un administrador: este fué difamado para con su señor de que disipaba sus bienes: y en su consecuencia, llamado á su presencia, le dijo el amo: dame cuenta de tu administracion, porque ya no podrás administrarme por mas tiempo. Entonces el infeliz decia entre sí ¿qué voy á hacer ahora? Yo no puedo trabajar; el pedir limosna me abochorna.... Pero ya sé lo que he de hacer para que cuando me separe de la administracion me reciban en sus

casas.... Convocados los deudores de su amo, le dice á uno: ¿cuánto debes á mi señor? Y él le respondió: cien cados, ó arrobas de aceite: pues bien, le dice: toma tu escritura, siéntate y pon que no son mas que cincuenta. A seguida le pregunta á otro: ¿y tú cuanto debes? Y este responde: cien coros, ó fanegas de trigo: pues toma tú, le dice, tus vales y escribe ochenta. Y alabó el amo al administrador de la iniquidad, por haber obrado con prudencia: porque son mas prudentes los hijos de este siglo que los hijos de la luz en su generacion; y yo os digo, concluye Jesucristo, haceos amigos con las riquezas de la iniquidad, para que cuando falleciereis os reciban en las eternas moradas.»

Ved, Cristianos ya, si con razon dije al principio, que nosotros todos

vivimos profundamente dormidos y neciamente descuidados del importante negocio de la administracion que Dios nos ha confiado. ¿Estamos dispuestos siempre, cual debemos, á dar la cuenta? ¿Y si no lo estamos, procuramos, al menos, adquirírnos la benevolencia de quien nos ampare? El exámen de estas dos preguntas será hoy la materia de mis reflexiones. En ellas quedareis convencidos del mal uso que hacemos de las gracias que el Señor nos dispensa, y de la imperiosa necesidad que tenemos de aprovechar mejor el tiempo.

Pidamos antes la gracia necesaria, por la intercesion de la que es Madre de todas, María Santísima nuestra Señora, saludándola con Gabriel:

. AVE MARIA.

Redde rationem villicationis
tuæ.

*Dame cuenta de tu administra-
cion.*

SAN LUCAS, CAP. 16, V. 2.

Vendrá el Señor como viene el ladrón en la noche: *Sicut fur in nocte veniet*: Velad y estad preparados, porque no sabeis á qué hora ha de venir el Señor; en un abrir y cerrar de ojos, al toque de una trompeta, se levantarán los muertos, y nosotros que vivimos, ó los que entonces vivan, les seguiremos para presentarnos al Señor. Estos y otros avisos semejantes se nos están dando todos los dias, al leer las páginas sagradas, y

los estamos oyendo cantar en nuestros Templos en la celebracion de los oficios divinos. Sin embargo, no hacen impresion en nuestra alma; no causan efecto alguno, si hemos de calcular por los resultados de nuestra conducta.

Sabemos que Dios ha repartido los talentos é inteligencia del alma, segun su divino beneplácito; á uno le ha dado cinco, á otro dos, y á otro uno: pero de todos ha de requerir una cuenta estrecha, en proporcion de lo que hayan recibido y del uso que hayan hecho: cuenta tan rigurosa que, segun el perezoso del Evangelio, ha de querer tomar de donde no puso, y coger de donde no haya sembrado. Es un Señor austero y escrupuloso, amigo de ganancias; y así pedirá cuenta de lo que se haya hecho, como de lo que se haya dejado

de hacer. Su misma ley lo demuestra; porque en ella se nos imponen preceptos positivos y preceptos negativos; unos para obrar el bien y otros para omitir el mal. El que se contente con no hacer ni uno ni otro, es decir, con no obrar nada malo, pero ni tampoco bueno, será arrojado con hastío de la presencia de Dios, como el indiferente y apático del Apocalipsis, que ni es frío ni cálido. Dios nos dió, pues, los talentos para ocuparlos, para adelantar con ellos en la verdadera inteligencia y práctica de la virtud. Si en vez de adelantos tenemos pérdidas, y en lugar de usuras espirituales, distracciones mundanas, y mala versacion, nos cuadra de lleno la infelicidad del administrador perdido, concusionario y disipador. Yo creo, Cristianos, que en este caso nos hallamos.

¡Oh siglo del saber y de la inteligencia, por sarcasmo! ¡Siglo infeliz y desgraciado! En qué se invierten los talentos? cuáles son los adelantos? Ah! Qué vergüenza! qué ignominia! y qué dolor! Toda la ciencia tan cacareada se cifra en poetizar insultos contra Dios y las cosas santas; en distraer los entendimientos del conocimiento de la verdad religiosa, si ya no en imbuirlos en torpes errores, en infame afición al vicio y á la mentira, en impías y sacrílegas máximas disolventes y desorganizadoras de la sociedad. Al ver, Cristianos, colocados en altos puestos, al frente de la pública enseñanza, y reputados por especialidades sobresalientes, á los poetas que ridiculizan en sus dramas lo mas santo y grande que hay en el Cielo y en la tierra, la palabra se ahoga en la garganta del que habla, y la pluma se

cae de la mano del que escribe. Es incalificable la soñada ilustracion de los que así ocupan su entendimiento, y mas incalificable la de los que lo permiten, autorizan y premian. ¿Y así se cultivan las potencias, la imaginacion y el juicio, que Dios nos ha dado? ¡Qué cuenta le daremos, cuando nos llame á su tremendo tribunal! ¡Cuáles serán nuestras obras!

Yo lo entiendo, y vosotros tambien lo entendeis. Las obras son siempre conformes y consiguientes con las ideas: si pues nuestro entendimiento está lleno de errores, nuestro juicio estraviado y corrompido, lo que hagamos será lo mismo; todo malo, perverso y criminal: los hechos lo acreditan. La moral pública perdida, las costumbres escandalosas, la antigua proverbial piedad de nuestra patria convertida en hipocresía, y aun en

sacrílega disolucion que se lleva hasta al lugar santo. No se observan los divinos preceptos; se disputa á la Iglesia su autoridad para imponer los suyos y hasta por ley se quebrantan. De aquí los duros compromisos en que se ven diariamente los ministros de la Religion; de aquí los escandalosos conflictos de autoridades con autoridades, y de aquí la anómala situacion de los que han de observar las leyes ó hacerlas observar. Una vez dada rinda suelta á la libertad de pensar, se quitó por entero el freno á las pasiones y á la licencia de obrar.

Pero bajemos un poco á otras clases de la sociedad; á esas otras en quienes influye y se trasplanta insensiblemente el espíritu de mal entendida libertad, ó porque lo aspiran sin prevencion, ó porque lo imitan de intento, en vista de las perniciosas lec-

ciones del mal ejemplo que observan en los que tienen por sabios y maestros, ó en fin, porque su suerte los pone en el caso penoso de sucumbir á lo malo, por triste necesidad. Dicho se está que de todos modos, llevados ó arrastrados tras el carro del libertinage esos incautos ó imbéciles, serán y son quizá peores que sus maestros, porque obran mas bruscamente, con menos delicadeza, y aun con la dañada intencion y deseo de hacerse lugar y ganar gracias de sus pérfidos directores. Toda la docilidad con que en su humilde posicion mostraban antes para el bien, obedeciendo y creyendo á los directores de las almas, la ponen ahora para seguir en lo malo á sus nuevos maestros: el acatamiento y sagrado temor con que miraban las cosas santas se ha trocado en furor bárbaro y en odio mortal

para mofarlas y perseguir á sus ministros.

De verdad que los iluminados cogen con grandes usuras los frutos de su caudal de iniquidad: no son pocos los amigos y prosélitos que se han adquirido. La indiferencia en materias de Religion, que es el mal endémico de la época, ha contagiado hasta las ínfimas clases de la sociedad. Y esta indiferencia ha llegado á seguida del furioso ateismo, sustituyéndose á los furores y carnicería con que este enarboló el negro pendon de su efímero dominio en las naciones de la Europa moderna, al inangurarse la época de su mal llamada ilustracion. Esta indiferencia es el gran dogma de esas escuelas flamantes, tituladas sensualista y eléctrica, las cuales no hallando nada fijo en que poder sentar el pie, fuera de los sentidos carna-

les , desde que se han separado del norte de la ley divina , siempre vacilantes y descontentadizas, lo que hoy adoptan como base y principio de enseñanza para la moral pública , mañana lo desechan y proscriben ; solo en un punto estan de acuerdo sin dudar nunca , y es en el que dirige la conducta de los impíos é incrédulos, de quienes nos habla el Espíritu Santo, esto es, en los goces y placeres del mundo , que son los que forman su única felicidad al poseerlos « y su ciencia y estudio para adquirirlos.» «Comamos y bebamos, dicen los impíos, que mañana nos moriremos.» «Este es un siglo positivo, dicen los sensualistas , á gozar cuanto se pueda, que esta es la verdad ; lo demas son teorías y sueños: dejemos en paz á los fanáticos que hagan lo que gusten, con tal de que nos dejen á nosotros.»

Sabido es, que ellos, siendo los mas estúpidos fanáticos del universo, denigran con ese apodo á los hombres religiosos, que siguen las máximas del Evangelio, como verdaderos creyentes y Cristianos.

Hé aqui, señores, el aire del siglo, en cuya atmósfera nadan y se agitan, no solo las clases elevadas, sino hasta las mas ínfimas de la sociedad. Yo comprendo bien que á estas últimas las impele, á veces la necesidad de vivir, mas que la profesion de malas doctrinas; pero ello es que de todos modos, lo que únicamente se busca y anela, en lo que se piensa y emplea el talento, es el goce material de la vida y subsistencia del cuerpo. Confesármelo vosotros los que me ois. ¿No es verdad que todos vuestros pensamientos, cálculos, cavilaciones ó insomnios se reducen á ver el mo-

do, la manera y los arbitrios que habeis de poner en juego para pasarlo bien? ¿Que vuestra vida toda, y todo vuestro estudio consiste en indagar los caminos de proporcionaros subsistencia, bienestar y adelantos? Si á mí no lo confesais, lo confesareis á Dios, cuando os sorprenda con la urgencia que el dueño rico al descuidado y malversador mayordomo. *Redde rationem villicationis tuæ.* Suponed que hoy mismo, esta noche viene el Señor y os halla desprevenidos como á las vírgenes necias, y que en el momento menos esperado ois una voz terrible que os dice: dame razon de tus talentos, ríndeme cuentas de tu vida, de tus potencias y sentidos, y de ese tiempo que te he dejado administrarlos. *Redde rationem*, ¿qué le direis? Cuarenta, cincuenta ó mas años de vida empleada por parte de

unos en estudios inútiles para la salvacion, sino perjudiciales, en teorías y especulaciones fastuosas y necias para materializarlo todo, seducir á los demas y perder al mundo; y por la de otros en afanosos trabajos, en desasosiego continuo para adquirir riquezas y comodidades: esto, esto presentareis. En vuestro juicio todo bien hecho, todo razonable, todo lejítimo: en el de Dios, indebido y contrario á sus santos fines y á su ley.

Sí, entenderlo, literatos filósofos á la moda; la ciencia infla y la caridad edifica, dice el Apóstol. Vuestros estudios y adelantos serán pérdidas y dilapidaciones del caudal que os encomendó el gran Padre de familia nuestro Dios, si no los cifraís en la única ciencia importante de la salvacion. Mis hijos, mi familia y mi clase, direis al Señor en su tremendo juicio;

todos los imprescindibles cuidados que me rodeaban en el mundo , fueron la causa de vivir yo desasosegado , trabajando dia y noche sin descanso , ni aun en las fiestas religiosas , por tal de cubrir tantas atenciones como me abrumaban. Pero esta salida , al parecer lejitima y atendible ante los ojos de la prudencia humana , es seguro que no lo será tanto ante la justicia eterna. Los hijos , la familia y la clase quedarán aquí ; vosotros ireis solos al tribunal de Dios ; mejor responderiais y mas les aprovecharia á esos mismos , si les dejaseis un buen caudal de santos ejemplos que imitar , una educacion esmerada y cristiana para que buscasen antes que todas las cosas del mundo , el reino de Dios y su justicia , los bienes celestiales que no se acaban , en lugar de los temporales que perecen , ser ricos ante Dios en virtu-

des, y no ante los hombres en vicios y olvido del alma.

Señores, el mundo pasa y sus concupiscencias; y es mejor dejarlo á él y á ellas, que esperar á que nos dejen. Hasta ahora el tiempo se ha perdido, el caudal está disipado, la cuenta es indeclinable, se nos ha de pedir. ¿Qué haremos? *Quid faciam?* Imitar al mayordomo de la parábola.

SEGUNDA PARTE.

Convencido el administrador de que nos habla el Evangelio, de la falsa posicion en que se encontraba, porque se le pedian las cuentas y él no podia darlas buenas, porque habia malgastado la hacienda de su señor, teniendo ya por cierta é inevitable la ignominiosa deposicion de su destino, trata de buscar consuelo en la des-

gracia por los mismos medios con que se la habia acarreado. Los bienes de su señor mal invertidos le habian atraído la difamacion y la ruina; los mismos bienes empleados con prevision y sagacidad le prepararian el remedio. Antes gastó en prodigalidades imprudentes lo que ni podia volver á recojer, ni le indemnizaba de su quebranto: ahora gasta y da, pero es á quien le retribuya. Hé aquí cuál debe ser nuestra conducta. Jesucristo nos la recomienda y encarga.

Invertidos nuestros talentos é inteligencia hasta la hora presente en deshonor de Dios y de su Religion, en corrupcion de nuestro corazon y en descrédito de la moral pública, el remedio es fácil, pero preciso y necesario, si no nos hemos de dar por perdidos evidentemente: recojer y quemar los escritos impíos, retrac-

tarlos con otros y abjurar públicamente y sin rebozo de sus máximas; y para que la enmienda obre los efectos que obraron antes los malos ejemplos en nuestros prójimos, hacer pública profesion de las buenas doctrinas con palabras que todos oigan y con obras que todos vean. ¿Es eso duro y vergonzoso? Pues es preciso: y si no condenarse: San Agustín y San Cipriano lo hicieron en su tiempo, y en nuestros dias lo han hecho muchos.

Y vosotros los de otras clases y costumbres; los que por el mal ejemplo ageno, por la enseñanza de malas doctrinas que recibisteis, ó por la necesidad, ó por el apego codicioso á los bienes terrenos, habeis descuidado los adelantos de la virtud, la observancia de los preceptos divinos, y hasta el cumplimiento de las obliga-

ciones religiosas mas comunes y fáciles, en eso mismo está cifrado el remedio. Un tiempo, el primero y mas privilegiado de vuestra existencia, aquel que con mas conato y empeño lo invertiais en negocios y ocupaciones mundanas, destinarlo á la Religion, á mirar por vuestra alma, á adquirir virtudes y á dar buen ejemplo. Enseñar bien á los que hasta ahora enseñasteis mal, dejarles un caudal de moralidad, de buenos ejemplos y de enmienda que less sirva mas que los bienes de la tierra. Estos son los intercesores mas eficaces que podemos buscar, dice San Ambrosio, para que nos amparen en el dia de la desgracia, que con nuestras dilapidaciones nos hemos provocado.

La cuenta se nos ha de pedir sin remedio; pronto, muy pronto sere-
mos sorprendidos; nuestras obras nos

tienen difamados para con nuestro Dios, como disipadores del patrimonio riquísimo, que encomendó á nuestra administracion, en talentos, inteligencia, alma, sentidos y cuerpo, y en tiempo, salud y libre alvedrío para invertirlos bien. Busquemos bienhechores que nos reciban y amparen. Oireis, cuando esteis mas descuidados el *Redde rationem villicationis tuæ*, dame cuenta de tu administracion; desgraciados, si con tiempo no emprendemos el camino de la enmienda y correccion; sobre todo, Cristianos, huid, desconfiad de esos nuevos filósofos racionalistas y ecléticos que todo el bien y perfeccion lo quieren hallar en los sistemas locos del mundo y los sentidos; la doctrina única verdadera y pura es la del Evangelio: y esta nos enseña que mortifiquemos los sentidos, y busquemos la

perfeccion y felicidad en la otra vida: busquémosla, pues, como Dios nos lo manda, y la hallaremos sin duda en la gloria. Amen.

J. M. X.





SERMON PANEGÍRICO

**De la Asuncion de nuestra
Señora.**



María optimam partem elegit.

María escogió la mejor parte.

SAN LUCAS, CAP. 10.

Si es muy justo celebrar las acciones gloriosas de nuestros mayores, tomar una gran parte en sus satisfacciones, y solemnizar sus triunfos y victorias con las mas vivas demostraciones de júbilo, regocijo y alegría

¿qué gozo, amados míos, en el Señor, qué gozo, qué júbilo, qué regocijo, y qué alegría no deberá ocupar en este día á todos los Cristianos? ¿Qué voces, qué palabras, qué afectos serán bastantes para espresar debidamente los sentimientos de ternura, de amor, de admiración y de consuelo, de que deben penetrarse los corazones de todos los hijos de la Iglesia? Porque ¿qué triunfo ha habido jamás en el mundo, dice el P. San Gerónimo, qué triunfo mas glorioso, que el que hace hoy el objeto de nuestra veneración? ¿Ni qué otro se ha conseguido alguna vez, que sea mas trascendental, ni mas interesante á todos los Cristianos? En vano famosos conquistadores de la tierra, en vano pretendéis eclipsar con el brillante adorno de vuestros carros triunfales el resplandor de otras grandezas: en vano os empeñáis en apurar

cuantos arbitrios os pueda sugerir el lujo y la magnificencia para fomentar la suntuosidad de un solo espectáculo: vuestros triunfos son siempre efectos funestos de la desolacion , del horror, y de la muerte: su esplendor, semejante al de un metcoro que brillando por algun minuto en medio de las lobregueces de la noche, se esconde luego en los caminos del Cielo para no volver á parecer, se disipa en un momento: vuestras coronas y palmas, aquellas palmas y coronas con que la antigua Roma premiaba vuestras victorias y triunfos, no duran sino un dia, no ocupan sino un lugar, no interesan sino á una perso , á una ciudad, á un reino, á un.... pero, ¿en el que hoy celebramos los Cristianos? ¡Ah! Nosotros hacemos hoy memoria con toda la universal y católica Iglesia de aquel lucidísimo dia, de aquel

mil veces feliz y venturoso dia en que la Bendita entre todas las mugeres, la Reina Soberana de los Angeles, la hija mas querida del Eterno Padre, la Madre del Encarnado Verbo, y la dignísima esposa del Espíritu Santo, dia en que la Purísima Virgen María subió al Empíreo en cuerpo y alma, á recibir la corona de la inmortalidad y á poseer en la Bienaventuranza el premio debido á sus eminentes virtudes. ¡Qué triunfo! Hé aquí un triunfo que obscurece todas vuestras glorias, y del que como un caudaloso rio se desprenden, y derraman sobre todo el mundo las mayores felicidades. Con efecto: vosotros sois testigos harto fieles: en toda la tierra resuenan hoy las alabanzas, los cánticos, los festivos himnos de la mayor alegría, y la Iglesia Nuestra Madre nos intima á todos al principio

de la misa, que nos alegremos y regocijemos en un día de tanta fiesta y de tanto interés para nosotros.

Pero ¿qué tristes ideas se apoderan de mi espíritu, al pronunciar estas palabras? ¿Qué melancólicos pensamientos despojan repentinamente á mi corazón de aquella serenidad que antes gozaba, y á vosotros de aquella dulce alegría que se dejaba entrever, que rebosaba ya en vuestros semblantes? ¿Qué dices, Iglesia Santa, esposa del cordero inmaculado? ¿Qué es lo que nos mandas? ¿Que nos alegremos en el día en que nos desampara nuestra Madre? ¿Que celebremos con el mayor regocijo aquel día funesto, en que nuestros ojos empiezan á carecer de su mas tierno encanto? ¿Aquel amargo y aciago día, que nos priva de la amable presencia de nuestra Madre, nuestro consuelo, y nues-

tro amparo? ¿Aquel día...? ¡Ah! alégrese en hora buena los Angeles: regocíjense los Santos, ya que logran la incomparable dicha de tener en su compañía á su Reina, á su Señora, y á la que hace una gran parte de sus delicias: pero nosotros lloremos amargamente su triste ausencia; formen nuestras lágrimas un nuevo Tigris, al ver que se aleja de nosotros aquella tierna Madre, en quien teníamos cifrado nuestro consuelo en este valle de aflicciones y miseria. No nos desampareis, ó piadosísima Madre, en medio de tantos peligros: vos sois la alegría, y la única gloria de la tierra: quedaos pues con nosotros, y si no, llevadnos en vuestra compañía; porque no, no es posible sobrevivir á tan dolorosa ausencia: con vuestra presencia hallábamos consuelo y descanso en los trabajos, alivio en nuestras fa-

tigas, socorro en nuestras necesidades: mas sin ella...; Ah! nos sentaremos á las sombrías márgenes de los rios de Babilonia, y aumentaremos sus corrientes con las tristes y amargas lágrimas que viertan nuestros ojos; suspenderemos de los melancólicos sauces nuestros órganos, los instrumentos todos de nuestros gozos; y nuestra lengua quedará anudada á la garganta, antes que echemos en olvido á nuestra amada Sion: acábese para nosotros la alegría en los pocos dias que nos resten de vida.....

Mas no: suspended, suspendamos todos nuestras lágrimas; y no nos dejemos arrebatat del terrible aspecto de un mal ideal, y que solo tiene ser en nuestra acalorada fantasia: no hay motivo alguno fundado para llorar en un dia tan alegre como este: la Iglesia manda que nos alegremos: ella

misma deponiendo los vestidos de luto, de dolor, y sentimiento, se adorna con los atavíos de gala, de fausto, de alegría, y se derrama en los mas armoniosos cánticos, en repetidas aleluyas por el glorioso triunfo que consigue hoy nuestra Madre, porque como asegura el Evangelio en las palabras de mi tema, María hizo muy bien, y eligió la mejor parte. Que es decir, á mi modo de pensar, y siguiendo el espíritu y las intenciones de la católica Iglesia, que María Santísima subiéndose hoy á los Cielos, escojió la mejor parte, no solamente respecto de sí, y de Dios, sino tambien respecto de nosotros. Asi que, fundado en ellas, no dudo afirmar, que aunque María se ausenta de nosotros, no por eso nos olvida, sino que antes bien en su partida mira por nuestros mejores intereses, y que el glorioso mis-

terio de su triunfante *Asumcion* bien considerado lejos de causarnos alguna afliccion y congoja, nos ofrece los mas justos motivos de regocijo y alegría. Y hé aqui con toda claridad el asunto sobre que voy á discurrir en este breve rato: asunto de la mayor importancia, y de la mas conocida utilidad para nosotros: y por lo mismo espero me prestareis con gusto vuestra favorable atencion.

Santísima Virgen, nuestro consuelo, nuestro gozo, nuestro amparo, y dignísimo objeto de nuestras veneraciones y cultos: hoy es propiamente aquel dichoso dia en que con mas razon que nunca os pueden llamar bienaventurada todas las generaciones. Hoy es el dia en que sois proclamada y reconocida por Reina con un imperio absoluto despues de Dios, en los Cielos, y en la tierra. Ysi los

monarcas y potentados del mundo en el dia de su coronacion y de su elevacion al trono abren sus generosas y benéficas manos , para dispensar á sus vasallos „cuantos favores y gracias se les pidan, estoy bien seguro, hija del Príncipe escelso, estoy bien seguro de que no me habeis de negar en este dia la que necesito para publicar vuestra gloria: y mas si para que me la otorgueis con mas gusto me ayudan todos á saludaros con el

AVE MARIA.

Maria optimam partem elegit.

Maria escogió la mejor parte.

SAN LUCAS, CAP. 10.

Si consideramos el misterio de este dia, por lo que ofrece al primer golpe de vista, es indudable que no hallaremos otra cosa en él, sino motivos de llanto y de desconsuelo; porque él nos recuerda y trae á la memoria que la Madre de Dios ausente de nosotros, dejándonos solos, y desamparados en este valle de miserias; que la que era nuestra hermana por naturaleza, y por adopcion nuestra Madre; la que era nuestra proteccion y amparo, nuestro consuelo, nuestra vida, y nuestra esperanza, se aleja de

nosotros para siempre, y de un modo tal, que ni aun quiso dejarnos por pago de su amor; y para nuestro consuelo, las sagradas reliquias de su incorruptible y sagrado cuerpo. ¡Qué mayor pena! ¡Qué aflicción! ¡Qué congoja! Cuando me pongo á reflexionar sobre esta conducta de María en el día de su Asumcion gloriosa: cuando me penetro vivamente de estos sentimientos, mi espíritu se deja arrebatar dulcemente á impulsos de mi acalorada imaginacion; mi corazon sigue gustoso los rápidos movimientos de mi espíritu, y en un instante me siento transportado á la capital de la Palestina é incorporado con los discípulos del Señor en la casa del cenáculo.

Alli veo ¡ah! alli veo á unos llorando en círculo del humilde lecho de la purísima Vírgen, sin hallar una

reflexion que sea bastante á consolarlos en la triste pérdida de su Madre, de su directora y de su maestra : allí veo á unos levantando hácia el Cielo sus tristes y llorosos ojos , por ver si hallan, si descubren en la vasta region del aire algun vestigio del camino, por donde habia dirigido sus especiosos pasos aquella hermosísima hija de Sion : allí veo á todos ; qué espectáculo tan chocante ! allí veo á todos, que penetrados del mas vivo dolor y sentimiento, dejan caer sus pálidos rostros sobre sus trémulas y abiertas manos, desahogando la acerbidad de su imponderable pena entre lágrimas, sollozos, y suspiros. A vista pues de un espectáculo tan tierno y doloroso, no puedo menos de afligirme: mi corazon se entenece; y la consideracion de este misterio, mirado con los ojos de la carne, y de la sangre, me

hace arrojar las mas amargas lágrimas sobre las que derramaron los Apóstoles. Pero si examino profundamente la naturaleza y circunstancias del misterio; si atiendo al espíritu de la fé, que penetra segun San Pablo hasta los mas íntimos y profundos secretos del Altísimo; y si registro, para su mas perfecta inteligencia, los sentimientos de los Padres y doctores de la Iglesia, mi oprimido corazon empieza ya á respirar, á desahogarse poco á poco; mi ánimo se tranquiliza, y aquel misterio que poco há me afligia sobre manera, es ya para mí un misterio de gozo, de consuelo, de regocijo, y de alegría; porque mirado al resplandor de estas luces veo sin la menor obscuridad, que si María es hoy conducida en magnífico triunfo á ser Reina de los Cielos, algun dia seremos nosotros

sus compañeros en la Gloria, pues no sube á ella precisamente por ser Madre de Dios, sino por haberlo así merecido, mediante el ejercicio de unas virtudes que nosotros podemos igualmente practicar; y que si se aparta de nosotros para subirse á los Cielos, no por eso nos olvida, ni se disminuye su piedad, sino que antes bien se proporciona mejor para favorecerarnos desde aquella celestial morada.

En efecto, señores; si María Santísima fué hoy elevada á un grado de gloria incomprensible y superior á la de todos los Santos, no debió esta dicha á la que tuvo en la tierra de ser Madre de Dios: pues aunque esta prerrogativa tan singular y escelente fué la causa y el fontal origen de que el Señor la preparase con unas especialísimas y abundantes gracias, sin

embargo, jamás hubiera gozado de un tan grande premio, si no hubiera atesorado tantos méritos cooperando á ellos con fidelidad. Porque si María, (perdonad Virgen Santa, perdonad que haga aquí una hipótesis injuriosa en algún modo á vuestra santidad, para dar á conocer mejor vuestra grandeza) si María, despues de haber sido elegida á un fin tan alto, y adornada por consiguiente de gracias y virtudes, con esceso á toda pura criatura, no hubiera sido tan fiel y obediente á su Dios, ó no hubiera sido tan humilde, jamás hubiera gozado de la felicidad y de la Gloria á que llegó en este feliz y venturoso dia. No, señores, no.

Esta verdad se manifestó claramente en la respuesta que dió el Salvador á aquella muger devota cuando creyendo, segun refiere San Lucas, que

la Madre de aquel Señor, á quien oían, habia hecho bastante para ser feliz y bienaventurada con solo engendrarle en sus purísimas entrañas, prorrumpió en estas tiernas y amorosas espresiones: «bienaventurado el vientre que te llevó en su seno, y los pechos que te dieron leche:» te engañas mujer, piadosa, la contestó el Señor diciendo: te equivocas, porque mi Madre no es bienaventurada precisamente por haber sido yo formado de la sangre mas pura de su corazon: su felicidad y las abundantes bendiciones, con que la ha prevenido mi Eterno Padre, y acabará de colmar completamente en la Gloria el dichoso dia de su triunfo, todo, todo esto lo debe á haber sido fiel, á haber oido con devocion respetuosa la palabra de Dios, y haberla dado el mas cabal y exacto cumplimiento. Su ciega y velocísima

prontitud en seguir las inspiraciones y movimientos de la gracia ; su fiel y exactísima correspondencia á las órdenes de Dios ; su fidelidad en cumplir todos los designios que el Altísimo se dignaba obrar en ella, esto fué en frase del gran Padre de la Iglesia San Agustin , lo que propiamente labró aquella preciosa corona de felicidad y de gloria , con que hoy es adornada la Santísima Virgen.

Y á la verdad, señores, que si Dios para glorificar á María , hubiera atendido precisamente á la cualidad gloriosa de Madre suya, ¿cómo era posible que esta Señora hubiera ocultado esta singular prerogativa, cuando en aquel sagrado cántico , que segun la éspresion de San Ambrosio, fué un éstasis , una enagenacion , un arrebató de su gratitud y reconocimiento , nos manifestó la causa inme-

diata de toda su felicidad, y de su elevacion sobre toda pura criatura? Mas como la Virgen en medio de su grande abatimiento, conocia muy bien, que todo lo habia de deber al mérito y á la virtud, y que su maternidad solo habia de contribuir á hacerla mas recomendable y preciosa en la presencia del Señor, no dudó un instante en atribuirle á su humildad: á aquella virtud santa en que se contienen todas, porque ella es, conforme al pensamiento del Padre San Gregorio, el origen y principio de todas las virtudes, y el sólido cimiento sobre que se funda el alto monte de la santidad. Ya sabia muy bien entonces, dice el Padre San Agustin, que habia sido escogida entre todas las hermosas hijas de Sion para ser Madre de Dios: que tenia ya en sus castas entrañas al Verbo divino

hecho hombre: y que habia sido declarada por Reina y Señora de los Cielos y la tierra, y sin embargo de esta soberana ciencia á ninguno de estos honrosos timbres atribuye su bienaventuranza, y sí confiesa humildemente, que todo, todo lo debe á la virtud. Seré llamada y proclamada de todos feliz y bienaventurada: seré elevada á un grado de gloria superior al de todos los Angeles, y al de todos los Santos, porque el Todopoderoso hallará en mi bajeza méritos y virtudes que premiar; y no precisamente por haber sido Madre suya.

Pero ¿qué tiene que hacer con Jesucristo el honroso y tierno título de Madre, cuando se trata de una obra de rigurosa justicia, y que pertenece al ejercicio de su jurisdiccion en cuanto Dios? Yo abro los sagrados libros, depósitos fidelísimos de la verdad, y ad-

vierto, que cuando el Señor obra como Dios y Juez supremo, de ningún modo atiende á los poderosos respetos de la carne y de la sangre; y con solo dar una breve ojeada por algunos de los prodijiosos sucesos de su admirable vida, quedareis todos convencidos de esta constante verdad. Porque ¿con qué sequedad, con qué desabrimiento al parecer no responde á su Madre, cuando le ruega que haga un milagro en las bodas de Caná, por la atención que se merece un numeroso concurso: *que en las obras enteramente divinas nada hay comun entre los dos?* Cuando en la solemnidad de la Pascua se quedó en el Templo de Jerusalem, disputando con los doctores y sabios de la ley, ¿con qué entereza no la reconviene declarando por vanas las inquietudes, las zozobras, las lágrimas, los suspiros, y las

congojas que en su ausencia habia sufrido, porque era muy conveniente emplearse en cosas pertenecientes á la honra de su Padre? ¿Con qué noble é imparcial desembarazo no responde á quien le suplicaba se dejase ver de su Madre y algunos parientes que impacientes deseaban hablarle, que no reconoce mas madre ni parientes que á los que hacen la voluntad de su Padre, que está en los Cielos? ¿Con qué celo santo, y con qué firmeza, no reprende de necia y ambiciosa la solicitud de María Salome, que como tierna é interesada madre pedia para sus hijos las dos primeras sillas en la Gloria, diciendo, que el dar esta, ó la otra silla en su reino no le correspondia á él como hombre y pariente suyo, sino á su Padre en cuanto Dios? ¿Con qué....Y si viviendo aun en este mundo, y

cuando en cierto verdadero sentido dependia aun de los hombres, asi se porta, asi se desentiende de todo humano respeto, ¿con cuánta mas razon, infiere aqui el P. San Juan Crisóstomo, con cuánta mas razon, debió hacerlo asi, cuando sentado á la diestra de su eterno Padre, como Señor, y Juez justo de los Cielos y la tierra, ciñe las sienes de María con aquella corona, con aquella diadema de justicia que desde la eternidad le estaba prevenida. Confesemos de una vez, que lo que entonces movió á toda la Trinidad Beatísima á colocarla á su lado, en un trono de Magestad y de Gloria superior al de todos los escogidos, fueron sus méritos y virtudes, y no los honrosos títulos de que estuvo adornada en este mundo.

• ¡Qué alegría, amados hermanos míos, qué alegría, qué gozo no debe

resultar de aquí á todos los Cristianos! ;Qué consuelo no deben producir estas verdades á todos los hijos de la Iglesia! Porque si Dios para glorificar á María no atendió á que era Madre suya, sino á sus méritos, y á sus eminentes virtudes, ¿por qué no hemos de esperar nosotros reinar con ella algun dia, supuesto que nos es concedido el poder practicar las mismas virtudes, y atesorar, guardando la proporcion debida, los mismos méritos? Es verdad, que no podemos ser tan humildes, tan castos, y tan puros como ella, que nuestro amor á Dios nunca podrá ser tan ardiente como el suyo: que no podremos igualarla en santidad, porque ni hemos sido elegidos para unos fines tan elevados, ni se nos han concedido tantas gracias; pero tambien es verdad, que el Señor no nos ha de juzgar, si-

no con proporcion á los auxilios, que nos hubiere concedido, ni nos ha de pedir cuenta sino de aquellos talentos que á cada uno hubiese confiado; y que nos será muy bastante el haber sido fieles en su administracion, para concedernos la gloria.

Alegrémonos, pues, amados hermanos míos, alegrémonos; celebremos con las mayores demostraciones de regocijo el inefable misterio de la triunfante Asumcion de María: entendamos las utilísimas lecciones que en sí encierra, y procuremos practicarlas para nuestro provecho. Seamos como la Virgen, fieles á las inspiraciones de la gracia, exactos en el cumplimiento de nuestras respectivas obligaciones, y humildes de corazon. Lejos, lejos de nosotros unos temores mal fundados, monstruosos partos de nuestra desconfianza y po-

ca fé. Si nos asusta el horror de nuestras culpas, si nos acobarda la debilidad y flaqueza de nuestras fuerzas, y la sagacidad, y valentía de nuestros enemigos, en María tenemos una Madre que nos ama con la mayor ternura; que se compadece de nosotros; que nos defiende y ampara en todos los peligros; que aboga é intercede á nuestro favor delante del Juez supremo. El misterio de este día nos trae á la memoria, dice el P. San Bernardo, que tenemos en el Cielo una medianera todopoderosa, con el Soberano mediador, y una abogada con el Redentor, que ninguna gracia la puede negar: y hé aquí otra razón poderosa porque nos debemos alegrar en la Asunción de esta Señora.

Si María Santísima se gobernára en el Cielo por las máximas del mun-

do, tendríamos harto sobrados fundamentos para sentir su elevacion; porque deberíamos temer que viéndose en tan sublime trono de Gloria, transformada en Dios, y unida íntimamente á su Gloria, adorada de todos los Angeles, y respetada de todos los cortesanos celestiales como Reina del Empíreo, no se acordase de nosotros. Pero no conoce bien á María, dice el P. San Bernardo, aquel que se persuade que ha olvidado á los hombres, en la alta cumbre de la Bienaventuranza, la que á ejemplo del mismo Dios, los amó tanto, que no dudó entregar por ellos á su único y querido Hijo. Jamás nos profesó tanto afecto en la tierra como ahora nos tiene en el Cielo. Allí, allí esta continuamente haciendo el oficio de abogada y medianera de los hombres, y deteniendo muchas veces los justos enojos de

la terrible cólera de un Dios gravemente ofendido por nuestros horribles crímenes. Desde allí ve todas nuestras miserias, oye nuestras súplicas, é interpone fervorosamente las suyas ante el trono de las divinas misericordias, á fin de inclinar la piedad de Dios á nuestros ruegos.

Y ¿qué otra mejor Abogada podríamos nosotros esperar? ¿Os persuadiréis por ventura á que siendo Madre ¡qué dulce nombre! y una Madre tan Santa, tan querida y estimada del Juez, que ha de pronunciar la sentencia, dejen de ser atendidos sus ruegos? Pero ¿qué ha de negar el Señor á una Madre en cuyas manos ha puesto, segun San Pedro Damiano, todos los tesoros de su misericordia? ¿Qué ha de negar, dice San Anselmo, á una Madre á quien ha concedido un poder absoluto en los Cielos y en

la tierra? Si se complace su Magestad en cumplir la voluntad de aquellos que le temen segun la espresion del Profeta , ¿con qué gusto no cumplirá la de su Madre, cuyas súplicas oye en el Cielo con la mayor distincion y claridad? ¡Ah! cuando yo leo en las Santas Escrituras que manda Dios á Eliphaz, y sus dos compañeros que se acojan á las oraciones del pacientísimo Job para que no se les impute la maldad: cuando leo, que para libertar á Abimelech de la opresion que le affigia, le manda el Señor que acuda á las oraciones de Abraham: cuando leo que las oraciones de Moyses fueron bastantes á contener el torrente de indignacion y furor, que habia concebido el Dios de Israel contra un pueblo ingrato, idólatra y rebelde: cuando leo que Onías despues de su muerte ora al Dios de los ejércitos,

y alcanza la victoria á favor de los judios: cuando leo en fin que Josafá, Ezequías, y Jonar claman de órden del Señor á sus Profetas en las tribulaciones, que los cercan, para alcanzar misericordia: cuando leo, digo, todo esto, y me acuerdo que María Santísima está continuamente pidiendo por nosotros, se sosiega mi atribulado espíritu, se aquietan todos mis temores y sobresaltos, mi corazón se llena de gozo y de confianza, y arrebatado á impulsos de una vehemente alegría, esclamo sin poderme contener: bendito sea mil veces aquel dichoso día, en que logramos la fortuna incomparable de que subiese á los Cielos la Madre de nuestro Dios, y nuestra Madre: porque si Dios obró tantas cosas á favor de aquellos hombres, que aunque justos no fueron tan de su agrado como María ¿qué

no obrará por la mediacion de esta Señora á favor de sus devotos?

Subid pues, Señora, subid enhorabuena, Madre mia, á gozar eternamente de la gloria que habeis merecido con una vida tan pura, tan Santa y arreglada; envidiamos santamente vuestra dicha, pero no desconfiamos de llegar alguna vez á merecerla, firmemente persuadidos de que no habeis llegado á ella solo por ser Madre de Dios, sino por haber oido su palabra; por haber sido fiel y obediente á sus mandatos, por haber sido humilde y practicado todas las virtudes hasta el mas alto grado de perfeccion; nos resolvemos desde hoy á imitar vuestra conducta en el modo posible, para merecer igual recompensa. Que se regocijen en vuestro triunfo todos los Angeles: que os salgan á recibir todos los ciudadanos de los Cielos:

que os bendigan los innumerables coros de mártires, confesores y Vírgenes; que os coloque toda la Trinidad Beatísima en un sublime trono superior al de todas las gerarquías, y el mas inmediato al suyo: que se inunde de un nuevo gozo todo el Cielo al ver en él á su Reina: nosotros tambien, mezclaremos desde aqui nuestras alegres voces con las suyas, y celebraremos con cánticos de regocijo y alabanza el feliz y venturoso dia de vuestra gloriosa Asumcion.

Mucho seria el consuelo que ocuparia nuestro corazon en que os quedaseis con nosotros en la tierra, pero es sin comparacion mucho mayor el que nos inunda de que os subais á la Gloria, porque desde allí vereis mucho mejor nuestras neccesidades, oireis nuestros suspiros, y rogareis á vuestro Hijo por nosotros. No os ol-

vidareis jamás de que sois nuestra Madre, nuestro refugio, y nuestro amparo, ni suspendereis por un instante siquiera el copioso torrente de vuestras misericordias. Gozad, pues, Virgen Santa, gozad muy enhorabuena del fruto de vuestra santidad mientras nosotros clavados los ojos en el Cielo donde está nuestro consuelo, y de donde esperamos nuestro socorro, os saludamos tiernamente reconociéndoos por Soberana Reina de los Cielos y la tierra.

Vos sois ciertamente la gloria de la Jerusalem triunfante y militante, la alegría de Israel, y el honor de nuestro pueblo. Vos sois aquella brillante aurora que por medio de vuestro Hijo, bañasteis de resplandor á todo el mundo sacándole de las tinieblas y sombra de la muerte en que yacia sumergido. Dirigid hácia nosotros al-

gun rayo de aquella inmensa claridad que os circunda y rodea. *Llena eres de gracia*, pues sois el fontal origen de donde todas se deriban á los hombres y de cuya plenitud esperamos todos recibir. *El Señor es contigo* no de un modo general y comun á todas las criaturas, sino de un modo singular y especialísimo, porque el Padre está con vos, como con su hija muy querida, el Hijo, como con su Madre muy amada, y el Espíritu Santo, como con su dulcísima Esposa. *Bendita eres entre todas las mugeres* que han sido, son, y serán, por haber sido concebida sin pecado original, y elevada en cuerpo y alma á los eternos Alcázares de los Cielos, donde los Angeles y los hombres os alaban y bendicen. *Bendito es el fruto de tu vientre*: que es Jesus, Jesus á quien antes de nacer bendijeron los Profetas, y los Angeles

en su dichosísimo nacimiento. Tened presente, Señora, que todos estos misterios que os ensalzan sobre el resto de las criaturas , y por los que os llenamos de bendiciones , todos fueron ordenados á nuestra salud y remedio. Por tanto ¡oh *Santa María Madre de Dios!* acordaos que sois tambien Madre nuestra, y que sois Madre de la salud, y de la vida. No , no permitais que perezcan aquellas mismas almas , por quienes vuestro Hijo Unigénito derramó su preciosísima sangre. *Ruega por nosotros pecadores* miserables cargados de culpas y delitos. *Ruega por nosotros ahora* para que el Señor nos mire con ojos de piedad y misericordia , y nos comunique esfuerzos con que podamos resistir á nuestros enemigos, y no nos dejemos seducir de sus engaños. Pero rogad muy particularmente por nosotros en la *hora de nuestra muerte*,

hora terrible y funesta , y la última de las horas, despues de la cual no hay ya esperanza de salud. Favorecednos y amparadnos, ¡oh Madre piadosísima! en aquella última hora para que mereciendo en ella la bendicion de vuestro Santísimo Hijo , subamos á gozar en vuestra compañía de las dulzuras de la Gloria. Amen.

R. H.





SERMON PANEGÍRICO

DE SANTIAGO APÓSTOL.



Visitavit nos per Sanctum suum
Apostolum.

*Nos ha visitado por medio de su
Santo Apóstol.*

LA IGLESIA EN LA FIESTA DE SANTIAGO.

El primero de los Apóstoles que
derramó su sangre por Jesucristo: ved
aquí el mas digno elogio que se pue-
de hacer de Santiago en la cátedra del
Espíritu Santo. Despues de tantos si-

glos como hace que las bóvedas del santuario resuenan con las alabanzas de nuestro Apóstol, ni los rasgos sublimes de la elocuencia, ni los mas célebres oradores, han podido hacer en sola una cláusula, un panegírico tan completo. Aquel Dios de sabiduría y de luz, que solo concede sus favores á los que hace dignos de merecerlos, llamando á este Santo Apóstol al mas alto y sublime ministerio, confia á su celo el cuidado de regir aquel pueblo nuevo y santo que habia de formarse y robustecerse con la efusion de su propia sangre. Considerad un alma intrépida que no asustan los mas vastos planes, ni la atemorizan los mas difíciles proyectos; no la cansan los trabajos, ni la intimidan las desgracias; que todo los emprende desafiando á los peligros; que mirando con igual indiferencia las dificult-

tadés de una empresa y la gloria de su consecucion, cuenta siempre con la victoria; porque mira como felicidades las desgracias y los padecimientos. Figuraos un entendimiento tan claro y superior en luces que disipa todas las nubes, destierra las preocupaciones, destruye los errores, hace callar á las pasiones, humilla el orgullo de la ciencia, cautiva la razon y muda todas las ideas del espíritu. Contemplad un hombre que desde el momento de su vocacion permanece con Jesucristo, que hace sus veces en la tierra, y es maestro, oráculo, árbitro y juez del mundo, y tendreis una idea, un bosquejo, bien que humilde del grande Apóstol de las Españas, del primero de los hijos del Zebedeo y de María Salome, ornamento y gloria de nuestra nacion española y el primero que ha ennoblecido la Iglesia plantán-

dola con sus trabajos y sellando la fé de Jesucristo con su sangre.

Paseándose Jesus por la ribera del mar de Tiberiades, vió á los dos hermanos San Juan y Santiago echando sus redes en compañía del Zebedeo su padre, y los llamó para que le siguiesen dejando el barco y á su padre, como poco antes hicieran San Pedro y San Andrés, prometiéndolo hacerlos pescadores de hombres. ¡Oh portento de la gracia!! No consultaron, no se detuvieron, no dudaron á la voz de Jesus, y sin pensar en las dificultades y peligros de su resolución, cual otro Abraham, aprecian mas la obediencia del mandato divino, que los lazos de la carne y de la sangre; dejando todo lo que tenían, abandonan hasta las esperanzas de tener, y todos los intereses del mundo por ser perfectos discípulos de Jesus.

No deben ser otras las disposiciones de los verdaderos Cristianos, oyentes míos; nuestro sacrificio debe ser tan completo como el de los hijos dichosos del Zebedeo. Asi lo hemos prometido solemnemente, y con este fin nos concede la vida el mismo que nos llamó como á Santiago y San Juan para que seamos partícipes de la herencia celestial con ellos, si renunciando á las pompas del siglo, no tenemos apego alguno á las cosas terrenas, prontos á dejarlas, cuando asi lo exige la Gloria de Dios. Asi es que el Divino Salvador distinguió á Juan y Santiago con muy singulares favores sobre los demas Apóstoles. Asistieron y ayudaron á sacar la red cuando la pesca milagrosa de Pedro y Andrés: presenciaron la curacion de la suegra de San Pedro hecha por Jesucristo: asistieron cuando resucitó á

la hija de Jairo, ellos formaron parte del colegio Apostólico. A estos dos hermanos dió Jesus el renombre famoso de *hijos del trueno*, tal vez indicando el celo ardiente que manifestarian despues por el honor del Divino Maestro. Ellos fueron testigos de su transfiguracion, agonía y sudor de sangre en el huerto de las olivas. Santiago, el mayor de estos dos felices hermanos, hácia el año 50 de Jesucristo dió principio al sublime ministerio de su mision. ¡Ah! basta examinar su gloria para formar su panegírico.

Adornado este Apóstol con aquellas virtudes heróicas que vencen los peligros, y disponen los felices sucesos; con las virtudes sin las cuales suele ser el ministerio peligroso y funesto para el ministro, y estéril para los pueblos; no menos adornaban su

alma generosa una verdadera y segura vocacion, una fidelidad pronta en seguir la gracia de la vocacion y un amor acendrado y tierno á Jesucristo. Luego que el Señor le llama para evangelizar á las naciones, obedece prontamente á su voz y entrega todo su corazon y todo su amor al Dios que le llama. Examinad conmigo, Católicos, los pasos de este grande Apóstol; nada os diré que no sea una constante verdad. La injuria de los tiempos, háenos privado, por desgracia, de muchas noticias de sus combates y triunfos. Así que, respetando las tinieblas que la distancia de los siglos ha esparcido sobre sus gloriosas acciones, dignas de eterna memoria, solo podemos recoger los preciosos fragmentos que la Santa Escritura y la tradicion respetable nos conservaron: y en ellos hallareis virtudes heróicas

que admirar, y nobles ejemplos que seguir. El aniversario de su triunfo es de muy grata memoria para Zaragoza y demas provincias de España, singularmente favorecidas por Santiago, que cruzó el reino católico de Oriente á Poniente y de Norte á Mediodia con asombrosa rapidez digna solo del *hijo del trueno*; que despues de sembrar la semilla del Evangelio en todos los campos de la Hesperia se volvio á Jerusalem á coronar su carrera con la palma del martirio, llevando consigo, como primicias de este reino, á sus queridos discípulos, Torcuato, Tesifonte, Segundo, Indalecio, Cecilio, Eufrasio y Hesiquio, obispos ordenados poco despues por San Pedro. El reconocimiento de los españoles no podrá menos de ser grande, si llego á probar que al celo ardiente y al tierno amor de nuestro

Apóstol debe la España su vocacion á la fé, y una predileccion especial sobre todas las naciones que ha conquistado para Jesucristo , lo cual espero haceros ver con los auxilios de la gracia por la intercesion de la Virgen Santísima que saludamos con el Angel.

AVE MARIA.

Visitavit nos per Sanctum suum
Apostolum.

*Nos ha visitado por medio de su
Santo Apóstol.*

LA IGLESIA EN LA FIESTA DE SANTIAGO.

Si el celo por la conversion de las
almas; el ejemplo que gana los co-
razones y el valor que arrostra todos
los peligros, aseguran los felices su-
cesos del ministerio apostólico, des-
de luego se ostenta á mi vista el ma-
yor de los dos hijos del Zebedeo, co-
mo el campeon mas ilustre de la fé.
¿Qué celo mas puro, mas activo, ni
mas libre de los fines profanos que
el de nuestro Santo Apóstol? Paso en
silencio, con un célebre orador de la

Francia, los primeros ensayos de su Apostolado, en vida de Jesucristo; no haré mencion de sus viages, sus evangélicas misiones á las ciudades de Israel y de Judá y á los campos de Samaria; unas veces acompañando á Jesucristo y aprendiendo en su divina escuela el arte de iluminar los espíritus, y mover los corazones; otras veces solo, sin otra guia que los ejemplos que habia recibido del Divino Maestro; pues que mi intento es el presentaros á nuestro querido patrono en un teatro mayor. No parece sino que la gloria y el honor de Jesucristo habian espirado tambien en la cruz y que bajaron con el Señor al sepulcro; pues que los Escribas y Fariseos se congratulaban por el mayor de todos los delitos. ¿Por qué motivo unos discípulos tan celosos de la gloria de su Maestro, se detienen

sin atreverse á confundir en público aquella estirpe maldita, *raza de víboras*, como la habia llamado el mismo Dios? ¡Ah! es que aun no habia venido del Cielo el espíritu de fortaleza que les habia prometido antes de su gloriosa Ascension; aun no era llegada la hora prefijada en los consejos eternos, para la conversion del universo. Llega por último el venturoso momento, y penetrados con el ardor de la llama pura que súbitamente los iluminó, salen del cenáculo mudados en otros nuevos hombres. Hablan, truenan y ablandan los mas empedernidos corazones. En vano los príncipes de las naciones quieren detener su celo con amenazas y temores; responden con fortaleza singular y heróica, que su respeto á la autoridad humana no puede ni debe impedir el cumplimiento de su mision, porque primero es

obedecer á Dios que á los hombres. Si los condenan á los más ignominiosos tormentos y suplicios, su gozo es completo, porque se tienen por dichosos en participar de los oprobios de Jesucristo. *Ibant gaudentes.*

Estos prodigios y triunfos del cielo, bien que sean comunes á todos los Apóstoles, no por eso dejan de formar el mérito personal del Apóstol de las Españas: pues un discípulo que tanto se señaló en el amor de Jesucristo no pudo menos de distinguirse también en el celo por sus intereses y su gloria; y no se hubiera dirigido contra él el primer furor de los judios, si no hubiera manifestado el mayor celo entre todos los Apóstoles, en sentir de San Juan Crisóstomo. Su constancia, su desprendimiento y su ardor resaltan maravillosamente considerando el país que fuera objeto de

sus primeros trabajos apostólicos. No ya , cual un dia , es nuestro Apóstol el discípulo ambicioso que aspiraba á los primeros destinos en el reino de David ; sino el mas fiel imitador de un Dios crucificado. Asi es como elige el Apostolado mas oscuro y penoso, la tierra que mas necesita de sudores, y menos frutos promete: el pueblo mas indómito y bárbaro, la Judea sacrilega y deicida; el Israel ciego, que habiendo dado la muerte al divino Jesus, cifra las esperanzas de sus discípulos en aumentar el número de las víctimas , que há tantos siglos está sacrificado al furor de sus pasiones; el pais en fin mas fecundo en padecimientos y contradicciones y mas estéril en felicidades , es el primer teatro de sus afanes apostólicos, asi como es el que le dió por último la corona, despues que la misma obstinacion de

los judios le hizo llevar el reino de Dios á las regiones de Occidente. Tal era la suerte que tocó á nuestro amado Apóstol, cuando los discípulos dividieron entre sí la conquista del universo.

Vengan hoy aqui aquellos hombres vanos y ambiciosos que por miras puramente terrenales escalan, por decirlo así, los muros de la ciudad santa, entrando en la Iglesia con fines de sórdido interés, y profanándola con una vida escandalosa, á quienes únicamente la codicia estimula á buscar en el santuario los honores y opulencia que les niega el siglo; que oscurecen su nacimiento descollando en vicios en vez de sobresalir en virtudes, y solo quieren adornar su noble cuna con las cuantiosas rentas del santuario, con el depravado fin de ostentarse á los ojos del mundo cerca-

dos de fausto y de opulencia..... vengan aquí esos pastores falsos y sordos al eco tremendo de la trompa de Ezequiel, esos lobos vestidos con piel de oveja, tan indolentes y perezosos, que dejando perecer de hambre los párvulos comprendidos en los lamentos del Profeta, niéganse á todas las acciones pastorales en que lejos de una vana reputacion, se ganan almas para el Cielo, esos genios malvados é intrusos sin mas vocacion que la torpeza del egoismo, que son los que parece autorizan la crítica de los impíos que gritan diciendo que la Iglesia se ha convertido en asilo del ocio y del regalo; bien que tales murmuraciones solo sean la espresion del sentimiento de Judas el traidor. Vengan esos hombres voluptuosos y soberbios atormentados por la fiebre cruel de la avaricia, de la lujuria, de la ambicion

y de la ira, segun el pensamiento de San Ambrosio..... vengan hoy á la escuela de nuestro querido Apóstol, y aprenderán; que la primera virtud de un buen sacerdote, de un buen pastor, de un varon apostólico, es temer y huir los honores; su principal derecho el abatirse y humillarse; su obligacion el padecer por Jesucristo, y no desear bien alguno sobre la tierra; su mérito principal olvidarse de sí mismo, sin otro pensamiento que la salud de las almas, y su gloria mayor el ejemplo que persuade, mueve y gana los corazones.

Desengañémonos los sacerdotes; el olvido de las máximas que acabo de enunciar, practicadas por el Apóstol de las Españas, el menosprecio de la doctrina social del Evangelio, ha convertido la Europa en un monton de cenizas, y sus restos miserables

fueron anegados en lagos de sangre humana. Tan cierto es, que solamente la santidad tiene poder para hacer santos: la virtud de los pastores es la fuente de donde mana la virtud de los pueblos; y todas las lecciones serán estériles y vanas, si no se apoyan en el ejemplo de los maestros. En estos prodigios de santidad se ha fundado la conversion del universo. Si esto es cierto ¿qué santidad se presentó á los ojos del mundo mas elevada y admirable que la de Santiago el mayor? Le adornaron las virtudes mas puras y sublimes, las virtudes mas dificiles y austeras, unas virtudes tan superiores al hombre, que ignoradas de la ley antigua, solo fueron admiradas en el Evangelio, de estas virtudes que ni aun se atreve á desearlas el corazón, ni apenas puede formar una idea de ellas el entendimiento, dió nues-

tro Apóstol un estraordinario ejemplo al mundo. La virginidad, esa virtud hermosa que Jesucristo habia de predicar al siglo, estaba reservada, dice San Epifanio, para que Santiago y San Juan su hermano, fuesen los primeros que con su ejemplo diesen á conocer al universo la perla mas preciosa del Cristianismo. Vivió, dice él mismo, siempre soltero, con mucha templanza y mortificacion, sin comer carne ni pescado, sin mas vestido que una sola túnica y una capa; santo, en fin, y ejemplar en todo su trato y conversacion.

Y nosotros, amados Católicos, nosotros los españoles ¿miraremos con apática ingratitud los sudores y trabajos que ha costado á nuestro divino Apóstol el cultivo de esta viña del Señor? Ensalzando el príncipe de los Apóstoles la dignidad escelsa de los

Cristianos, habla con los hijos de esta nacion privilegiada, diciéndoles: vosotros sois el linage escogido, el sacerdocio real, la gente santa, el pueblo de adquisicion, para que publiqueis las grandezas de aquel que de las tinieblas os llamó á su maravillosa luz. Asi que, la España no puede menos de recordar el beneficio inefable de su vocacion al Catolicismo y perpétuo reconocimiento que debe por ello á Dios y al Santo Apóstol. Ah! pluguiese al Cielo que yo poseyera el saber profundo y la robusta elocuencia de un San Leandro, cuando en el concilio 4.º de Toledo, pronunció su célebre homilía, en accion de gracia por la conversion de Recaredo; mas ya que no tengo su uncion santa, no me faltan al menos sus deseos. Y me anima tambien el convencimiento íntimo de que la misma novedad y gran-

deza del asunto y lo que tiene de tierno y piadoso, no podrá menos de cautivar la atención de los verdaderos hijos de la nación española. Al recuerdo de su vocación á la fé y de su llamamiento á la Iglesia, don el mas grato y escelso que hemos recibido del Dios de las misericordias, ¡beneficio grande! ¡beneficio asombrosísimo! don precioso y divino á que solo podemos corresponder con la oblacion del cordero inmaculado, los españoles, por medio de nuestro querido pastor, el Apóstol Santiago, hemos visto la nave que ha salvado el mundo, y poseemos lo que ni vieron los ojos, ni los oidos oyeron, ni pudo imaginar el corazon humano. Sin la fé es imposible agradar á Dios, y la verdadera fé solo se halla en la Iglesia Católica, Apostólica, Romana. Así como fuera del arca nadie se salvó

del diluvio, fuera de la Iglesia nadie se salva del diluvio del pecado y del infierno. ¿Cuál, pues, no debe ser el reconocimiento de los españoles, á quienes ha visitado el Señor por medio de su amado Apóstol? ¿Cuál no deberá ser el gozo y gratitud de la España católica, favorecida por su divino patrono con exclusion de innumerables pueblos y naciones que yacen aun en las tinieblas y el error?

Demos gracias á Dios, con el Apóstol, amados oyentes, que nos hizo participantes de la suerte de los santos, en la luz; que nos libertó de la potestad de las tinieblas, trasladándonos al reino del hijo de su predileccion; por el cual tenemos la redencion y remision de los pecados. Juzgando el santo rey David que no bastaba él solo, convida á todas las naciones de la

tierra, en nombre del Cristianismo, á que le ayuden á dar gracias á Dios por un dón tan singular. ¿Qué deberemos pues hacer nosotros, hermanos míos? Pasmosa dignacion es la que ha usado con el pueblo que nos vió nacer, á la cual debemos la escelsa dignidad que nos honra como hijos de la Iglesia; nos ha sacado por medio de tan ilustre Apóstol de las tinieblas á la luz, del pecado á la gracia, y de la muerte á la vida; nos ha escogido en su misericordia de entre muchos millones de infelices como son los gentiles que no le conocen ó los impíos que le persiguen; nos ha plantado en una tierra fecunda en frutos celestiales. Gracias, pues, tenemos que rendirle sin cesar á todas horas, como se las daba San Agustin, porque nos ha sacado de las tinieblas y sombras de la muerte, ilustrándonos con las luces

del Evangelio. Ved aquí el language de los santos, y el mismo debe ser nuestro continuo language, que deseaba inspirar el Apóstol á los judios, mandando á los nuevos Cristianos de la Iglesia naciente que publicasen agradecidos las grandezas de Dios, al dulce recuerdo de que usando el Señor de sus antiguas misericordias separó por medio de Santiago la gran familia española, de la oscura noche del paganismo y la colocó en el claro y sereno dia de la verdadera fé. Sí, Católicos: por su mediacion es la España la herencia de María Santísima, y la Reina de los Angeles es la Reina de los españoles, á quienes ha mirado siempre con predileccion singular, desde la ereccion del monumento del Pilar de Zaragoza por Santiago y sus discípulos. Empero ¿cuál es nuestro reconocimiento á tan inefables favo-

res? La España, es verdad, ha correspondido á su vocacion, hasta merecer sobre todas las naciones el renombre glorioso de *católica*, pero no basta responder á la vocacion; es preciso perseverar. ¡O dolor! ¡qué cuadro tan sombrío se ostenta á los ojos del pensador Cristiano!!

Bien conocia el espíritu de las tinieblas que los españoles nutridos por tantos siglos con la doctrina del Cielo, serian sorprendidos en sus lazos, admitiendo los atractivos seductores de la doctrina humana. El halago de la novedad tan peligrosa en cosas de religion y admitida sin cautela, debia tarde ó temprano producir en los entendimientos aquel procaz racionalismo que abortára todos los desastres de la revolucion francesa, y que por medio de las heregías del Norte serian un tiempo lanzados en los abismos de

la incredulidad. Sabido es que nació esta en la Bretaña, y que acogida con avidez pasmosa por la Francia, ha formado en el reino vecino aquel horrible volcán cuya lava desoladora, cortados los diques que la contenían, ha cubierto de ruinas el suelo español. Verdad lastimosa que contempla atónito el universo, comparando la España del siglo XVI con la España del siglo XIX. El hundimiento de la sociedad española es inevitable, habiendo madurado el germen mortal que se dilatára por la Península con espantosa rapidez y bajo una forma nueva y seductora.

Hasta nuestro siglo, la Religión era combatida tan seriamente como merecía su augusta Magestad, en la insensata ilusión de sus encarnizados enemigos. Empero el siglo XVIII la atacó con la risa. Esta pasó de los fi-

lósofos á los cortesanos, de las academias á los salones, de los gabinetes á las gradas del trono: se la vió á la risa en los labios del sacerdote, apoderóse del hogar doméstico, tomando asiento entre la madre y los hijos. ¡Oh grande y pacientísimo Dios!! Y ¿de qué se reían todos? Reíanse de Jesucristo y del Evangelio, y aun sigue riéndose la España:..... ¿qué hará Dios? Los sucesos contemporáneos me inspiran reflexiones tristísimas sobre el porvenir de la nacion católica.

¡Oh insensatos galatas! quién os ha fascinado para desobedecer así á la verdad! Vosotros, ante cuyos ojos ha sido representado Jesucristo, como crucificado en vosotros mismos!! Con tan sentidas espresiones, hijas del mas acerbo dolor, reprendió el celoso Pablo la ingratitud de los fieles de Ga-

lacia, porque, una vez convertidos á la verdad á costa de sus muchos trabajos y apostólicos afanes, habian vuelto segunda vez al error..¿Con qué palabras no nos podrá echar en cara nuestro querido Apóstol Santiago, el ingrato desprecio con que pagamos los españoles los sudores con que ha regado esta viña que le diera el Señor, y que en vez de dulce vino, solo produce el agraz de la mas horrible ingratitud? El amoroso pastor de la España que en diversas épocas ha defendido el honor y los intereses de sus hijos, visitándonos Dios por medio de su visible proteccion, puede hoy preguntarnos lleno de amargura, ¡oh españoles! ¿quién os ha fascinado y seducido para volveros contra el Cielo y perseguir á Jesucristo con mas furor que los paganos y los hereges? Vcsotros, felizmente separados

por mi celo y mi amor de la ciega y estúpida idolatría, discípulos ya del Evangelio, ovejas del buen pastor, hijos dóciles de la Iglesia; engendrados en su seno, nacidos en su regazo, alimentados á sus pechos, robustecidos con sus sacramentos, gobernados por sus ministros, nutridos y aleccionados con su sana, pura y sólida doctrina; vosotros, ahora, rasgais el corazón amoroso de esta buena Madre; despedazais sus entrañas; despreciais su autoridad; desechais sus sacramentos; no reconocéis con la veneración que se le debe á su jefe superior: no vivis ya del espíritu de Jesus; no sois miembros de su cuerpo místico; no sois verdaderos fieles Católicos; sino peores que los gentiles; vivis como los hereges y los impíos; sois ya unos secos y estériles sarmientos de la verde y lozana vid Cristo Jesus.

En vista de esto, ¿podremos ya de hoy mas contar con la paciencia de Dios? ¿No hay razones gravísimas para temer que el arbol de la fé se trasplante á otras regiones mas agradecidas al primero y al mejor de todos los beneficios? ¿No es de temer que el labrador divino arranque de entre nosotros su amada viña y la traslade á otro terreno mas jugoso y mas fértil? Terrible seria, empero, justo castigo de la insensatez española; mas no: un reino que ha tomado Maria Santísima bajo su soberana proteccion, que marcha bajo la tutela de un Apóstol tan grande, no debe perecer. Dios podia castigar su abandono dejándolo perecer en manos de la impiedad y del error. La España cual otras naciones podia lamentar su desgracia eterna, pero las calamidades y revoluciones que por tantos si-

glos la trabajaron hasta hoy no fueron sino las amorosas correcciones con que el gran Padre de familia llama á sus hijos de los caminos de la perdicion en que se estraviaron como el pródigo del Evangelio; y son pruebas inequívocas de que no quiere mas que su conversion y felicidad. Campos de Zaragoza, Baeza, Coimbra, Simancas y Clavijo, decid vosotros, si visitándonos el Cielo por la inmediata proteccion de María y de Santiago, ha deseado nunca otra cosa que la ventura y gloria de los españoles. Lavando sus culpas como los delitos del vecino reino, con la magestad del infortunio y de la espiacion, ha resuelto salvar la España por los méritos de su Madre divina y mirando á las virtudes de su grande Apóstol, que ni en vida ni aun despues de la muerte ha querido desampararlos.

Si, Católicos: las heróicas virtudes de Santiago han empeñado al Cielo en nuestro favor: pues que, no solo fuera el modelo de las almas vírgenes, sino tambien el ejemplo de las penitentes, entregándose, amen de los trabajos evangélicos, á continuas vigiliass, abstinencias y rigurosos ayunos. Quanto el Egipto y la Tebaida admiraron en sus solitarios, lo habia admirado antes el mundo en nuestro Apóstol, estenuado y consumido con las peregrinaciones, trabajos y persecuciones que ha padecido por nuestra felicidad. Finalmente, para que nada faltase á la gloria de sus triunfos, despues de ser ejemplo de aquel celo purísimo que abrasaba su generoso corazon por la conversion de las almas, fué modelo admirable de aquel valor tan heróico, que dá la vida por amor de Dios y de los hombres, pues el

primero de los Apóstoles que selló con su sangre la divinidad de la Religión, fué Santiago. Aprisionado y atado como su Divino Maestro, es conducido al tribunal por la inicua orden de un Rey tan voluptuoso y cruel como Herodes; nada contestó á la acusacion que se le hizo, porque su delito delante del Rey tirano era ninguno, y ante la sinagoga no era otro que predicar á Jesucristo con tanto ardor, que tal vez la fogsidad de su celo diera ocasion al impío monarca para complacer al pueblo de los judios apagando este rayo del celo apostólico. Asi que á los diez años de la muerte de Jesus y en el mismo dia en que murió el Salvador del mundo, nuestro querido Apóstol doblando su cuello ante el hacha del verdugo con tal presencia de ánimo, que se convirtió á la fé su mismo acusador y me-

reció en el acto la corona del martirio, recibió el golpe que separó del cuerpo su preciosa cabeza. Luego que sus amados discípulos españoles pudieron recoger el cuerpo de su querido maestro, sacrificado por Herodes, trataron de volverse á su patria con esta inestimable prenda; y embarcándose en un puerto del Mediterráneo, y rodeando una gran parte de la Europa desembarcaron en otro del Océano en la provincia de Galicia en España; y depositaron el santo cuerpo en el pueblo de Iria-Flavia, donde permaneció oculto un tesoro tan precioso hasta que fuera descubierto en 813 por el piadoso Rey de Leon, D. Alonso el Casto, que trasladó al de Compostela hoy ciudad de Santiago, donde existe para ser el consuelo, el amparo y la mas dulce esperanza á los fieles que lleva la devocion de

visitarle de todas las regiones del mundo. Empero, con un amor muy especial osténtase, como lo hizo en todos tiempos, el muro de defensa de los españoles que le han venerado siempre, como un firmísimo escudo contra todos los enemigos, no solo de su fée, y bienes eternos, sino tambien de sus glorias y bienes temporales. La fama, la historia, los Santos Padres, la tradicion, la misma Iglesia dan todos testimonio de que Dios nos ha visitado, sacándonos de las tinieblas á la luz, por medio de su amado Apóstol y Padre de nuestra fé, á quien por tanto se lo debemos todo.

Ha consumado, por fin, su gloriosa carrera con la palma del martirio, sacrificado al capricho de un tirano, sellando con su sangre la pureza de la doctrina que nos habia enseñado; triunfando así de todos sus enemigos.

Y si nosotros no los tenemos exteriores que nos obliguen á tanto , los tenemos dentro de nosotros mismos, mucho mas peligrosos, que nos pueden vencer como la espada de los tiranos. Y ciertamente que mal podrán resistir el furor de los perseguidores , los que se rinden vilmente al atractivo del interés y de la vanidad, de la ambicion , y de los respetos humanos, de los deleites y de las pasiones, oprimidos, como los Fariseos, con el peso afrentoso de los malos pensamientos, adulterios, fornicaciones, homicidios, hurtos, avaricias, iniquidades, engaños, impurezas..... con el tormento infame de la envidia, la blasfemia, la soberbia y la necedad, olvidándose al mismo tiempo de cuanto deben á Dios y su divina ley: en tal caso, hermanos míos, ¿cómo podremos imitar la constancia del Após-

tol de nuestra fé, ni tendremos valor de confesar esta con peligro de lo que mas amamos? Esto es una ilusion; á dos señores aun tiempo es imposible agradar: solamente obedeciendo á la ley de Dios, se adquiere gracia y valor para confesarle sin vergüenza y sacrificar hasta la vida, si es necesario, en su defensa.

Los preceptos de la ley de Jesucristo son penosos para la naturaleza; pero la divina gracia todo lo vence, y los hace fáciles de llevar; cualquiera otra carga te pesa, dice San Agustin, mas la de Jesucristo te alivia. Cualquiera otra carga tiene plomo, mas la de Jesucristo tiene alas. Si al ave quitas las alas, parece que la alivias del peso; pero cuanto mas la alivias de este peso, tanto mas quedará cosida con la tierra. Mira, pues, en tierra á la que quisiste aliviar de su

peso. Restitúyesele, y verás como vuel-
la. Cautivemos así nuestros entendi-
mientos, amados fieles, sujetando
nuestros corazones al yugo suavísimo
de la ley de Jesus; dilatemos con la
santidad de nuestras costumbres su
dulce imperio sobre la tierra, y el
Santo Apóstol de las Españas nos ha-
rá participantes de su corona en el
Cielo. Amen.

D. H.





SERMON DE SAN ROQUE.

Abogado de la peste.



Gratia Dei et misericordia est
in Sanctos ejus.

*La gracia de Dios y la misericor-
dia resplandecen en sus Santos.*

DEL LIBRO DE LA SARIDURIA, CAP. 4.

¡**C**uán preciosa es á los ojos divinos la muerte del justo !! No, no es una desgracia entonces, como piensa el mundo, sino la dicha grande que le proporciona la eterna mansion de la paz, y aquel descanso delicioso que tiene Dios prometido á su temprana

muerte del justo. Es un testimonio del agrado que su alma merece al Señor. Si le retira del mundo en medio de una edad lozana y florida, osténtase la bondad del Señor sacándole de los malos peligros y escollos de la vida humana. ¡Qué corona mas preciosa en las sienes del justo, que verse libre y victorioso del mundo, del demonio, de la carne, de la guerra continua que aflige al mortal sobre la tierra; en una region de llanto, amargura y destierro, en una region tumultuosa y triste, donde son tantos los escollos y tan comunes los naufragios! ¡Ah! no es posible vivir con gusto en un país donde todo nos es contrario. No puede menos de ser muy temible y peligroso un campo cruzado por tantos enemigos; debe ser inaccesible á los deleites puros la tierra que solo espinas y abrojos pro-

duce; donde los mas dichosos son los que mejor poseen el arte de atolondrarse y adormecer sus agitaciones y pesadumbres con el estruendo de las cosas mundanas, cual suele un cautivo dormirse al son de las cadenas que suenan por las estancias de la cárcel.

El nacimiento ilustre , la brillante fortuna, los altos destinos, las prosperidades seducirán con sus ilusiones, pero no podrán hacer al hombre verdaderamente feliz; como plantas efímeras, que lozanas al rayar el dia, déjanse ya ver mustias y marchitas pocos momentos despues. Basta un dolor, una fiebre, una enfermedad cualquiera, un revés de fortuna, un azar, para desvanecer los proyectos mas vastos del orgullo humano, sin que la edad, la salud, la robustez, las fuerzas, ni cosa alguna esté libre

de tan fatales accidentes; este es el carácter de todas las cosas humanas, y tantos los peligros y desastres, de que nos libra la muerte de los justos. No hay un deseo mas loable, ni esperanza de mayor consuelo, que el deseo y la esperanza de morir en el dichoso número de los escogidos. La fortuna, los honores, la opulencia y la prosperidad, si logran fascinar al jóven incauto, empero nunca podrán satisfacerle ni llenar su corazon. La *eternidad*, la *eternidad* llena de amargura sus placeres, le acorta su duracion, entra siempre á turbar su reposo y es un puñal fiero que le despedaza el corazon. Un puñado de dias que á cada instante son menos, hacen al hombre temblar justamente por su futuro destino, por una suerte que no ha de tener fin. ¡O gran Dios!! ¿y quién de nosotros, amados fieles, quién sabe

cuál será esa eternidad espantosa? ¿Seré yo del número de los predestinados? ¿Seré contado en el de los reprobos? ¿Alguno de los presentes gozará la suerte de los justos? ¿Acaso alguno será destinado por la divina justicia á los fuegos abrasadores del infierno? Esto es lo que no sabemos; esto es lo que hace estremecer á todo hombre que no haya perdido el juicio; nada nos dicen las prosperidades ni las desgracias, la riqueza ni la pobreza; porque abusándose de todo por el miserable mortal, puede con todo ser eternamente infeliz. ¿Quién podrá en tal incertidumbre tener un presagio de su dichosa eternidad? El que marche por la senda de la virtud con la constancia y celo del justo, que la Iglesia ostenta hoy por modelo á la veneracion del pueblo cristiano; que arrebatado del mundo por la muerte

en una edad temprana logró los honores de una senectud esclarecida por la grandeza de sus virtudes; pues no en el número de los años, sino en la cordura y prudencia de una vida sin mancha, consiste la verdadera ancianidad. El glorioso San Roque fué amado de Dios, porque le agradó con la santidad de su vida, y una temprana muerte le trasladó al reino del descanso; porque viviendo entre pecadores, no fuese su espíritu alterado por la malicia, ó su alma engañada por la seducción. Por lo mismo que fué agradable al Señor, se apresuró Dios á sacarle del medio de las iniquidades. Por lo cual en mi discurso intento probar que San Roque fué dichoso en la muerte, porque habia sido Santo en la vida; ó lo que es lo mismo: presentaros la muerte á San Roque como la preciosa corona de su

Santidad. Su devocion á María Santísima le ganó la palma de la victoria, y la misma devocion espero que nos aliente á imitar sus virtudes, como lo suplicamos rendidos á la Reina de los Angeles con la salutacion del Angel.

AVE MARIA.

Gratia Dei et misericordia est
in Sanctos ejus.

La gracia de Dios y la misericordia resplandecen en sus Santos.

DEL LIBRO DE LA SABIDURIA, CAP. 4.

Las vidas de los Santos ofrecen al Cristiano un recreo espiritual no menos agradable que interesante y provechoso; pues en ellas gozamos el placer de ver unidas la piedad y la devoción por los mas preciosos atractivos de la historia. El método de hacer al hombre virtuoso por el ejemplo, es el mas breve y fácil de todos; el mas acomodado á todas las circunstancias y condiciones de la vida. El orgullo humano resiste la especie de fuerza que

lleva consigo el precepto , cuando el ejemplo le instruye sin usurpar el aire de autoridad que ostenta el magisterio. Como que ninguno le mande, entonces el hombre escucha dócil las mudas pero elocuentes lecciones del ejemplo , y comparando su vida con la del modelo no puede menos de reprehenderse , siendo fiscal de sí mismo, con tanta mayor seguridad cuanto que siendo menor la oposicion que tiene que vencer, evita la alarma de las pasiones. La virtud entonces no se presenta estéril y árida como en los discursos , sino que la vemos animosa y viva , y adornada con toda la hermosura y riqueza de sus galas. Es tan fuerte y grande su poderío que venciendo secretamente todos los obstáculos del amor propio, dueño el hombre ya de sí mismo le asegura la mayor de todas las victorias. Y no puede

ser otra cosa , si vemos que las máximas del Evangelio en toda su pureza y perfeccion , y las virtudes mas heroicas resplandecen en la vida de nuestros propios hermanos con todo el atractivo de sus adornos brillantes. Vemos , ademas , en su vida los medios de conseguir la virtud y evitar los escollos del vicio; los derrumbaderos y precipicios en que muchos se perdieron por desviarse del camino seguro. Si , Católicos: el ejemplo de los siervos de Dios es como un luminoso fanal que nos conduce por la senda de la inmortalidad , como por la mano , estimulándonos con dulzura á caminar alegres pisando las mismas huellas de los que nos precedieron. Cuando en ellos admiramos las maravillas de la gracia y de la divina misericordia , nos sentimos fuertemente movidos á entonar las alabanzas de

la adorable divinidad ; y en sus vidas penitentes y santas, aprendemos las lecciones mas sublimes de la virtud, que aprendieron ellos de sus continuas meditaciones sobre la palabra de Dios, sobre sus juicios admirables , y sobre el pensamiento terrible de la eternidad, en cuyo abismo espantoso dentro de un instante van á caer todos los mortales.

Con este fin , la Iglesia presenta á la veneracion y culto de todos sus hijos, como un modelo de la perfeccion cristiana , uno de los Santos mas ilustres y eminentes del siglo XIV. Tan célebre en toda la Europa cristiana por su grande santidad como por su poderosa proteccion contra el azote de la peste. Nació en Montpellier de padres tan distinguidos por sus virtudes como por su nobleza , bienes y altos destinos. Desde que San Roque

nació fué recibido por sus padres como un regalo del Cielo alcanzado por la intercesion de María Santísima, á quien suplicaron con singular fervor por no tener hijos que heredasen los tesoros de sus virtudes y sus bienes. Juan, gobernador de Montpeller, y Libería, una de las señoras mas virtuosas de su tiempo fueron sus venturosos padres, que al ver el pecho del niño señalado desde su nacimiento con una pequeña cruz roja, no dudaron que el Cielo habia oido sus oraciones, y que unas circunstancias tan favorables eran presagio de su futura santidad. Con esta idea consoladora, consagró su buena madre su principal celo á la educacion de su hijo, inspirándole desde la cuna, la sólida y verdadera piedad, y una tierna devocion á la Santísima Virgen. Empero antes que el niño entendiese las lec-

ciones y desvelos de aquella virtuosa señora, se adelantó la divina gracia á sus piadosos deseos, previniéndolo con las mas dulces bendiciones. Pues que aun siendo de pecho, los miércoles y los sábados no le tomaba sino una sola vez, y este ayuno le conservó despues toda la vida. La devocion que mostró á la Santísima Virgen, fué tambien como una señal prodigiosa de la predileccion que ya le dispensaba la Madre de Dios, y del agrado con que le miraba la Divina Madre de los hombres; así que toda su vida fué uno de sus mas favorecidos fieles, y uno de sus mas celosos servidores.

Perdiendo á sus queridos padres á los veinte años de su edad, dueño por tanto del mas opulento patrimonio, suspiraba sin embargo por otra herencia mas preciosa; y reflexionando sobre aquel absoluto desprendi-

miento y desnudez, que pide espresamente el Divino Salvador á todos sus discípulos, de lo cual tan asombrosos ejemplos nos dejaron los Santos, tomó la heróica resolucion de imitarlos, distribuyendo secretamente todo cuanto pudo entre los pobres; y disfrazado en hábito de peregrino, abandonó con igual secreto á su patria, tomando el camino de Roma, sin que las varias vicisitudes de un largo y penoso viage, que tanto probaron su paciencia, entibiasen el encendido amor de Dios que abrasaba su corazon. En Aguapendjente, ciudad populosa de Toscana, hacia la peste á la sazón horribles estragos, llevando todas las casas de luto; y deseando con ardor sacrificar su vida por sus hermanos dolientes, en las aras de la caridad mas heróica, se ofreció al administrador del hospital por

asistente de los apestados, el cual viéndole tan delicado y jóven, no le pareció prudencia el aprovecharse de su celo esponiéndole al contagio. Empero replicando el Santo jóven, que la gracia supliría las fuerzas que le faltaban; que la caridad era de todas las edades y condiciones, y que él se tendría por muy feliz si merecia en la edad de 21 años dar su vida por amor de aquel Divino Jesus que á los 33 la dió primero por nosotros; admirado el administrador de tan pias y generosas razones, le dió permiso, al fin, para asistir á los enfermos.

Luego que Roque anduvo con los apestados, cesó la epidemia en la ciudad. Supo el Santo que la peste hacia horriblos estragos en Cesena, ciudad de la Romanía, y voló alla. Sucedió en Cesena lo mismo que en Agua pendiente; en uno y otro pueblo admiró su ar-

diente caridad, y bastó su sola presencia para disipar la peste, de tal manera que no parecía sino que la peste iba huyendo de San Roque. Como en todos los pueblos por donde pasaba el siervo de Dios se repetía tan asombrosa maravilla, cada cual quería tener en su casa al Peregrino. Cuando supo que Roma padecía la misma calamidad, se le renovó el deseo de ir á la ciudad santa, pues con este fin habia salido de Montpellier. Consoló á la afligida Roma la repentina llegada del Peregrino, al tiempo que la fama llenaba ya el orbe con los prodigios de su maravillosa caridad. El cardenal Britónico, uno de los mas santos prelados de su tiempo, le suplicó que emplease tambien su valimiento con el Señor, para que librase á la ciudad de tan terrible azote. Hizo San Roque oracion, y conociendo que Dios le

habia oido, convidó al cardenal á que le acompañase en la humilde accion de gracias. El hecho acreditó mas la virtud de nuestro Santo, probando la eficacia de sus oraciones. Quiso el cardenal que el siervo de Dios besára el pie á su Santidad el Papa Benedicto XI. Postrado Roque á los pies del Vicario de Cristo, pidióle su bendicion y la absolucion de sus pecados: tú, hijo mio, responde el Soberano Pontífice, tú, no necesitas de nuestra absolucion; nosotros sí que tenemos necesidad de tus oraciones. Despues de los tres años que permaneció en Roma empleado en los ejercicios de una caridad tan heróica, volvió á salir por los pueblos donde habia estado, continuando en servir á los enfermos, y en librar de la peste los lugares de su tránsito.

Empleando algunos años en favor

de diferentes ciudades de Lombardia, en seguida se trasladó á Plasencia afligida tambien de la epidemia que desolaba tantas poblaciones, y se encerró en el hospital curando por su mano las llagas de los enfermos, segun su costumbre; pero Dios, para mas probar su virtud, purificándole como á Tobías, permitió que despues de haber padecido tanto por otros, se viese él mismo atacado de igual tribulacion y en gran necesidad de socorros agenos. Quedándose una noche profundamente dormido con el peso de las fatigas y del sueño, despertó sintiéndose apoderado de una ardentísima fiebre y con un dolor en la pierna izquierda tan agudo y tan violento que le forzaba á lanzar lastimosos gritos. Recibió este mal como un favor de Dios muy singular y no cesaba de darle señales de su agrade-

cimiento. Por no molestar á los demas enfermos del hospital con los dolientes gritos que le obligaba á dar la viveza de sus dolores, él mismo hizo que le echasen fuera. Escitaba la compasion de todos, viéndole tendido en tierra, espuesto á la inclemencia del aire, del agua y el sol; y todas las instancias que se le hicieron para que se restituyese á su cama, no pudieron vencer la delicadeza de su caridad. Aun esto era poco para llenar los deseos del nuevo Job de la ley evangélica. Por el miedo de que no infectionase la calle donde yacia tendido, viéronse precisados los vecinos, á hacerle salir fuera de la ciudad. Gozoso el Santo de verse echado de aquella manera, sostenido de un palo, se fue arrastrando con el mayor trabajo, hasta un bosque donde encontró una miserable y pequeña choza; el mismo

gozo que sentia de verse arrojado de los pueblos, oprimido de dolores, y destituido á todo consuelo humano, en aquella triste soledad, le hacia mas deliciosa su estancia. Pero luego tomó Dios de su cuenta el cuidado de su querido siervo. Cerca de la misma cabaña hizo brotar un manantial de agua clara y cristalina, que aun el dia de hoy tiene la prodigiosa virtud de preservar de la peste; bebió de ella, y lavando su llaga con la misma agua se sintió muy aliviado. Faltábale el sustento, y la Divina Providencia que alimenta los polluelos de los cuervos que se lo demandan dispone el de San Roque, enviándoselo por medio de un perro de los que cerca del bosque guardaban el castillo de un caballero de Plasencia, que huyendo de la peste se habia refugiado alli con su familia.

Como los ejercicios de la caridad eran el vital elemento de nuestro Santo, volvió á Plasencia, y habiendo hecho la señal de la cruz en el hospital y en todas las calles, de repente quedaron sanos todos los enfermos tocados de la peste, y toda la ciudad libre de aquel terrible azote. A vista de tan estupendo prodigio todos gritaron milagro; y concurriendo de tropel vinieron acompañándole hasta la choza del bosque. En el camino oyó una voz que le decia: Roque ya estas sano; vuélvete á tu país, donde darás nuevas pruebas de tu paciencia. Tomó al efecto la vuelta á Francia en hábito de peregrino y siempre pidiendo limosna. Estaba tan estenuado y tan desfigurado, que habiendo llegado á un lugar de su antiguo dominio, ninguno le conoció; y como á la sazón aquella parte del reino ardia en

hostilidades y sospechas á causa de las guerras que habia, fue tenido el Santo por espía, y como tal conducido al gobernador de Montpellier que era no menos que su propio tio paterno. Habiéndose cerrado el sobrino en no descubrir quién era, tambien el tio le tuvo por espía, y despues de muy maltratado le condenó á cárcel perpetua.

No es decible los consuelos espirituales y el gozo que sentia Roque viéndose arrojado en un horrible y oscuro calabozo; y al verse tratado con tanto menosprecio en su pais natal y por su mismo tio, consolábanle maravillosamente aquellas palabras del Evangelio en el que vemos que Jesucristo, habiendo vuelto á su patria los *suyos no le recibieron*. La humildad, la paciencia, la mansedumbre y aquel aire de santidad que resplandece en

los Santos, hacíanle pasar por espectáculo bien admirable y grato delante de los Angeles y los hombres. Todas sus conversaciones eran con Dios, pasando en oracion los dias y las noches. Y como si la oscuridad de un calabozo estrecho, hediondo, y plagado de sabandijas y reptiles ponzoñosos no bastasen á ejercitar su paciencia, añadía nuevas mortificaciones al rigor de un estado tan lastimoso; el deseo, en fin, de padecer mas y mas por Jesucristo sugeríale nuevos modos de macerar su carne, de tal manera que su vida era un continuado martirio.

Cinco años pasó Roque en estos crueles abatimientos sin el consuelo de ningun socorro humano. Solo en Dios y en la Santísima Virgen cifraba sus mas dulces esperanzas, porque los imitaba fielmente padeciendo por su amor. El carcelero atónito á la vis-

ta de tan escelsas virtudes, contentábase con decir lleno de admiracion, que quel preso era de una especie distinta de los otros hombres. Sabiendo por divina revelacion el dia de su muerte pidió que le llamasen un sacerdote. Entra este en el calabozo, al que por parte ninguna penetraba la luz, y quedóse admirado viendo el preso rodeado de un celestial resplandor, pero mucho mas cuando vió que salian de su cuerpo muchos rayos de gloria, y sobre todo despues que oyó su confesion, llegó á conocer la santidad eminente de tan ilustre varon. Quando, esparcida la voz de que habia en la cárcel un Santo, volvió el carcelero á verle, hallóle tendido en tierra, ya exánime, con una lámpara encendida á la cabeza y al lado una tablilla donde se leian grabadas estas letras. *«Los que tocados de*

la peste , invocaren á mi siervo Roque , se librarán por su intercesion de esta cruel enfermedad.»

Pocos Santos , ciertamente , comenzaron á tener culto público tan pronto como San Roque. Verdad es, que tan presto comenzó Dios á manifestar el valimiento y gloria de su siervo, con asombrosa multitud de milagros , especialmente á los que imploraban su proteccion en tiempo de peste.

Por esta esperiencia , innumerables pueblos y ciudades del orbe cristiano eligiéronle por su patrono, con voto especial de guardar como festivo el dia de su dichosa muerte, acaecida en diez y seis de agosto de mil trescientos diez y nueve á los treinta y cuatro años de edad. Ya veis, Cristianos, como la mejor corona del justo es una muerte gloriosa: como el mas claro

testimonio del agrado que merece á Dios un alma inocente y pura, es el sacarla del medio de las iniquidades de un siglo perverso y seductor: veis tambien que á todo fiel Cristiano son posibles los medios de labrar su felicidad con los auxilios de la Divina Gracia, en el ejemplo del ilustre Santo que celebra hoy la Iglesia Católica para consuelo de los fieles que le imiten en la inocencia y santidad de su vida y costumbres. El Dios omnipotente y sempiterno, que por la intercesion y méritos de su querido siervo San Roque, alzó en diversas ocasiones el terrible azote de la peste que desolaba el género humano, está pronto á oir los ruegos de los que, adornados de sus grandes virtudes, imploren con igual confianza su divina misericordia, para libertarse, no solamente de la peste que inficionan-

do los aires mata los cuerpos, sino de otra peste mas terrible y desoladora que corrompe los corazones y da la muerte á las almas. Es de notar, amados oyentes, que la devocion á María Santísima acompañada de la fiel observancia de los mandamientos y de la paciencia en las tribulaciones, fue uno de los medios que labraron á San Roque una corona inmortal, como que es el elemento vital y conservador del pueblo cristiano.

Solamente los que no conocen quién es la Santísima Virgen, podrán ignorar el tierno y compasivo amor que profesa á los hombres. Es la Madre de los escogidos, el amparo de los pecadores, el consuelo de los afligidos y la salud de los enfermos; es, en fin, el comun asilo de todos los Cristianos. El amor que nos tiene María no puede ser mayor que el que

nos manifestó dando á su propio y único Hijo por la salvacion del género humano. ¡Oh María! esclama San Bernardo, por miserable que sea un pecador, siempre le miras con amor de Madre; siempre le abrazas como tal; le acaricias, y no le abandonas hasta haberle reconciliado con el formidable Juez; tan cierto es que nos ama con una invencible ternura. Reflexione ahora cada uno sobre sí mismo, y vea si la vuelve amor por amor, ó si en lugar de ser humilde siervo de María, es un vergonzoso esclavo de sus pasiones. Oh tú, cualquiera que seas, dice el mismo Santo Doctor, que te hallas engolfado en este borrascoso mar del mundo, agitado de la tempestad, y rodeado de bajíos y escollos, si quieres evitar el naufragio; ten siempre los ojos fijos en la hermosa estrella de los mares. Si soplan furio-

sos los vientos de las tentaciones; si vas á estrellarte contra los escollos de la tribulacion, no pierdas de vista la estrella, invoca á María. Si te molesta el espíritu de la ambicion, del orgullo, de la murmuracion y de la envidia, mira la estrella de la mañana, invoca á María. Si la cólera, la avaricia, si el demonio de la impureza te fatigase, recurre á María. Si te espanta la memoria de los pecados pasados, si te atribulan los remordimientos de una manchada conciencia, si el temor de los terribles juicios te quieren inducir á la desesperacion, piensa en María. En toda suerte de peligros, en todo género de accidentes, en toda clase de amarguras, tribulaciones y males, sea tu recurso María.

Es un dogma consolador para los fieles, el que los trabajos son, por decirlo así, el tesoro del Evangelio; pe-

ro tesoro escondido que pocos le hallan, pocos saben aprovecharse de él, porque saben pocos lo que vale; uno de los que mas conocieron su valor y mas supieron convertirle en su provecho fue sin duda el esclarecido Santo que hoy pone la Iglesia á la imitacion y veneracion de los fieles. San Roque nos hizo ver por sí mismo, que en la cruz es donde se encuentran la vida, la salvacion, la proteccion de Dios, la fuerza del alma, el compendio de todas las virtudes, la perfeccion de la santidad. ¡Oh lamentable error de los hombres!! cuando las aflicciones debieran ser para nosotros un manantial de consuelos y delicias, por lo regular suelen ser ocasiones de quejas, resentimientos y aun blasfemias contra mi Dios de amor, que nos visita con ellas, y que para darnos ejemplo de humildad y sufrimien-

to no ha querido subir al Cielo sino pasando por el camino de la cruz. ¡Ah! Bienaventurados los que lloran, dice Jesucristo, porque sus lágrimas serán coronadas de inefables consuelos en esta vida y en la otra. Los trabajos, los desprecios, las prisiones que afligen al hombre, padecidos con la humildad y alegría de nuestro Santo, forman la escala mística que conduce al Cristiano á la mansion del descanso eterno. Amen.

D. H.





ORACION FÚNEBRE

que en las horas de la Reina

DOÑA MARÍA JOSEFA AMALIA

DIJO EL P. EDUARDO

José Rodríguez de Carassa (1).



REGINA... surget in iudicio cum
generatione ista, et condemna-
bit eam.

No es la muerte ufana y orgullo-
sa con su nuevo triunfo la que, hi-
riendo fuertemente mi imaginacion
en estos instantes, y apoderándose de

(1) Las muchas reclamaciones que se han he-
cho por esta y otras producciones, han decidido á
la redaccion á la insercion de la presente.

mis ideas, arrebatada para sí las primeras reflexiones de mi oración. Es verdad que cuanto aquí se descubre, parece que anuncia su universal poderío. Este magestuoso templo que apenas hace dos lustros se cubrió de luto, y cuyas altas bóvedas resonaron con el eco triste de lúgubres cantos, que imploraron la misericordia de Dios por las almas de dos Reinas; en el transcurso de tan pocos años vuelve á parecer enlutado, y á repetir los clamores que demandan al Cielo indulgencia en favor de otra... Reina también, y Reina joven. Tantas coronas arrancadas, tantos cetros quebrados por la irresistible muerte en tan corto plazo, exigían al parecer que yo presentase ahora de bulto la insustancialidad ó inconstancia de las cosas humanas, y la miseria y nada de todas sus grandezas; ó que diese rien-

da suelta á mi dolor, y me quejase á voz en grito, y declamase altamente contra ella porque nos ha robado, ¡ay de mí! lo mas precioso que teniamos, lo que causaba nuestro gozo y alegría, lo que escitaba la admiracion de los jóvenes, el embeleso de los ancianos, el consuelo de los sacerdotes, la gloria de la nacion, el descanso del Monarca, la esperanza de todos los españoles. Pero no, mi imaginacion no se detiene hoy ni en la lóbreguez y horrores del sepulcro que encierra ya á la que hace poco pisaba el sόlio; ni en la tristeza que infunde la amarillez de esas luces, la negrura de esos muros, los himnos melancόlicos, el dolor que se descubre en vuestros semblantes, y que es indicio cierto del que despedaza vuestro corazon; ni en la brillante forma de ese tύmulo, comparable por lo

suntuoso con el que edificó Jacob á su querida Raquel, y por lo mismo testimonio irrecusable del intenso amor que nuestro Soberano profesaba á su cara Esposa, y de la correspondiente amarga pena que afligirá su espíritu al verse separado de ella, y de la que todos sus vasallos tanto participan. En nada de esto se detiene mi imaginacion, porque ilustradò mi entendimiento con las luces de la fé, abandona la tierra, y remontándose hasta el Cielo busca y halla en la region de los vivos á la que lloramos hoy por muerta. Allí la encuentra, y allí ve que no ha muerto, y que resucitará para reinar siempre en el Cielo la que tan poco tiempo reinó en la tierra. Resucitará, sí, ¡dulce esperanza! ¡Pensamiento consolador! En ella me detendria con gran placer tomándola por materia de mi discurs-

so, y presentándoos las virtudes de nuestra Reina como fundamento solidísimo de una idea tan lisonjera; me detendria muy gustoso en este pensamiento, si tratase solamente de elogiarla, y de escitar vuestra admiracion; pero como no es esto lo que únicamente intento, sino que ademas y muy principalmente pretendo vuestra instruccion y aprovechamiento, he seguido en la eleccion del asunto estos impulsos de mi corazon. Siempre miré á nuestra Reina como á una leccion práctica que el Señor nos daba en medio de la casi general apostasia de la fé, y de la espantosa corrupcion de costumbres en que vivimos; y al observar sus virtudes (¡y quién no las observaba!) me parecia oir la voz de Dios que decia á los españoles: (1) *mirad y obrad conforme al*

(1) Exod. 25. 40.

ejemplo que os presento en el monte ó altura de la grandeza humana. Pero en los primeros momentos de su muerte resonó con mas fuerza y claridad en lo interior de mi alma el eco aterrador de las palabras con que principié á hablaros: (1) la Reina hará de acusadora en el día del juicio contra esta generacion y la condenará. Asi habló Jesucristo á los escribas y fariseos, raza de hombres incrédula y pervertida, que recibiendo todos los dias lecciones y pruebas de su Divinidad, jamás se rindió á ellas, insistiendo siempre en desear nuevos y repetidos milagros. (2) La Reina del mediodia, les dijo entonces entre otras cosas el Salvador, la Reina del mediodia se levantará en juicio contra esta generacion, y la condenará,

(1) Matth. 12. 42.

(2) Matth. 12. 42.

por cuanto vino de los extremos de la tierra para escuchar la sabiduría de Salomon, y con todo aquí teneis quien es mas que Salomon. Pues si así habló la Sabiduría increada elogiando á un mismo tiempo á la Reina de Sabá, y censurando la conducta de los escribas y fariseos, para darles en esto una instruccion importantísima, si quisieran aprovecharse de ella, lo mismo vengo yo á hacer en esta ocasion. A decirlos vengo, que siendo la incredulidad de los falsos filósofos, y la infidelidad de los malos cristianos, los dos vicios dominantes de la generacion presente, nuestra difunta Reina hará de acusadora en el dia del juicio contra esta generacion, y la condenará.

Acusará y condenará la incredulidad de los filósofos, por haber practicado las virtudes mas diametralmente opuestas al infernal espíritu que á

ellos los caracteriza: acusará y condenará la infidelidad de los cristianos, por haber observado una conducta del todo correspondiente á la gloriosa profesion de discípula del Evangelio. Esto es cuanto deseo, y pretendo decir en esta fúnebre oracion consagrada á la digna memoria de la *muy escelsa Señora Doña María Josefa Amalia de Sajonia*, Reina de España y de las Indias.

Dios omnipotente, (1) *que formas á los Reyes, para que te sirvan, tu mano poderosa que jamás se debilita, ni se encoge*, acaba de presentarnos para nuestra confusion un modelo de todas las virtudes colocado sobre el trono, sitio tan alto como peligroso, donde el mérito tan difícilmente se sostiene, y tan fácilmente se desliza: encarecidamen-

(1) Isai. 59. 4.

te te suplico me concedas la gracia de publicarlas en este día, para tu mayor honra y gloria, y nuestra instrucción y aprovechamiento.



Una Princesa destinada por Dios para confundir con su fidelidad y sus virtudes la impiedad y la corrupcion de nuestro siglo, parece que debia nacer de un Príncipe sólidamente cristiano, penetrado de aquel *espíritu de piedad, que tan útil es para todo*, en frase del Apóstol (1). El Príncipe Maximiliano, hermano de Antonio Clemente, actual Rey de Sajonia, es este personage tan piadoso, de cuyas virtudes hemos sido testigos, y cuyos

(1) 1. ad Timoth. 4. 8.

ejemplos de devocion y amor tierno y generoso á nuestro Dios sacramentado, han edificado á todos los habitantes de esta corte, y han quedado para siempre fijos en su memoria, y grabados en su corazon. Cuantos tuvimos la dicha de hallarnos aquí en el tiempo en que honró nuestro suelo, admiramos aquel inapreciable fondo de religiosidad que distingue á tan escelso Príncipe. Tan escelso he dicho, sin saber cómo, y sin pensar decirlo, porque confieso francamente que al mencionar sus virtudes cristianas, ni acordarme queria del origen nobilísimo de su cuna, que se esconde en la mas remota antigüedad, ni de las ilustres cualidades, gloriosos enlaces, y singulares derechos, blasones y prerogativas que tanto honran y engrandecen su dinastía. Todo este aparato de la humana grandeza, y hasta

su language, deben ser exóticos en mis labios y en este santo sitio, consagrado á exhortar y animar á la virtud, alma y vida de la verdadera grandeza. Su virtud ensalzará al Príncipe Maximiliano, y nuestras iglesias depondrán siempre en favor de este devoto Príncipe; y esa ilustre, numerosa y edificantísima Congregacion de la Guardia y Oracion, que le vió todos los dias, confundido entre sus individuos, hacer oracion ante la soberana presencia de Jesus sacramentado del modo mas edificante, y en la actitud mas humilde, conservará eternamente entre sus archivos como uno de sus mas honrosos timbres, y de sus mas eficaces estímulos, el nombre ilustre del Príncipe Maximiliano, digno Padre de nuestra Reina. Ya puede ésta decir con David: (1) *por herencia*

(1) Salu. 118 v. 111.

he adquirido tus mandamientos para siempre.

Debia tambien corresponder su educacion á los designios del Altísimo, y de tal suerte correspondió, que yo no tendria dificultad en contestar á cuantos admirados de sus virtudes me preguntasen la causa de ellas, que (1) *el temor santo de Dios, infundido en su alma desde su niñez*, las produjo todas. Observen otros y elogien en esta educacion la claridad y penetracion de sus talentos, la prontitud y tenacidad de su memoria, la viveza y fecundidad de su imaginacion, la intension y constancia de su estudio, y los rápidos y sólidos progresos que hizo en las ciencias propias de su sexo, y de su alta gerarquía, que yo entre tanto admiraré

(1) Tob. 1. 10.

con el mayor embeleso el cuidado y el esmero con que su virtuoso Padre la rodea de personas que la instruyan en el conocimiento de la verdadera Religion, y en la práctica de las sublimes virtudes que ella ordena. *Solo encargo á ustedes que hagan santa á mi hija, para que reine en los Cielos:* estas eran las palabras que el Príncipe Maximiliano repetía encarecidamente á los sujetos que inmediatamente cuidaban de la direccion de su hija. Lo conseguirás, Padre virtuoso; Príncipe cristiano, lo conseguirás; y al anunciarte la triste nueva de su temprana muerte, enjugará tus lágrimas y endulzará tu pena el saber que se han cumplido tus deseos. Pero olvidemos por ahora los felices resultados de tan cristiana educacion, para ver antes como la recibe desde luego nuestra Reina. En la importante y nece-

saria ciencia de la Religion pone Amalia todo su conato. Estudia y practica cuanto ella enseña, y de este modo es ya desde niña en la corte de Sajonia un dechado de todas las virtudes. Retirada, modesta, penetrada de temor y de respeto hácia su Dios, de sumision y de cariño hácia su Padre, laboriosa, exactísima en el cumplimiento de todas sus religiosas y civiles obligaciones, la virtud se le hizo como natural, y solo tenia que vencerse cuando las costumbres de su pais exigian que asistiese á las concurrencias de las señoras mas principales de la corte. Esta era María Josefa Amalia cuando solo contaba quince años: acaso era ya la Princesa mas piadosa de su siglo. Pues la Princesa mas piadosa de su siglo debe ser la Esposa del Soberano conocido por el glorioso renombre de Rey Católico. Aquel

Dios que destinó á Rebeca para Isaac, (1) y á la modesta Sara para el casto Tobías, (2) destinará sin duda á la devota Amalia para el católico Fernando.

La destinó en efecto: y ¿cómo podré yo espresar el dulce placer que siente, cuando consultada primero la voluntad de Dios, instruida despues en su alto destino, y sin hacer gran caso de un cetro poderoso, que gobierna dos mundos, repite mil veces al dia..... *¡con que el nieto de san Fernando, y el Rey Católico es el Esposo que me depara el Cielo!* Timbres tan gloriosos exaltan su imaginacion, recrean su ánimo, colman sus deseos, la arrancan de los brazos de su Padre, y la trasladan á nuestro suelo. Al pisar-

(1) Genes. 24. 30.

(2) Tob. 7. 12.

lo le bendice, y desde la cumbre del Pirineo derrama su vista por nuestra religiosa Península, y al divisar las cúpulas de tantos templos, donde solo se congregan católicos, se inunda en gozo y da humildes gracias al Cielo por haberla elegido para Reina de una nacion, donde solo se profesa la verdadera fé. Un corazon verdaderamente católico gime con la tolerancia, y se regocija con la esclusion de las falsas sectas.

¡Qué espectáculo tan admirable y nuevo ofrece á nuestra vista en su tránsito á esta capital la devota Princesa! Llamada al trono de las Españas y de las Indias en su mas tierna juventud, recibiendo en todas partes cordialísimas pruebas de amor y de respeto; obsequiada, celebrada, aclamada, y hecha el objeto de las demostraciones públicas de regocijo y en-

tusiasmo , atrayendo sobre sí las miradas de los que , ó la observan por curiosidad , ó clavan sus ojos en ella para sondear lo mas íntimo de su corazón , y descubrir si les fuera dado el menor flanco por donde asaltarlo y poseerlo , y hacer de esta conquista el seguro apoyo de las demas que ansiaban y procuraban con sus inicuos planes é infames proyectos ; en esta difícil posicion , en esta situación tan crítica manifiesta francamente á todos que la Religion , y cuanto ésta prescribe y ordena , es lo que únicamente aprecia , y por lo mismo lo que antepone á todo , y lo que verdaderamente la satisface y la contenta. Ciudades de Tolosa , Vitoria y Burgos, vosotras que fuísteis testigos de esta maravilla , (1) de este nuevo portentoso

(1) Ezech. 12. 6.

que el Señor presentaba á la casa de Israel , quedasteis convencidas de esta verdad , y al verla anteponer, imitando la conducta heroica de Daniel (1) y sus dos compañeros en la corte de Nabucodonosor, la observancia del precepto de la abstinencia á los menjares mas esquisitos, y que hasta la práctica de lo que á muchos pudiera parecer en aquellas circunstancias escusado ó menos importante, lo preferia á gozar de los obsequios que con larga mano le tributabais; al ver esto anunciasteis con júbilo á toda la Península que María Josefa Amalia era el don mas precioso con que nos enriquecia el Cielo ; y pudiérais con igual fundamento haber añadido, que era al mismo tiempo un inexorable fiscal que presentaba para con-

(1) Dan. 1. 8.

fundir el libertinage y la infidelidad de nuestro siglo. No ha mucho tiempo que ésta lamentaba con estilo mordaz y desmesurada hipérbole que hubiese en esta corte mas iglesias que casas, mas altares que piezas destinadas á preparar la comida, y que hasta en los sucios portales é inmundas tabernas se hallasen colocadas las imágenes de Dios y de sus Santos. La Reina al entrar en esta capital entre el alborozo público, y en el momento mismo en que se veía abrazada de su Esposo y adorada de sus vasallos, nada celebra tanto como el ver descolgar entre los demas suntuosos edificios de esta coronada villa sus muchos y magestuosos templos, y quisiera que cada casa fuese una iglesia, cada habitacion un altar, y cada español un verdadero discípulo de Jesucristo. ¡Qué contraste entre los senti-

mientos de la impiedad y los que abriga la Reina en su corazon ! ¡ Ah ! ella sube al s6lio para manifestarse desde 6l 6 la faz del mundo sierva humilde de su Dios , y fiel imitadora del Nazareno. Ocupa el trono para ser egemplo y dechado de una Reina perfecta: y en el 6ltimo dia de los tiempos con sus virtudes acusar6 y condenar6 la incredulidad de los fil6sofos, y con sus ejemplos la infidelidad de los cristianos.

El engreimiento , la corrupcion del corazon , la apostasía de la fé, y el maligno empeño de separar 6 los hombres de su Dios , son las cuatro divisas del espíritu de impiedad , que caracteriza 6 nuestro siglo; y son al mismo tiempo como otros tantos grados por donde sus infelices partidarios descienden r6pidamente desde el principio fatal de su soberbia hasta el es-

pantoso abismo de la abominable irreligion. Enamorados de sí mismos, como Luzbel, se reputan los incrédulos superiores á los demas hombres, aunque son inferiores á todos; y á pesar de que hasta su nacimiento suele ser muy obscuro, y muy vil su condicion, esto no obstante, y aun por lo mismo, se tienen por los primeros hombres del Estado, y se creen dignos de los empleos mas honrosos, y de las mayores distinciones. A esta soberbia oculta se sigue siempre la corrupcion del corazon por un castigo tan justo como terrible de aquel Dios *que resiste y humilla á los soberbios.* (1) Esclavizados entonces por inmundas pasiones y asquerosos vicios, por ocultarse á sí mismos su vergüenza y su ingnominia, se levantan

(1) Jacob. 4. 6. Isai. 48. 11.

con orgullo y arrogancia contra el mismo Dios, abandonan, desprecian y persiguen su Religion porque prescribe la pureza, y amenaza á los impuros con fuego y pena eterna. En tan deplorable estado conciben y resuelven el sacrílego atentado de romper los indisolubles lazos que unen y estrechan á las criaturas con su Criador, y hacer si pudieran que todos los hombres se rebelasen contra su Dios, y que el universo entero declarase la guerra á su Hacedor. ¿No es esta la historia abreviada de nuestro siglo? ¿No es un retrato fiel, no es una descripcion exacta de la vida de los libertinos? Pues repito otra vez que María Josefa Amalia ha contrarestado con sus virtudes tan lamentable desórden, oponiendo á la vanidad infundada de los soberbios una profunda humildad; á sus ignominiosas pasiones, una pure-

za angelical; á su rebelion orgullosa, una absoluta sumision al Señor y á su ley santa; y á la sed ferina que tienen los impíos de ganar prosélitos contra Dios y contra su Cristo, un celo activo y fogoso por la gloria de Dios y la salvacion de las almas.

Un conocimiento verdadero y práctico de nosotros mismos, de nuestra miseria, de nuestra impotencia, de nuestra nada, y de la absoluta dependencia que para todo tenemos del que nos crió, una idea clara y luminosa, cuanto es posible, de la bondad, del poder y santidad de Dios; un convencimiento pleno de que cuanto hay de bueno en nosotros en el órden de la naturaleza y de la gracia todo es del Señor, y que nada tenemos sino la corrupcion y el pecado: un deseo íntimo y eficaz de abatirnos hasta lo profundo para ensalzar si pudiéramos

al Omnipotente hasta lo sumo..... la ciencia sublime de estas verdades ignoradas de los que se llaman ilustrados , esta ciencia divina adquirida donde únicamente se aprende, que es en la oracion, adornaba el espíritu, y servia al mismo tiempo de base solidísima y de indestructible fundamento á las demas virtudes de nuestra Reina. Indicios infalibles de ello eran aquel tenerse tan en poco, y sentir tan bajamente de sí misma, aquel no decir jamás á las personas de su servidumbre palabra alguna que redundase en su loor, aquel visitarlas con semblante tan halagüeño cuando se hallaban enfermas, aquella caridad y complacencia con que servia á los pobres públicamente, aquel profundo anonadamiento con que se postraba á los pies del Señor, y con que se firmaba en algunos de sus piadosos

escritos *la última de las siervas del Señor*: no consintiendo que se imprimiesen sin expresa licencia, ni queriendo jamás leer papel alguno, sin estar antes cerciorada de que podia hacerlo con toda seguridad. ¡Oh qué indicios estos para conocer la humildad y rectitud de sus ideas! Lo eran tambien aquellas místicas puertas, aquellas espinas, en frase de la Escritura, con que habia cercado sus oídos para nunca oír la falsa lisonja y la vil adulacion, moradoras perpétuas de los palacios, y compañeras inseparables de los dioses de la tierra; (1) aquel desapego universal de todo lo brillante y deslumbrador, que de continuo le rodeaba como á Reina de tantos pueblos; y en fin, aquel empeño en referir y exagerar sus faltas y defectos. San Agus-

(1) Ecclesias. 28. 19.

tin publicando sus extravíos, y Santa Teresa sus venialidades, dieron una prueba convincente de su heroica humildad, y un seguro testimonio de su gran santidad: accion ilustre que las almas humildes han deseado y procurado en todos tiempos imitar. Practicólo así tambien nuestra humilde Reina. Referia muchas veces las ligeras faltas propias de la inadvertencia é ignorancia de la niñez; pero ¡con que exactitud, qué circunstanciadamente, y con cuanta exageracion! Alma verdaderamente humilde, tú dabas á Dios con la voluntaria y pública manifestacion de tus defectos, y con lo que por medio de ella pretendias, que era inspirar en tus vasallos un bajo concepto de tí, y hacerles olvidar los contínuos ejemplos de virtud que á todas horas les dabas, grado en verdad muy aventajado y muy

alto de humildad; tú dabas á Dios la gloria que le usurpan con su tan refinado amor propio los filósofos de nuestro siglo. ¡Desdichados! Dios los castiga aun en esta vida, permitiendo que se abandonen á pasiones ignominiosas, y á escesos abominables, que yo no debo mencionar aquí; pero sí diré para su oprobio y confusion, que la soberbia y la impureza se siguen muy de cerca, se dan la mano, se favorecen mutuamente, y son casi una misma cosa. Mas á la humildad del espíritu sigue siempre la limpieza del corazon.

¡Y hasta qué punto no llegó la pureza de la Reina! ¿No es el retiro el lugar mas seguro donde mora la castidad? Jamás hubo Reina mas retirada que la nuestra: siempre se hallaba ó en su cuarto ó en su oratorio. ¿No es el recato la señal infalible que la des-

cubre? Nunca se vió señora mas circumspecta y recatada: la modestia de sus ojos, la agradable magestad de su semblante, la inalterable medida de sus acciones, el peso y gravedad de sus palabras, y la dignidad y decoro que observaba siempre que daba audiencia particular, podian servir de modelo aun á las vírgenes mismas consagradas á Dios. ¿No es el ayuno y la penitencia el muro de bronce que defiende la castidad, y el específico prodigioso que la conserva ilesa, fresca, inmarcesible? Su abnegacion y mortificacion eran continuas: de los ayunos de precepto no omitió ninguno, y muchos dias que no lo eran ayunaba tambien, á pesar de los motivos legítimos con que hubiera podido dispensarse. Y ¿qué dire de su conformidad con la voluntad de Dios, de su inalterable paciencia, de su he-

róico sufrimiento, de su resignacion constante en sus continuos males, aflicciones interiores y graves enfermedades? Diré que siendo esto lo mas perfecto de la penitencia, María Josefa Amalia era pura como un Angel, porque era sumamente mortificada, modestísima y absolutamente retirada. Consiguiente, era pues, que su corazon fuese todo de su Esposo. Su Esposo poseía su corazon. Fernando la idolatraba. Si toda la servidumbre no hubiera sido testigo de la ternura con que se amaban; si todas las personas que viven en palacio no hubieran presenciado los desvelos que la Reina pasaba en las enfermedades del monarca, y los consuelos que le prodigaba en ellas; si la España y el mundo todo no supieran que ni las circunstancias mas tristes y mas difíciles ni las épocas mas borrascosas y mas

amargas, ni los asuntos mas espinosos de la política, ni los negocios mas árduos del Estado, ni los viages mas penosos, ni los sacrificios mas prolongados, nada, nada era capaz de separar ni aun corporalmente á los que tan unidos estaban en su corazon y en sus afectos; si tan público y tan notorio no fuera todo esto, ¡qué ocasion tan oportuna tenia yo aqui de presentar por modelo de amor conyugal, y por consiguiente de la mas acrisolada fidelidad y de la mas limpia y admirable castidad á Amalia y á Fernando! ¡Y en que época, y en qué dias! En unos dias y en una época en que puede decirse de nuevo que (1) *toda carne ha corrompido su camino*, y que la impureza como la mu-

(1) Genesis 6. 12.

ger infame del Apocalipsi, esclama en el delirio de su embriaguez: (1) *estoy como Reina sentada en solio*, porque todos la rinden ofrendas y adoraciones. Mal es este gravísimo, causado por esas horribles y espantosas tinieblas, que llaman los ignorantes luces del siglo: porque aunque sea cierto que desde Adán hasta nuestros días (2) *los sentidos y pensamientos del corazón humano están desde luego inclinados á lo malo*, no lo es menos que estos nuevos filósofos corroidos en condena de su clacion por este cáncer tan pestífero, é inficionados de este mortífero veneno, han procurado de todos modos y por todos los medios, pero particularmente llamando bueno al pecado sensual, que es tan malo, y han conse-

(1) Apocal. 18. 20.

(2) Genesis 6. 5.

guido propinar con profusion este veneno, y estender en todas partes esta corrupcion, contaminando con ella todo el mundo. ¡Angelical Amalia! A estos esclavos de Asmodeo dejará sin excusa y sin respuesta tu celestial limpieza; y al orgullo y arrogancia con que siguiendo el ejemplo de Luzbel se levantan contra Dios y su Cristo, y su religion y sus ministros; quitará toda réplica tu respeto y sumision á Dios y á Jesus, y á sus sacerdotes y á su religion.

Penetrada estaba nuestra Reina del temor santo del Señor, de aquel temor *que consigo lleva las riquezas, y gloria, (1) y el mérito, y la alegría y la corona del gozo, y en sí mismo un Paraíso de bendiciones*: penetrada estaba de este temor precioso y santo;

(1) Ecclesiast. 25, 10. Id. 1. 11. 12. Id. 40. 28.

y testimonio son de ello el grande horror que tenia al menor pecado, la sin igual exactitud con que observaba toda la ley, el filial respeto, la edificante compostura, y la devocion exterior con que asistia al templo, infundiendo con su ejemplo la atencion y la piedad en sus vasallos. Al verla presentarse en las principales iglesias de nuestra España, quedaron todos para siempre edificados, y llenos de admiracion. Llevóla el Señor sin duda á ellas, aunque por medios al parecer imprevistos y casuales, para que supiese el mundo que cuando el vil libertinage ha llegado hasta insultarle en su misma casa, tenia una Reina augusta que no doblaba la rodilla á Baal, y que sirviera de modelo á los mas fieles adoradores de Israel. Al observarla en público al pie de los altares, ¡ con cuánto júbilo y

consuelo bendijeron los españoles mil veces al Señor, vertiendo dulces lágrimas por haberles dado una Reina diametralmente opuesta en su conducta al espíritu de este siglo! Nuestros templos resonaron mil veces con estas alabanzas, y clamarán el día del juicio contra los impíos profanadores del Santuario, (1) presentándoles en seguida las lecciones de respeto y sumision á Dios que les dió María Josefa Amalia.

Diólas tambien de amor sincero, afectuoso y cordial á Jesucristo, bien y vida nuestra. Este suave y deleitoso fuego se encendió en su corazon entrando con la contemplacion en el corazon de Jesus. Al ver en él el incendio de amor á los hombres en que se abrasa, y al salir despues y observar

(1) Habac. 2. v. 11.

las ingratitudes y ultrages con que los hombres desamorados le corresponden, se inflamaba de un ardiente deseo de desagraviar á este Dios amante; y siendo este el fin principal de la devocion al corazon de Jesus, se encontró poseida de esta santísima devocion; y mientras la encantadora poesía lloraba inconsolable el agravio que los libertinos la hacen sirviéndose de ella para desahogo y fomento del amor profano, la Reina enjugó sus lágrimas, y la honró dedicándola á encender y propagar el fuego sagrado del divino amor, estendiendo, fomentando y protegiendo por su medio la sólida, útil, y dulcísima devocion al corazon melífluo de Jesus. ¡Oh corazon de Jesus! ¡venero riquísimo de todas las gracias! De tí provienen todos los beneficios, que reciben, y no reconocen los hombres,

De tí dimana el mayor, y menos agradecido de todos los beneficios, que es el haberlos llamado á su santísima Religion.

Mas olviden otros este asombroso beneficio, y persigan ademas los incrédulos la Religion de Jesus, que la Reina lo tiene siempre en su memoria, y grabado en lo mas íntimo de su corazon. De él hablaba con ternura y frecuencia, sin cansarse jamás de recordarlo y agradecerlo. Al reflexionar que pudiendo haber nacido de luteranos, habia sido engendrada de Católicos, y que pudiendo hallarse fuera de la Iglesia Católica, se encontraba en su amoroso seno, no me es posible repetir las espresiones de agradecimiento que yo mismo la oí; pero manifestará siempre lo mucho que agradecía á Jesucristo su vocacion á la fé, el precioso altar que erigió en

el sitio de Aranjuez para testimonio eterno de su gratitud, y el particular afecto que profesaba á mi sagrado instituto por haberse servido Dios de sus individuos para la conversion de su familia.

Y como la Religion no pueda subsistir sin ministros, y en ellos, aunque hombres como los demas, y aunque por lo mismo espuestos á ser apóstatas y perjuros como lo fué San Pedro (1) alguna vez, ó ambiciosos como Santiago y San Juan, ó incrédulos como Tomas, ó cobardes, ó deseosos de la primacía, como lo fueron antes de estar confirmados en gracia todos los Apóstoles; y en ellos a pesar de todo esto, y en los sacerdotes haya Jesucristo depositado su autoridad, (2) y

(1) Juan, 20. 24. 22.

(2) Matth. 26. 70. 72. y 74. Id. Id. 56. Juan 20 25. Matth. 26. 56. Luc. 22. 24.

sean sus representantes en la tierra, y por esta razon se les deba todo respeto y veneracion; la Reina amaestrada en esta enseñanza tan divina, respetó humildemente á los sacerdotes, los amó entrañablemente, los consultó en sus dudas, los oyó con docilidad, protegió sus derechos, los honró, los defendió, los veneró. A ellos distinguía entre todos, y en los actos mas solemnes, y en las concurrencias mas públicas, veíasela detenerse ante los ungidos del Señor, y hablarles con tanto agrado, con tanta sumision y tan dulce afabilidad, que escitaba en todos la grata y consoladora idea de que su alma á la vista de los sacerdotes conocia estar en la presencia de los *Embajadores del Altísimo*, de sus vicegerentes en la tierra, (1) y de

(1) 2. Corint. 5. 20. 1. id. 4. 1.

los dispensadores de los misterios de Jesus.
Bien puedo escusarme de contraponer ahora estos luminosos principios, y la escrupulosa observancia de obrar segun ellos, á los principios tenebrosos que sobre el particular sanciona la falsa filosofía de nuestros tiempos, y con su modo de obrar tan conforme á sus falsos principios; porque ¿quién hay que no lo esté haciendo en estos instantes mucho mejor que yo?

¿Y quién por desgracia no sabe tambien hasta dónde llega la fogosa energia é incansable actividad de estos nuevos Apóstoles de la irreligion en sembrar, y cultivar, y esparcir, y derramar por las cuatro partes del mundo la no menos fecunda que perniciosa semilla de sus errores é impiedad? Pero ¡ah! La Reina usó de medios eficaces y poderosos para im-

pedir cuanto estuvo de su parte el vilipendio de Dios y la pérdida de las almas, que es todo lo que pretende la falsa ilustracion de nuestro siglo. Llena de un celo santo, activo y fogoso, contrarestó cuanto le fue posible su espíritu de proselitismo y seducccion. Practicólo así con sus ardientes votos, con sus frecuentes preces, y con sus continuas y fervorosas oraciones. Este era el poderoso resorte, y el secreto encanto con que el pueblo de Dios vencía siempre á sus enemigos. Así lo confesaron los Madianitas llenos de susto y pavor diciendo (1): *Como el buey con la boca pace las yerbas hasta la raíz, así este pueblo nos ha de destruir á nosotros con la boca, es decir, con oraciones, segun la in-*

(1) Num. 22. 4.

terpretacion del grande Agustino y del sabio Orígenes (1). Con sus oraciones ¿qué español lo ignora? con sus oraciones nos alcanzó María Josefa Amalia la victoria y el triunfo que conseguimos en la rebellion y en la impiedad. Practicóla así franqueando con sus cuantiosas limosnas la entrada en los claustros, que cerrára en otro tiempo, y para siempre cerraria el filosofismo, si le fuese dado, á las esposas de Jesus. Practicóla así haciendo celebrar innumerables veces el sacrificio de propiciacion por las almas de los que ó espiaban sus crímenes exhalando el último aliento en afrentoso patíbulo, ó finaban á la violencia de alguna enfermedad, dejando en pos de sí el mal olor de sus vicios,

(1) 1. Serm. 93. de Temp. 2. Homil. 13 super Num.

ó la infamia de sus errores. Practicóla así escribiendo varias novenas llenas de uncion y de doctrina sobre los misterios mas amorosos de Jesus, que impresas corren, y se hallan en manos de las almas piadosas que encuentran en ellas pábulo á sus afectos, y estímulo á su devocion; dando á sus sirvientes mas inmediatos admirables métodos que compuso para prepararse á recibir sacramentado al Dios de amor, y tributarle despues las debidas gracias con humilde agradecimiento, y afectos encendidos del corazon; escribiendo para los militares invictos oportunas y sabias reglas, para que trabajen y prosigan en su heroica empresa con prudencia, denuedo, y recta y pura intencion; estableciendo y dotando clases públicas donde se enseñe á las niñas pobres y desvalidas el santo catecismo, que se

el antídoto mas eficaz contra la soberbia é ignorancia de nuestro siglo. Practicólo así..... siempre, y en todo lugar, y á todas horas, y de todos modos, y por todos los medios que le fue posible, y su alma penetrada de la grandeza de Dios, y de sus altísimas é infinitas perfecciones, no deseaba mas que su gloria y la salvacion de las almas, aunque fuese á costa de su misma vida. Así lo aseguró, respondiendo á los que le noticiaron las innumerables rogativas que se hacian por su salud: *si con motivo de mi enfermedad se aumenta el culto divino, padezco con gusto.* ¡Oh espresiones dignas de ser profundamente meditadas por las almas mas adelantadas ¡en los caminos de la perfeccion! ¡Oh alma generosa, y llena de celo por la gloria de Dios, tú estás destinada para acusar y confundir el dia del juicio la

impiedad de los filósofos con tus virtudes tan opuestas á su espíritu! Pero confundirás tambien con tus ejemplos la infidelidad de los Cristianos.

Tres clases de personas componen este número: la primera es la de aquellas que convencidas felizmente de la verdad y santidad de nuestra Religion, y de la necesidad de practicar cuanto ella ordena, ó no se resuelven jamás á trabajar con empeño en el importante negocio de su salvacion, ó por lo menos vuelven muy pronto atras y no lo realizan, porque la tibieza los tiene en una mortal parálisis de espíritu. La segunda encontraria en sí misma toda la actividad necesaria para obrar segun lo que la fé les dicta; pero la vergüenza de parecer devotas, y el miedo de esponerse á las burlas y dicterios del mundo, las arredra y acobarda para no presen-

tarse francamente como discípulas de la Cruz, é imitadoras de Jesucristo. La tercera, mas criminal que las anteriores, quiere contra lo que se halla establecido en el Evangelio, (1) servir á Dios y al mundo. Contra todas hará de inexorable fiscal María Josefa Amalia en el dia del juicio. Argüirá y confundirá con su fervor á las almas tibias; con su santa franqueza en declararse por el Evangelio, á las cobardes; y con su decision en ser toda de Dios, y toda contra el mundo, á las que doblando la rodilla izquierda ante el verdadero Dios, hincan la derecha ante los ídolos que el mundo adora.

¡Triste condicion del espíritu humano! La inconstancia es tu carácter, la tibieza tu distintivo. Te cansas de lo

(1) Matth. 6. 24.

mismo que resuelves, y te fastidias en este momento de lo que en el anterior apeteces. Propones hoy y procuras con empeño, lo que mañana descuidas, y abandonas de nuevo. Este es el hombre, y hasta el hombre espiritual es este. ¡Cuántas veces anda y desanda el mismo camino, empieza y se para, torna segunda vez á sus ejercicios, y segunda vez se cansa de ellos! ¡Ah! No fue así la Reina. ¡Quién supiera ahora describir y elogiar dignamente su fervor! ¡Aquel fervor que la hace correr desalada á los pies del Crucifijo, y allí darle afectuosas gracias, ofrecerle todas sus obras, examinarse menudamente, y severamente reprenderse de sus mas leves descuidos! ¡Aquel fervor con que por la mañana y á la noche, un dia y otro dia, una y otra semana, un mes y otro mes, uno y otro año, y todos los años,

y todos los meses, semanas y días, venciendo el entorpecimiento que causa el frío, la lasitud que produce el calor, en invierno y en otoño, en verano y en primavera, en todas las épocas de su vida, ya prósperas, ya adversas, sin variedad, sin interrupcion ni mudanza, siempre, y siempre con la misma uniformidad y constancia, cumple y llena fidelísimamente todas sus obligaciones, y observa por ápices el plan y método que se habia prescrito ! ;Aquel fervor que la tiene siempre vigilante y de centinela sobre sí misma para no perder ocasion de ejercitar algun acto de virtud, de tal suerte, que si ha recibido con el menor disgusto algun pobre, por su necesidad impertinente, por lo mismo le socorre al momento, y tornando de nuevo á examinarse, y pareciéndole que ha sido menos generosa tal

vez por la molestia que con su importunidad le ha ocasionado, añade mayor socorro para depurar su corazón hasta de la menor sombra de venganza ó desafecto! ¡Aquel fervor con que en medio de los males y dolencias del cuerpo, y de la aflicción y congoja de espíritu que le ocasionó aquella época tan memorable, aquellos días tan amargos, aquella revolucion..... no quiero describirla, ni nombrarla! Sería necesaria toda su virtud para presentarla con la dulce calma é inalterable sosiego tan propio y conveniente á este santo lugar, y al carácter de un ministro del Evangelio. En medio de ella, y en el largo, penoso y forzado viaje que con este motivo tuvo que emprender, nunca se dispensó de sus piadosos ejercicios, jamás omitió sus devociones, nunca dejó de estar sobre sí, y de tener el alma en sus

manos; siempre se la vió afable, resignada y tranquila. Sus ojos serenos, sus lábios cerrados, su rostro apacible, su alma en paz, su espíritu en Dios, su corazón en el Cielo. Ni la menor expresión de sentimiento, ni señal alguna de enojo, ni nada que pudiera dar á entender variación en su método, aversión á alguna persona, mutación, fatiga ó cansancio..... ¿Era la Reina de carne y sangre?... ¿Era de aquella naturaleza que describe Job cuando dice: (1) *El hombre nacido de muger... jamás permanece en un mismo estado?* Sí por cierto: hija era de Adán como lo somos todos; pero el fervor de su espíritu la estimulaba á buscar su salvación en todos los instantes, á trabajar constantemente en su justificación á toda costa y á todo

(1) Job. 14. 2.

trance, y á manifestar á la faz del mundo sin disfraz y sin rebozo que antes de ser Reina era Cristiana, y que habia nacido para amar y servir á Dios en la vida, y verle y gozarle en la eternidad.

¡Cuán pocos son ya los Cristianos, principalmente de cierto grado y gerarquía, que hacen con sus obras esta confesion tan necesaria y tan gloriosa! La dicen, sí, con la boca y la palabra; pero la desmienten con sus hechos, porque se avergüenzan de la cruz de Jesucristo. ¿No es esto así? ¿No es cierto que muchas personas de distincion tienen á menos el instruirse en la doctrina cristiana, tener oracion y leccion espiritual, frecuentar los santos Sacramentos, cuidar de sus familias, y ejercitarse en obras de virtud? ¿No es cierto que estan poseidos de la falsa idea que les presenta

estos ejercicios como propios exclusivamente de religiosos, ó de personas que separadas de la sociedad no tienen ya ni que merecer su aprecio, ni que temer sus juicios, ni que hacer caso de sus desprecios y censuras? Pues si así es, prevénganse todas estas para responder en el juicio final á María Josefa Amalia, que jóven y Reina, apenas pisa el suelo español lo primero que cuida es de aprender exactamente el catecismo de Ripalda. Este es el precioso libro que ocupa en su biblioteca el primer lugar: el lugar mismo que tienen en las bibliotecas de algunas señoras del gran mundo las torpes novelas, las poesías amatorias, los dramas indecentes, y quiera Dios que no sean las envenenadas obras de Voltaire y de Rousseau. El catecismo de Ripalda estudia y medita nuestra Reina, y en va-

no intentará disuadirla el hombre enemigo, y siete enemigos peores que él, quiero decir, todo el infierno junto, de tan santa ocupacion: *Apartaos de mí*, clamará ella, como el Rey autor de los salmos, *apartaos de mí, malignos*, (1) *que yo tengo que escudriñar y profundizar bien los mandamientos de mi Dios*. Ni se contenta con saberlo y entenderlo; desea que todos lo sepan y entiendan, y para manifestar estos deseos se presenta en las clases públicas dirigidas por las virtuosas hijas de Vicente de Paul, y por sí misma pregunta á las niñas el catecismo de Ripalda. ¡Oh Dios mio! ¡Una Reina en medio de una clase pública con el catecismo en la mano! ¡qué espectáculo tan agradable á vos, á los Angeles y á los hombres! Si yo pudiera

(1) Psalm. 118. 113.

aquí declarar lo que mi entendimiento dulcemente hechizado concibe de lo nuevo, de lo grande, de lo meritorio de esta accion tan memorable, empezaria ahora mismo á elogiarla, y jamás acabaria su elogio. ¿Y qué responderán á esto algunos de esos magnates y potentados de la tierra, de esos guerreros famosos, de esa brillante sociedad, cuyos individuos no saben ni aprecian la doctrina, y se avergonzarian de que los encontrasen sus contertulios con el catecismo en la mano? ¿Y qué respuesta darán á una Princesa augusta que trata todos los dias con Dios sobre los negocios de su alma en la oracion mental, y escucha la voz de Dios en la leccion espiritual, y limpia su alma todos los domingos y demas fiestas en las saludables aguas de la penitencia, y vigoriza su espíritu, y se robustece

en la virtud comiendo la carne del Hijo de Dios? ¿Y qué dirán cuando observen el verdadero interés y el cuidado espiritual que tenia de su familia, instruyéndola por sí misma en los misterios, dogmas, preceptos, y sacramentos de nuestra santa Religion, y haciéndola leer en su presencia libros de doctrina y piedad? ¿Qué opondrán esas almas, que creerian degradarse si entrasen en un hospital, al ver á su Reina, que depuesto todo el brillo y pompa de su dignidad, se dirigia al hospital de las incurables, mejorado, ampliado, y casi sostenido á sus espensas, y en él y en los dias de comunión, llena de satisfaccion y alegría, despues de edificar á todos con su compostura y atencion en la asistencia á la misa, tomaba el paño de la comunión, y acudia de cama en cama, y de pobre en pobre con tan

profunda devocion y humildad , que hacia brotar lágrimas de consuelo en todos los circunstantes , y escitaba en sus pechos los mas encendidos afectos de compuncion y piedad , y no satisfecha con haber esparcido el suave olor de tan buenos ejemplos , mirando con los ojos de su alma á Jesucristo , que siendo el Rey de los Reyes se ceñó con una tohalla y lavó los pies á sus discípulos , se ceñia ella tambien , y recorriendo todas las salas repartia el desayuno á las enfermas ? Esto es arrojar el cetro y la Corona á los pies del Cordero ; esto es confesar al Salvador delante de los hombres ; esto es no avergonzarse del Evangelio . Esos soldados cobardes de la milicia de Jesucristo , que como Nicodemus no se atreven á declararse por él de dia , y á la faz del mundo , sino de noche , y cuando nadie los observa ,

no sé qué podrán responder algun día. Pero sí sé que nuestra Reina se levantará contra ellos el día del juicio, y los confundirá.

Y lo mismo y acaso de un modo mas terrible hará con todos los Cristianos, que ignorando ú olvidando que *nadie puede servir á dos señores* (1) han formado el impracticable proyecto de juntar el arca con Dagon, (2) la luz con las tinieblas, (3) á Cristo con Belial, procurando servir á Dios, y entregándose al mundo al mismo tiempo. Estas son aquellas almas que por la mañana asisten á la Iglesia, y por la tarde á los espectáculos; ya oyen una mision, y ya concurren á un baile; y así visten un hábito como el traje mas inmodesto. Todo es

(1) Matth. 6 24.

(2) 1. Reg. 5. 2.

(3) 2. Corinth. 6. 15.

igual para ellas, y todo lo hacen con la misma serenidad de espíritu y la misma tranquilidad de conciencia. ¡Oh Dios celoso, que jamás has querido un corazón á medias, y para quien todos los corazones de las criaturas reunidos en uno solo no son digna ofrenda, cuánto te ultrajan estas almas, y cuánto te complacería nuestra Reina, que entregada toda á tí, no le dió al mundo la mas mínima parte! ¿Cuándo se le vió adornada con liviandad, ó con trage que no fuese muy honesto? Los salones de Palacio, los públicos paseos, los españoles y extranjeros son testigos irrecusables de que nunca se presentó con algun adorno indecente ó menos compuesto, y que si alguna vez por condescendencia, á quien san Francisco de Sales llama el pinpollo de la caridad, asistia á las diversiones pú-

blicas, era necesario reformar antes lo que por desgracia necesita siempre de reforma en semejantes escenas; era necesario que pinturas, vestidos, language, todo lo que habia de ver, oír y presenciar fuese tan puro como ella. *La sencillez del justo será burlada*, dice el Espíritu de Dios, y yo no dudaré afirmar que su candor hizo crecer á la Reina que las representaciones serian siempre como las veía ella, y que cuantos allí concurren las presenciarian como las presenciaba ella: pero dia llegará en que rasgado el velo del santuario, quede franca la entrada al *Sancta sanctorum*, y veamos los suaves aromas y olorosos thimiamas que en él se exhalaban de continuo, y cuya esquisita fragancia penetró hasta los Cielos, Hablo de aquellas santas reflexiones y piadosos afectos, en que siguiendo la admirable doctri-

na de San Francisco de Sales se ejercitaba la Reina en el santuario secreto de su corazon al asistir á tales actos. (1) *Mientras tú has estado en esa diversion, han muerto muchos entre graves congojas, se ha pasado el tiempo, y la muerte se ha acercado.* Hé aquí las sólidas consideraciones que ofrece aquel gran maestro de espíritu á las personas que se ven precisadas á concurrir á esta clase de diversiones, como le sucedia muchas veces á Santa Isabel Reina de Hungría; y hé aquí tambien las útiles reflexiones que arrebatában hácia sí en estos actos el alma de la Reina. Por eso sin duda en el tiempo en que con mas frecuencia asistió á ellos, tenia la memoria de la muerte siempre consigo. De la muer-

(1) Vida devota, p. 3. cap. 33.

te hablaba entonces con sus sirviente es muchas veces ; pero ¡ con cuánta tranquilidad de espíritu ! ¡ Con qué grandeza de alma ! ¡ Con qué dulce y total conformidad ! Entonces fue cuando lo dispuso y arregló todo para morir. No tardará mucho tiempo la muerte en presentarse á confirmar sus disposiciones. Ya le sale al encuentro, y la postra en el lecho del dolor para arrojarla despues al sepulcro. ¿ Y tan pronto ha de ser ? ¿ y á los veinte y cinco años ha de desaparecer una Reina que tantos ejemplos de virtud nos ha dado en el corto espacio de nueve que ha ocupado el solio ? ¿ y tan pronto ?..... Sacerdotes santos, venerables religiosos, esposas de Jesus, pueblo español, clamad todos, rogad al Señor por la salud de la Reina. La enfermedad se agrava : Dios quiere que se le pida, da tiempo para que se le

suplique, (1) y cuando esto quiere, y cuando son muchos los que reunidos oran, no sabe negarse á sus instancias. Pero ¿qué es esto? Los ministros del Altísimo ofrecen sacrificios, los religiosos levantan sus manos al Cielo, las vírgenes empuñan á su celestial Esposo, el pueblo presenta sus públicas paces, sus ardientes votos. Los sacerdotes, los religiosos, las vírgenes, el pueblo suspiran, gimen, ruegan..... La enfermedad dura, y se prolonga, Dios inspira que continúen las súplicas..... continúan, se aumentan, no se interrumpen. Todos demandan al Omnipotente, á su Hijo querido, á la Emperatriz de los Cielos, á los moradores todos de la celestial Jerusalem; todos demandan á voz en grito con sollozos, con ge-

(1) Matth. 18. 20,

midos y con lágrimas la salud para la Reina..... y la Reina espira. ¿Qué es esto, vuelvo á preguntar aterrado y sobrecogido? ¿Habrá dicho Dios lo que dijo en otro tiempo á uno de los Reyes mas piadosos de Israel: *Yo te reuniré con tus padres, y haré que vayas á descansar en paz en tu sepulcro, á fin de que no vean tus ojos todos los males que voy á llover sobre este lugar?* Habrá enviado sus Angeles que le digan, como dijeron á Lot: (2) *Date prisa, porque no podré hacer nada hasta que te pongas en salvo?* Tú has hecho cuanto ha estado de tu parte para dejar sin excusa á la generacion presente. Tú, Reina y humilde, ellos vasallos y soberbios: tú en el centro de las delicias pura como un Angel, ellos mendigando el pan, y encenagados en los

(2) Genes. 19. 22.

deleites de la carne: tú con un poder absoluto, sumisa, dócil y agradecida á Dios y á su ley, ellos sin facultad para nada, ingratos, altaneros y rebeldes contra el mismo Cielo: tú trabajando por estender el reino de Dios, ellos por destruirle. Te levantarás en juicio contra ellos, y los condenarás. Tu santo é inalterable fervor, tu pública y constante resolucion en seguir á Jesus, y tu total y absoluta decision por el Evangelio y por la Cruz, acusará tambien y condenará la inescusable tibieza, la timidez vergonzosa, y el criminal proyecto de servir á Dios, y obsequiar á su enemigo: acusará y condenará la infidelidad de los Cristianos. Date prisa á salir de esa infiel y corrompida Sodoma: abandona ese valle de lágrimas.... No nos aflijamos. Dios es rico en misericordias, todo lo dispone para bien

de sus escogidos, sus pensamientos sobre los hijos de los hombres son de paz. Nuestra difunta Reina intercederá por España, sus virtudes moverán á piedad al Señor. Admiraremos nosotros estas virtudes: y esto no obstante, pidamos á Dios que su alma
DESCANSE EN PAZ.





INDICE

de los sermones que contiene

ESTE TOMO.

Pág.

Advertencia.

<i>Oracion fúnebre pronunciada á la muerte de Luis, duque de Borgoña y su esposa Maria Adelaida de Saboya por el P. de la Rue.</i>	<i>9</i>
<i>Sermon para la Dominica sesta despues de Pentecostés.</i>	<i>81</i>
<i>Sermon para la sétima Dominica despues de Pentecostés.</i>	<i>106</i>
<i>Sermon para la Dominica octava despues de Pentecostés.</i>	<i>131</i>
<i>Sermon Panegírico de la Asuncion de Nuestra Señora.</i>	<i>157</i>
<i>Sermon Panegtrico de Santiago Apóstol.</i>	<i>193</i>
<i>Sermon Panegtrico de San Roque Abogado de la Peste.</i>	<i>231</i>
<i>Oracion fúnebre que en las honras de la Reina Doña Maria Josefa Amaliu dijo el P. Eduardo José Rodríguez de Carrassa.</i>	<i>242</i>

